J. DE LA ROSA

Los McGomery 3



Pecado a medianoche en Grosvenor Square

Pecado a medianoche en Grosvenor Square

J. de la Rosa

Los McGomery #3

© Todos los derechos reservados

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales) hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: *Pecado a medianoche en Grosvenor Square*
Copyright © 2025 - *José de la Rosa*
Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorque*

Contacto*:*
www.josedelarosa.es
josedelarosa.v@gmail.com

Gracias por comprar esta novela.

ÍNDICE

Los Hermanos McGomery
Resumen
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
La serie Los McGomery

Los Hermanos McGomery

Ewan

El mayor de los seis. Decidido, serio y controlado, sabe que su destino es permanecer en su sitio como heredero del condado familiar y *laird* de su clan.

Ailsa

Impulsiva y con carácter. Tiene una estrecha vinculación con su padre, al que idolatra. Jamás se casará con un hombre que no sea escocés

Niall

El crápula mujeriego. Para él la vida es un camino para disfrutar del placer y huir de las responsabilidades. ¿El amor? No entra en sus planes.

Moira

Pragmática e inteligente. intenta ver el lado práctico de las cosas. Su papel como dama de compañía de la Reina la abruma.

Travish

Estudioso y lleno de curiosidad por la vida. Le gusta la tranquilidad y rehúye de los actos sociales.

Nessa

Extrovertida e ilusionada. Sueña con un príncipe azul con nombre y apellido al que ama desde que lo vio en un grabado.

La precuela de los McGomery

50 años antes

¡GRATIS!

Solo puedes conseguirla aquí porque no saldrá a la venta.

Escanea y descarga gratis en tu formato favorito:

La maldición de un escocés

Advertencia: Este libro tiene un alto contenido erótico, no apto para mentes sensibles

Resumen

En las dos entregas anteriores, hemos dejado a los hermanos McGomery enfrentados a los desafíos emocionales y sociales de su vida en Londres mientras los ecos de las Tierras Altas aún resuenan en sus corazones.

Ewan, el mayor, lucha por mantener la cohesión familiar mientras el secuestro de Ailsa pone a prueba su templanza. En medio del caos, su relación con Gabriella Locatelli se profundiza: ya no es solo su profesora de italiano, sino la única persona ante la que puede desarmarse. Sin embargo, ambos están comprometidos —Ewan con Anne Wetherby y Gabriella con Sandro Ravelli—, lo que convierte su vínculo en un conflicto tan intenso como inevitable. El dolor, la rabia y el amor se entrelazan mientras la búsqueda de Ailsa lo arrastra a los rincones más sombríos de Londres.

Ailsa, cuya aversión hacia los ingleses se tambaleó al conocer a Adrian Gillen, enfrenta ahora una prueba límite: es raptada en plena noche. Mientras permanece cautiva, no solo lucha por sobrevivir, sino que se enfrenta al descubrimiento de traiciones y lealtades inesperadas, tanto dentro como fuera de su familia.

Moira, recién presentada en sociedad y al servicio de la Reina, continúa su juego peligroso con Duncan, duque de Glenrowan. Lo que comenzó como una apuesta cruel por parte de él evoluciona en una relación tensa y ambigua, hasta que una noche todo cambia y Moira se cree responsable de su muerte. Atormentada por la culpa, encuentra consuelo y una inesperada atracción en Alexander Somerville, el capitán tullido encargado de investigar el caso del secuestro de su hermana.

Niall, cada vez más atrapado por la figura de Arabella, descubre que su mundo de placeres tiene un precio. Tras sufrir una paliza y verse envuelto en oscuros secretos, conoce a sir Horace

Lyndon, el padre de Arabella, cuya presencia lanza nuevas luces —y sombras— sobre el enigma que representa la joven. Niall deberá decidir si lo suyo con la cortesana es pasión, redención o condena.

Travish, cada vez más cerca de William Carvindale, comienza a explorar sin reservas una relación prohibida. La intensidad emocional y sexual de su vínculo lo arrastra hacia una identidad que lucha por aceptar en una sociedad que no perdona.

Y, por último, Nessa, aún idealista y soñadora, observa a sus hermanos romper reglas, promesas y corazones. Aunque no participa en las intrigas amorosas con la misma intensidad, su mirada perspicaz y su afán de crecer la convierten en una testigo crucial de los giros familiares que los McGomery están por vivir. Y cuando todos creían cerrado un capítulo, la aparición final del duque de Glenrowan —vivo y desafiante— sacude los cimientos de la familia.

Para complicarlo todo aún más, los tíos abuelos, Duncan y Fiona, irrumpen en la mansión de Mayfair, trayendo consigo antiguas rencillas, verdades ocultas y nuevos desafíos para los McGomery.

Aquí continúa su aventura.

1

Un mes después / Palazzo Colonna, Roma.

El señor Fraser cambió de nuevo el peso de su cuerpo de un pie a otro y se ajustó la abotonadura de su chaleco por enésima vez.

—Logrará ponerme nervioso si no se calma —lo amonestó el conde de Currie, que intentaba estar sereno ante lo que preveía su conversación más delicada.

—Disculpe una vez más, señor —contestó su secretario—. No estoy acostumbrado a…

No pronunció las últimas palabras porque el repiqueteo de unos zapatos sobre el espléndido suelo de mármol les indicó que alguien se acercaba. Intercambiaron una mirada y aguardaron hasta que la figura estirada y diminuta del chambelán apareció ante ellos.

—Serán recibidos —un ligero suspiro escapó de entre los labios de Ewan McGomery—. Síganme.

El chambelán no esperó una respuesta, sino que les dio la espalda y emprendió el camino con pasos diminutos pero veloces, lo que hizo que ambos aceleraran para alcanzarlo.

De la estancia donde les habían hecho esperar, salieron a una gran galería. Era espléndida, con amplios ventanales, bellísimas pinturas en el techo y lámparas de cristal que una vez encendidas debían volverse cegadoras.

La atravesaron deprisa, por lo que no pudieron enfrascarse en los detalles, aunque el conde estaba tan concentrado en su misión que podían estar cruzando un campo en guerra y no se hubiera percatado del estallido de los pistolones ni del entrechocar de las bayonetas.

El señor Fraser, en cambio, estaba deslumbrado con aquella belleza. Todo Roma le había parecido soberbia, Italia entera, aunque

los Estados Pontificios parecían atesorar la mayor cantidad de obras de arte que había visto en toda su vida.

Cuando llegaron al final de la galería y atravesaron unos cuantos salones igual de esplendidos, el chambelán se volvió hacia ellos y a Ewan McGomery le dio la impresión de que parecía un pajarillo.

—Diríjanse a él solo si les habla y den por terminada la audiencia si toca la campanilla.

El conde asintió.

—Y llámenle «señor». Ha desistido de cualquier otro tratamiento.

Sin más, volvió a darles la espalda, indicó a los dos lacayos que flanqueaban la puerta que la abrieran y pasó al interior dando un pequeño salto, como un jilguero.

El conde miró un momento al señor Fraser, este asintió y ambos cruzaron las jambas de las puertas hasta una sala más sencilla, decorada con un gusto menos elaborado, pocos muebles y un gran cuadro de la Ascensión.

Apenas les dio tiempo de observar a la única persona que se encontraba en la estancia aparte de los dos alabarderos de guardia, porque el chambelán, con un movimiento brusco de la mano, les indicó que bajaran respetuosamente la cabeza.

Así lo hicieron mientras el único sonido que se escuchaba era el de una pluma rasgando el papel, que prosiguió durante un tiempo que al conde le pareció interminable.

—Han hecho un largo viaje en una Europa en guerra —escucharon una voz cansada que provenía de una garganta añosa.

Ambos hombres se alzaron al fin para cruzar la mirada con un anciano que, sentado tras una mesa de escritorio, los escrutaba con curiosidad. Ewan sabía que había cumplido los sesenta y que estaba achacoso. La noticia de su fallecimiento había surcado los palacios pontificios varias veces, pero todas ellas se desmintieron. Era delgado, de rostro afilado y barbilla prominente, lo que le daba un aspecto curioso. Los diseccionó con la mirada a la vez que los dos hombres hacían una profunda reverencia, quedando un paso atrás el señor Fraser.

—Majes… —Ewan se corrigió a tiempo—. Señor, no es la primera vez que viajo a Roma en estos tiempos.

El anciano dejó la pluma a un lado y con un gesto de la mano indicó que el chambelán le llenara de agua una copa vacía.

—Eso me han dicho, aunque me temo que no pude recibirle entonces.

El conde dio un paso al frente e hizo la segunda reverencia de rigor.

—Ewan McGomery, conde de Currie, para servirle, señor.

El anciano parecía cansado. Se acarició las yemas de los dedos. Era tarde y no estaba acostumbrado a recibir visitas a aquellas horas, pero habían insistido tanto. Sabía que aquel hombre había estado otra vez en Roma, pero él no aceptó recibirlo. Los asuntos mundanos, la política, le hastiaban. Le gustaba la vida retirada y los extranjeros solo traían problemas. Sus dedos acariciaron la superficie de la mesa.

—¿Y qué trae a un británico a estas tierras pontificias? Sabe que no acepto visitas y estoy retirado de la vida pública.

Ewan dio otro paso hacia la mesa, lo que provocó una mirada reprobatoria del chambelán que él ignoró.

—Conocí al cardenal. Me honraba llamándome amigo.

El anciano alzó las cejas, mostrando curiosidad por primera vez.

—Un gran hombre y un santo en vida. Resido entre este palacio y su villa de Frascati desde que el Santo Padre me acogió. Si lo que desea es honrar su memoria, me temo que sus restos mortales…

—Su Eminencia y yo —lo interrumpió, algo que jamás podía hacerse con alguien de sangre real— llegamos a hablar bastante y nos carteamos durante años —esbozó una sonrisa que el anciano no secundó—. Ya sabe que los escoceses solemos reunirnos para añorar nuestra bella patria.

Aquella conversación empezaba a impacientar al residente del gran palacio y su mano estaba demasiado cerca de la campanilla que haría sonar cuando diera la recepción por terminada.

—Eso tengo entendido —contestó el anciano—. Un pueblo curioso.

—Y, por supuesto, el cardenal Estuardo y yo hablamos de sus derechos dinásticos sobre Escocia e Irlanda.

Ya estaba dicho.

En ese momento Carlos Manuel de Saboya podía despedirlo o mandar a que lo echaran a la calle, pero el anciano no lo hizo. Permaneció callado unos segundos, sin dejar de mirarlo, de analizarle el alma a través de los ojos, y cuando habló, su voz sonó un tono más grave.

—Así que eso es lo que le trae hasta aquí, el asunto de los pretendientes.

Ewan dio otro paso al frente, lo que hizo que el chambelán interviniera para indicarle que no debía acercarse tanto a su señor. Ewan sabía que tenía poco tiempo, que, si no lo convencía, todo lo que había hecho en los últimos años, todos los sacrificios de su familia, no servirían para nada. Empezó a hablar atropelladamente.

—Estos dos últimos años he hablado con algunos caballeros piamonteses que…

Carlos Manuel alzó una mano y él se calló en el acto.

—Como bien sabe —dijo el anciano—, mi primo, el cardenal Estuardo, se sentía orgulloso de sus raíces, pero en ningún momento tuvo intención alguna de esgrimir sus pretensiones al trono de Escocia y tenía una razón evidente. Era un hombre de iglesia y no contaba con descendencia.

—Lo sé, señor. Como sé que a su muerte los derechos dinásticos de los Estuardo han pasado a la Casa de Saboya, a Su Majestad para ser concretos.

De nuevo, el silencio lo envolvió todo. El señor Fraser solo escuchaba el latido de su corazón y el chambelán se preguntaba por qué no había investigado más a esos extranjeros antes de aceptar que vieran a su señor. Carlos Manuel se recostó en la silla.

—Hace una década que abdiqué el trono sobre los hombros de mi hermano —le explicó lo que todos sabían —, por lo que le ruego que no utilice ese tratamiento.

Había sido rey de Cerdeña desde 1796 y casi toda su vida la había pasado en guerra. Sin hijos, sin descendencia, se había retirado para pasar sus últimos años en paz, algo que era conocido por todos. Ewan le hizo una profunda reverencia.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero los derechos a la sucesión de la Corona de Escocia no se abdican.

El rostro del chambelán se puso intensamente rojo. ¿Cómo se atrevía aquel hombre a venir a insultar a su señor? Miró a los guardias apostados en la puerta, pero su señor no parecía ultrajado, lo que le hizo ser prudente.

—Lord Currie —la voz del antiguo soberano era pausada—. Lamento que haya hecho un viaje tan largo y que mis consejeros le hayan enredado en algo sin sentido. Al igual que mi difunto primo, el cardenal Estuardo, no tengo intención alguna en esgrimir esos derechos para comenzar otra guerra con los ingleses que está perdida de antemano. Y se le escapa un detalle importante, tampoco tengo descendencia.

Era cierto. Eso había hecho que los escoceses afectos a los Estuardo perdieran toda la esperanza de una restauración.

El conde no desistió. Fue hasta la mesa ante la mirada horrorizada del chambelán y puso una mano sobre su superficie.

—Usted no tiene descendencia, señor, pero su hermano sí, y le procesa veneración hasta el punto de que sus palabras son órdenes para él. Y tiene una hija encantadora, la princesa María Beatriz de Saboya, a la que tengo entendido que quieren convertir en duquesa de Módena.

El señor Fraser estaba seguro de que uno de aquellos guardias los ensartaría con su pica. ¿Cuánto tardaría el monarca abdicado en ordenarlo? ¿Cuántos minutos les quedaban de vida? Pero eso no sucedió, porque Carlos Manuel no parecía ofendido con el comportamiento insensato del conde de Currie.

—Está bien informado —fue lo que dijo.

Y Ewan al fin sonrió, satisfecho, antes de soltar lo que le había llevado allí.

—¿Y si le dijera que tengo a alguien para desposar a su alteza, la princesa María Beatriz, alguien mucho más interesante que

el duque de Módena y que puede poner el Reino de Escocia a los pies de la dama… y de los Saboya?

2

Ailsa miró su rostro reflejado en el pequeño espejo que colgaba de la pared, entre una espada otomana y un mandoble medieval. El recogido gabinete tenía un indiscutible aire masculino, sobrio y elegante, a pesar de estar atestado de objetos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su hermano Ewan, que estaba sentado a su lado.

—Sí —atinó a contestar—, aunque todo es un poco… extraño.

La criada apareció de nuevo con sendos vasos de agua sobre una bandeja que tendió a los clientes antes de fijar la mirada en el reloj de la cornisa de la chimenea.

—El señor Somerville les atenderá enseguida. —Su rostro esbozó lo que pretendía ser una sonrisa—. Complicaciones de última hora.

Ambos asintieron, le quitaron importancia y se dispusieron a esperar lo que fuera necesario.

Desde su regreso sana y salva a casa, los acontecimientos se habían precipitado. Aquella noche, cuando pudo escapar de sus captores y se refugió en el abrazo de su madre y de sus hermanos, había dudado si contarlo, si exponer abiertamente que creía haber reconocido al caballero que la había mantenido cautiva, pero algo dentro de sí le decía que se anduviera con cautela, incluso con los suyos.

Su aparición llenó la casa de los McGomery del júbilo que había desaparecido desde aquella infausta noche del baile de Almck`s. Ewan y Niall se habían unido al abrazo. Moira tardó en aparecer, pues según su madre ya debía de estar en la cama, pero lo cierto era que Ailsa había preguntado al señor Gilchrist nada más llegar y este le había asegurado que, como el resto de los miembros de la familia menos la señorita Nessa, todos estaban en la recepción de los Wetherby. Por eso, cuando apareció precipitadamente y aún vestida de gala, algo muy dentro de sí le dijo que su adorada Moira

guardaba un secreto, aunque aquella sensación fue eclipsada por la felicidad de verla de nuevo, y todo quedó en un extraño presentimiento.

Tras las muestras de alegría y los llantos de felicidad, llegaron las preguntas. Querían asegurarse de que estaba bien, de que no le habían hecho daño alguno, y cuando su madre vio la mancha de sangre en su vestido, estuvo a punto de desmayarse, por lo que tuvo que precipitarse a explicar que no era suya, sino de su captor.

Intentó contestar a todas las preguntas, aunque de vez en cuando lanzaba una mirada de socorro a Ewan, que captó al punto, y fue él mismo quien determinó que debían dejarla descansar, que al día siguiente la abrazarían de nuevo.

Todos apoyaron la idea y fue entonces cuando Ailsa se enteró de que ya no disponía de doncella, que Evelyn había emprendido el vuelo para convertirse en Eleonor Beauchamp, una modista de sombreros que empezaba a ser conocida en toda la Corte.

Cuando Ailsa se retiró, la actividad en casa de los McGomery no decayó.

La condesa mandó notas a Palacio, a Inverness y a casa de tía Mildred para darles la buena nueva, y fue a mandar una excusa a los McLean para no asistir al velatorio de la vizcondesa, pero Ewan dudó y le consultó si no sería conveniente presentar los respetos a una familia que en breve formaría parte de la propia. Su madre estuvo conforme. Con Ailsa en casa sana y salva y retirada a sus aposentos, lo correcto era cumplir con el deber, pero solo accedió cuando se hizo prometer por Ewan que él se quedaría en la casa para asegurarse de que Ailsa se encontraba bien.

Por suerte para el primogénito de los McGomery, la aparición de Ailsa había dejado en un segundo plano el lamentable espectáculo de la recepción de los Wetherby, De hecho, el ojo derecho de Ewan se estaba hinchando, todos en Londres sabrían ya lo de su pelea con el joven músico y la condesa de Currie esperaba que la milagrosa aparición de Ailsa eclipsara el escándalo que había montado Ewan.

Recordaba la expresión de su madre, entre feliz y aturdida.

—¿Podrás hacerte cargo de ella? —le había preguntado.

—Por supuesto. Debéis acompañar a Adrian en este momento amargo y alegrarle, aunque sea momentáneamente, con la noticia de la aparición de Ailsa.

Niall y Moira ya salían en busca del carruaje para lo que iba a ser una noche muy larga. La condesa se había vuelto hacia su hijo antes de abandonar la mansión.

—Lo que ha pasado en casa de los Wetherby…

Él se sonrojó, pero se mantuvo firme.

—Lo hablaremos mañana. Presentaré mis disculpas. Aunque no me haya comportado como tal, sigo siendo un caballero.

Hasta el momento, nadie, a excepción de Ailsa y de Ewan, se habían dado cuenta de que Moira se comportaba de una manera extraña y de que su aparición proveniente de las cocinas era más que sospechosa.

En cuanto su madre y sus hermanos se hubieron marchado a presentar sus respetos a los McLean, Ewan había subido a las habitaciones de Ailsa para hablar con ella. Fue entonces cuando su hermana le contó lo que había creído descubrir sobre la identidad de su asaltante, lo que lo dejó más preocupado que aliviado.

—¿Crees que se lo debemos decir a todos? —inquirió ella.

Ewan lo pensó un instante.

—¿Estás segura de que era él?

Un suspiro se le escapó a la muchacha de entre los labios.

—No puedo estarlo, pero todo en él indicaba…

—Será mejor que lo mantengamos en secreto por ahora —convino su hermano—. Haré algunas indagaciones, buscaré algunas pruebas que lo comprometan y solo entonces lo sacaremos a la luz.

Iba a salir cuando Ailsa lo detuvo poniéndole una mano sobre el antebrazo.

—¿Qué está pasando, Ewan?

Ni siquiera él lo sabía, aunque estaba convencido de que una sombra oscura se proyectaba sobre ellos desde que habían partido de Escocia. Intentó sonreír, tranquilizarla.

—No lo sé —le contestó—, pero yo me encargaré de que no os pase nada a ninguno de vosotros.

Aquella conversación había tenido lugar hacía un mes y, desde entonces, Ewan McGomery había dedicado la mayor parte de su tiempo a investigar sobre la pista que la había dado su hermana para evitar pensar en Gabriella Locatelli.

Solo cuando se había convencido de que no tenía ni experiencia ni recursos suficientes para un asunto tan delicado, había decidido pedir ayuda, y por eso estaban allí, esperando ser atendidos.

—El señor Somerville les recibirá ahora —dijo la voz de la criada, que había aparecido silenciosamente en la sala.

La siguieron hasta una habitación que se abría con una ventana amplia a la calle, donde un hombre muy atractivo de oscuro cabello y ojos negros le tendió la mano a su hermano.

—Ewan —lo trató con cierta familiaridad.

—Alexander —le presentó a Ailsa—. Ella es mi hermana.

El hombre le dedicó una respetuosa inclinación de cabeza.

—He querido pasar a presentarle mis respetos, pero no sabía si hubiera sido oportuno.

Ella se lo agradeció.

—Hubiera sido bienvenido. Mis hermanos hablan maravillas de usted.

Ewan se lo había contado todo sobre Alexander Somerville. Sabía que había estado muy cerca de descubrir su paradero y que la familia había puesto todas sus esperanzas en él. Le causó buena impresión, a pesar de que parecía que se había vestido apresuradamente y llevaba la camisa abrochada con un botón en otro ojal. La estancia era agradable, limpia y varonil. Vio un chal bordado sobre el respaldo de una silla que por un momento la descuadró. Su hermana Moira tenía uno idéntico, aunque seguro que era un modelo común que se vendía por todas partes.

—También mandé una nota de pésame al señor Guillen —estaba diciendo Alexander—, pero no recibí contestación.

—La familia está en los últimos días del duelo —le explicó Ewan las particulares costumbres de la aristocracia escocesa—. La tradición es un tanto rígida. Una vez pase el primer mes del

fallecimiento de la vizcondesa, los hombres de la familia podrán retomar su vida pública.

El capitán no dio muestras de que le sorprendiera la explicación, pero cayó en la cuenta de que sus costumbres cuartelarias no estaban a la altura.

—Disculpen mi falta de modales. Siéntense —retiró una silla y se la ofreció a Ailsa—. Su hermano me comentó sus sospechas y me ha dicho que no se lo han contado a nadie.

Esta miró a Ewan, y él asintió para darle a entender que era de su entera confianza.

—Es demasiado comprometedor —musitó—, y en casa los ánimos ya están suficientemente encendidos.

Somerville asintió, con las manos en los bolsillos.

—¿Ni siquiera se lo han dicho al señor Niall?

—A él menos que a nadie.

El caso era extraño. Ewan había hablado con él y se lo había contado todo, pero Alexander insistió en ver a Ailsa, en leer en sus ojos lo que tenía que decirle.

—Suponiendo que la identidad de su asaltante sea cierta —comentó con tacto—. ¿Qué interés podría tener ese hombre en retenerla?

Ewan adujo lo evidente.

—Eso deberíamos preguntárselo a él.

—Ha hecho bien no precipitándose, Ewan. Raptar a la señorita Ailsa, mantenerla cautiva todo este tiempo, alquilar un palacete… No ha podido hacerlo solo y necesitamos toda la información posible antes de dar un paso en falso.

Ailsa se desplazó hasta el borde de la silla.

—¿Cree entonces que hay más gente detrás?

El capitán asintió.

—Estoy convencido de ello.

De nuevo, ambos hermanos intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿Y cómo debemos actuar? —preguntó Ewan.

Somerville volvió a pasear por la estancia. Sus mejillas se encendieron momentáneamente cuando vio el chal olvidado hacía

unos minutos por Moira sobre la silla, pero tuvo la cautela de no mostrar su aturdimiento. Solo por un milagro no se había cruzado con sus hermanos por las escaleras. El juego que se traían entre manos cada vez era más peligroso.

Se volvió hacia los dos y los miró a los ojos.

—¿Lo ven a menudo? Me refiero a ese hombre.

Ewan se encogió de hombros.

—Pasa poco por casa, pero lo conocemos desde que somos niños. Él llegó a Londres antes que nosotros. ¿Qué razón ha podido tener para llevar a cabo algo tan detestable sobre una familia que conoce?

El capitán llegó hasta la mesa y sus dedos tamborilearon sobre la superficie.

—He hecho algunas averiguaciones desde que me lo contó. ¿Saben que está en bancarrota?

Ailsa abrió la boca, sorprendida.

—No es posible. Su familia…

—Malas inversiones —enumeró el capitán—, dispendio y una estirpe demasiado extensa que solo depende de una fuente de ingresos para subsistir.

—¿Insinúa que lo ha hecho por dinero? —se extrañó Ewan—. ¿Por qué entonces no ha pedido un rescate? Además, según me ha contado mi hermana, se jactó de que no le faltaba capital.

Somerville no le llevó la contraria.

—Y es muy posible que así sea… desde ahora.

—El pago por sus servicios — musitó ella.

El capitán asintió.

—Hay que apuntar más arriba. Él solo es el hilo de la madeja del que debemos tirar.

Hubo un momento de silencio donde cada uno de los tres se refugió en sus pensamientos.

Ailsa miró a su hermano. Todo aquello llegaba a sobrepasarla.

—¿Cómo se lo tomará Niall cuando se entere? —le preguntó.

Ewan se dejó caer sobre una silla.

—Mal, muy mal. Y lo negará, por supuesto —bufó, cansado de todo aquello—. Ten en cuenta que Thomas es su mejor amigo, su

amigo de la infancia, y no le será fácil admitir que él es quien te arrebató de nuestros brazos y te tuvo cautiva.

3

Tía Mildred entró en su salón de desayuno aún con la bata puesta y el cabello lleno de papillotes, lo que hizo que una impecablemente vestida Fiona la mirara con una ceja alzada.

—No sé en qué momento las damas de esta familia han perdido el decoro —la amonestó para dar de inmediato un ligero sorbo a su taza de té.

Desde que ambas vivían juntas, *lady* Fiona de Benmore se había hecho cargo de la residencia de tía Mildred. Había amonestado al mayordomo, acusándolo de que el servicio era demasiado relajado y de que las comidas no se servían con la rectitud necesaria, se había enemistado con el ama de llaves, aduciendo que las sábanas no eran suficientemente suaves ni los plintos de las paredes se mostraban lo limpios que se requería, y era temida por el cochero, del que disponía a su discreción y con quien siempre estaba a disgusto, ya fuera porque los caballos iban o demasiado rápidos o demasiado lentos.

Un lacayo puso delante de *tía* Mildred un plato con asado de riñones, pero una mirada firme de *lady* Fiona lo hizo enrojecer y el joven repitió su gesto, esa vez con la espalda recta, las cejas alzadas y una expresión inerte en el rostro.

Cuando quedaron de nuevo a solas, la tía se dirigió a su sobrina.

—No sé qué hubiera sido de ti si no me hubiera mudado aquí —se limpió los labios con la servilleta—. Una casa debe ser domada, debe…

Su sobrina, a quien aquellos detalles la traían sin cuidado, no le prestó atención ni la dejó terminar.

—Tenemos que acordar una cita con *lady* Felicity Lovelock, no nos queda más remedio.

Fiona volvió a mirarla sobre el borde de la taza que apenas rozó sus labios.

—No tengo ni idea de qué estamos hablando, querida.

—De nuestra Moira.

¿Es que acaso no era evidente? *Lady* Benmore volvió a alzar las cejas.

—¿Tu cuñada?

—Tu nieta —la corrigió, para lanzarse sobre el plato de riñones, su receta favorita para desayunar—. Si los acontecimientos se desarrollan como cree *lady* Finch, la habremos perdido para siempre.

Se hizo el silencio. Fiona no tenía ni idea de qué hablaba su sobrina, pero sabía que una conversación en profundidad con Mildred McGomery era un camino sin retorno.

—No soy partidaria de los dramatismos —dijo a modo de cierre. Con suerte, Mildred no tendría nada más que decir y el desayuno se desarrollaría en paz.

Pasaron un par de minutos donde solo se oía a una deglutir y a la otra reprobar con una mirada que parecía táctil.

—La aparición sana y salva de Ailsa —volvió tía Mildred a la carga— ha sido un regocijo para la Corte y la Reina ha estrechado aún más su afecto sobre Moira.

—Lo que se supone que es excelente.

—¡Es nefasto! —contestó, dejando caer pesadamente su tenedor de plata sobre la mesa.

Fiona estaba acostumbrada a las exageraciones de su sobrina, así que no perdió la calma.

—Me temo, querida, que me he perdido.

Mildred retomó el tenedor y con un cuchillo cortó los trozos de riñón en otros más pequeños.

—Como dama de compañía —explicó—, Moira podía tomarse su tiempo, esperar a las mejores ofertas matrimoniales, seleccionar entre un grupo de selectos caballeros con fortuna y título.

—No veo el problema —adujo Fiona.

—Es evidente, tía —su voz sonó exasperada—. Si la Reina la nombra responsable de su recámara, no podrá casarse mientras esté

de servicio, y pueden pasar años. Necesitamos movernos rápido, ser veloces a la par que audaces, y no sabremos hacerlo solas sin la ayuda de *lady* Felicity Lovelock.

Allí estaba de nuevo ese nombre. Fiona sabía que, una vez preguntara por la dama, no habría vuelta atrás. Mildred la enredaría en un sinnúmero de justificaciones, de engranajes humanos donde al final se encontraría enredada, pero no tuvo más remedio que inquirir.

—Me temo que no tengo el gusto de conocer a la dama.

Los ojos de tía Mildred se iluminaron.

—Es un alma generosa que ayuda a que las personas sean más felices.

Fiona lo entendió al instante y una de sus cejas se alzó automáticamente.

—Una casamentera.

Mildred le quitó importancia con un gesto.

—Es muy vulgar esa forma de denominarlo, tía.

La dama dejó la taza sobre la mesa.

—Me niego a que usemos a una casamentera para que arregle el compromiso de uno de mis nietos. Somos la abuela y…

Hubo una risa cauta del otro lado.

—Eso ya no se hace, tía.

Fiona intentó no parecer ofendida.

—Conozco a todo el mundo y…

—Me temo que la mitad de tus amistades ya han abandonado este mundo y la otra mitad está impedida o ha perdido la cabeza —le puso una mano sobre el antebrazo—. *Lady* Felicity es perfecta. Conoce los árboles genealógicos de toda la aristocracia del Reino. Nos evitará tener un descendiente tuerto o con un pie ladeado. Sabe qué familias son más o menos fértiles. Conoce la ascendencia de cada una de ellas en la Corte y, con la posición de Moira, solo tendremos que elegir entre los mejores. Recuerda. Tenemos prisa. Quizá meses. Posiblemente solo semanas.

En cierto modo, no parecía mala idea. Carlota no dudaría mucho, pues era mayor, pero ella misma le sobrepasaba casi un par de décadas y algo similar podría suceder con la Reina. ¿Hasta qué

edad tendría que servir Moira en Palacio? ¿Hasta la edad avanzada de cuarenta años donde solo sería una vieja arrugada y sin atractivos?

Tomó de nuevo la taza y dio un sorbo.

—¿Crees que tu cuñada estará de acuerdo? —preguntó a Mildred sobre *lady* Currie.

—¡Claro que no! —se escandalizó, como si el mero hecho de decirlo ya fuera escandaloso—. Ella tiene esas creencias burguesas de que una mujer debe casarse por amor. ¡Me río por no llorar! ¿Dónde se ha visto eso?

Quizá tuviera razón.

—Pero al menos contaremos con la connivencia de Moira —expuso Fiona.

Su sobrina hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Moira está muy atareada. Solo conseguiríamos alterarla. Se lo diremos cuando crea estar enamorada del hombre que hayamos elegido.

Ambas se miraron por primera vez con complicidad, aunque Fiona no quería dar a entender tan pronto que había conseguido enredarla en sus planes.

—Te veo demasiado optimista, Mildred.

Esta sonrió.

—Tengo fe en *lady* Felicity.

¿Y si al final era cierto y Moira se casaba con el hombre adecuado y además por amor? Lo meditó unos instantes.

—Tengo que reconocer que últimamente la veo de mucho mejor ánimo —le dijo a su sobrina Mildred—. Parece que la vuelta de Ailsa la ha hecho de nuevo sonreír.

—Y los paseos —añadió la dueña de la casa—. Cada vez pasa más tiempo fuera de su hogar. Me pregunto si será adecuado que una señorita de buena posición desarrolle los muslos de una lavandera con tanto ejercicio.

De nuevo, se alzó una ceja de *lady* Fiona, señal inequívoca de que había algo que no le cuadraba.

—Así que los paseos, ¿eh?

Mildred ya no le prestaba atención, pues la tenía toda puesta en su plato.

—Por cierto —dijo, alzando el tenedor—, ¿el tío Duncan vendrá hoy a comer con nosotras?

Fiona se incorporó y se dispuso a disfrutar de su plato, ya frío.

—El tío Duncan no existe, querida —carraspeó—. Y seguirá así hasta que no entre en razones.

4

Ailsa se recolocó una vez más el escote del nuevo vestido que Fiona había querido regalarle y se asomó a la ventana para ver si el carruaje ya había llegado. Cuando no vio rastros de él, miró hacia el reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea para comprobar que solo habían pasado cinco minutos desde la última vez que había hecho lo mismo.

—Seguro que Adrian está igual de impaciente que tú —oyó la voz de su madre, que acababa de aparecer en el salón de recibir, dejando sobre el respaldar de una silla el rico chal que había pedido que trajeran para su hija.

—¿Se me nota demasiado ansiosa?

Su madre sonrió, se acercó hasta ella y le colocó una mano sobre la mejilla.

—Se te nota feliz, que es lo que cuenta.

Aquel mes transcurrido desde que encontraran a Ailsa en casa, sana y salva, tras volver de la infortunada recepción de los Wetherby, había sido, cuanto menos, extraño.

La condesa recordaba lo que sintió cuando vio de nuevo a su hija y al fin su corazón reconoció que muy adentro, en ese lugar oscuro donde se guardan los malos presentimientos, había albergado el temor de no volver a verla, a acariciar su rostro, a escuchar su voz.

Tenerla sana y salva, incluso decidida a olvidarlo todo, fue algo maravilloso, aunque ella solo pudo a abrazarla, sentirla sobre su pecho como cuando no era más que un bebé y dar gracias al cielo porque su pequeña estuviera de vuelta con los suyos.

Lo que Ailsa les había contado era en verdad extraordinario. Había sido retenida en una de las casas señoriales del vecindario, tratada con el mayor respeto, alimentada como una princesa e incluso habían dispuesto para ella vestidos mejores que los que guarecían su guardarropa.

Ante las insistentes preguntas de Niall para saber cómo era posible que la hubieran dejado en libertad, ella contó lo del peine y lo que en principio recibieron con incredulidad mientras Ailsa narraba la historia, se tornaba en sorpresa y después en temor, ya que su plan podría haber tenido consecuencias catastróficas.

Según contó la mayor de las hermanas McGomery, había afilado con paciencia un delicado peine de carey que había pedido para desenredar su frondosa melena. Se lo habían dado sin sospechar en sus intenciones y ella había tenido la entereza de quitarle los dientes uno a uno y afilar el contorno hasta convertirlo en algo parecido a una daga, aunque mucho más frágil, tanto que, si fallaba el primer golpe, se pondría en grave peligro.

Con la misma paciencia había esperado a que llegara el día propicio, uno de aquellos en que arreglaban la habitación y tanto la criada como el hombretón que la guardaba hacían acto de presencia en aquella celda con aspecto de aposento palaciego. Aquel día había logrado que su rostro no evidenciara la impaciencia que sentía, aunque notaba el corazón latiéndole con tal fuerza en el pecho que temía que alguno de los dos pudiera oírlo por el martilleo profundo que ensordecía sus oídos.

El día elegido había adoptado un aire aburrido, como quien se ha acostumbrado a una monotonía que no le interesaba, lo que había logrado que el hombretón bajara la guardia y desenrollara lo que le pareció un librillo de apuestas al que prestó toda su atención, mirándola solo de vez en cuando.

Ailsa había meditado sobre la manera en que podría dejar a aquel hombre fuera de juego con un arma que, aunque amenazante, no dejaba de ser frágil. Su intención no era matarlo, ¡por supuesto! Solo de pensarlo un escalofrío le recorría la espalda. Únicamente necesitaba unos segundos, el tiempo necesario para escapar de aquella estancia y… enfrentarse a los peligros del otro lado de la puerta, pues no sabía si allí se encontraría a más individuos como aquel o a un ejército bien guarecido que no la dejaría escapar.

Aquel peine convertido en cuchillo podría atravesar las partes blandas, pero se rompería irremediablemente si tocaba hueso, así que desestimó la caja torácica y en un principio pensó en clavárselo

en la ingle, en el cuello o en una pierna, ideas que desechó de inmediato, pues era aficionada a las historias del abuelo Duncan y sabía que tenía muchas posibilidades de seccionar una arteria importante, lo que acabaría con la vida de aquel hombre. Se decantó por la mejilla. Era un golpe seguro, en absoluto peligroso, aunque desataría una hemorragia importante, paralizante quizá, lo justo como para obtener unos segundos de ventaja antes de que el hombretón reaccionara y fuera tras ella.

Después estaba el asunto de la criada. Dudaba que la improvisada daga siguiera intacta para un segundo ataque y la joven sirvienta era robusta. Apretó los labios y ladeó la boca. Era entonces o nunca, a pesar de que su plan tenía serias lagunas. Tomó aire, se llevó una mano el estómago y se dobló sobre sí misma, sosteniéndose a duras penas con una mano sobre el respaldo de una silla.

Su guardián no tardó en percatarse de que algo le sucedía a la prisionera, dejó el librillo de apuestas a un lado y con las cejas fruncidas se acercó hasta ella.

—¿Qué diantres…?

Pero la frase se cortó entre sus labios porque una mano veloz salió de entre la falda de Ailsa y algo punzante y doloroso le atravesó la mejilla, muy cerca del ojo izquierdo, a la vez que una densa hemorragia le empapaba las manos y la camisa.

Ailsa no tenía un segundo que perder. Sabía que lo único que jugaba a su favor era el factor sorpresa, así que se agachó, escurrió el robusto bulto del guardián y se dirigió a la puerta entreabierta ante la mirada atónita de la criada. Estaba cerca, muy cerca de alcanzarla, cuando sintió que se detenía en seco porque algo tiraba de ella. La recorrió un escalofrío. No esperaba que el vigilante se hubiera repuesto tan pronto, pero cuando miró hacia atrás, quien sujetaba su vestido era la joven e inocente criada, que no estaba dispuesta a dejarla marchar.

Ailsa la miró a los ojos. La sirvienta era decidida, sin duda, después se miró la mano. La daga seguía ahí, ensangrentada. Su mente procesaba, veloz, la información. El tipo tenía la mano sobre la mejilla, taponando la herida, aún aturdido por algo que no

esperaba, pero no tardaría en reaccionar y contra él era imposible resistirse.

No lo pensó. Soltó el improvisado cuchillo, apretó el puño y lo proyectó con todas sus fuerzas contra el tabique nasal de la sirvienta, que al tener las manos ocupadas sujetando su vestido no pudo defenderse y cayó de espaldas sobre el lecho.

Lo que pasó después, a la misma Ailsa le costaba trabajo discernir. Había atravesado un pasillo, bajado unas escaleras y llegado a un vestíbulo tan elegante como el resto de la mansión. No dejaba de mirar hacia atrás y llegó a ver al hombretón y a la criada precipitarse escaleras abajo en pos de ella. No recordaba haberse cruzado con nadie más. Quizá el servicio de la casa estaba en horas de descanso y se encontraban tan seguros de que no podría escaparse que no había nadie más para detenerla.

Se tiró hacia la puerta cerrada, rogando porque no estuviera atrancada con llave. Tomó el pomo y este cedió a su impulso. A su espalda, los gritos del forzudo estaban cada vez más cerca y la voz afilada de la criada rompía el aire. Si la detenían, no habría más oportunidades. Si la atrapaban, era posible que la hicieran pagar por lo que había hecho.

Con fuerza, giró el pomo. La puerta cedió, se abrió y una bocanada de aire fresco le alentó el rostro a la vez que ella se precipitaba hacia el exterior y cerraba a sus espaldas.

Su corazón aún estaba desbocado. Había conseguido mucho, pero estarían sobre ella en un instante, y si no lograba ocultarse…

Miró a ambos lados. Era una de las elegantes calles de Mayfair, cualquiera de ellas, pues no conocía tan bien la ciudad como para identificarla. Era por la tarde, empezaba a anochecer y no se veían transeúntes por ningún lado.

Escuchó un golpe sobre la puerta, a sus espaldas, lo que indicaba que sus captores acababan de llegar a ella. Se precipitó bajando los tres escalones que la separaban de la calle, sujetándose el vestido, y comenzó a correr hacia la esquina más próxima. Aquello no era propio de una señorita, pero había jugado con sus hermanos a ver quién la adelantaba en los verdes prados de Escocia, y siempre era la ganadora.

Cuando alcanzó la esquina, miró hacia atrás. El hombretón y la criada ya la seguían. Él se apretaba la mejilla con un pañuelo ensangrentado y ella tenía un reguero rojo saliéndole de la nariz.

Era cuestión de segundos, de un instante quizá. No lo pensó. La única señal de un ser vivo era el carruaje de alquiler que se alejaba por la nueva calle a la que acababa de acceder. Se sujetó la falda con fuerza, la alzó para que no se enredara entre sus piernas y corrió todo lo deprisa que sus músculos le permitieron.

Cuando alcanzó la carroza en movimiento, se sujetó a la manecilla de la portezuela, apretando tanto el paso que creía que el corazón se le saldría por la boca. La giró, esta cedió y Ailsa saltó al interior de un carromato donde un caballero añoso la miraba con aire espantado.

—¡Corra, por lo que más quiera! —le rogó—. Ordene a su cochero que arree los caballos. Nos va la vida en ello.

Por suerte, le hizo caso. Los animales piafaron ante el latigazo recibido y se lanzaron al trote dejando poco a poco a sus perseguidores atrás.

Ailsa no recordaba mucho más. Había llegado a casa quizá porque atinó a dar la dirección. El señor Gilchrist la abrazó y empezó a llorar, subieron algunos criados, alguien fue a llamar al señor Somerville y se mandaron lacayos a casa de los Wetherby para avisar a la familia, que en ese instante se cruzó con ellos y llegaron antes de que fueran notificados con la buena nueva.

Al día siguiente, después de descansar velada por Ewan mientras el resto de la familia cumplimentaba el velatorio de los McLean, Ailsa tuvo fuerzas y determinación para acompañar a sus hermanos, al señor Somerville y a alguno de sus hombres, y estuvo segura de indicarles cuál era la residencia donde la habían tenido retenida. La vigilaron hasta que llegaron los alguaciles. Estos llamaron hasta casi echar la puerta abajo y tuvieron que intervenir cuando nadie les abrió y…

Nadie. No había nadie. El hombretón, la criada, los supuestos sirvientes, se habían volatilizado y solo descubrieron que aquella mansión era la residencia de un barón irlandés que se la había alquilado a alguien cuya identidad pronto supieron que era falsa.

Pero Ailsa creía haberlo reconocido. Ailsa… Pero tanto ella como Ewan habían acordado no contarle a nadie que todas las sospechas recaían sobre Thomas, el amigo de andanzas de Niall.

—Señora, ha llegado un mensajero. Trae una nota para la señorita.

La presencia del señor Gilchrist sacó a la joven de sus pensamientos, algo recurrente que estaba segura de que se borraría de su mente en cuanto viera a Adrian.

La condesa se volvió hacia él.

—Hágalo pasar —dijo un tanto inquieta, pues aún sentía pavor con todo lo que tenía que ver con ella.

Aguardaron. Ailsa volvió a mirar por la ventana. ¿Cuándo llegaría Adrian? Desde que se liberó, solo lo había visto una vez, en los funerales de su abuela dos días más tarde. Estaba muy pálido, también muy serio, como era de rigor. Sabía lo unido que estaba a la anciana. Delante de todos apenas pudo presentarle sus respetos y mirarlo un instante a los ojos. Después había seguido todo un mes de duelo donde los McLean, siguiendo la tradición, no habían hecho vida social, ni recibido ni admitido otra cosa que notas de pésame, por lo que la comunicación entre ambos se había interrumpido.

Aquel día, aquella mañana, era el primero donde el duelo se aliviaría lo suficiente como para que los hombres de la familia pudieran retomar la vida pública y Ailsa estaba segura de que lo primero que haría Adrian sería venir a visitarla.

—*Milady* —dijo un sirviente de los McLean, pasando al interior tras el mayordomo e inclinándose para entregar la misiva.

Ailsa lo reconoció por la librea, y cuando tomó la nota entre sus manos, estaba segura de que Adrian querría cumplimentarla con algo más que una visita de cortesía. Quizá era una petición formal, o le pedía permiso para escribir a su padre, o…

Rascó el lacre con dedos nerviosos y la desdobló rompiendo sin intención uno de los pliegues. Sonrió a su madre con ojos brillantes.

—Con calma —la amonestó la condesa con una sonrisa tierna en los labios.

Al fin la desplegó y se enfrascó en la lectura de apenas seis líneas de trazo firme y elegante.

Estimada señorita Ailsa.

Asuntos personales me impiden retomar nuestra amistad. Le deseo lo mejor en la fructífera vida que tiene por delante, una vida dichosa que seguro la compensará por los malos momentos vividos.

Ruego me perdone si mi comportamiento la ha llevado a equívocos.

Dudo que volvamos a vernos.

Atentamente, Adrian Gillen, del clan de los McLean.

5

Un renqueante Duncan McGomery metió un dedo entre el ajustado pañuelo que cernía su cuello e intentó que no estuviera tan apretado. Tenía que hablar con su ayuda de cámara para que se dejara de intentar que pareciera un refinado caballero inglés. Él era un hombre de las Tierras Altas y allí el frío se soportaba con valentía y aguante, no con sedas estampadas ni lazos rimbombantes.

Miró una vez más su reloj de bolsillo y zarandeó su bastón a un lado y a otro. Estaba impaciente, debía reconocerlo, y cuando un McGomery se impacientaba, podía suceder cualquier cosa.

Al fin oyó el traqueteo de un coche desde el otro lado de la calle y una carroza de alquiler se aproximó hasta el mismo punto donde él se encontraba para detenerse delante. Un agradable rostro femenino se asomó a la ventanilla y lo miró con una sonrisa deslumbrante en los labios.

—Parece un duque —dijo ella, admirada.

—Quizá porque lo soy.

La muchacha amplió su espléndida sonrisa.

—Pero hoy está especialmente elegante.

Duncan sintió cómo se sonrojaba y un calor dulce le subió hasta el corazón.

Como el cochero no hacía por descender del pescante, él mismo abrió la portezuela y tanto la muchacha como su criada bajaron del carruaje, tomándose unos instantes para ordenar el vuelo de sus faldas.

Mairi le recordaba poderosamente a Fiona. En sus ojos había el mismo fuego, en su forma de moverse, la misma gracia antigua heredada por generaciones de damas palaciegas que habían aprendido a comportarse con una elegancia natural difícil de aprender si no se traía de cuna. Y sus ojos. Cuando la miraba, veía

la misma expresión de la mujer a la que llevaba cincuenta años amando, la sensación de peligro, pero a la vez de estar en el hogar, de abismo y abrazo, de cuidado y afecto. Se estremeció.

—¿Por qué hemos quedado aquí? —dijo Mairi, atisbando alrededor como si esperase ver aparecer una sorpresa.

—Es un barrio elegante.

—Desde luego —tuvo que convenir—, pero siempre ha venido usted a visitarme a casa.

Duncan movió el bastón para indicar el edificio que tenía a sus espaldas. Una construcción en ladrillo rojo con piedra blanca de Portland enmarcando las ventanas. Sacó un juego de llaves del bolsillo de su chaleco y lo mostró.

—¿Pasamos?

Sin esperar una respuesta, subió los dos escalones que los separaban de la calle y ella lo siguió, un tanto sorprendida.

Duncan abrió la puerta y esta obedeció sin que sus engrasadas bisagras chirriaran, dando paso a un acogedor recibidor entelado en un delicado color damasco y guarecido con muebles de rica madera incrustada que formaban escenas griegas. Ante ellos, se abría un salón que parecía magnífico y partían unas escaleras alfombradas que llevaban a las plantas superiores.

Mairi giró sobre sí misma para admirarlo todo a la vez que su criada Shona parecía deslumbrada.

—¿Por qué me lo enseña? —preguntó la muchacha.

La sonrisa de Duncan pareció iluminarse.

—Es tu nueva casa.

—¿Mía? —se sorprendió.

Él abrió los brazos para señalar todo lo que les rodeaba.

—Puedes mudarte mañana mismo. A primera hora llegará el servicio. Otras dos criadas, una cocinera y un lacayo. Hay un pequeño establo en la parte de atrás, justo para que quepa el carruaje y para que viva tu cochero.

Los brillantes ojos de Mairi pasaron de curiosos a sorprendidos. De verdad que no esperaba todo aquello. Se llevó una mano al pecho.

—¿Có-cómo voy a pagar todo esto?

La sonrisa de Duncan se amplió. En aquel instante, la muchacha era el vivo retrato de Fiona cuando se conocieron.

—Es un regalo —dijo al fin—, así como la asignación que recibirás todos los años. Lo he ordenado a mi administrador y está ya inscrita en mi testamento —le aclaró—, así que no tendrás que preocuparte de nada en el futuro.

Esperaba que la joven se arrojara a sus brazos y le expresara su gratitud, pero no fue así. La mirada de Mairi se afiló e incluso dio un paso atrás.

—¿Por qué hace esto?

Duncan alzó las cejas.

—Porque eres mi nieta.

—Su hijo nunca me reconoció y su esposa me detesta.

Él carraspeó, incómodo.

—Tu abuela tiene temperamento. Ella necesita sus propios tiempos, pero te aseguro que en su corazón anida el mismo sentimiento que en el mío.

Mairi no apartaba sus sorprendentes ojos de los de su abuelo, aquel desconocido amable y un tanto brusco. Volvió a mirar alrededor como si evaluara si todo aquello merecía la pena. Sería un gran cambio, desde luego, propio de una dama: una casa en condiciones, criados, carruajes. Una vida con la que nunca había soñado hasta que conoció a aquel caballero que le dijo que eran parientes. Soltó un suspiro quedo.

—La conocí. A su esposa.

Él no cambió la expresión de su rostro.

—Lo sé.

—Me pareció extraordinaria.

Esta vez una sonrisa apareció en los labios de Duncan.

—Lo es.

—Y sin embargo…

Hablar de lo que había sucedido seguía siendo doloroso para él. Se acercó hasta su nieta y le colocó una mano sobre el hombro.

—Eres muy joven para entender que el pasado se convierte en un lastre si uno no es capaz de tomar la distancia necesaria.

Ella no apartaba los ojos de los suyos y Duncan debía reconocer que le pesaban, como una pena que no consigue desprenderse del alma. Mairi dudó si preguntarlo, al final se atrevió.

—¿Me hablará de mi padre?

El rostro de su abuelo se puso tenso, su mano se retiró de su hombro y dio un paso atrás.

—No.

—¿Por qué?

—Sigue siendo demasiado doloroso para todos.

Mairi avanzó hacia él.

—Ni siquiera sé cómo murió.

—Solo debe preocuparte que nosotros te encontramos. Tarde, pero te encontramos.

Se hizo el silencio. Shona parecía invisible, apartada y callada, pues era consciente de que no existía para ninguno de los dos en aquel instante. Mairi soltó un resoplido por la nariz y se dio la vuelta para que él no viera que le brillaban los ojos. Cuando lo encaró, había conseguido recobrarse.

—¿Sabe lo que me decían en el orfanato? Que era una hija del pecado.

Duncan tuvo que bajar la cabeza. Avergonzado y dolorido.

—Lamento todo lo que te sucedió. Si hubiéramos sabido antes que existías…

Ella avanzó los escasos pasos que los separaban y buscó de nuevo sus ojos.

—¿Ha llegado a pensar que quizá no soy su nieta? ¿Que es posible que su necesidad de encontrar consuelo le haya hecho creer algo que no es cierto?

Él alzó la cabeza y se enfrentó a sus ojos.

—Muchas veces —le confesó—, pero solo tenía que ir a visitarte, mirarte a los ojos como ahora y saber que por tus venas corre mi misma sangre.

Aquello era… incomprensible para Mairi. No debería tener pega alguna. Aquel caballero había aparecido, le había dicho que era su abuelo y se había encargado de que no le faltase de nada en adelante. Pero ¿era eso todo lo que necesitaba? Volvió a sus ojos.

—¿Por qué me detesta su esposa?

Duncan se sentía incomodo. Era un asunto del que no se hablaba.

—Su relación con Richard era complicada —dijo al fin sobre su hijo y su mujer—. Tú le recuerdas demasiado a él.

—¿Una madre puede despreciar a un hijo?

Su voz parecía más grave, más dolida.

—No lo creo posible —tuvo que convenir—. Era el amor que sentía por él lo que la volvía tormentosa.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo eso?

—Le recuerdas cada suplicio, cada desaire, cada dolor, y la dama poderosa que conociste es una de las mujeres más frágiles con las que he tratado —dijo sobre Fiona—. Quizá en ese contraste esté su magnetismo.

Se quedaron mirándose. Mairi echó otra mirada alrededor. La casa, sin ser grande, era preciosa. Digna de una dama. Un pequeño suspiro escapó de sus labios.

—No puedo aceptar este regalo, pero gracias.

Duncan parpadeó. Eso era algo que no esperaba.

—Es tuya. Es lo mínimo.

La joven empezó a ajustarse los guantes y dio un par de pasos hacia la salida. Se detuvo y se volvió hacia él.

—Lord Dunrath —le habló con una formalidad con la que no lo había hecho antes—, le agradezco que me haya visitado todos estos años, que con su generosidad haya podido tener una educación y un hogar donde vivir, incluso a Shona —señaló a su criada, cuya manutención también pagaba Duncan—. Pero si acepto esta casa, esta nueva vida, me convertiría en algo que no soy, en una dama, en una mujer de posición. Y créame, soy feliz con lo que tengo, no quiero más.

—Pero…

Ella dio otros dos pasos hacia la salida.

—Creo que su esposa tiene razón y sería bueno para los dos que no volviéramos a vernos —alzó la cabeza. Sí, era como Fiona, su misma expresión, su misma fuerza—. Usted debe cerrar su herida y yo vivir mi vida sin el peso de un pasado que ni siquiera conozco.

El golpeó el suelo con el bastón.

—Eres mi nieta.

—Soy una desconocida —le aclaró sin amargura—. Una criatura descarriada a quien usted encontró en una casa de niños abandonados y a quien se aferró para purgar la muerte de su hijo.

No podía dejarla ir sin que lo supiera. No podía perderla de nuevo una vez que la habían encontrado. Se le escapó un gemido. Cuando sus labios lo expusieran, no habría marcha a tras y era muy posible que esta vez perdiera a Fiona para siempre. Tomó aire y lo soltó.

—Tu padre no está muerto —declaró—. Está tan vivo como nosotros en este mismo instante.

Mairi se detuvo en seco y, cuando lo miró, su rostro estaba lívido.

—¿Có-cómo puede…?

Duncan se arrepintió de inmediato. Lo acababa de echar todo a perder. Tragó saliva y esta vez fue él quien se dirigió a la salida.

—Será mejor que me marche. Piénsalo —le dijo al pasar a su lado—. La casa está a tu nombre. Buenos días.

6

Madame Roselle entró como un huracán en el taller donde habían acomodado a Evelyn, para quien un grupo de costureras se encargaban de materializar las ideas de tocados que ella dibujaba.

—Que preparen seis sombrereras con las mejores creaciones de las que dispongamos en este momento —dijo a todo el mundo, para después centrarse en ella—, y tú, Evelyn, acompáñame.

La muchacha dejó a un lado el carboncillo y se limpió las manos en el delantal para seguirla sin decir nada. Ambas mujeres atravesaron el estudio hasta el despacho privado de la gran modista, donde, sobre un maniquí, creaba sus vestidos más exitosos.

—Colócate ahí, junto a la ventana.

Evelyn lo hizo sin rechistar mientras la modista le deshacía el nudo del delantal y lo arrojaba al suelo para después estudiar qué mejoras podía hacer en su atuendo con tan poco tiempo.

Tomó una cinta de una cesta donde había decenas. No le gustó y tomó otra. Se decantó por una de un tono gris azulado que encajaba con el sencillo vestido que llevaba la muchacha, y se la ató bajo el pecho, usando una aguja enhebrada para asegurarla a la tela.

—¿Has conseguido hablar con la señorita Ailsa? —le preguntó sin levantar la mirada de su labor, en la que parecía tan concentrada como si estuviera desarrollando algo fundamental para la Humanidad.

Evelyn asintió. No tenía ni idea de qué estaba pasando, pero debía tratarse de algo importante cuando la misma *madame* Roselle se estaba encargando de su vestimenta.

—Fui a verla en cuanto me enteré de su liberación y me ofrecí a retomar mi antiguo puesto a su lado.

La modista la miró un instante para volver a la labor.

—Me dijo que no dejara este trabajo —la tranquilizó Evelyn—. Que su madre se lo había contado todo y que era feliz sabiendo que me iban bien las cosas.

La modista suspiró.

—No siempre se tienen amos tan comprensivos.

—Haberla servido ha sido una bendición. No sé si alguna vez…

—Las sombrereras están preparadas, *madame*, y el carruaje aguarda en la puerta —la interrumpió una de las ayudantes entrando precipitada.

La modista miró el reloj de pared.

—No tenemos tiempo. Debemos marcharnos.

Y salió de la estancia a toda prisa, volviendo un momento después para mirar a la joven con las cejas alzadas.

—¡Vamos, Evelyn! —la jaleó—. Sin ti no haremos nada.

Esta no tuvo más remedio que seguirla hasta el exterior, donde dos desconocidos lacayos aseguraban las sombrereras en la parte trasera de una impresionante berlina negra y otro les abría la portezuela para que subieran. En cuando lo hicieron el cochero chasqueó el látigo y los cuatro caballos empezaron el trote mientras Evelyn admiraba el interior tapizado en damasco color crema con remate de fina pasamanería.

—¿Adónde vamos? —se atrevió a preguntar.

—A Frogmore House —dijo *madame* Roselle, como si aquello lo explicara todo—. Y déjame que te dé algunas indicaciones para que esta visita no sea un desastre.

La muchacha asintió sin tener ni idea de a qué se estaba refiriendo.

—La más importante, no te acerques a ella ni se te ocurra tocarla. Está totalmente prohibido. Si pidiera ser probada, debes entregar el sombrero a una de sus damas, que se encargará de colocárselo, ¿entendido?

—Cla-claro.

Los caballos atravesaban las calles de Londres a toda velocidad, pero el interior del carruaje permanecía tan inmóvil como si aún no se hubieran puesto en marcha.

—El resto, más o menos como siempre: reverencia inicial, no hablar hasta ser preguntada, nunca mirarla a los ojos directamente, no darle la espalda en ningún momento y, si ella se te dirigiera, trátala siempre de señora.

Evelyn la miró un tanto desconcertada.

—Pe-pero ¿a quién vamos a visitar? —se atrevió a preguntar.

A *madame* Roselle se le hinchó el pecho de satisfacción, pues sería la primera vez que alguien de su posición luciera una de sus creaciones…, de las de Evelyn, pero no podía negar que se vendía con su firma impresa.

—A la princesa Augusta, una de las hijas del Rey.

Evelyn se quedó sin palabras y así permanecieron hasta que el carruaje llegó a las estribaciones del castillo de Windsor y lo dejaron atrás adentrándose en el parque circundante para detenerse ante un precioso edificio pintado de blanco, elegante y sencillo, pero no exento de la majestuosidad que se debía a la residencia de una princesa real.

Un lacayo abrió la portezuela en cuanto pararon. Tres más ayudaron a los otros a adentrar las sombrereras y un criado de librea las acompañó al interior para hacerlas esperar en una salita abierta al parque y exquisitamente decorada.

—Recuerda —le susurró *madame* Roselle en cuanto estuvieron a solas—, eres Eleonor Beauchamp, una gran modista que trabaja para mí, así que olvídate de mostrarte como una simple sirvienta.

Aquello puso a Evelyn aún más nerviosa de lo que estaba. Toda su vida no había sido otra cosa que eso, una sirvienta. ¿Cómo quería que se comportara como alguien que ni siquiera existía?

No le dio tiempo a replicar porque el mismo lacayo de librea apareció indicándoles que Su Alteza las esperaba.

Madame Roselle se puso de pie de inmediato y tuvo que indicarle a Evelyn, cuyas rodillas le temblaban, que no se apartara de ella.

La doble puerta se abrió y ambas accedieron a un salón decorado con tapicerías en un tono azul muy suave, elegantes

muebles grecolatinos y largos cortinajes que estaban descorridos para dejar entrar los tenues rayos de sol.

A Evelyn no le dio tiempo de ver nada más porque *madame* le indicó que debía hacer la reverencia, tan profunda que le dolieron las rodillas, y solo cuando una voz un tanto aguda les indicó que se acercaran, pudo ver que en la estancia había tres damas de mediana edad, aunque supo de inmediato cuál de ellas era la princesa.

Augusta Sofía de Hanover era la segunda hija de Jorge III y Carlota de Mecklemburgo, y en aquel momento ya había dejado atrás la juventud. Debió ser muy hermosa de joven, pero con cuarenta años cumplidos la rosada piel se mostraba ajada, los ojos verdosos un poco saltones y el cabello rojizo que le recordó al de su señora, empezaba a verse poco lustrado a pesar de los aceites y cosméticos que se usaban para cuidárselo.

Iba vestida con sencillez, una pieza amarillo pálido rematada de encaje y un collar de chatones cuyo brillo era deslumbrante.

—Al fin —exclamó la princesa—. Llevamos una eternidad esperando.

Aquella afirmación era un tanto impaciente, porque apenas habían tardado media hora en estar preparadas desde que llegó la noticia y el carruaje para llevarlas a Windsor, pero a ninguna de las dos se les ocurrió decir nada en su defensa.

Madame Roselle dio indicaciones a los jóvenes lacayos, seis, cada uno portando una sombrerera, y estos las abrieron como si se tratara de un *ballet* perfectamente coreografiado, sacaron su contenido y dejaron el sombrero expuesto sobre la tapa, como si fuera una bandeja.

La princesa alzó su sonrojada nariz y pareció husmear el aire mientras, uno a uno, los lacayos desfilaron ante ella para mostrar la pieza durante un instante y la modista explicaba las maravillas de cada uno de ellos.

Las otras dos damas cuya identidad desconocía Evelyn, pero que debían ser grandes señoras, mostraron el mismo escaso interés que la princesa en sus sombreros por mucho que la gran modista se entretuvo en describir la hechura, los materiales, las ocasiones en que podría lucirse este o el otro sombrero, el estilo que aportaba el

ala, las prendas con las que combinaba y otras tantas maniobras que hubieran dejado encantadas a sus clientas, aunque parecían no interesarles a las augustas figuras.

Cuando el desfile hubo terminado, Evelyn temió que las despidiera sin más y solo pensó en las cuatro horas de regreso a Londres en las que *madame* la acusaría de ser poco creativa, usar tejidos inadecuados y posiblemente le pediría que volviera a casa de los McGomery, de la que nunca debió salir.

—¿Es ella la señorita Eleonor Beauchamp?

Evelyn alzó la cabeza. ¿Eso lo había preguntado la princesa? La buscó con la mirada para cruzarse con sus ojos *miópicos*, que la diseccionaban desde la distancia. La bajó de inmediato y sintió que se ruborizaba.

—Ella es —oyó la voz de *madame* Roselle, no exenta de orgullo.

—Acérquese —volvió a hablar Augusta.

Pensó que las rodillas la traicionarían y caería de bruces en cuanto intentara caminar, pero no fue así. Dio un paso, después otro, y unos cuantos más hasta llegar ante la princesa. Solo entonces tuvo fuerzas para alzar la cabeza.

—¿Cuál de los seis me recomendaría?

Evelyn miró a *madame*, y esta con un gesto le indicó que no titubeara. Señaló el tercero, una composición confeccionada en seda color cruda. Tenía la copa alta y redondeada, un ala amplia y plegada en un lado y estaba decorado con tres plumas de avestruz que se rizaban para darle un aire decidido.

La princesa alzó una ceja.

—Nunca lo hubiera elegido. No es mi estilo.

Evelyn sintió que se le caía el alma al suelo y volvió a mirada a *madame*, pero esta no lo dudó y le indicó que no se dejara achicar.

—Pruébeselo, señora —se atrevió a decir la muchacha—. Los sombreros solo se aprecian sobre la cabeza de una bella dama.

Se ruborizó por el cumplido artificioso que acababa de salir de su boca, pero a la princesa no le pareció mala idea y ordenó a una de sus damas que se lo colocara.

La mujer lo tomó, lo encaró y al fin lo depositó sobre la cabeza real, apartándose unos pasos para asegurarse de que le quedaba bien colocado.

—Un espejo —ordenó.

Otro lacayo ya lo tenía preparado, uno grande y con la luna resplandeciente, que colocó ante Su Alteza Real. Esta se miró y no pareció demasiado satisfecha. Iba a quitárselo cuando Evelyn alzó una mano.

—¿Me permite?

Una de las damas se escandalizó, *madame* Roselle se llevó una mano al pecho ante el atrevimiento, pero algo en el rostro de la princesa dijo que no se lo había tomado como un acto de falta de decoro y con un gesto de la barbilla le dio permiso.

Evelyn no lo dudó. Avanzó hacia ella, tomó el sombrero y lo giró hasta que la doblez del ala ya no quedaba a un lado, sino justo sobre la frente, lo que dejaba las plumas como si fueran una prolongación de su peinado.

La princesa volvió a mirarse. Primero muy seria, después curiosa. Al fin sonrió.

—¡Es sorprendente!

Y el resultado lo era. Un vestido de mañana acababa de convertirse en un atuendo con el que se podía visitar al Rey, y no solo eso, sino que el espejo le mostraba a una mujer hermosa.

Las otras dos damas convinieron con ella y *madame* Roselle al fin soltó el aire que tenía contenido en sus pulmones.

—¿Cuánto tardarán en tener listo un pedido?

El corazón de Evelyn le latía en el pecho como si tuviera vida propia mientas que *madame* parecía tan contenida como si algo así le sucediera todos los días.

—¿De cuantas piezas hablamos, señora?

La princesa lo pensó. Con tener algunos para la temporada, sería suficiente.

—Cincuenta —dijo al fin, para mirar después a Evelyn—. Y quiero que sea la mismísima Eleonor Beauchamp quien venga a probármelos.

7

Ewan pasó una nueva página del libro de cuentas sobre el que llevaba trabajando toda la mañana. Su administrador era eficiente, pero su padre le había enseñado que el dinero ajeno se suele manejar con generosidad, por lo que era necesario repasar cada apunte, asegurarse de que los pagos habían sido justos y los cobros adecuados.

Aquella tediosa ocupación lo mantenía ocupado, sobre todo a su mente, que necesitaba aferrarse con fuerza a cualquier cosa para no pensar en…

—¿Molesto si me escondo aquí unos minutos?

Ewan alzó la cabeza para encontrarse con su tío abuelo Duncan, que entró en el gabinete ayudándose del bastón. El joven le indicó con un gesto que se acomodara y dejó la pluma a un lado para girarse hacia él.

—¿Te está molestando la pierna?

El viejo duque de Dunrath arrojó el bastón a un lado y se sentó con cuidado, sujetándose el muslo para aplacar el dolor.

—Esta maldita empieza a doler cuando me alejo de Escocia —lanzó un bufido—, y llevamos demasiado tiempo aquí. ¿Te conté cómo me la fracturé?

—En una reyerta con los McDonald —sonrió. Para él, el abuelo Duncan siempre había sido un héroe—. Estabais a punto de rendir Glenmara Castle cuando te enfrentaste a ellos, solo y a caballo, blandiendo tu espada ante treinta guerreros bien pertrechados.

De la ajada garganta del más anciano de los McGomery brotó una carcajada al rememorar los viejos tiempos, pero duró poco, porque afinó la mirada y la clavó en los ojos del muchacho.

—Quizá esa historia que os conté cuando erais pequeños no sea del todo cierta. ¿Quieres que te cuente la verdad?

Ewan ladeó la cabeza.

—Me gustaría.

Duncan se acomodó, teniendo cuidado de no hacer un gesto brusco. Mataría por un buen trago de *whisky*, pero en Londres se consideraba inapropiado tomarlo tan temprano. Al fin se quedó quieto, aunque el dolor no se había mitigado.

—Tu tía abuela había decidido dejarme —empezó con su historia, y Ewan apoyó la barbilla sobre una de sus manos, como cuando era niño y el abuelo le hablaba de legendarias batallas—. Lo nuestro siempre ha sido demasiado pasional. Ella es una mujer de temperamento y yo no carezco de él, así que con el paso del tiempo hemos resuelto nuestros problemas… ¿cómo lo diría?

—¿A gritos? —intentó ayudarlo.

—Con energía —lo corrigió de buen humor—. Pero esa vez fue distinta. Habíamos tenido un enfrentamiento serio a causa de nuestro hijo Richard y Fiona había llorado. Jamás lo hace, ¿sabes? Suele salir ganando y mi única alternativa era plantarme. Así lo hice y ella, en vez de arrojarme lo primero que tuviera a mano, y doy gracias a Dios de que no fuera una lanza, se puso a llorar. En ese momento, supe que aquella vez era más grave que las demás.

La historia no le sorprendió a su sobrino nieto. Él mismo había sido testigo de muchas de aquellas disputas. En una ocasión, la abuela le arrojó un busto de mármol del fundador del clan y en otra el brazalete de una armadura que tenía cerca. Era evidente que, si habían cumplido cincuenta años juntos, más de lo que muchos hombres vivían, era porque seguían amándose.

—Pero aquí estáis —le dijo, evidenciando que aquello solo era un episodio más en una relación muy diferente a las que conocía.

—Solo yo —le aclaró Duncan—, porque te recuerdo que ella se aloja con Mildred.

Ambos hombres se quedaron mirándose. Que la abuela se había marchado era evidente, aunque ninguno había preguntado por las causas. A los abuelos se les tenía una admiración reverencial y todos eran conscientes de que su relación era especial. Duncan era el hermano del abuelo Malcolm, a quien ni siquiera él, que era el mayor, había conocido. Le habían contado que, en el lecho de

muerte, Malcolm le había pedido a su hermano que velara por su esposa y sus dos hijos, su padre y tía Mildred. Nadie podía dudar de que lo había hecho con ahínco. Sí, el abuelo Duncan era alguien a quien admirar.

—¿Qué pasó aquel día en que la abuela lloró? —le preguntó al cabo de un rato.

Duncan volvió a removerse en el asiento. Era un hombre de acción y estar sentado durante demasiado tiempo le enervaba los efluvios.

—Quedé desarmado —confesó, abriendo los brazos—. Verla así, con lágrimas en los ojos y el corazón encogido fue más poderoso que si me hubiera acuchillado con la daga que siempre oculta entre los pliegues de su vestido. Caí de rodillas y le perdí perdón.

—Y está claro que te lo concedió.

—Todo lo contrario —de nuevo soltó una carcajada. ¿Acaso su sobrino nieto no conocía a su Fiona?—. Aquello la enfureció aún más. Salió a toda prisa, tomó un caballo al que ni siquiera habían ensillado, así, a pelo, y se marchó bajo una de las noches más tormentosas que recuerdo. Solo pude salir en su búsqueda.

La historia se ponía interesante. Ewan se acodó en las rodillas, impaciente.

—¿Y al fin hicisteis las paces?

La boca de Duncan esbozó una mueca cómica.

—Me despeñé —hizo una pausa dramática—. Mi caballo se asustó, quizá por una serpiente, frenó en seco y yo salí disparado hacia un barranco donde quizá aún estarían mis huesos si tu tía abuela no hubiera vuelto sobre sus pasos para rescatarme. —Un suspiro involuntario salió de su boca—. Así me rompí la pierna. Como ves, es menos heroico de lo que os narré de pequeños.

Su sobrino nieto se le quedó mirando. No era estúpido y sabía que entre los hombres mayores del clan las palabras no tenían el significado que aparentaban. Recordaba una discusión entre dos caballeros por el precio de un saco de avena. Más tarde se enteró de que estaban arreglando un viejo malentendido sobre las lindes de

sus respectivos territorios y que, cuando se referían al saco, hablaban de sus tierras. Así era Escocia y así eran los McGomery.

Se recostó en su asiento y miró a Duncan a los ojos.

—¿Por qué me cuentas todo eso, abuelo?

El anciano acarició el apoyabrazos de la butaca y se humedeció los resecos labios.

—Aunque en esta casa nadie quiera hablar de los asuntos delicados, me han contado lo de tu pelea con ese músico italiano.

Ewan apretó un puño sin pretenderlo.

—De eso hace ya un mes, y le pedí disculpas personalmente.

—Cosa que él no aceptó.

Así fue. Se enteró de dónde ensayaba con su orquesta y fue a verlo. Sandro lo trató con frialdad, rechazó su ofrecimiento y le pidió que se machara y que no volviera a ver a Gabriella. Lo segundo era innecesario porque él ya había decidido no hacerlo. No porque lo deseara, no, sino porque debía dejar de pensar en ella, de que ocupara todos sus pensamientos, y empezar a construir una nueva vida, gris y oscura, donde ella no aparecería.

Enderezó la espalda para que el abuelo no leyera en su postura la manera en que le torturaba todo aquello.

—No, no aceptó mis disculpas —le contestó—, al contrario que lord Wetherby, por lo que aquel desaguisado solo fue un escándalo que se comentó durante semanas y del que aún hablan hoy en día hasta que otro mayor termine por hacerlo olvidar.

Milord tardó una semana en recibirlo. Mucho tiempo si se tenía en cuenta que eran familias aliadas y muy poco habiendo Ewan ofendido el honor de su hija como había hecho. El rumor de que aquella pelea había sido por una mujer aún persistía, pero nadie había atado cabos y llegado a la conclusión de que esa mujer era Gabriella Locatelli. ¿Cómo iba a ser una joven extranjera, la simple hija de un maestro de música? ¡Imposible! Los mentideros buscaban a una joven heredera, a la hija de un conde, a una mujer casada de la alta sociedad que compartiera lecho con el prodigio de las cuerdas, Sandro Ravelli, y con el heredero de los McGomery.

Pero Ewan era lo suficientemente agudo para haber llegado a sus propias conclusiones.

—¿Y la muchacha? ¿Se llama Gabriella?

Las cejas de Ewan se fruncieron de inmediato e instintivamente se echó hacia atrás.

—Ella no tuvo nada que ver en aquello.

Los dedos del abuelo tamborilearon sobre el reposa manos.

—No es eso lo que he oído.

Por toda respuesta, Ewan se giró y tomó la pluma entintada entre los dedos.

—Será mejor que vuelva a los libros de cuentas. Hay muchos apuntes que repasar.

Pero su tío abuelo no desistió.

—He oído que se casa.

Ewan cerró los ojos, dándole la espalda. Así que el abuelo también sabía aquello. Se lo había dicho la propia Gabriella antes de la pelea. Que Sandro había decidido adelantar la boda. Se había enterado por una breve nota en la contraportada de *La Gaceta*, un par de líneas donde se daba fe del futuro matrimonio, ya que Sandro se había convertido en toda una celebridad. Chasqueó los labios y se volvió de nuevo hacia su tío abuelo.

—Se casaron ayer —su voz sonó tan grave como el tañido de una campana mortuoria.

Duncan suspiró.

—Y por eso llevas tres días encerrado entre estas cuatro paredes.

Ya lo había contado. Ya había hablado más de lo que estaba dispuesto a decir. Empezó a sentirse molesto.

—Abuelo, ¿has venido a decirme algo?

Este levantó las manos, en señal de paz, y comenzó a incorporarse en su asiento, buscando el bastón.

—No seré yo quien aliente una relación con una mujer casada.

—Por eso la he olvidado.

Al fin se puso de pie y se ajustó el chaleco.

—Ni seré yo quien crea que se puede olvidar un amor solo porque ha elegido a otro hombre.

Ewan se le quedó mirando. ¿De verdad había oído aquello? El abuelo debía ser el primero en dejarle claro que su deber era para con los suyos y que el futuro conde de Currie no podía cometer un deshonor.

—Aunque me hubiera elegido a mí —intentó no perder los estribos—, es la hija de un profesor de música, abuelo. Lo nuestro no era posible ni lo será nunca.

Duncan asintió, aunque no se le veía convencido.

—¿Qué harás entonces?

—¿Que qué haré? —un bufido escapó de su nariz—. Lo que me corresponde. Casarme con la señorita Wetherby, fundar una familia y olvidar a Gabriella.

El abuelo asintió. Eso era lo que se esperaba de Ewan McGomery: obedecer a su padre, conformar una familia con la mujer que le habían elegido y procrear. Él mismo hubiera hecho lo mismo si no se hubiera topado con Fiona de Benmore en un mercado y hubiera decidido que era ella o ninguna.

Se dirigió hacia la salida tras soltar un suspiro. Cuando llegó a la puerta, se volvió de nuevo.

—¿Sabes que sí me lancé solo y a caballo contra cuarenta de los mejores guerreros de los McRuari?

Ewan suspiró, cansado de todo aquello.

—¿Y por qué me sales ahora con esas?

—Porque olvidar a una mujer a la que aún se ama es una tarea más difícil que liarte a mandoblazos contra un puñado de hombres que tienen por objeto acabar con tu vida. Por eso.

Y, sin más, se dio la vuelta, le dio la espalda y salió del gabinete con toda la dignidad que el dolor de su malograda pierna le permitía.

8

Arabella miró hacia la puerta cerrada antes de trazar sobre el papel la última línea de su nota.

Dándole la espalda a la habitación y con mano temblorosa le puso polvos secantes para que la tinta no se esparciera y lo dobló con cuidado, tanto como fue capaz. Escribió en la superficie el nombre del destinatario y rogó porque aquel trozo de papel no cayera en manos extrañas.

Tenía una única oportunidad, y si no salía bien, sabía cuál sería su destino. Apretó el papel doblado dentro del puño y solo entonces auscultó alrededor. La noche era oscura y la casa se mostraba silenciosa. Era en aquel momento o nunca.

Fue hasta la ventana disimulando que únicamente intentaba tomar algo de aire fresco y la abrió con cuidado de que no chirriaran los goznes. Una bocanada de frescor le azotó el rostro y lo agradeció. Estaba en la tercera planta de aquella casa, en una habitación que daba al recoleto jardín trasero, lejos de la mirada de vecinos indiscretos. No podía confiar en nadie y lo sabía, pero si no lo intentaba…

Auscultó el exterior aparentando una serenidad que no sentía. La oscuridad de la noche no le dejaba ver más allá de las sombras. Sacó un poco más el torso para que la luz de las velas que alumbraban su cuarto no se interpusieran, a temor de precipitarse, pero debía aprovechar como fuese aquella oportunidad.

Aguardó unos instantes hasta que sus pupilas se dilataron y empezó a ver las formas del jardín, el árbol que se apoyaba en la tapia, el banco de piedra, el parterre de rosas.

Todo había sido demasiado inesperado, tanto que al principio le causó una profunda desconfianza. La joven doncella que solían poner a su disposición cuando estaba en casa de su padre, la misma que no despegaba los labios, la que la vestía día tras día sin mirarla

a los ojos, la que tenía órdenes de hacer y no comentar, le había hablado esa mañana mientras le ajustaba uno de los pendientes y le había dicho que la vigilaban, pero que podría sacar una nota de la casa aquella misma noche.

Arabella fue a contestar, pero la joven le indicó con un gesto horrorizado de sus ojos que no lo hiciera y volvió disimuladamente la cabeza hacia uno de los cuadros que adornaban la habitación. Ella, con el corazón acelerado, siguió su mirada, pero no vio nada extraordinario. Un retrato de una dama desconocida de tez morena y preciosos ojos melados. Lo había contemplado decenas de veces sin saber por qué.

Solo entonces comprendió por qué estaba tan asustada la joven doncella. Junto al retrato, simulando un adorno de la pared, había un disimulado agujero y creyó ver el brillo de unos ojos a través de él.

¡La vigilaban! Incluso encerrada en aquella habitación no habían dejado de vigilarla. Se había vuelto hacia el espejo intentando que su rostro no reflejara la turbación que sentía. La muchacha fue hacia el lado opuesto y se inclinó sobre ella para asegurarle el otro pendiente.

Sus palabras le resultaron casi inaudibles y difíciles de comprender, pues apenas movió los labios. Le dijo que la registraban cada vez que entraba o salía de aquellas habitaciones, así que no podía ni meter ni sacar nada que no fuera necesario, pero que aquella noche, si ella era capaz de arrojarle una nota desde la ventana, podría sacarla de la casa, pues era su única noche de libranza.

Y había llegado el momento, aunque no veía rastro de la muchacha por ningún lado.

Escuchó un sonido a su espalda. ¿Era la llave de la puerta? Volvió a mirar hacia abajo, pero la criada no estaba. ¿Qué hacía? ¿Y si había llegado el momento…? No lo pensó y arrojó la nota rogando porque no callera en manos equivocadas, y solo entonces se volvió para enfrentarse a lo que le deparara el destino.

Quien entró en la estancia fue *sir* Horace Lyndon, vestido como si acabara de llegar de una recepción oficial.

—No quería retirarme sin desearte las buenas noches, querida —la cumplimentó con su sonrisa encantadora.

Arabella no se movió de donde estaba, aunque su corazón era una tormenta. Si él sospechaba algo… Apretó una mano con la otra para que él no las viera temblar.

—Quiero volver a *El Cisne Dorado* —dijo, tajante.

Sir Horace la observó con curiosidad, como si le extrañara que una criatura como aquella tuviera deseos propios. Miró alrededor, aunque evitó fijar la vista en el cuadro de la pared.

—Creía que estarías contenta de haber salido de aquel burdel de mala muerte.

—Al que usted mismo me vendió —apuntilló ella, mordaz.

Sus palabras no parecieron molestar al caballero, que no hizo por avanzar, aunque sus manos se abrieron para señalar alrededor.

—Recibir a caballeros en mi propia casa hubiera sido indecoroso, ¿no crees, querida?

—Llegamos a un acuerdo.

—Y lo he cumplido a rajatabla.

Ella quería cruzar la habitación y abofetearle, arañarle el rostro, patearle el estómago, pero sabía que consecuencias tendría aquello.

—Dijo que serían dos años —le recriminó Arabella—, que, si era complaciente con esos hombres, podría comprar mi propia casa y que esto se acabaría de una vez por todas.

Él asintió.

—¿Y acaso no te dejé que compraras aquella encantadora casita en Bloomsbury? —Su voz tenía un innegable tono burlón que a ella le heló la sangre.

—¿Y para qué? —Arabella intentó que sus palabras fueran creíbles, que ocultaran lo que acababa de hacer con aquella nota—. Sus hombres me siguen a todas partes, no tengo libertad para entrar o salir, y ahora que me ha alejado de los brazos de *miss* Blackwood, sigo encerrada entre estas cuatro paredes.

El rostro de *sir* Horace dio muestras de que empezaba a cansarse de aquella conversación. Arabella tuvo la impresión de que iba a acercarse, pero no fue así. Desde que lo conociera y se le

presentara como su padre, jamás se le había acercado, nunca había habido una palabra desagradable, pero ninguna de afecto, nunca la había tocado, ni siquiera rozado, como si fuera portadora de un mal que pudiera contagiarse con una simple bocanada de aire. El rostro de *sir* Horace mostró hartazgo.

—Sabes que detesto que me trates con ese distanciamiento, querida. Soy tu padre.

—Es usted un canalla —pisó ella cada palabra. Por toda respuesta, el caballero sonrió.

—Ambas cosas son compatibles, querida.

Aquella noche, el caballero parecía especialmente hablador, cosa rara en él. Arabella decidió aprovecharse.

—¿Por qué quiere que tenga preparado mi equipaje para mañana?

La mirada de astucia brilló en los ojos de *sir* Horace. No era estúpido y sabía que ella intentaba manipularlo. Se entregó al juego.

—Te vas de viaje.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa.

Arabella dio un paso en su dirección, el mismo que él retrocedió. Intentó dominar las ganas de atacarlo que sentía e incluso su rostro adquirió un aire compungido.

—¿Por qué no me deja marchar? —suplicó—. Usted lo tiene todo. Le he servido cada uno de estos años. He sido complaciente con sus amigos, no me he quejado una sola vez.

Las lágrimas se desbordaron de sus ojos. Estaba cansada, desesperada, sin otro aliciente que ver pasar los días oscuros desde su niñez.

Sir Horace sacó un pañuelo de su bolsillo, pero no se lo entregó, lo dejó sobre una mesita.

—No llores, estropearás ese cutis magnífico. Solo nos queda un trabajo más, y este será el definitivo.

Al contestarle, sus ojos habían recorrido la habitación y se habían detenido un instante sobre el bello rostro pintado de la mujer del cuadro. A ella no le pasó desapercibido.

—¿Esa dama…?

Las mandíbulas de *sir* Horace se tensaron.

—Sí, era tu madre —reconoció—. Nos dejó pronto. Una lástima.

Era un cuadro que le había subyugado desde la primera vez que lo vio, una dama bellísima de piel tostada y mirada expectante. Lo observó de nuevo. En ese momento, acababa de tomar una nueva dimensión.

—¿Por qué no me lo había dicho? ¿Por qué está su retrato en esta habitación?

Un suspiro cansino salió de entre los labios de *sir* Horace. Aquella conversación ya duraba demasiado.

—Esa es su cama —la señaló con la crueldad impresa en sus rasgos—. Son sus sábanas. No iba a dejar que yacieras con todos esos hombres sobre el mismo lecho que te vio nacer, mejor estabas en el burdel. Hubiera sido… retorcido.

—Pero… ¿por qué? —casi suplicó Arabella.

Él la miró y aquellos ojos le parecieron tan deshumanizados que sintió cómo la recorría un escalofrío.

—Nadie me insulta y ella me humilló —le dijo con una voz más grave de lo habitual—. Le juré que se lo haría pagar, pero nos dejó demasiado pronto. —Sus facciones adquirieron el aire amable de siempre—. Por suerte, un trozo de ella misma se quedó aquí. Tú. Su hija. Te ha tocado purgar los pecados de tu madre.

—Es usted un monstruo. —De nuevo, las lágrimas barrieron su rostro

—Lo sé —sonrió—. El hombre perfecto para ocupar un cargo tan delicado como la subsecretaría de Interior. Incluso el despacho de secretario si lo de mañana sale bien.

—¿No me dirá qué pasará mañana? —no quería suplicar, pero no le quedaba otra—, ¿aunque sea por la memoria de mi madre?

Él, por un instante, pareció compadecerse.

—Solo te contaré, querida, que un caballero de gustos criminales ha pujado por ti y a cambio me abrirá las puertas a un ascenso que merezco —suspiró, satisfecho consigo mismo—. Lamentablemente, dudo que aguantes mucho entre sus manos, lo que es una lástima.

Se comía las lágrimas, pero tuvo arranques para escupir al suelo.

—Le odio.

—Es justo. —De nuevo, aquella sonrisa de hiena—. Ahora descansa. Mañana será un día movido para ti.

Sir Horace salió de la estancia como un buen padre que se ha acercado a darle las buenas noches a su querida hija y Arabella solo pudo mirar al exterior, rogando que aquella joven doncella hubiera encontrado la carta, porque era lo único que la separaba de un futuro nefasto.

9

Aquel sombrero negro con dos plumas del mismo color y un velo para cubrirle el rostro era perfecto para que los curiosos no se acercaran. Se lo había regalado Evelyn. Ailsa se había empeñado en pagárselo, por supuesto, pero su antigua doncella no se lo permitió.

Hacía dos días de la nota de Adrian y la joven McGomery había decidido no llorar, no encerrarse en sus habitaciones como una paloma herida, no dejarse arrastrar por aquel desgarro que sentía en su corazón porque, si algo le habían enseñado sus meses de cautiverio era que la vida era corta e imprevisible y ni siquiera por amor merecía la pena desperdiciarla.

Aquella conclusión no significaba que se sintiera bien. Estaba convencida de que había encontrado las fuerzas para escapar de aquel lugar pensando en su amor por Adrian, en un futuro juntos, en lo que sentía su corazón cuando pensaba en él.

Se estiró en la silla de montar y apretó las rodillas contra el cálido pelaje del caballo. No iba a pensar en él, nunca más. Si había decidido que lo que había entre ambos ya no existía ella no era nadie para dudarlo.

En contra de los criterios de su madre aquella mañana había decidido salir a montar a caballo en Rotten Row, cerca de los jardines de Saint James. La acompañaba un lacayo, que iba tras ella a prudente distancia, y la condesa le había hecho prometer que no intentaría trotar y mucho menos galopar.

La mañana era agradable, aunque aún fresca, y el largo paseo estaba tranquilo a aquellas horas. Su negro traje de amazona y el velo que le cubría el rostro le daban el anonimato necesario para no tener que detenerse con nadie, algo que agradeció.

Acababa de terminar la tercera vuelta por la avenida cuando un carruaje que venía en dirección contraria le llamó la atención. Era

el de tía Mildred, no le cupo dudas, y aceleró el paso hasta alcanzarlo.

—¡Qué maravillosa coincidencia! —exclamó Fiona al verla aparecer, pues era solo ella su ocupante, ya que la tía se había levantado con un poco de jaqueca —. Mataría por volver a la edad en la que montar no me molía los huesos.

Ailsa se colocó al lado del cabriolé descubierto y decidió acompañarla hasta el final de la avenida. Para ella había sido una sorpresa descubrir que los abuelos estaban en Londres. También lo había sido saber que su padre había decidido quedarse en Inverness, aunque de carácter bien distinto.

—Necesitaba pasear, tomar el aire —le explicó a su tía abuela —. Esta ciudad me asfixia.

Fiona la contempló y su pecho se llenó de orgullo. Ailsa no solo era arrebatadoramente hermosa, sino que había heredado aquella fuerza de los McGomery que la volvía magnífica, y aquella mañana, montada en un corcel tan negro como su atuendo, parecía una diosa bajada del Olimpo para exigir venganza.

Por supuesto que se había enterado de la carta de Adrian Gillen. Les había cogido a todos por sorpresa e incluso Ewan había tenido la intención de ir a pedirle explicaciones, cosa de la que la condesa le obligó a desistir.

Fiona pensó en la manera más adecuada para preguntarlo y al final decidió no andarse con paños calientes.

—¿Has vuelto a tener noticias de Adrian?

La mandíbula de Ailsa bajo el velo se crispó, pero nada en su posición sobre el caballo o en su postura dio más muestras de lo incómoda que era la pregunta. Alzó la barbilla, arrogante, antes de contestar.

—No, y me es indiferente si eso no sucede.

Ahí estaba el orgullo de los McGomery, el mismo con el que ella llevaba cincuenta años lidiando. Y quizá el mismo que anidaba en su corazón. Intentó no sonreír para que Ailsa no lo malinterpretara.

—Quizá deberías exigir una explicación, ¿no crees?

Su sobrina nieta la miró con una ceja alzada.

—Me extraña ese consejo viniendo de ti, abuela. Siempre has dicho que una dama jamás ruega, únicamente decide. Además, ¿no era eso lo que querían mis padres? Nunca les convenció el señor Gillen.

Fiona se mordió el labio inferior.

—¿Ahora le llamas así?

Pero no hubo respuesta. Conocía muy bien a Ailsa y sabía que estaba abatida, pero como buen McGomery no lo dejaría vislumbrar, se encabezonaría en que se encontraba bien, en seguir adelante, en quitarle importancia hasta que…

Su sobrina nieta decidió cambiar el sentido de la conversación.

—¿Cuándo volverás a casa? Nessa te echa de menos.

Y Fiona a todos ellos. Cuando se marcharon de Escocia, supo lo que los extrañaría. A pesar de vivir en lugares distantes, había solo una jornada de camino entre una residencia y otra, por lo que se visitaban a menudo. Únicamente cuando había llegado a Londres se había dado cuenta de cuánto les faltaban. Suspiró y se recolocó el precioso chal de seda sobre los hombros.

—Por ahora, estoy cómoda con Mildred, y supongo que pronto volveremos a Glenmara Castle —hizo una pausa—. Al menos yo.

Aquel comentario hizo que Ailsa se volviera hacia ella.

—¿Tú y el abuelo…?

Fiona miró hacia la larga vereda de árboles que flanqueaban el paseo. Alguien la saludó tocándose el ala del sombrero y ella correspondió con una levísima inclinación de cabeza para volver a mirar a su sobrina nieta.

—Quizá tengas razón al recordarme que una dama solo debe exigir respeto y nunca rogarlo —le tomó la palabra a Ailsa—, así que no pienso volver a hablar con él.

Ailsa titubeó, algo extraño en ella, pero aquella idea había estado taladrándole la cabeza desde que hizo por primera vez lo que su tía abuela le había encomendado.

—¿Tiene algo que ver aquella muchacha? —soltó.

Notó cómo Fiona se envaraba y su mano derecha apretó los bordes del chal. Estaba claro que no era un tema que le agradara.

—No sé de qué me hablas —contestó.

—Antes de partir hacia Londres, ¿recuerdas? —insistió a pesar de darse cuenta de cómo le incomodaba—. Me diste su dirección y algo de dinero con el recado de que la visitar a menudo para asegurarme de que estaba bien.

Los labios de Fiona se fruncieron antes de hablar.

—Esa joven… era solo alguien a quien debía un favor.

—Y que se parece poderosamente a ti.

Fiona volvió la cabeza para mirarla a los ojos. La mirada de *lady* Fiona de Benmore era como la de la Medusa, podía volver de piedra a quienes se pusieran en medio. Pero Ailsa la sostuvo sin apartarse porque sabía que aquello era importante. Su tía abuela alzó la barbilla antes de contestar.

—Las jóvenes con facciones decididas son todas iguales, querida.

Estaba claro que no se lo iba a contar. Ailsa suspiró. No había nacido la persona que pudiera hacer decir a *lady* Benmore algo que no quisiera.

—No voy a preguntarte nada que te incomode —le aseguró—, pero me sucedió algo extraño una de las veces que la visité.

Fiona se incorporó en el asiento del carruaje.

—¿Extraño?

¿Cómo se lo explicaba? Sabía que era importante, estaba seguro de la fidelidad del abuelo, pero no dejaba de ser insólito.

—Había dejado la casa de la señorita Mairi atrás y recorrido un largo trecho —le explicó—, cuando le pedí al cochero que cambiara de dirección, pues quería comprar unas cintas para Evelyn. Al pasar de nuevo por delante de su casa…

Dudó si continuar. ¿Se estaba metiendo donde no la llamaban?

—Adelante —le exigió Fiona.

Ailsa titubeó, pero si había llegado hasta allí…

—Me pareció ver al abuelo entrando en aquel edificio. Estoy segura. Era él.

El rostro de su tía abuela empalideció.

—También son iguales todos los viejos carcamales que se ayudan con un bastón —dio por respuesta.

Pero Ailsa conocía todas sus tretas, todas sus artimañas para salirse con la suya y sabía que la única manera de tratar con su abuela era siendo directa.

—¿Quién es esa mujer, abuela? ¿Quién es la señorita Mairi?

Fiona miró al frente. Ya no había restos de jactancia en sus facciones, solo de dolor.

—Mi mayor error, querida —contestó—. Uno tan grande que no podré encontrar consuelo mientras viva.

10

Abajo todos los sabían. Quizá no conocían los detalles, pero que el señor Gilchrist junto con la señora Whitmore y la señora Perrins guardaban un secreto en el despacho de la segunda era un secreto a voces cada vez más difícil de esconder.

Desde el feliz regreso de la señorita Ailsa, todo se había vuelto más complicado. Las numerosas visitas se presentaban sin avisar a cualquier hora del día, conocidos o desconocidos, pues solo era menester haber dejado una tarjeta un día antes para tener licencia de visitar a la familia que centraba todos los escándalos del momento.

El viejo mayordomo había sido inflexible en cuanto a los comentarios que se podían decir abajo y prohibió terminantemente cualquiera que tuviera que ver con el lamentable incidente del señor Ewan en la recepción de los Wetherby.

El trasiego en la casa hacía que siempre hubiera criados subiendo y bajando, demandando una taza de té o una copa de vino, limpiando una estancia o sirviendo una improvisada merienda, lo que volvía más difícil atender a Jane como era necesario.

La muchacha seguía alojada en el despacho de la señora Whitmore y cumplía a rajatabla la orden del médico de no moverse más allá de lo estrictamente necesario.

El amor que aquella muchacha sentía por la criatura que llevaba en su vientre y que la había precipitado a la desgracia era inconmensurable, aunque si no fuera por la dedicación de aquellos tres responsables del buen funcionamiento de la mansión ya estaría durmiendo bajo algún soportal o haciendo Dios sabía qué para lograr unas monedas con las que comprar comida.

Desde el día anterior Jane no se encontraba bien. Ella insistía en que no era nada, pero su tez estaba cenicienta y la recorría un sudor helado.

El buen mayordomo había bajado a verla tan a menudo como había sido posible pero arriba el ajetreo era tal que aquel día apenas había podido dedicarlo unos minutos.

Cuando, atendiendo nada más y nada menos que a *lady* Finch, el ama de llaves lo llamó disimuladamente desde la puerta, supo que las cosas habían vuelto a empeorar.

La que fuera responsable de los príncipe reales había acudido a la casa de los McGomery a felicitarlos por el feliz regreso de Ailsa, acompañada por tía Mildred y por Fiona, que no habían querido dejar sola a la condesa.

El señor Gilchrist indicó a un lacayo en voz baja que estuviera pendiente del menor deseo de la incitada y que se dispusiera a cumplirlo antes de que ella lo verbalizara. Solo cuando el joven se lo prometió, se atrevió a salir discretamente del salón de recibir para hablar con la señora Whitmore.

—¿Es Jane?

El ama de llaves, que se retorcía su almidonado delantal, simplemente asintió lo que provocó que el mayordomo se tirara escaleras abajo más preocupado por la salud de la muchacha que por la imagen que podría dar en el servicio un mayordomo que no guardada las formas.

Cuando llegó a las cocinas, intercambió una mirada con la cocinera que se le acercó con el mayor disimulo, pues a aquella hora la mesa del servicio estaba atestada de criados.

—He llamado al galeno. Está con ella.

El señor Gilchrist la miró con cierta sorpresa.

—¿A qué hora empeoró?

El ama de llaves que acababa de aparecer tras él fue quien contestó.

—No hemos querido molestarle teniendo que atender una visita tan importante, pero lleva así todo el día.

Su rostro se deformó con un rictus de preocupación. A su alrededor, ya había varios sirvientes que observaban el cónclave con curiosidad, incluso cuchicheos que se preguntaban qué estaba pasando y por qué había entrado aquel médico en el despacho de la señora Whitmore cuando ella no estaba.

Desde que se habían enterado de que supuestamente Jane había sido despedida, cosa que no era cierta, la joven había desaparecido de las conversaciones siendo sustituida por todo tipo de especulaciones: que si quien estaba dentro era Angus, que no había muerto y tenía el rostro deformado, que si era la misma señorita Ailsa que estaba presa por su familia, que si era un repartidor de verduras a quien detestaba la señora Perrins…

El viejo mayordomo se recolocó el chaleco y logró adquirir su habitual aire de pulcritud.

—Menos charlar y más trabajar —dijo para todos—. Siempre hay zapatos que lustrar, plata que pulir y encajes que almidonar

Sus palabras fueron como una orden porque se hizo el silencio y todos se centraron en lo suyo. Él aprovechó para entrar por el corto pasillo y acercarse a la puerta cerrada donde se hospedaba Jane. Miró hacia atrás para asegurarse de que su orden estaba siendo cumplida, se cruzó únicamente con los ojos preocupados de la cocinera y el ama de llaves, y solo entonces se atrevió a llamar.

—Adelante —escuchó la voz del médico.

Se armó de valor antes de acceder. Si a aquella muchacha le sucedía algo él sería el único responsable lo que significaría su despido inmediato y una vejez muy, muy dura. Pero el caso fue que no pensó en sí mismo, sino en la joven criada inglesa y en la criatura que intentaba mantenerse viva en su vientre a pesar de las inclemencias.

Cuando al fin entró, lo que se mostró antes sus ojos lo dejó aterrado.

—Pero… —no terminó la frase.

El suelo estaba lleno de paños manchados de sangre que seguramente le había proporcionado la señora Whitmore, Jane estaba medio desvanecida, con la mirada perdida y el rostro de un extraño color ceniza. Las manos del galeno, que se movían entre sus piernas, también se mostraban ensangrentadas, aunque el buen médico no había perdido el aliento y luchaba por salvarla.

—No vaya a desvanecerse —le advirtió al ver la palidez del mayordomo, aquejado de un problema cardiaco—. Tome esa botella

de *brandy* e intente que tome un poco. Su conciencia va y viene.

El señor Gilchrist hizo lo que le decía, aunque Jane apenas respondía a sus palabras y solo pudo humedecerle los labios.

—¿Qué-qué ha sucedido?

El médico, remangado hasta los codos, le contestó sin mirarlo porque tenía toda su atención puesta en Jane.

—Ha sufrido una inundación —le explicó con voz neutra—. No se sabe muy bien por qué sucede. A veces la placenta viene antes que el feto y otras… Solo Dios conoce las causas. Si no detengo la hemorragia, morirá.

El mayordomo dio un paso atrás. Si Jane moría…

Buscó una silla y se sentó junto a la muchacha a la que tomó de la mano. Los párpados no los tenía cerrados del todo y se le veía una línea blanca que causaba impresión. Intentó no marearse. La sangre siempre lo había puesto enfermo. En ese instante, se dio cuenta de lo poco que le importaba *lady* Finch y si su té estaba a la temperatura adecuada.

—Pida lo que necesite —logró musitar.

Él médico se lo agradeció con una breve mirada.

—He mandado a buscar a la matrona.

—¿La matrona? ¿Para qué?

Se lo había explicado al ama de llaves y a la cocinera, pero, al parecer, estas no habían tenido el coraje suficiente como para decírselo. Su voz no cambió la modulación de quien se enfrentaba a diario con cosas así.

—Hay que sacarle el niño.

La explicación pareció tardar en abrirse paso entre los pensamientos del señor Gilchrist. Aquel mismo médico les había dicho que, con reposo absoluto, la criatura maduraría hasta el noveno mes, para lo que aún quedaba mucho tiempo. Intentó no parecer anonadado.

—Pe-pero si aún no está maduro, no creo...

El doctor lo miró esta vez a los ojos. Estaba muy serio, incluso preocupado.

—Señor Gilchrist, creo que no es consciente de la gravedad —dijo con voz fría—. Ya no hay más tiempo. Lucharemos por la vida

de ambos —miró brevemente a Jane, que seguía medio inconsciente —, pero he de serle sincero. El niño no tiene posibilidades de sobrevivir y la madre…

El señor Gilchrist se atrevió a tomarlo de la manga.

—Dígame que podrá salvarla.

El médico no se sintió ofendido. Todo aquello debía de ser para él de lo más habitual.

—Son muy pocas las que se libran con algo así. Lo lamento.

El buen mayordomo se hundió en el asiento. Otra vez, pasaba de nuevo y, aunque en esa ocasión se había comportado como debía, seguía siendo su responsabilidad. Sus ojos se anegaron de lágrimas y tuvo que bajar la cabeza para que el galeno no se percatara.

Miró a la joven Jane, que tenía toda la vida por delante, un futuro alegre y feliz si no fuera porque se había cruzado con una animal, con un hombre sin escrúpulos que la había utilizado para después despreciarla. Le retiró el rubio cabello mojado de la frente. Ella gimió, intentó abrir los ojos, pero volvió a la postura inicial.

—¿Está sufriendo mucho? —se preocupó el mayordomo, pero él médico movió la cabeza negativamente.

—Le he dado láudano mezclado con adormidera. Se enterará de poco, aunque me temo que habrá que cortar.

Sabía que había un procedimiento donde se sacaba al bebé usando unos fórceps. Pocos eran los niños que quedaban bien y pocas las madres que sobrevivían. Intentó sobreponerse, aparentar un ánimo que no sentía.

—¿Cómo podemos ayudarle?

El médico le clavó la mirada. Por primera vez, pareció desaparecer aquella frialdad y sus ojos brillaron de comprensión.

—Creo que va siendo hora de decirle a sus señores lo que sucede aquí —le recomendó—. Es mejor que lo sepan ahora, antes de que tengan que velar dos cadáveres.

11

Ha llamado la señora? —preguntó el señor Gilchrist, apareciendo en la biblioteca con rostro demudado, donde *lady* Currie intentaba entretener su cabeza leyendo una de las novelas de Ailsa.

—¿Aún no ha llegado la señorita Nessa? —le volvió a preguntar la condesa, y aquella era la tercera vez que lo hacía.

El buen mayordomo juntó las manos a sus espaldas.

—Me temo que no, *milady*. ¿Quiere que envíe a alguien a preguntar a la academia de señoritas?

La dama dejó el libro a un lado. No tenía la cabeza para romances apasionados.

Últimamente, Nessa se comportaba de una manera extraña. Se mostraba ensimismada, menos parlanchina que de costumbre y parecía haberse olvidado de aquel duque de Glenrowan que la tenía obsesionada hacía años, pues no había vuelto a hablar de él. ¿Estaba madurando? ¿Se estaba convirtiendo en una mujer ante sus ojos y los acontecimientos habían propiciado que no lo viera?

Sacudió la cabeza. Eso no explicaba por qué llegaba tarde últimamente ni por qué eran tan poco creíbles sus explicaciones. Quizá ella misma estaba soliviantada desde lo de Ailsa y temía que sus hijas fueran a ser raptadas como si aquello fuera de lo más habitual en una ciudad cosmopolita como Londres.

Un parloteo conocido en la antesala anunció a tía Mildred antes de que esta entrara en el salón sin hacerse anunciar.

—Otra de mis jaquecas —dijo sin que nadie le preguntara—. ¿No está aquí la tía Fiona? Me ha sido imposible acompañarla esta mañana. Creía que venía hacia tu casa.

Lady Currie se alegró de verla.

—Tía Fiona no ha aparecido y el tío ha salido temprano —le señaló el otro diván—, pero descansa un poco. El dolor de cabeza solo se quita con oscuridad y paciencia.

—Y quizá con un dedito de *whisky* —Mildred se volvió hacia el mayordomo—*,* de ese que guarda el señor Gilchrist.

El aludido le hizo una reverencia y su rostro no se inmutó.

—Se lo traeré yo mismo— Anunció para salir de la estancia y dejar a ambas cuñadas a solas.

Al fin, Mildred se sentó enfrente de Moira, y lanzó otro de sus largo suspiros.

—Tu casa está demasiado tranquila para ser cerca de la hora del almuerzo —apuntó.

Lo estaba, algo a lo que no terminaba de acostumbrarse,

—Los chicos han salido —le explicó a su cuñada—, Moira está en Palacio y Ailsa ha decidido ir a montar.

—¿Y Nessa? Debería estar en casa a esta hora.

Era la tercera vez que se retrasaba aquella semana y, aunque siempre había una excusa, su madre empezaba a sospechar que algo raro pasaba. Decidió contrastar sus impresiones con su cuñada.

—¿No la has notado extraña últimamente?

Esta la miró con una inocencia culpable.

—No he percibido nada.

—Contigo habla a menudo. Más que conmigo.

—Ya sabes que una madre…

Lady Currie no había apartado sus ojos de los de tía Mildred, que había evitado mirarla, haciendo como que el tapizado de la otomana acaparaba toda su atención. Aquella forma de comportarse resultó sumamente sospechosa a la condesa.

—De hecho —comentó al aire—, últimamente siempre la veo pegada a ti.

Esta soltó una risita nerviosa.

—Cosas de crías, Moira.

Su cuñada frunció el entrecejo. Acababa de confirmar lo que había supuesto.

—Mildred, ¿qué está sucediendo con mi hija?

Esta se llevó una mano al pecho, más sorprendida de lo que correspondía.

—¿Por qué crees que te oculto algo?

—Porque tu nariz se pone roja cuando lo haces.

Su cuñada se llevó una mano a las sienes, cerró los ojos y se masajeó aquel trozo de piel.

—Mi jaqueca.

Sus diferentes enfermedades habían sido su argumento para escabullirse de sus responsabilidades desde que se conocieran hacía una eternidad, cuando Mildred era una bonita joven casada y a punto de mudarse a Londres y ella una rebelde a quien no le quedaba otra que obedecer a sus padres. *Lady* Currie clavó una mirada que no admitía réplica en los culpables ojos de Mildred.

—Insisto.

Esta no tuvo más remedio que suspirar. Era consciente de que antes o después alguien lo iba a descubrir. Aun así, intentó negociar.

—¿Me prometes que no contarás nada?

—¡Mildred! —se escandalizó la condesa—. Estamos hablando de mi hija.

La tía se frotó las manos, nerviosa. Su estrategia no había funcionado y ella era muy consciente de que lo que iba a contarle no le gustaría a su cuñada. Decidió no andarse con ambages y soltarlo sin rodeos. Se acomodó en el asiento, unió ambas manos y aún lo dudó un poco antes de decirlo.

—Nessa se está viendo con un caballero.

Lady Currie se quedó sin palabras, parpadeó, abrió la boca, volvió a parpadear, hasta que lo que su cuñada acababa de decirle se conformó nítidamente en su cabeza

—Dime que eso no es cierto.

—Quizá me he precipitado y he sido demasiado explícita —se lanzó Mildred a aclarar—. Se ven en mi casa. Bajo mi supervisión. Todo de lo más decoroso y dentro de las mejores costumbres.

La mirada de la condesa se endureció.

—¿Como sucedía con Ailsa y Adrian antes de que la raptaran?

—Esto es distinto —se sentó sobre el borde del asiento para acercarse a ella—. El caballero no solo es de lo más conveniente, sino que cumple un sueño largamente postergado por Nessa.

—¿Intentas convencerme para que no me enfade, para que no me indigne contigo?

Mildred guardó silencio, pero no porque se avergonzara de lo que había vuelto a hacer, sino para generar expectativa antes de soltar la gran noticia que guardaba, sonrió antes de que sus palabras brotaran.

—El caballero que corteja a Nessa es lord Glenrowan.

La condesa debía reconocer que no se esperaba aquello.

—¿El duque? —preguntó, incrédula.

Tía Mildred había pasado de un estado de ánimo compungido a otro exultante. Tomó a su cuñada de ambas manos.

—Es un caballero absolutamente encantador —le confesó emocionada—, y yo estaba equivocada al pensar que se interesaba por Moira. Es a nuestra Nessa a quien ha elegido —sus pupilas brillaron—. ¿No te parece la mejor noticia del mundo?

Lady Currie apartó las manos con cuidado para no ofenderla. Era una buena noticia, aunque no estaba de acuerdo con las formas de su cuñada.

—Tendrías que habérmelo dicho, Mildred —la reprendió.

—Te habrías enfadado, como ahora, y mi intención era contártelo cuando hubiera una propuesta seria por parte del duque.

La aludida se recostó sobre el respaldo del diván. Los tejemanejes entre Mildred y Fiona siempre se convertían en un problema. Se preguntaba cuál sería el lado oscuro de todo aquello. Apretó los labios.

—Esta vez no sé si podré perdonarte.

Mildred le palmeó el envés de la mano.

—Lo harás cuando tu hija sea una duquesa —expuso—. ¿Debo recordarte que se han ido al traste todos nuestros planes? Ailsa ha sido rechazada por Adrian, Moira es posible que jamás se case y Ewan ha estado a punto de echarlo todo a perder con los Wetherby. Estamos luchando a la desesperada.

Aunque tenía razón, no le gustó oírlo.

—No lo veo así.

—Pues deberías —se puso Mildred exigente—, y si no fuera porque la tía y yo estamos trabajando para que esta familia tenga un futuro próspero…

—Me da miedo lo que podéis estar haciendo las dos —la interrumpió.

—Cuidaros, como es nuestro deber.

La condesa volvió a mirarla a los ojos y se incorporó. Sus cejas seguían fruncidas.

—Entonces, ¿tienes todo bajo control con Nessa y lord Glenrowan? —expuso más que preguntó.

La aludida se llenó de orgullo.

—Totalmente, y él no puede ser ni más caballeroso ni más decente.

Lady Currie no relajó la mirada.

—¿Me aseguras pues que Su Gracia solo visita a Nessa en tu presencia?

Mildred se llevó una mano al pecho, aunque el gesto le quedó en exceso teatral.

—Me ofende que lo dudes.

La presión de la condesa no se relajó.

—¿Y cuándo empezó a cortejarla?

A pesar de que Mildred ya sospechaba que todas aquellas preguntas la estaban llevando a una trampa, no pudo resistirse a contestar a esto último.

—Sé exactamente cuándo porque fue el mismo día en que Ailsa volvió sana y salva con nosotros.

La condesa asintió, aunque sus ojos no brillaron.

—Explícame entonces —le expuso, cruzando los brazos—, dónde está mi hija en estos momentos, porque es desde esa fecha cuando ha dejado de volver a casa a la hora que le corresponde.

Y, por suerte, llegó el señor Gilchrist con su vaso de *whisky*, lo que le evitó a Mildred tener que contestar.

12

Travish se ajustó la chistera y atravesó la calzada en dirección al edificio del parlamento ubicado en el viejo Palacio de Westminster, a orillas del Támesis.

Alan lo había invitado a una de sus sesiones, donde el joven irlandés intervendría para defender una reforma en la Cámara de los Lores sobre tributaciones agrarias ventajosas para los pequeños terratenientes.

La etiqueta en el parlamento era menos rígida que en el palacio de Saint James, donde todo estaba medido, reglado. Debería permanecer de pie al fondo de la cámara, en silencio absoluto, no abandonarla hasta que terminara la sesión y después ambos acompañarían a un grupo de amigos para celebrarlo.

La relación entre Travish y Alan se había distanciado en el último mes. El joven irlandés había insistido en que se siguieran viendo, pero al primero no le había parecido una buena idea. Si bien era cierto que con él había descubierto sensaciones que creía imposibles de sentir, también lo era que la tortura que todo aquello le producía no le dejaba dormir, por lo que había llegado a la férrea conclusión de que se había acabado. Aquel flirteo insensato con lo prohibido había llegado a su fin y su único objetivo en adelante era encontrar a una buena candidata como esposa, que amara la lectura y la tranquilidad.

En cierto modo, aquel último encuentro entre Alan y él era una manera de poner un broche a una relación de amigos que se habían tomado más libertades de las debidas, ambos necesitaban reconducir sus vidas en una dirección bien distinta.

Franqueó la entrada del viejo palacio, saludó a algunos caballeros que lo miraron con curiosidad y accedió a la sala de sesiones de la Cámara de los Lores, donde nobles hereditarios,

obispos y señores vitalicios ya estaban sentados a la espera de que el lord Canciller iniciase la sesión.

Se ubicó al fondo, donde le habían indicado, y buscó a Alan con la mirada. Estaba sentado entre dos caballeros orondos, repasando sus notas antes de la intervención. Travish lo miró con una sonrisa en los labios. En aquel momento, Alan no se parecía en nada al joven divertido y sensual con el que tanto había disfrutado. No quería perderlo como amigo, pero sus juegos eróticos se habían acabado para siempre.

Más relajado y con cierta expectación, paseó la mirada por la bancada. Allí, sentado cada uno en su bancal, estaban lord Liverpool, que se había convertido en el primer ministro tras el asesinato de Spencer Perceval; Wellington, todo un héroe militar; el marqués de Lansdowne, líder de los Whigs; e incluso el duque de Norfolk, el jefe de la nobleza católica.

Alguien lo saludó cuando ambas miradas se cruzaron. No lo reconoció al punto, pero sus facciones, bellas y decididas, abrieron las brumas de su mente hasta que se dio cuenta de que se trataba de Duncan Glenrowan, el duque escocés de quien estaba enamorada la pequeña Nessa. Le correspondió con una ligera inclinación de cabeza, extrañado por aquella muestra de amabilidad, ya que no habían sido presentados, y siguió con el recorrido visual.

Algo llamó su atención. No estaba seguro de qué era, como una mirada insistente que se percibe más que verla, así que giró la cabeza en la dirección contraria y se encontró con los ojos de William Carvindale, duque de Dovedale, que estaba en su asiento, ya que formaba parte de la Cámara, al igual que Alan.

Un escalofrío recorrió la espalda de Travish y rogó porque aquel estremecimiento no hubiera sido visto por William. Se mantuvieron la mirada unos instantes. El joven McGomery no se atrevió a mover un solo músculo de su rostro. El duque hizo un tanto de lo mismo.

Tal y como había comenzado, se diluyó aquella especie de reto. William volvió la mirada a la concurrencia y Travish al fin tragó saliva, mientras intentaba controlar su pulso acelerado y el ligero sofoco que le había acalorado.

La última vez que se habían visto, había sido en la biblioteca y debía reconocer que no se había portado como un caballero. Ese día lo odió con todas sus fuerzas cuando lo vio allí, parado, como si nada hubiera sucedido entre ellos. Sí, lo excitó, se arriesgó a amarlo en un lugar prohibido para después dejarlo a medias, lo que debía reconocer que lo llenó de satisfacción.

Estaba decidido a olvidarlo. Lo había olvidado ya, de hecho, y estaba convencido de que, en cuanto saliera de aquella sala de sesiones, la imagen de William se perdería entre las sombras de sus recuerdos y no volvería a pensar en él.

Esbozó una sonrisa cortesana y volvió a pasear la mirada por el bancal, evitando cuidadosamente el ángulo en el que se sentaba Dovedale. Esa vez, Alan sí lo vio y su sonrisa se ensanchó para darle ánimos, pero el joven irlandés parecía nervioso, apartó la mirada de inmediato y volvió a sus notas.

Hubo un movimiento a su derecha que hizo que mirara hacia allí. William acababa de ponerse de pie, se estaba abrochando la levita y pedía paso a uno de sus compañeros de bancada para que lo dejara salir, lo que parecía no sentar demasiado bien a quienes estaban alrededor.

Travish lo vio abandonar su escaño y atravesar la sala en dirección a la salida. William solo lo miró cuando pasó por su lado, un instante nada más, pero él volvió a sentir aquello, una especie de pulsión que le atravesaba el alma y no tenía explicación.

Sin saber por qué, también se puso de pie. Miró por última vez en dirección a Alan, que seguía concentrado en sus papeles, y siguió a William hasta el exterior de la sala seguido por los cuchicheos de los caballeros que criticaban tamaña falta de educación.

En el vestíbulo de acceso quedaba poca gente, aunque Travish tuvo que acelerar el paso para alcanzarlo.

—¿Qué se supone que he hecho?

William se detuvo, miró alrededor para evaluar cómo de indiscreto estaba siendo aquello y después clavó sus ojos en el joven McGomery.

—¿Eres tan egocéntrico que piensas que mi decisión de marcharme está relacionada contigo? —dijo muy serio y en voz baja.

Travish no se amilanó.

—Sí, lo creo. Y si eso me convierte en un vanidoso, debo serlo.

Un par de caballeros los miraban por encima de sus anteojos, escandalizados por que hubiera una disputa en el sacrosanto templo de las leyes.

—Este no es lugar para una discusión —le contestó furioso.

—No he venido a discutir contigo.

Por toda respuesta, William lo tomó de la manga de la levita y lo arrastró a través de un pasillo hasta detenerse ante una puerta cerrada.

—Aquí, el despacho del lord Canciller estará desierto hasta que termine la sesión.

La abrió y los dos jóvenes se precipitaron hacia el interior. No era gran cosa, angosto y repleto de documentos, pero a ninguno de los dos les importó.

A solas, ambos se enfrentaron, mirándose a los ojos, sin disimulo. Fue Travish quien habló.

—He decidido no volver a ver a Alan.

Una mueca cínica desdibujó los labios de William.

—Viéndote en su primera intervención en el parlamento nadie lo diría.

—Es una forma de despedirme de él —le aclaró—, de despedirme como…

Al no encontrar la palabra adecuada, William tuvo el acierto de decirla por él.

—Como amantes.

Un resoplido salió de la nariz del joven escocés.

—Cosa que te molesta desde el mismo día en que dejé de serte interesante.

William alzó la mirada. Se había jurado no volver a cruzarse con Travish, y allí estaban, en el lugar menos discreto de toda Inglaterra.

—¿Qué te hace pensar que me interesaste alguna vez? —intentó herirle.

El joven McGomery inclinó la cabeza y clavó sus ojos de felino en él, lo que hizo que se estremeciera. William tuvo que dejar de mirarlo y se entretuvo en el cierre de sus guantes.

—Sé que te intereso por la manera en que te estremeciste la última vez que nos vimos.

Era una clara referencia a lo que había ocurrido en la biblioteca, a la forma en que se habían amado, en que se había dejado poseer para ser humillado como nadie se había atrevido nunca a hacer. Intentó que Travish no se diera cuenta de cómo le turbaba todo aquello, por lo que logró esbozar una sonrisa cínica.

—Lo que hiciste no es propio de un caballero.

—Lo que hicimos tú y yo —le aclaró—, tampoco.

William miró hacia la puerta. Si Travish volvía a acariciarlo, ¿se arrojaría de nuevo a sus brazos? Si intentaba humillarlo…, ¿lo dejaría hacer? Logró recomponerse.

—¿Por qué se supone que tengo que seguir hablando contigo?

Travish dio un paso en su dirección.

—Porque, si no quisieras hacerlo, ya te habrías marchado. Eres el todopoderoso y admirado duque de Dovedale y yo un simple segundón escocés que no conoce bien las buenas costumbres.

Sintió cómo se le calentaba el corazón. Debía reconocer que no había sido justo con él, que había tenido miedo de lo que sentía, de lo que por primera vez sentía por otro hombre.

—Cuando supe lo de tu hermana, lo de *lady* Ailsa, me sentí responsable —le confesó William—. Si yo no te hubiera besado, tú habrías ido en ese carruaje, y quizá ella no hubiera sido raptada aquella noche.

Travish dio otro paso hacia él.

—Es posible, pero ¿qué tiene eso que ver con que no volvieras a escribirme una simple nota, que desaparecieras de Londres como si yo fuera un apestado?

El dolor que había en los ojos del muchacho le hizo recuperar la ternura. No pudo evitar sonreír. Incluso pensó en ponerle una

mano sobre la mejilla algo que, gracias al cielo, pudo controlar.

—Mi inocente Travish. ¿Aún no te has dado cuenta?

Este frunció las cejas, enfadado.

—Ilumíname, ya que soy un bruto de las Tierras Altas.

William se ajustó la chistera. Aquella conversación debía acabar cuanto antes o se arrepentiría de por vida.

—Alan y otros amigos como él han sido siempre una buena compañía para mí —le confesó William—, gente que me han ayudado a comprender y a disfrutar la vida. Con ellos, nunca ha habido conflicto más allá del temor a que nos descubrieran. Con ellos era fácil. El corazón no tenía nada que ver con lo que hacíamos. La memoria solo se acordaba de los momentos de pasión. Era una bendición.

Travish retrocedió.

—¿Tan desagradable fue para ti yacer conmigo?

La sonrisa dulce, dolida, de William, se acentuó.

—Travish McGomery, si es eso lo que has leído en mis palabras, harías bien olvidándote de mí.

Un quejido exasperado brotó de los labios del joven McGomery

—¿Por qué contigo es tan difícil?

—Ahora sí has retomado el camino correcto —dijo su amigo, su amante—. Vuelve a la sala, acompaña a Alan en su primera sesión del parlamento y congratúlate con él.

—Y Tú, ¿qué harás?

Bajó la mirada. Cuando la alzó, el rastro de dolor se había conseguido disimular.

—También tienes la respuesta para eso, aunque no te hayas parado a meditarlo.

Su boca esbozó una sonrisa leve, se ajustó los guantes y salió de la habitación, dejando a Travish más confundido que cuando había entrado.

13

Lady Felicity Lovelock no era una dama corriente. Una tía suya había sido amante de Jorge II según decían y otra de sus muchas primas había estado a punto de ser princesa de Gales si la cordura del Rey no hubiera metido a su hijo en vereda. Aquello, su cercanía con las familias más importantes del Reino y una capacidad innata para llevar sus conversaciones allí donde necesitara, la convertían en la alcahueta perfecta, según Fiona, o en la casamentera adecuada, según tía Mildred.

Aquella tarde, las tres damas estaban sentadas en los asientos que el servicio de *lady* Felicity había ubicado para ellas en la rivera del Támesis, en un punto indeterminado entre London Bridge y Cadogan Pier. Había un lacayo que les servía el té, y tanto su cochero como un mozo de cuadras se encargaban de apartar a quienes se acercaban a ellas llevados por la curiosidad, pues no era habitual ver a damas de su categoría hacer el pícnic en un lugar como aquél.

Lady Felicity volvió a alzar sus anteojos para mirar a través de ellos las oscuras aguas del río, como si esperara que algo aconteciera de un momento a otro.

—¿Y dicen que no hay una sola gota de sangre inglesa en las venas de la muchacha?

Mildred fue a contestar, pero Fiona se le adelantó.

—Soy medio inglesa y medio escocesa, pero la señorita Moira es mi sobrina nieta política, por lo que sus ancestros hasta donde recuerdo son oriundos de las Tierras Altas.

Mildred se soliviantó por la respuesta. ¿Y si no gustaba a *lady* Felicity? ¿Y si se negaba a representarla?

—¿Puede ser eso un inconveniente? —casi suplicó.

Pero la dama apartó los anteojos y la miró con una sonrisa espléndida.

—¡En absoluto! —exclamó—. A los caballeros de fortuna les encanta el exotismo.

Fiona alzó una ceja.

—Una forma curiosa de verlo.

Continuaron contemplando las peligrosas aguas del Támesis. Ni Fiona ni Mildred tenían la más remota idea de por qué las había citado allí. Era un lugar bastante vulgar y sin ningún aliciente más allá de que nada interrumpía la vista de la rivera.

Lady Felicity volvió a alzar sus anteojos.

—Sigo sorprendida de que hayan recurrido a mí —se volvió hacia tía Mildred—. Usted, *lady* Ravenshire, ha ayudado al feliz encuentro de muchas jóvenes parejas —sonrió a Fiona—, y usted, *lady* Dunrath…

Esta la corrigió.

—*Lady* Benmore, si no le importa.

—Como prefiera —continuó—. Le decía que usted conoce a todo el mundo y es admirada por la mayoría. ¿En qué podría yo ayudarlas que no lograran ustedes?

Mildred y Fiona intercambiaron una mirada sospechosa. Esta última no terminaba de estar convencida de todo aquello, pero los argumentos expuestos por su sobrina sobre lo imperioso de encontrar un prometido cuanto antes para Moira eran ciertos.

—Es una cuestión de tiempo —contestó la tía.

La dama dio muestras de no entenderlo, por lo que Fiona amplió la información.

—Mi sobrina Mildred quiere decir que el reloj juega en nuestra contra y, por mucho que nos precipitáramos, ya sabe cómo son estas cosas: visitas, reuniones con los padres, negociaciones. Necesitamos algo más rápido.

Así era. Un matrimonio no se concertaba de la noche a la mañana y mucho menos en las familias principales. Era necesario un acercamiento, una larga negociación y solo cuando todo estaba claro se permitía el cortejo.

Lady Felicity volvió a mirarlas. Primero a una y después a otra.

—¿Hay que tapar un… escándalo?

El tono de su voz indicaba claramente a qué se refería.

—¡Por supuesto que no! —se sintió Fiona ofendida.

Eso pareció calmar a la dama, que continuó con el interrogatorio.

—¿Y cómo de rápido lo necesitan?

Mildred juntó ambas manos antes de contestar.

—¿Un mes sería excesivo?

Un rictus de sorpresa desdibujó el rostro de la casamentera. Aquello más que rápido era temerario. Se anduvo con cuidado con lo que iba a decir.

—¿Puedo hacerles una pregunta indiscreta?

—Nos reservaremos el derecho a contestar —dijo Fiona, a quien era imposible pillar con la guardia baja.

—Ninguna de las dos son las tutoras legales de la señorita Moira —aguzó la mirada—, por lo que entiendo que vienen en representación de sus padres, ¿verdad?

Mildred se llevó una mano al pecho que quedó muy convincente.

—Mi cuñada confía ciegamente en mí.

—No es eso lo que he preguntado, querida —la argucia no había tenido el resultado esperado—. Sería lamentable que llegáramos a un acuerdo con un caballero y en el último momento los padres de la agraciada se echaran para atrás.

De nuevo, analizó el rostro de ambas damas mientras Fiona contenía un gesto de desagrado, pues empezaba a helarse en un lugar tan húmedo.

—*Lady* Currie nos ha encomendado esta misión —contestó esta última—. Ya sabe que la familia ha sufrido mucho últimamente y no sería decoroso verla liada en estos asuntos cuando hace tan poco tiempo que Ailsa ha regresado a casa.

Aquello pareció derribar las objeciones que aún quedaban en la casamentera, que alzó una vez más sus anteojos y los enfocó en las aguas negras del río.

—Bien, en ese caso, me gustaría saber cuáles son sus necesidades.

Fiona ya no aguantaba más.

—¿Y nos explicará por qué diantres estamos sentadas a orillas de este pestilente río?

—Solo tenemos que esperar un poco más —esbozó *lady* Felicity una sonrisa tranquilizadora—. ¿Me dirán qué buscan?

Mildred lo tenía claro. Ella misma había buscado marido a las hijas de algunas amigas y parientes. Se podría decir que era una experta en aquella materia.

—Nuestra Moira es una auténtica joya —expuso—, así que buscamos a alguien que la iguale en cada uno de los aspectos en los que ella brilla.

—Con título y fortuna —resumió Fiona, mucho más pragmática.

La dama la miró a los ojos.

—Usted y yo nos entendemos, *lady* Benmore.

—Debe ser un hombre refinado —volvió tía Mildred a la carga —, con una exquisita educación y buenas aficiones. De familia ejemplar donde no haya escándalos.

—Eso ya no existe en Inglaterra, querida.

—Mi sobrina quiere decir —volvió a intervenir Fiona—, que buscamos un caballero que no dé problemas.

La dama asintió y buscó de nuevo en las oscuras aguas, como si esperara que el citado caballero surgiera de ellas como Afrodita a las orillas de Citera. No se volvió hacia ellas cuando preguntó.

—¿La dote?

—Satisfactoria para todos los casos —fue sucinta Fiona.

—¿Edad, título, aspecto?

—No toleraré que un viejo la babee —arremetió de nuevo Fiona, indignada—. Por lo demás, lo mejor que encuentre.

Tía Mildred se apretó el chal sobre los hombros. Estaba helada.

—La humedad empieza a calarme —rogó—. ¿No podríamos marcharnos de aquí?

—Será solo un instante —la tranquilizó la dama—. Había oído decir que lord Glenrowan sentía aprecio por la señorita Moira.

A Mildred le brillaron los ojos.

—Pero milord… —fue a decir que ya pretendía a otra de las hermana McGomery.

—Queda completamente descartado —sentenció Fiona, que tenía argumentos muy distintos a los de su sobrina para rechazarlo y que, además, ignoraba lo que sucedía a sus espaldas.

—Entiendo —contestó *lady* Felicity, señalando algo que se movía entre las aguas—. ¿Quieren mirar hacia allí?

Ambas mujeres se giraron en aquella dirección para ver una embarcación de competición a cargo de la que estaban cuatro remeros en mangas de camisa, que se empeñaban para ir a la máxima velocidad.

Las regatas estaban muy de moda entre los caballeros de la aristocracia que se preparaban todo el año para competir en la Doggett's Coat and Badge. Era habitual verlos maniobrar en el río, aunque para Mildred y Fiona fue toda una sorpresa que la razón de quedar allí fuera aquella.

Lady Felicity señaló la embarcación.

—El que encabeza el *cutter* es el barón Alderwick de Wycombe —les contó—. Familia excelente, propiedades en el oeste, fortuna, y viudo con dos hijos de un matrimonio fallido. Difteria, según me dijeron. Es atractivo, no tiene defectos apreciables y busca esposa desesperadamente.

Ambas mujeres lo analizaron. No parecía un mal partido y tenía la arrogancia exigida a un caballero. Fue Fiona quien habló.

—No sé si un hombre con dos criaturas a su cargo…

—¿Queriendo un compromiso en un mes? Me temo que no es una opción que desestimar, querida.

Mildred estuvo a punto de arrancarle los anteojos porque no lograba verlo bien, aunque parecía un hombre atractivo.

—¿Por ese caballero estamos aquí?

Felicity volvió a mirar la embarcación.

—Del segundo de a bordo debemos desistir. Es el duque de Westhaven. Mujeriego y vividor. Dicen que tiene un hijo con una lavandera y que mantiene a una amante en un apartamento de Covent Garden.

—Pero es un duque —exclamó Mildred.

—No voy a casar a mi nieta con un hombre así —con las palabras de Fiona quedaba todo dicho y *lady* Felicity continuó.

—El tercero también busca esposa. El marqués de Ravensleigh, aunque está cercano a los cuarenta…

—Ya le he dicho que no pienso casarla con un anciano.

—Eso solo nos deja una opción —la dama chasqueó la lengua —, el caballero que rema a la cola, el conde de Bellhollow.

Fiona lo miró con curiosidad. No era mal encarado y se veía saludable.

—Parece bien constituido.

Mildred se inclinó hacia *lady* Felicity.

—¿Guarda algún secreto?

La dama sonrió.

—Si lo hace, está a buen recaudo porque yo no lo conozco. Familia excelente —enumeró—, fortuna antigua, buenos contactos en la Corte, y necesita casarse cuanto antes para heredar una baronía de magnificas rentas de una tía soltera.

Todas miraron hacia la embarcación para quedar sorprendidas cuando los caballeros alzaron la mano y las saludaron desde la distancia.

—¿Por qué nos saludan? —preguntó, perpleja, tía Mildred—. ¿Saben que estamos aquí?

Lady Felicity parecía satisfecha.

—Queridas, me tomo muy en serio mi trabajo —al fin dejó a un lado los anteojos y tomó su taza de té—. Los cuatro esperan ser elegidos. Ya me contarán qué han decidido, pues con tan poco tiempo no tenemos mucho más donde buscar.

Fiona se quedó pensativa mientras tía Mildred miraba con tal admiración a la dama, que esta estuvo segura de que la había convencido.

14

Moira se estiró en la cama y, al hacerlo, su piel desnuda acentuó el contacto contra el sólido cuerpo masculino. Alexander, que estaba adormilado, sonrió y apretó el abrazo con el que la tenía cogida.

—No me digas que ya te vas, o me romperás el corazón —le murmuró él al oído mientras le buscaba los labios para besarla.

Pero ella, con la misma sonrisa en el rostro, consiguió escaparse, saltó de la cama y buscó su vestido de corte, ribeteado en perlas, que estaba tirado sobre una silla.

—Me esperan en Palacio desde hace rato —adujo, aunque daría lo que fuese por repetir lo que había sentido hacía muy poco tiempo entre sus brazos—. Si sigo llegando tarde, alguien se dará cuenta y comenzarán las pesquisas.

Desde la misma noche en que había aparecido Ailsa, lo que había entre ambos se les había ido de las manos. Los dos eran conscientes de ello e incluso lo habían hablado. Que él la deseaba era un hecho. Que ella se sentía a gusto entre sus brazos, una constatación, pero que una dama de su categoría no podía seguir viendo a un pobre individuo como Alexander Somerville era incuestionable.

Se encontraban siempre que podían. A veces a diario, cuando estaban demasiado ocupados, buscaban cualquier hueco, un descuido en la Corte e incluso una vez lo hicieron en el laberinto del jardín de Palacio, a donde él había tenido necesidad de ir a verla y ella de besarlo.

—¿Pesquisas? —Alexander se sentó en la cama dejando al aire su poderoso torso de soldado cubierto de un delicioso vello oscuro—. Sé de eso y nadie sospechará. Es imposible que ninguno de esos condes y marqueses piense que una dama como tú se esté viendo con un tullido más pobre que las ratas.

Lo habían hablado hasta la saciedad y llegado a la conclusión de que seguirían discretamente con aquello hasta que uno de los

dos desistiera. En ese caso, el otro no debía oponerse y en adelante se tratarían como si nada de aquello hubiera pasado jamás.

Convertirse en el amante de una dama de la nobleza no había sido fácil para Alexander. Desearla la deseaba como nunca a otra mujer, pero era un hombre de principios, de sólidos principios, y aquello… en el caso de Moira era muy consciente de los peligros a los que se exponía. ¿Y si lo que había entre ambos se sabía? ¿Y si se quedaba embarazada? La reputación de un hombre no sufría por algo así, la de una muchacha casadera quedaba destruida para siempre.

Moira se estiró, dejando que él la admirara. Le guiñó un ojo, buscó sus medias y empezó a ponérselas, seguida de cerca por la mirada hipnótica de Alexander. Cuando se las hubo colocado, buscó el vestido, se acercó a él, le dio un beso en los labios y pudo escapar de sus manos, que querían meterla de nuevo en la cama con él.

—No puedo retrasarme, y en la Corte todo se sabe antes o después.

Alexander puso sus manos tras la cabeza.

—¿Has tenido noticias del nuevo cargo en Palacio?

Moira bufó.

—*Lady* Finch dice que puede ser inminente.

—¿Y qué has decidido hacer?

Ella lo miró con la cabeza inclinada. Preguntas como aquella era un buen ejemplo de lo lejos que estaban los mundos de uno y otra.

—Alexander, cuando la Reina te elige, solo puedes bajar la cabeza y dar las gracias.

Él se cruzó de brazos. Sus piernas se removieron inquietas bajo las sábanas.

—Eso impedirá que puedas casarte en los próximos años.

Moira volvió a guiñarle un ojo.

—Y me permitirá seguir viéndote.

Alexander no se rio. Estaba absolutamente colado por aquella mujer. Ni en sus mejores sueñas habría podido suponer… Y, sin embargo, se estaban viendo a diario, disfrutaban en la cama tanto que el resto del día solo aguardaba a volver a verla, e incluso su

manera de ser, que le había parecido arrogante cuando la conoció, le parecía deliciosa. Chasqueó los labios.

—Solo soy un entretenimiento, y que conste que no me quejo.

Ella lo miró a los ojos y su rostro se dulcificó. Se había encasquetado el vestido, pero lo llevaba sin abrochar. Se sentó en la cama y le tomó una mano.

—Alexander, no soy una rebelde, ni siquiera una mujer que se atreva a desafiar las normas.

Él alzó las cejas y su rostro adquirió un matiz cómico que él ignoraba que tuviera hasta que la había conocido. Indudablemente, aquella mujer sacaba lo mejor de él. Le tomó la mano y se la besó, atrayéndola hacia su cuerpo tanto como pudo.

—¿Acostarte con un plebeyo no es…?

Ella soltó una carcajada, intentó escaparse, aunque no con demasiado ahínco, y al fin suspiró.

—No seas bobo. Nunca he sido una de esas aristócratas revolucionarias hasta que algo me hizo arrojarme a tus brazos.

Fue él quien le guiñó un ojo.

—La desesperación.

—El deseo.

Alexander se acercó a sus labios.

—Mi indefensión.

—Que cada vez que me mirabas se me erizaba la piel.

Fue a besarla, pero ella se escapó. Debía llegar a Palacio antes de que alguien la echara de menos, así que empezó a atarse los lazos y botones del vestido. Él bufó.

—Así que este es nuestro plan. Vernos a hurtadillas y con prisas.

—Me temo que sí. Yo dependo de la decisión de mis padres, o de mi Soberana. Tú en cambio…

Alexander desplegó la sábana que le cubría medio cuerpo para arrojarla al suelo y mostrarse completamente desnudo, donde una larga cicatriz le atravesaba una pierna.

—¿Quién me querría? —le dijo como si fuera digno de lástima.

Ella lo observó y no pudo reprimir morderse el labio. Lo que sentía por él era difícil de describir. Tenerlo cerca era una tentación y lo que las manos de aquel hombre lograban hacerla sentir… Sacudió la cabeza para apartar aquellas ideas o se lanzaría a la cama para repetir lo que acababan de hacer.

—Cualquier mujer cabal te querría, por supuesto —empezó a buscar sus chapines. ¿Dónde los habría arrojado? —. Y si antes pasa por tu lecho, incluso las no cabales.

Él rogó de nuevo.

—Quédate un poco más.

—Mañana puedo encontrar un hueco antes del almuerzo. Diré en casa que sirvo a la Reina y…

—Te van a descubrir. Tu tía abuela no es estúpida y es íntima de esa tal *lady* Finch.

—¿Y qué pasaría si me descubrieran?

Él logró atrapar una de sus manos y la atrajo hacia sí. Se besaron, un beso cálido, húmedo, lleno de deseo. Ella cerró los ojos y se dejó hacer, aunque no permitió que fueran más allá.

—A ti te casarían con el primer caballero que prefiriera dinero a un escándalo —contestó Alexander al cabo de un rato—, pero a mí me colgarían por una parte de mi anatomía que tengo en consideración.

Se señaló aquello que las sábanas habían ocultado y que el solo contacto con Moira…

—¡Vaya! —dijo ella, admirada al verlo—, vuelves a...

Alexander volvió a rogarle, esta vez con la voz cargada de pasión.

—Quédate.

Quizá ella lo deseaba más que él, pero no podía dejarse llevar más de lo que ya lo hacía o se buscaría la ruina. Localizó un zapato y comenzó a calzarse.

—Cambiemos de conversación o me convencerás —le dijo—. ¿Has sabido algo más de lord Glenrowan?

Alexander suspiró y miró al techo.

—Contestar a eso en mi estado es difícil, pero lo intentaré —le sonrió—. Sé que tiene algo entre manos. Se hace el escurridizo al

entrar y al salir de su mansión, mis hombres tienen dificultades al seguirlo, lo que indica que sabe que estamos tras él.

La mirada de Moira se eclipsó.

—Eso me preocupa. Es un hombre despreciable y con mucho poder.

Él se puso de rodillas en la cama. La deseaba, la deseaba tanto que le dolía.

—Te prometo que tú y los tuyos estaréis a salvo. Va mi vida en ello.

Moira sintió algo cálido en el corazón, algo a lo que se había negado a poner nombre.

—Debo…

Pero no terminó la frase porque dos golpes en la puerta de la habitación hicieron que ambos dieran un respingo.

—Señor Somerville, ¿está ahí?

Moira se llevó una mano al pecho. Alexander saltó de la cama y buscó su camisa.

—¿Es tu criada? —preguntó ella en voz muy baja, asustada—. ¿No me habías dicho que le habías dado el día libre?

¿Dónde estaban los calzones de Alexander? Tenía tantas cosas en la cabeza, tenía constantemente a Moira en ella…

—Se me olvidó escribirle —confesó.

—Señor Somerville —insistió la criada, golpeando de nuevo la puerta antes de entrar—, tiene visita.

Moira fue quien lo alentó a contestar o la criada accedería a la habitación extrañada.

—No espero a nadie —gritó.

—Insiste en verle.

Moira miró hacia la ventana. No podía saltar y las patas de la cama eran demasiado cortas como para esconderse bajo ella.

—¿Qué hago? —inquirió, más alarmada que nunca.

A él no le cupieron dudas y señaló un rincón de la habitación.

—Aguarda tras el biombo, no…

Pero una voz la detuvo. Ambos miraron hacia la entrada, pues la puerta definitivamente había sido abierta y había un caballero con

el pomo aún en la mano que los miraba sin comprender nada…, o entendiéndolo todo.

—¿Moira?

Era su hermano Ewan.

15

Gabriella dobló cuidadosamente otro de sus vestidos y lo introdujo dentro del baúl, teniendo cuidado de dejar hueco para el último juego de chapines que le quedaba por embalar. Después, tomó uno de los chales y, antes de empaquetarlo en papel de seda para que no se estropease, se lo llevó a los labios, cerró los ojos y aspiró su aroma.

La última vez que se lo había puesto había sido para ir a casa de los McGomery. Lo había dejado sobre el respaldo de una silla durante aquella clase de italiano que le había impartido a Ewan. Lo que duró la lección él estuvo jugando con sus flecos, había acariciado la seda, incluso la yema de sus dedos había recorrido la silueta bordada de alguna de las flores mientras se concentraba en su respuesta y…

—¿Puedo pasar?

La voz de su madre la sacó de aquellos pensamientos. Se retiró rápidamente el chal de los labios y lo dejó con cuidado sobre el trozo de papel para envolverlo sin dobleces, como ella misma le había enseñado.

—Ya queda poco por empaquetar —disimuló Gabriella para que no se diera cuenta de su momentánea turbación—. Solo he dejado en la cómoda lo que usaré estos días.

Su madre se secó las manos en el delantal y miró alrededor. A pesar de lo feliz que se encontraba por su hija, un dolor muy profundo le atormentaba el pecho porque quizá no volvería a verla nunca más. Intentó que esta no lo notara, sonrió y se asomó al profundo baúl.

—¿Has guardado los guantes?

—Todos menos los blancos.

—¿Y el sombrero de paja que te regaló tu padre? —tenía el ala ancha y se ataba bajo el mentón con una cinta—. El sol de Italia

no tiene nada que ver con este. Solo con exponerte unos instantes a él, provocará estragos en tu piel.

Ella sonrió. Toda su vida había ansiado exponerse a aquellos rayos que según su padre eran como la caricia de una diosa romana. Para los exiliados, cualquier mención a la península itálica era una manera de hablar de todo lo bueno que podía ofrecer aquel mundo.

Gabriella señaló un lugar sobre la cómoda, donde se apilaban algunas prendas que aún no había podido guardar.

—Te dejaré aquí los sombreros más elegantes.

Su madre se sentó en la cama. Intentaba disimular que todo aquello era de lo más natural, que perder a una hija era algo por lo que debía sentirse bien.

—¿Y qué diantres haría yo con uno de esos sombreros de seda si no salgo de la cocina?

Gabriella se sentó a su lado. Hacía un par de días que se había casado con Sandro. Había sido una ceremonia sencilla, en la capilla católica de Sardinian, ya que estaba ligada a la embajada del Reino de Cerdeña y a los Saboya. Por parte del novio, algunos amigos. Por la suya, sus padres y los viejos músicos que aún quedaban el Londres, nada más. Un desayuno había sido toda la celebración y la noche de bodas en aquella misma habitación…

—Ahora que me voy —apartó Gabriella aquellos pensamientos tan recientes de su mente—, mi padre y tú podréis estar más tiempo solos.

—¿Y tus dos hermanas pequeñas?

—Se acuestan temprano y contareis con un cuarto más para… —Sin venir a cuento, se echó a llorar, por lo que tuvo que llevarse las manos a la cara para ocultar sus lágrimas.

Hasta ese mismo instante, su corazón parecía haberse vuelto insensible al dolor. Había regresado de la recepción de los Wetherby enfadada, muy enfadada, tanto que se encerró en aquel cuarto y les dijo a sus padres que le dolía la cabeza por el vino caliente que habían servido.

Temió lo que diría su padre cuando al día siguiente Sandro se presentara y contara lo acontecido, pero eso no sucedió. Sandro almorzó con ellos, fue encantador como siempre, habló maravillas

del baile y de la ejecución de la orquesta, lo que más le interesó a su madre, y a ella la miró como si un hombre no se hubiera pegado con él a golpes a causa de su prometida.

Ni Sandro ni ella habían vuelto a mencionarlo. Su padre había aceptado el adelanto de la boda y se habían casado el día anterior porque partirían para Roma enseguida. No recordaba casi nada de aquella boda. Fue como si no estuviera ocurriéndole a ella, como si estuviera aún dormida y todo fuera un sueño de imágenes inconexas que se sucedían. Ni siquiera la noche de bodas fue significativa. Sandro la había poseído, ella no se había quejado, pese al dolor, y lo único que la salvó de la desesperación fue pensar en Ewan mientras su marido cumplía con su obligación.

Él no se lo había dicho. Pero ella sabía que quería apartarla cuento antes de la influencia de Ewan McGomery. Hasta que se marcharan, vivirían allí, en aquella habitación de la casa de sus padres. Y después…

Su madre la abrazó y le puso la barbilla en la frente, como cuando era pequeña.

—Ellas también te extrañarán —confundió su llanto con lo que echaría de menos a sus hermanas.

Pasaron los segundos, los minutos, y al fin Gabriella se sintió con la fuerza de apartarse y mirar a su madre a los ojos.

—Hace años que sé que Sandro y yo nos casaríamos, que nos mudaríamos a Roma o a Nápoles, o quizás a Venecia, que me convertiría en la esposa de un músico.

Su madre le acarició el rostro.

—¿Y no te parece maravilloso?

—Me lo ha parecido siempre, madre —tragó saliva. No estaba segura de si hablar iba a ser una buena idea, pero, si no lo sacaba de su garganta, terminaría ahogándose—. Sandro es todo lo que una mujer podría desear. Sin embargo…

El rostro de la señora Locatelli se puso serio, bajó la cabeza y buscó los ojos de su hija.

—Está ese aristócrata inglés.

Gabriella se alarmó.

—¿Te lo ha contado Sandro?

Porque ella lo había negado cada una de las veces que a su padre se le había metido aquella absurda idea en la cabeza. La buena mujer suspiró mientras sus dedos se enredaban en el volante de su delantal.

—No necesito que nadie me diga lo que leo en los ojos de mi hija.

Gabriella se sintió avergonzada. Había sido educada de manera estricta. Sabía los peligros a los que una muchacha se enfrentaba y sabía cómo mantenerse al margen. Tenía un claro sentido de ser una extranjera y de que cualquier escándalo sería tenido en cuenta. Se atrevió a mirar una vez más a su madre.

—Sandro y él se pelearon en aquella recepción a la que fui invitada. A puñetazos. Por mí.

Su madre miró hacia la puerta a pesar de que estaban las dos solas en la casa.

—Que tu padre no se entere —le advirtió—. A las mujeres nos puede parecer algo encantador que dos hombres discutan por nuestro amor. Para un padre es motivo más que suficiente para plantarse en la mansión de los McGomery y montar un escándalo.

Sabía que sería así. El señor Locatelli era un hombre honorable, un músico renombrado que no soportaba las faltas de respeto por muy aristócrata que fuera quien las infligía.

Gabriella se retorció las manos, inquieta. Estaba segura de que aquel acontecimiento habría sido el chisme de todas las reuniones de la alta sociedad durante aquellas semanas. Si alguien se hubiera dado cuenta de que ella era la responsable, su reputación estaría destruida y su padre…

Sacudió la cabeza.

—Si Sandro hubiera sido un caballero —reconoció—, alguno de los dos habría pedido una satisfacción y quizá ahora estarían muertos por mi culpa.

Los duelos estaban de moda entre las personas de posición, pero como en muchas otras cosas, solo podían levarse a cabo entre caballeros al suponerse que solo estos tenían un honor que defender.

Hubo un instante de silencio en el que Gabriella se perdió en sus pensamientos mientras la señora Locatelli la miraba sin atreverse a preguntar lo que atenazaba su mente. Al final tuvo fuerzas de convertirlo en palabras.

—Gabriella —tragó saliva—, ¿le has dado pie a el señor Ewan para que haya llegado a pensar que no te es indiferente?

Era una forma amable de decir algo que no lo era.

Podía esquivar la pregunta y que su madre escuchara lo que esperaba que saliera de sus labios, pero le habían enseñado a ser sincera.

Se limpió las lágrimas que aún le empapaban el rostro y miró a su madre a los ojos.

—Supongo que sí —una pausa—. No lo sé. Mentiría si te dijera que el señor Ewan me era indiferente. Es atractivo, amable, incluso se diría que en su rigidez es un hombre encantador, pero siempre he estado en mi lugar. Nunca me he insinuado ni mostrado interés, y lo más curioso…

Se detuvo. Hasta ese instante no se había dado cuenta de aquello.

—¿Qué ibas a decirme? —la apremió su madre.

—Lo más curioso —tardó un instante en continuar— es que él tampoco me había mostrado interés hasta aquella noche en que raptaron a su hermana.

Y era cierto. Se había comportado como un caballero hasta que aquella noche la besó, preso de la desesperación.

Su madre lanzó un amargo suspiro.

—Hay hombres que aman en silencio.

Gabriella bajó la mirada hacia sus manos, que se frotaba los dedos como si quisiera desprenderse de todo aquello.

—Me acabo de casar con Sandro —le dijo a su madre—, en unos días partimos hacia Roma y mi cabeza no deja de pensar en Ewan McGomery. —Cuando miró otra vez a su madre, le brillaban los ojos—. ¿Qué puedo hacer, madre? ¿Cómo puedo conseguir que este dolor en el pecho se termine?

La buena mujer la contempló. Había visto aquel brillo otras veces, se llamaba amor, y para gente como ellos era una gran

desgracia. Suspiró y logró esbozar una sonrisa muy tenue.

—No puedes hacer nada, hija mía —fue sincera—. Solo puedes rezar y pedirle a Dios que ni tu padre ni Sandro se enteren de lo que sientes.

16

El señor Fraser se sujetó con fuerza a las relingas para no caer al mar, ya que necesitaba un poco de aire fresco.

Desde que zarparon desde Civitavecchia hasta que echaran anclas en el puerto de Cagliari, en Cerdeña, pasarían no menos de cuatro días en un mar donde podría suceder de todo, ya que la goleta podía ser detenida, abordada o confiscada por corsarios, por el ejército napoleónico o por la misma armada británica que ejercía una férrea vigilancia sobre el Mediterráneo occidental.

A eso había que sumar su poca resistencia a los vaivenes de un barco, lo que le tenía el estómago revuelto y lo había encerrado en su camarote durante los tres días que llevaban de travesía en un mar más turbulento que de costumbre.

Otra arcada le vino desde el estómago, pero consiguió retenerla aspirando hondo. Con tantos días sin probar bocado y echando hasta la leche materna, si no se recuperaba pronto, moriría de inanición o se consumiría como una manzana dejada al sol, algo lamentable para un escocés de las Tierras Altas que nunca debería haber tenido relación alguna con el mar.

—Parece que hoy vamos a tener un buen día de vientos.

El señor Fraser no hizo por volverse al escuchar la voz de su señor, y el conde de Currie apareció a su lado tan lozano y con tan buen aspecto como siempre, que se agarró a una de las cuerdas y tomó una bocanada de aire fresco.

Solo entonces el señor Fraser se atrevió a mirarlo. Parecía que el aire marino le sentaba bien al conde, pues sus mejillas estaban sonrosadas y había un brillo especial en sus ojos. La sonrisa que adornaba la boca de su señor era otra muestra de que aquel viaje era de su entera satisfacción.

—Hemos tenido suerte al no habernos cruzado con el enemigo —atinó a decir su secretario.

Currie le palmeó la espalda.

—El capitán es un hombre sabio y ha sabido esquivar todos los peligros.

—¿Se sabe cuándo llegaremos a puerto, señor?

Si aquel viaje se prolongaba dos días más, deberían sacarlo dentro de una caja de pino, o lo que era peor, en el estómago de un tiburón.

—Mañana al amanecer avistaremos puerto si este viento milagroso no amaina.

El señor Fraser suspiró. Daría cualquier cosa porque ya fuera el día siguiente y tuviera ante él la rampa de la que solo debería saltar para estar a salvo.

—Sueño con tocar tierra firme —casi suspiró— y me atormento al pensar que deberemos tomar otro navío para salir de aquella isla.

Otro par de golpes en la espalda de su señor lo desestabilizó hasta el punto de que si no hubiera estado sujeto quizá habría caído a las procelosas aguas,

—Anímese, señor Fraser —lo alentó el conde—. Estamos tratando con reyes. Podrá contarlo en las noches oscuras de Inverness cuando me abandone y sea usted el vecino más admirado de la comarca.

El rostro pálido de su secretario decía que aquellos tiempos estaban aún lejanos.

—Con seguir vivo para contarlo tengo suficiente, señor. —Se atrevió a mirarlo a los ojos, pero aquello lo mareó aún más, por lo que tuvo que cerrarlos—. ¿Cree que nos recogerán en el puerto?

El conde chasqueó los labios.

—Así sería si supieran que venimos.

De nuevo hizo un enorme esfuerzo el señor Fraser por mirar a su señor.

—Cre-creí entender que escribiría usted personalmente…

—Lo pensé mejor —farfulló Currie, mirando al horizonte—, y llegué a la conclusión de que a un rey es mejor cogerlo de improviso que darle tiempo para preparar el terreno.

El mareo pareció quitársele de encima al secretario de un suspiro. Volvió a mirar las pupilas de su señor… ¿Se habían embarcado en aquella peligrosa misión sin que nadie supiera que llegaban? Carraspeó e intentó que el conde no viera la desazón de sus ojos.

—¿Y si no quiere recibirnos, señor?

Currie sonrió complacido.

—Llevo una carta de su hermano —se palmeó el bolsillo interior de su levita—. Víctor Manuel no cometerá la temeridad de no atender a sus emisarios. Recuerde que lo adora.

El rey de Cerdeña, Víctor Manuel I, había tenido que huir de Turín cuando las tropas de Napoleón asediaron el Piamonte y, desde la abdicación de su hermano Carlos Manuel, era soberano de pleno derecho. Un Rey al que le habían arrebatado una buena parte de su territorio no era alguien de buen humor. ¿Cómo se tomaría la llegada de dos escoceses entrometidos con una misión suicida? Prefirió no pensar en aquello.

—Ya que lo dice, señor —se frotó las yemas de los dedos y estuvo a punto de caer por la borda—. Hay un asunto del que no hemos hablado, y si Su Excelencia…

—No se ande con remilgos, Fraser —lo animó el conde a que preguntara lo que le viniera en gana.

Este aún lo dudó.

—Le dijo usted al abdicado rey Carlos Manuel que había encontrado a un pretendiente adecuado para la princesa María Beatriz —carraspeó como cada vez que sabía que se extralimitaba en sus funciones—. No he querido ser indiscreto, pero, por más que lo he pensado, no he logrado deducir a quién se refería.

El conde arrugó los labios, una señal que Fraser conocía bien y que significaba que no se sentía cómodo con aquella pregunta. Sus dedos golpearon la soga a la que estaba sujeto.

—Me refería a un joven que tiene la sangre de los Estuardo y el temperamento para conducir un ejército —contestó de manera difusa—. Solo necesita la legitimidad de un matrimonio con la heredera del poseedor de los derechos dinásticos…

Frase sabía cómo terminaba la frase.

—Para reclamar el trono de Escocia ante la corona inglesa.

El conde lo miró con admiración.

—Así es.

Cada pieza iba encajando según iba avanzando el plan de su señor. Era arriesgado, muy arriesgado. Si algo así llegaba a oídos de la Corte de Londres, sus cabezas no tardarían en pender de una pica a las puertas de la Torre.

Se había puesto pálido, pero era consciente de la importancia de aquella misión.

—Por eso se ha convertido usted en el más cruel recaudador de impuestos desde que se tiene noticias.

—Exagera, Fraser —de nuevo le palmeó la espalda.

—Para generar animadversión a la Corona entre los señores escoceses y volverlos receptivos a una revuelta.

Una ráfaga de viento les arremolinó el cabello. Era un buen augurio. En nada estarían pisando las costas de Cerdeña.

—Ha atado usted los cabos perfectamente, Fraser.

Para lo que les quedaba de vida, no era algo glorioso. Si no los mandaba colgar el soberano al que iban a visitar, lo haría aquel al que estaban traicionando, el rey de la Gran Bretaña e Irlanda. Se ajustó la levita, pues hacía frío.

—¿Y no me dirá quién es ese joven Estuardo, señor?

El conde se giró hacia él y le miró intensamente a los ojos.

—Tendría que matarlo si lo supiera, lo que me desagradaría bastante —sonrió y le guiñó un ojo—. Es usted el secretario más hábil que he tenido hasta la fecha.

—Le agradezco la consideración, señor.

El conde de Currie suspiró. A pesar de ser un hombre decidido era muy consciente de a dónde podía llevarles todo aquello. Rogaba cada día porque su familia estuviera a salvo en Londres y porque la Corona, de enterarse, tuviera clemencia con ellos.

—No le digo su nombre por el bien del muchacho —le aclaró —. Si se llegara a saber, su vida valdría poco.

Quizá tuviera razón. En los mentideros donde se estaban metiendo, la vida valía muy poco. Bajó la voz para preguntar de nuevo.

—¿Cree que Víctor Manuel accederá a casar a su hija con un desconocido cuando ya la ha comprometido con el duque de Módena?

Currie ladeó la cabeza.

—¿Qué rey preferiría un simple ducado a todo un reino?

—Uno que prefiriera la paz a la guerra.

Se mantuvieron la mirada. El conde no pudo menos que asentir.

—Muy cierto, señor Fraser. Pero en estos tiempos donde las tropas napoleónicas pueden convertir a un rey en un exiliado en una sola noche, estar lejos del emperador es la única salvación.

—Pero Víctor Manuel mantiene su corte en Cerdeña.

—Porque ha tenido que abandonar Turín, no lo olvide —le colocó una mano sobre el antebrazo—. Todo depende de cómo le contemos la historia, y debemos hacerlo de tal manera que vea en nosotros la salvación.

Un escalofrío recorrió la espalda del señor Fraser. ¿Era el frío aire marino, o la presencia de la muerte que ya les rondaba?

—Es-es una idea ambiciosa sin duda, señor.

El conde amplió la sonrisa. Parecía decidido y también convencido de que todo aquello solo podía salir bien.

Palmeó una vez más la espalda de su secretario.

—Y usted me ayudará a darle crédito a todo esto cuando estemos ante el Rey.

La cara del señor frase era todo un poema, una elegía para ser exactos.

—¿Có-cómo? —se atrevió a preguntar.

El conde amplió su sonrisa.

—Ya lo sabrá, señor Fraser. Ya lo sabrá.

17

Evelyn estaba dándole los últimos retoques a un sombrero de mañana que se le había ocurrido mientras iba camino del taller desde la mansión de los McGomery, donde seguía alojada.

Se había cruzado con un caballero impecablemente vestido a quien una ráfaga de viento había arrebatado la chistera justo delante de ella. Intentó ayudarlo a recuperarla con la mala fortuna de que un coche de caballos no se detuvo a tiempo y las ruedas del carruaje pasaron sobre él. Para el caballero fue algo lamentable, pues la pieza era costosa y quedó arruinada, pero aquella deformación quedó grabada en la mente de la antigua doncella y, en cuanto llegó al taller, se puso a trabajar en una versión en rafia trenzada, con la copa medio aplastada y el ala ondulante que adornó con una cinta de seda negra.

—¡Qué maravilla! —exclamó *madame* Roselle, entrando en el taller—. Causará furor este nuevo estilo.

Evelyn iba a quitarle importancia cuando una de las ayudantas de la modista apareció en la puerta alterada.

—*Madame*, están aquí de nuevo. El lacayo y el carruaje de la princesa.

La aludida pareció encantada, tanto que su rostro se iluminó con una sonrisa de satisfacción.

—Las piezas que se le entregaron han debido ser de su agrado —se dirigió a la antigua doncella—. Evelyn, recoge tus cosas, la princesa…

—Ha dicho que solo quiere verla a ella —aclaró la joven aprendiz antes de que la cosa se liara más.

Aquella afirmación hizo que la sonrisa de *madame* Roselle se volatilizara en el aire.

—¿Solo ella? —preguntó, aún incrédula.

—Así es.

A duras penas, logró disimular su turbación y consiguió que sus labios se elevaran de nuevo, no así se animara su expresión.

Evelyn no había dicho nada, aunque su corazón latía con fuerza en el pecho. ¿Cómo iba a presentarse ella sola ate la princesa? ¿Qué diría? ¿Cómo se comportaría? Sus ojos imploraron que su patrona no atendiera la petición, que buscara una excusa para dejarla allí, que…

—Evelyn, ya has oído —dijo *madame*—, coge tus cosas y acompaña a los caballeros de inmediato.

Sin más, se dio la vuelta y abandonó el taller con el rictus helado.

No le quedó más remedio que obedecer y, asustada, se arregló el cabello, al que apenas daba importancia, y se aseguró de que no llevara ninguna mancha en el vestido. Así salió a la calle, se montó en el mismo carruaje que las había llevado a Windsor y se quedó muy quieta, casi sin respirar, sin saber muy bien qué le demandaría aquella vez, aunque al parecer no habían pedido que llevara ningún sombrero.

El carruaje tomó una dirección bien distinta y, en vez de encaminarse a la salida de la ciudad, se adentró hasta los jardines de Kensington para dirigirse al palacio de Sant James. Cuando los caballos se detuvieron en una de las puertas laterales, se sintió palidecer y rogó porque aquel temblor que sentía en las rodillas no le impidiera caminar.

—Acompáñeme —le dijo otro sirviente de librea que la esperaba en la puerta y, sin esperar a que lo hiciera, empezó a caminar hacia el interior.

Evelyn se apresuró a darle alcance para adentrarse en las lujosas estancias del Palacio Real, intentando que su rostro no mostrara su bobalicona admiración por lo que tenía ante sí.

El palacio era portentoso y, según avanzaban, los caballeros y damas con quienes se cruzaban parecían más elegantes y distinguidos, tanto que sintió que sus mejillas enrojecían al encontrarse tan fuera de lugar.

El sirviente se detuvo en una antecámara donde había varias damas muy bien vestidas que charlaban entre ellas. Al verla

aparecer, apenas le prestaron atención para volver a sus asuntos. Una pareja de alabarderos que guardaban la puerta le dio paso, y cuando Evelyn cruzó al otro lado, se dio cuenta de que estaba en un pequeño y acogedor comedor donde una mujer mayor se encontraba sola sentada a la mesa mientras un grupo de damas la atendían con una delicadeza exquisita.

Parpadeó sin saber qué hacer, pues el criado se había marchado con la misma discreción que entró y ella estaba junto a la puerta, nerviosa y tan asustada que temió le fuera a dar una apoplejía.

—¡Evelyn! —escuchó una voz familiar—. ¿Qué haces aquí?

Se volvió para ver a la señorita Moira junto a ella, mirándola entre incrédula y sorprendida.

—*Milady* —le hizo una reverencia—. No tengo ni idea. Me han pedido que venga.

Moira miró alrededor, pero las damas no se habían percatado de la nueva presencia. La tomó por el brazo y la apartó a un rincón.

—¿Sabes dónde estás?

—No, señorita —dijo, aún más asustada.

Moira bajó la voz.

—Son los aposentos de la Reina.

Fue como si le dijera que estaba en las puertas del Averno porque Evelyn perdió el poco color que le quedaba en el rostro. Miró alrededor. Aquellas damas elegantes debían de ser su corte más cercana, papel en el que destacaba la señorita Moira. Después se fijó en la mujer anciana que ocupaba la mesa y que era el centro de todas las atenciones.

—¿Y esa dama…?

Moira asintió.

—Así es.

Evelyn se llevó una mano a la boca e instintivamente dio un paso atrás.

—¡Dios mío!

Una de las damas de compañía le dedicó una mirada molesta. La reina Carlota se empeñaba en recibir a sus proveedores en

momentos tan inoportunos como el almuerzo, cosa que no era del agrado de todas.

Moira se puso entre Evelyn y aquella dama. No tenía muy claro qué hacía allí, aunque debía tratarse de sus sombreros. Con el mal carácter que tenía la Reina aquel día, cualquier traspiés… Decidió ayudarle en lo posible.

—Haz lo que yo te diga y todo saldrá bien —le acarició el codo—. Permanece callada, sonríe y mantén la vista fija en un punto que se separe un par de varas de tus pies. ¿Me has entendido?

—Pero ¿por qué me han traído ante la Reina? —estaba terriblemente asustada—. Yo no he hecho nada.

Había levantado la voz y eran varias las señoras que se habían fijado en ella. En nada, Carlota notaría su presencia. Tenía muy poco tiempo para prepararla.

—Escúchame, Evelyn —la miró a los ojos, insuflándole fuerzas —. Si ella te llama, da un paso al frente y hazle una reverencia. Contesta a sus preguntas de manera sencilla y directa. No le gustan los halagos ni las florituras. A lo que sea que has venido lo sabremos pronto.

—¿Y si…?

La voz grave y potente de Su Majestad se hizo oír por encima del leve murmullo.

—¿Esa es la señorita Eleonor Beauchamp?

Todas las miradas se volvieron hacia ella a la vez que las pálidas mejillas de Evelyn se encendían como si hubieran sido azotadas sobre el fuego. Se quedó inmóvil, rígida, mientras la Reina la miraba con curiosidad y era examinada al mínimo detalle por sus damas de compañía y el servicio que atendía la mesa. Moira fue en su ayuda susurrándole al oído con labios inmóviles.

—Ponte justo ahí. Yo estaré a tu lado. Todo saldrá bien.

Al fin, Evelyn pudo reaccionar. Temerosa de que sus piernas no respondieran, dio el primer paso y después el segundo. Cuando vio que la señorita Moira caminaba a su lado, se sintió con fuerzas y fue capaz de colocarse donde le había indicado.

Su Majestad la miró de arriba abajo.

—La esperaba mayor —gruñó—. Mi hija dice que logra maravillas con sus manos. ¿Es cierto?

Antes de contestar, miró a Moira y su sonrisa la tranquilizó.

—Su-supongo, majestad… —recordó que no se la debía llamar por su título fuera de los actos formales—, señora.

Nada en el rostro de Carlota indicaba que le agradara, tampoco que le desagradara. Tomó un poco de vino.

—¿De qué se conocen la señorita McGomery y usted?

Moira se apresuró a contestar.

—Evel… —se corrigió al punto—, la señorita Beauchamp ha… atendido a mi hermana Ailsa durante un tiempo.

En cierto modo, era verdad, lo había hecho como doncella, pero la Reina podía interpretar que fue como sombrerera.

—Buen gusto, querida. —Al fin la soberana presencia pareció sonreír—. No esperaba menos de usted —le hizo un gesto con la mano—. Acérquese, quiero verla bien. Discreta y sencilla. Eso me gusta. Detesto a las mujeres que parecen papagayos.

Moira volvió a intervenir ante la absoluta mudez de Evelyn.

—La señorita Beauchamp ha sido muy gentil viniendo a vernos.

Se hizo el silencio. Si a la Reina no le agradaba Evelyn, la despediría sin más, lo que correría por toda la Corte y en breve la corta vida de Eleonor Beauchamp habría pasado del éxito a la inexistencia. Fue la Reina quien alivió aquel tenso momento.

—Dicen que tiene usted ideas sorprendentes y yo detesto todo lo que es demasiado extraordinario.

—Yo no… —Evelyn se miró las manos.

—Mi hija ha insistido en que me haga un tocado.

Así que de eso se trataba. Miró a Moira, que la alentaba a que contestara cuanto antes. Evelyn se armó de valor.

—En casa de *madame* Roselle hay una variedad…

—*Madame* Roselle no es mi modista —dijo Carlota, Tajante y algo molesta—. Solicitarle un encargo me pondría en aprietos con la mujer que me viste desde hace veinte años. Es más difícil gobernar entre mis proveedores que mantener pacificadas las fronteras. Por eso me lo hará usted. Solo usted.

¿Hacerle un tocado a la Reina a espaldas de la mujer que había confiado en ella? ¡No podía hacerlo!

—No sé si… —intentó contestar, pero Moira volvió a hacerlo por ella.

—La señorita Beauchamp estará encantada, ¿verdad?

Hubo un momento en que los comentarios de las damas llenaron la sala de murmullos, lo que pareció complacer a la Reina, que se volvió de nuevo hacia Evelyn.

—¿Qué me aconseja?

Al parecer no había salida. Miró a Moira, que parecía intentar aparentar que todo iba bien. Tragó saliva y al fin pudo hablar.

—¿Pa-para qué ocasión lo requiere?

La Reina miró el contenido de su plato, uno de los muchos que solía probar en cada comida.

—No se me había ocurrido —pensó—. Supongo que un sombrero de viaje.

Evelyn asintió. En sus ojos había aparecido la misma luz que cuando se ponía a crear sus preciosos sombreros.

—Algo que llevar con un abrigo de paño o un redingote —ilustró.

La Reina parecía haber perdido todo interés en ella. Le pasaba a menudo, sentía una pasión irrefrenable por algo o alguien que le duraba menos que el vuelo de una mariposa.

—No quiero más pescado —le dijo Carlota al lacayo, que apartó el plato.

Mientras Moira, con gestos, le indicó a Evelyn que contestara o la Reina la despediría y ahí acabarían sus sueños de dedicarse a aquello. No lo pensó. Soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—Una chistera de caballero.

El silencio lo inundó todo. Carlota la miró con las cejas fruncidas.

—Bromea, ¿verdad?

Alarmada, Moira se le acercó para tranquilizarla apenas en un murmullo.

—Evelyn…

Pero esta no le hizo caso y dio un paso al frente.

—Es elegante, distinguida —comentó con voz clara—. Hará que un abrigo sea algo más, y la volveremos femenina con un velo negro que le cubra el rostro del polvo del camino y unas flores de seda también negras. Justo aquí —señaló un lado de su propia cabeza—. Por su estatura la copa no debe ser muy alta.

Aquello último hizo palidecer a Moira, pues no se podía hablar de nada referente a la real figura, pero la Reina no parecía molesta con el comentario.

—¿Puedo fiarme de esta mujer? —le preguntó.

Moira no lo dudó.

—Es de mi entera confianza, señora.

La Reina miró el plato de venado que acababan de servirle.

—¿Mañana sería precipitado, señorita Beauchamp?

Evelyn hizo una reverencia.

—La tendrá aquí cuando lo desee.

La Reina probó el venado e hizo que lo retiraran. No era de su agrado.

—Suelo pagar bien si algo me gusta —le dijo—, pero si no me complace…

—Seguro que… —fue a decir, pero a las Reinas no se les pisan las palabras

—No volverá a trabajar en Londres.

Y, con un gesto de la mano, la despidió sin más.

18

La condesa de Currie tenía el rostro crispado desde que había empezado a leer la carta que acababa de recibir de su marido. Permanecía sentada con la espalda recta en el diván, las rodillas juntas, los dedos firmes sobre el papel mientras sus ojos recorrían línea a línea, y su cuñada Mildred no apartaba el rostro de ella.

Hacía unos instantes había estado a punto de decírselo, que ella y tía Fiona habían encontrado al caballero perfecto para Moira y que ya estaban en conversaciones. Había tenido que armarse de valor para ello, no porque temiera que su cuñada enfureciera, cosa que seguramente pasaría, sino porque les dijera que no, lo que daría al traste con todos sus planes.

Cuando había logrado llevarla a un punto de la conversación donde contarle que sin que ella lo hubiera pedido habían contratado a una casamentera para hacer algo reprobable, apareció el señor Gilchrist con la correspondencia y desde entonces esperaba a que la condesa terminara de leer la carta de su esposo y le prestara atención.

—¿Buenas noticias? —se atrevió a preguntar.

Su cuñada arrojó la carta a un lado y se cruzó de brazos.

—Tu hermano lleva un mes en Italia y es ahora cuando me lo cuenta.

Tía Mildred no pudo menos que sorprenderse.

—¿Y qué hace en Italia?

—Eso me gustaría saber —un suspiro, casi una exclamación, surgió de los labios de la condesa—. Se lo he preguntado mil veces desde que el señor Somerville nos lo contó, pero ha dicho que se trata de negocios sin otra explicación.

Estaba enfadada, muy enfadada, y se podía desahogar con muy pocas personas. Desde luego con sus hijos no. Bastante tenían

ellos con adaptarse a aquella nueva vida que a ninguno gustaba como para además…

—¿Y si se tratara de eso? —dijo su cuñada—. ¿Y si solo son negocios?

Lady Currie se puso de pie y paseó por la habitación. Su cabeza era un torbellino. En Italia. ¿Qué tejemanejes se traía en Italia?

—Mildred —se atrevió a sincerarse—, tu hermano no ha tenido un secreto conmigo desde que nos casamos. Si me está ocultando todo eso, solo puede ser…

—¿Un delito? —dedujo su cuñada.

La condesa frunció las cejas.

—Otra mujer.

Su cuñada la miró asombrada. Entre todas las suposiciones que pudiera urdir, aquella hubiera sido la última de ellas.

Se puso de pie, fue hasta ella y la tomó de la mano.

—Es imposible que se esté viendo con otra mujer —le aseguró—. No he visto a Ewan mirar a ninguna otra desde que te conoció, y de eso hace más de dos décadas.

—El tiempo pasa —se soltó y fue hasta la chimenea apagada —, las mujeres envejecemos y los hombres necesitan otras cosas.

—Ellos también envejecen, querida.

—Pero no…

La voz del señor Gilchrist aclarándose la garganta las hizo volverse hacia la puerta donde el mayordomo aguardaba.

—*Milady* —anunció—, lord y *lady* Wetherby esperan en el recibidor.

Ambas intercambiaron una mirada de asombro.

—¿Sin anunciarse? —se escandalizó tía Mildred.

—Solo nos hemos carteado desde aquel asunto —le contestó su cuñada—. No puedo poner una excusa y decir que los despidan —soltó un suspiro profundo. Aquel día empezaba a ser demasiado duro. Logró esbozar una sonrisa forzada—. Hágalos pasar, señor Gilchrist.

Tía Mildred la miró desconsolada, justo cuando estaba a punto de contarle la maravillosa noticia que tenía sobre su Moira.

—Pero quería hablar contigo…

La condesa la interrumpió mientras se arreglaba el cabello ante el espejo de la consola y se aseguraba de que su atuendo estuviera perfecto.

—Más tarde, Mildred. ¿Se me nota el disgusto en el rostro?

La expresión de desolación en la tía era evidente, pero no pudo mentirle.

—Estás bellísima, como siempre.

Aguardaron una junto a la otra, enfrentadas a la puerta que daba acceso al gabinete. Por lo improvisado de la visita, hubiera sido extraño recibirlos en el salón.

Los Wetherby entraron tan solemnes como otras veces. Ella elegantísima, él demasiado estirado. Se detuvieron a una distancia prudente, como si temieran contagiarse de algo. Hubo las inclinaciones pertinentes.

—*Lady* Currie —saludó el aristócrata.

—Milord —contestó la condesa—. *Lady* Wetherby. Se han adelantado a mi visita. Pensaba pasarme por su casa esta misma tarde.

Señaló un par de butacas vacías. Los Wetherby tomaron asiento y solo entonces ellas lo hicieron.

—Permítame que sea brutalmente sincero —dijo el conde—, pero si no llega a ser por las insistencias de mi hija Anne, ni mi esposa ni yo estaríamos aquí.

Tía Mildred se retorció las manos, pero *lady* Currie supo mantener la sonrisa cortesana que se esperaba.

—Le comprendo y les agradezco que hayan aceptado mis disculpas. Quizá va siendo hora de tratar en qué términos nos encontramos después del… —buscó la palabra que definiera la pelea que habían tenido Ewan y el joven músico— incidente.

Hubo un cruce de miradas intrigantes entre el matrimonio. Esa vez, quien habló fue *lady* Wetherby.

—Hay quien ha dicho que aquello lo provocó una mujer.

Y así había sido, Gabriella Locatelli, la joven italiana por la que su hijo había perdido la cordura. Exponerlo abiertamente no solo habría acabado con aquella conversación y con el pacto matrimonial

que ambas familias aún tenían, sino que hubiera echado por tierra la reputación de la muchacha.

La condesa buscó la manera de cambiar el tiro sin mentir.

—Le aseguro que mi hijo Ewan no pretende a ninguna otra dama. —Pues Gabriella no lo era—. Puedo jurarlo por mi apellido.

—Convendrá conmigo que la impresión no pudo ser peor.

Aquello pareció tranquilizar al matrimonio, pues al fin apoyaron la espalda en el respaldar.

—Por supuesto —intervino Mildred, a quien ni siquiera habían saludado—, y Ewan no puede estar más arrepentido. Recuerden que al día siguiente fue a presentar sus disculpas y sus respetos.

Ambos convinieron en que así había sido y en que ellos no estarían allí si no se hubiera llevado a cabo. El conde de Wetherby intentó relajar su adusto gesto.

—Sé que la juventud es insolente y que los corazones se inflaman con facilidad. Sé que los extranjeros a veces no entienden nuestras costumbres —se refería indudablemente a Sandro— y sé que usted es una víctima de todo esto, como nosotros mismos.

La condesa juntó sus manos en el regazo. Era su marido quien se había encargado de aquellos asuntos. Negociar no le gustaba y menos con aquellos ingleses estirados. Sin embargo, él estaba en la dulce Italia cualquiera sabía con quién mientras ella… intentó calmarse, que no se le notara.

—Debe de haber una manera de resolver este embrollo —atinó a decir, mirándolo a uno y a otra—. Quizá rebajar la dote de Anne sea…

—De ninguna manera, querida —la interrumpió su cuñada—. Una dote baja insinúa problemas en el honor de la dama y los Wetherby jamás querrían eso.

Aquello había sido demasiad atrevido y temió que todos sus cuidado se hubieran venido abajo, pero le sorprendió que sus visitantes estuvieran de acuerdo.

—Por supuesto que no —dijo la madre de Anne.

Hubo un silencio que *lady* Currie entendió como que le tocaba a ella pujar. Carraspeó. No se le ocurría nada que decir.

—Quizá otro coche de caballos con cochero —miró a su cuñada que alzó las cejas—, y dos palafreneros como aportación de la familia del novio al futuro enlace les sea convincente.

Lady Wetherby se llevó un pañuelo a la nariz y lloriqueó.

—Anne está destrozada. Es tan inocente como temerosa de Dios.

La condesa empezaba sentirse realmente incómoda.

—¿Un vestido de corte completo la consolaría? —dijo con un mal disimulado cinismo.

El conde de Wetherby tomó aire, colocó marcialmente su mano sobre su rodilla y la miró directamente a los ojos.

—Debemos adelantar la boda.

Aunque la condesa lo escuchó nítidamente, le costó trabajo entender el significado de las palabras.

—¿Adelantarla? —preguntó—. Mi esposo está de viaje. No sabemos cuándo regresará.

—Puede delegar sus poderes en alguno de sus hijos varones —explicó la dama—, y lord Dunrath podrá firmar el contrato en su nombre como miembro varón de más edad y cabeza de familia en su ausencia.

Aquello no se lo esperaba. Estaba seguro de que, cuando Ewan se casara, su esposo estaría con ellos y que viajarían juntos al norte, a su amado castillo de Glenmara.

Miró a Mildred. Esta estaba tan sorprendida como ella.

—¿Pa-para cuándo han pensado que podría celebrarse? —se temió lo peor—. Otoño es una época agradable y…

—Dentro de tres semanas —contestó milord—. Antes de que termine la temporada. Es la única manera de resolver el desaguisado.

Fue como si le dijeran que Napoleón estaba a las puertas de Londres y que tomaría el té con la Reina. Se puso de pie instintivamente, pero, ante los ojos de alarma de los presentes, logró sentarse de nuevo.

—¿Tres semanas? —logró que su voz no sonara demasiado aguda—. ¿Cómo pretenden que organicemos una boda con tan poco tiempo?

—Lo más importante —dijo *milady*, adelantándose para hacerse oír—, el arzobispo de Canterbury puede oficiarla en esa fecha, y lo demás… será algo sencillo. No más de trescientos invitados.

—Sencillo —murmuró tía Mildred.

Lady Currie estaba desencajada. Hasta ese momento, todo eran proyectos, asuntos que se llevarían a cabo en un futuro donde todo volvería a ser como antes. Sin embargo…

—¿Puedo pensarlo? —preguntó—. Debería consultarlo con mi esposo.

La dama expuso lo evidente.

—Si está de viaje, le será imposible contestar antes de esa fecha y, además, él ya ha bendecido esta unión.

Tenía razón. Comprendió que su marido tampoco asistiría a la boda, aunque se desarrollara un año más tarde, que los había abandonado a su suerte. Se puso de pie.

—De acuerdo —tendió la mano a la manera inglesa—. Tenemos un trato.

Lord Wetherby la miró inerte en el aire. Eso era costumbre entre caballeros, no con una dama. Pero recordó que eran escoceses de las Tierras Altas y tenían fama de ser extravagantes. Se la tendió brevemente.

—Las dejamos entonces —le indicó a su esposa con un gesto que ya se marchaban—. Anne se pondrá muy contenta. Espero que Ewan también.

—Le hará feliz la noticia —dijo la condesa con el rostro pálido.

Cuando los Wetherby desaparecieron por la puerta, ella se llevó una mano a la frente. ¡Tres semanas! No sabía cómo lograría organizar algo así.

—¿Podemos hablar ahora? —preguntó su cuñada, a la que había olvidado por completo.

Lady Currie suspiró y fue hasta la puerta.

—Escríbele a tu hermano —le rogó—. Dile lo que hemos acordado, yo no tengo humor para hacerlo y dudo que lo tenga en los próximos días.

—Pero…

—Lo sé, querida —consiguió sonreírle—, tenemos una conversación pendiente, pero ahora necesito acostarme y olvidarme por un momento de todo esto. No soportaría una noticia más.

Y cuando se quedó sola, Mildred se dejó caer en el diván porque debía urdir un plan para que aquella boda fuese doble y Moira acompañara a su hermano junto a su prometido en el altar.

19

El señor Lawrence trazó una nueva línea sobre el gran lienzo y la corrigió al ver que la modelo había cambiado de posición.

—Señorita Moira, ¿le importaría alzar de nuevo la barbilla? Es fundamental que permanezca inmóvil.

Ella volvió a la realidad desde aquel lugar de su mente donde estaba perdida y acató las órdenes del gran retratista.

—¿Así?

—Eso es, y deje caer un poco más el hombro.

Le hizo caso e intentó permanecer tan quieta como él le había indicado, pese a que ya le dolían todos los huesos. ¿Cuánto tiempo llevaba en aquella postura? ¿Una hora? ¿Dos? A la Reina se le había ocurrido la feliz idea de que le pintaran un retrato y había ordenado que el señor Lawrence dejara todo lo que tuviera entre manos y se dedicara en cuerpo y alma a trasladar al lienzo la belleza de la que a ojos vistas era su dama de compañía preferida.

Moira lo tomó al principio con gratitud, pero empezó a preocuparle cuando la abuela Fiona le advirtió de que cada vez estaba más cerca el momento en que le exigiera una dedicación absoluta y que aquello era otra muestra de ello.

La postura que el gran retratista le había pedido conformar era un tanto artificial, aunque debía reconocer que bastante elegante. De pie frente a la ventana, una mano extendida, como si quisiera acariciar un rayo de luz, y la otra hacia atrás, como una de esas figuras egipcias que se veían en los grabados. La barbilla levantada y ligeramente vuelta hacia él, que se había colocado de frente, al lado de la ventana para que la luz del día le permitiera pintar con claridad.

El ruido de la puerta al abrirse hizo que Moira descompusiera la postura, lo que provocó de nuevo una educada protesta por parte del pintor.

Quien accedió a la estancia fue Ewan, con las manos a la espalda y el rostro serio de quien porta una mala noticia.

—Señor Lawrence, ¿le importaría dejarnos a solas a mi hermana y a mí? Serán solo unos minutos.

—Pararemos por hoy —dijo el retratista, metiendo los pinceles en un tarro y buscando la tela con la que cubrir el lienzo—. La señorita Moira está inquieta. Esperemos que mañana esté más descansada.

Salió de la estancia tras dedicarles una inclinación de cabeza y, aunque Moira agradeció dejar al fin aquella postura que le provocaba dolor, no la tranquilizó el hecho de quedarse a solas con Ewan.

La última vez que se vieron fue en una situación… comprometida.

Los pilló a ella y a Alexander en la habitación de este último, Moira a medio vestir y él… como su madre lo trajo al mundo.

Cuando había visto a su hermano ante la puerta, temió lo peor. Los McGomery no eran conocidos precisamente por su templanza. Había estado convencida de que se arrojaría al cuello de Alexander con la intención de acabar con su vida para después humillarla por su indecencia y encerrarla en la almena más lóbrega de Glenmara Castle hasta el fin de sus días.

Pero Ewan había actuado de una manera inesperada.

Tras mirarlos a una y a otro tan sorprendido como si acabara de ver aparecer un fantasma, giró sobre sus talones y desapareció de allí.

Moira y Alexander se habían quedado muy quietos. La criada, que lo había visto todo, se mostraba tan escandalizada que parecía al punto de la apoplejía. Él intentó vestirse precipitadamente para ir tras Ewan y darle una explicación, pero ella lo convenció de que no era una buena idea y de que sería mejor dejarlo marchar.

Desde aquel día, Moira y Ewan se habían esquivado. Si bien era cierto que la muchacha pasaba gran parte del día en Palacio y muchas de las noches también, en las reuniones familiares se evadían la mirada y ella había logrado no estar a solas con su hermano mayor.

Lo suyo con Alexander no se lo había contado ni a Ailsa a pesar de lo unidas que estaban, y más tras su liberación. Sabía que, si se lo comentaba, la pondría en una situación delicada haciéndola elegir entre el deber de exponer algo tan escandaloso ante su madre y el de guardarle fidelidad.

Cuando quedaron a solas tras la marcha del pintor Lawrence, Ewan avanzó hasta el centro de la estancia sin desmontar su expresión circunspecta mientras Moira se masajeaba un brazo por donde seguro que no había pasado la sangre desde hacía una hora.

—Si no te he pedido antes que hablemos —dijo él, tremendamente serio— es porque he estado buscando un argumento por el que no debiera denunciar al señor Somerville ante la Ley por corruptor y exigirte a ti que te retires de la vida pública —sus ojos llamearon—. Ha sido una enorme decepción, Moira.

Ella se recogió el vestido, pero no dio muestras de arrepentimiento.

—Supongo que el escándalo también habrá impedido que actúes.

Aquella respuesta terminó con la escasa paciencia que aún le quedaba a Ewan. Fue hacia ella y se detuvo muy cerca, tanto que Moira dio un paso atrás.

—¿Qué diantres has hecho, hermana? —se le escapó un suspiro, casi un gemido—. ¿Cómo te has podido dejar seducir? Siempre he confiado en ti. Eres cabal, discreta, honesta.

—¿Dejarme seducir? —parecía que aquello era lo único que la ofendía—. ¿Qué te hace pensar que no he sido yo quien se ha arrojado a los brazos del capitán?

Él retrocedió y se masajeó el oscuro cabello, desesperado.

—No intentes defenderlo.

—No lo hago. Digo la verdad.

Volvió sobre sus pasos para encararla de nuevo.

—Si esto sale a la luz, ni se te ocurra esgrimir un argumento así.

Moira estaba asustada. Era consciente de a lo que se había expuesto y de qué manera había traicionado su propia moral, sin

embargo, no iba a amilanarse, no iba a dejar que su hermano le soltara una reprimenda si lo que esperaba era su arrepentimiento.

—Ewan —le advirtió—, haz lo que creas que debes hacer, pero lo que te acabo de contar es la verdad. Yo fui a buscarlo, yo lo seduje, yo me metí en su cama.

Su hermano se llevó las manos a los oídos como si no quisiera escucharla.

—¡Ese maldito ha conseguido corromper tu mente más allá de lo que había imaginado! —sus ojos parecían poblados de llamaradas —. Debí coger una de sus espadas y salvar nuestro honor allí mismo. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Podría haberlo evitado. Había depositado toda mi confianza en ese hombre.

Moira no lo dudó. Fue hacia él y le tomó por el antebrazo para que le prestara atención.

—Me conoces, Ewan. ¿De verdad piensas que me dejaría manipular por Alexander?

Él no lo entendía. La única explicación posible era que su inocente hermana hubiera sido utilizada contra su voluntad, pero ella decía…

—¿Por qué, Moira? —intentó comprenderla—. Has tenido la mejor educación, tienes un puesto en la Corte, habrá una lista de caballeros pidiendo visitarte en cuanto se esclarezca tu posición ante la Reina…

—¿Y lo que yo quiero? —no lo dejó ella terminar.

Ewan parpadeó, incrédulo.

—Es solo un militar y…

—¿Y un tullido? —terminó ella la frase.

Se mantuvieron la mirada. Eran apasionados, sí, pero también una dama y un caballero. Él se tiró del chaleco y adoptó la compostura que se esperaba del heredero de un conde. Ella alzo la barbilla.

—Supongo que tienes claro que no volverás a verlo —dijo Ewan con firmeza.

Moira alzó una ceja.

—¿Me vas a encerrar entre estas cuatro paredes?

—No puedo hacerlo por tus funciones en Palacio, pero no dudes que lo haría en caso contrario.

Siempre se habían querido y Ewan era el hombre más paciente del mundo, Moira era muy consciente de la posición en que lo dejaba aquello. Era el responsable de salvaguardar el honor de la familia y lo que ella había hecho iba más allá de todas las indecencias. Respiró hondo e intentó disimular su turbación.

—¿Tienes algo más que decirme, o puedo llamar a mi doncella para que me ayude a cambiarme?

Los ojos de su hermano no daban crédito. Había esperado cualquier cosa menos aquella actitud. ¿Es que no se arrepentía? ¿Es que no se sentía sucia? Una idea absurda empezó a abrirse paso en su mente. Era tan increíble que sus ojos se abrieron de par en par cuando lo iluminó. Titubeó.

—¿Si-sientes algo por ese hombre?

Moira notó que el corazón se le detenía por un instante, pero logró sobreponerse.

—¿Me estás preguntando si siento lo mismo que tú por la señorita Locatelli?

Ewan recibió aquella pregunta como un mazazo e hizo porque su turbación no se reflejara en su rostro.

—No seas absurda —un gesto de la mano acentuó sus palabras—. Ella solo es una extranjera sin posición.

Moira no se movía de donde estaba. Tampoco retrocedió.

—Te recuerdo que te peleaste a puñetazos con el hombre que hoy es su esposo, y delante de tu prometida.

Como la puerta estaba entreabierta, ninguno de los dos se percató de que Ailsa acababa de acceder a la estancia. Quizá había escuchado las últimas frases porque su rostro parecía confundido cuando se plantó entre ambos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó mirándolos a uno y a la otra.

Ewan apretó las mandíbulas y guardó silencio.

—Te veré en la cena —dijo antes de salir, refiriéndose a Moira —. Piensa en lo que te he dicho.

Cuando ambas se quedaron solas tras el portazo que su hermano había dado al abandonar la estancia, a Moira se le escapó

un suspiro de pesar que hizo que Ailsa la acompañara al diván y se sentara a su lado.

—¿Habéis discutido? —preguntó con cierto cuidado.

Su hermana colocó los codos sobre las rodillas y hundió el rostro en las palmas de las manos.

—Ewan tiene razón, he cometido una locura.

—Empiezo a preocuparme.

Cuando Moira volvió a mirarla, había un brillo en sus ojos que desconcertó a su hermana. Lo pensó un instante antes de confesarlo.

—Me estoy viendo con el señor Somerville.

Ailsa abrió la boca y la cerró. Fue como si necesitara comprender lo que le acababan de decir.

—Hablas de… —lo dudó—, ¿el señor Alexander Somerville?

La aludida bajó la cabeza.

—Ewan nos vio.

—¿Os vio pasear juntos en el parque? ¿Manteniendo una conversación a las puertas de la iglesia?

Moira volvió a mirarla a los ojos. Lo que tenía que decir solo se podía pronunciar así.

—Nos vio a medio vestir en el lecho de Alexander.

Las cejas de Ailsa se alzaron y se llevó instintivamente una mano al pecho. Observaba a su hermana como si no la conociera, como si quien tenía delante fuera una extraña. Cuando habló, su voz sonó desconcertada.

—Eso sí que no me lo esperaba —se humedeció los labios—. ¿Te has enamorado de él?

—¡Por supuesto que no! —contestó de inmediato.

—¿Y él de ti?

Se le escapó un gemido de exasperación. ¿Por qué le preguntaba aquello? Era absurdo.

—Él sabe que lo nuestro es una manera de dejar que el tiempo pase.

Ailsa le tomo una mano y esperó a que su hermana volviera a enfrentarse a sus ojos.

—Sabes que te quiero como nadie y que siempre estaré de tu parte —hizo una pausa—, pero esa relación debe terminar de inmediato.

Moira apartó la mano.

—¿Tú también?

—Moira, si sale a la luz...

—¿Se echará a perder mi reputación? —contestó enfadada.

Ailsa estaba muy seria, mortalmente seria.

—La tuya —enumeró—, la de todo nuestro clan y pondrá en grave peligro la vida del señor Somerville.

20

Lady Currie había despedido al señor Lawrence en la puerta de la mansión, extrañada de que aquella sesión de pintura hubiera durado tan poco. Cuando se enteró de que su hijo Ewan estaba en casa y por eso se había interrumpido el retrato de Moira, llegó a la conclusión de que no podía dilatarlo un momento más, por lo que le pidió al señor Gilchrist que buscara a su hijo y le dijera que quería verlo.

Era consciente de que aquella conversación no iba a ser fácil, aunque parecía que desde el desastre de casa de los Wetherby su hijo Ewan había desistido de aquella pasión loca por la señorita Locatelli que lo tenía trastornado.

Entró en su gabinete y se asomó a la ventana. La tarde se había cerrado en lluvia y apenas había transeúntes en dirección a Grosvenor Square. La gran plaza de moda entre la aristocracia se había convertido en el centro de la vida social londinense. Suspiró al recordar que se había negado a vivir allí cuando su esposo propuso el viaje a Londres. Desde entonces, se alegraba de ello. Ser vecina del marqués de Hertford, del duque de Gloucester o del conde de Aberdeen hubiera implicado una incesante vida social para la que no estaba preparada.

—¿Me has llamado, madre?

La condesa se volvió. Debía reconocer que su hijo era espléndido. Alto, guapo, de impresionantes ojos azules y mirada cautivadora, y con esa actitud que podía ser petulante si no supiera que encerraba un corazón noble y sincero. Suspiró y le pidió que se sentara. Él apenas frunció las cejas sospechando que tenían por delante una conversación cuanto menos delicada, pero le hizo caso para ocupar una silla cerca de donde ella acababa de tomar asiento.

La condesa jugó, nerviosa, con uno de los encajes de su vestido.

—El señor Lawrence me ha dicho que has estado hablando con Moira.

Ewan se echó hacia atrás y cruzó brazos y piernas.

—No veo qué tiene eso de extraordinario.

La conversación no empezaba bien. La condesa decidió ir por otro atajo.

—¿No la notas… extraña?

Ewan apretó las mandíbulas. No le había dicho a nadie lo que sabía de la relación entre su hermana y el capitán Somerville. En cierto modo porque sabía que arruinaría la vida de Moira. También porque creía firmemente que su hermana no estaba bien. El rapto de Ailsa, su nueva vida en Palacio, los abuelos…; todo le había provocado un estado de sobresalto e inestabilidad que quizá. Carraspeó para que su madre no leyera el timbre de su voz.

—No me he percatado de ningún cambio en su carácter.

La condesa se removió inquieta en su butaca.

—Desde que Ailsa ha vuelto…, no sé, antes eran una y carne.

—Siguen siéndolo —señaló hacia arriba—. En estos momentos las he dejado a solas.

La condesa tuvo que admitir que estaba siendo demasiado suspicaz.

—Quizá veo fantasmas donde no los hay.

Ewan descruzó los brazos y se abrochó la levita.

—¿Para eso me has mandado a llamar? Porque, si es por eso, debes estar tranquila.

Iba a levantarse para despedirse cuando la condesa se atrevió a tratar con él el asunto por el que de verdad lo había llamado.

—He hablado con los Wetherby —le mantuvo la mirada—. Tu boda sigue en pie.

Él alzó ligeramente una ceja. Cuando habló, su voz no flaqueó.

—Celebro que así sea.

Un breve gesto en los labios de la condesa expresó la sorpresa ante una respuesta tan civilizada. Se preguntó cómo se tomaría lo siguiente.

—Me han pedido —prosiguió— que vuestra boda se lleve a cabo en tres semanas para acallar los rumores.

Esta vez la respuesta de Ewan tardó un poco más en materializase, pero de nuevo fue de los más serena.

—No dará tiempo de notificarlo a padre —advirtió.

A la condesa se le escapó un suspiro como cada una de las veces que últimamente pensaba en su esposo.

—Está en Roma —le confesó—, o al menos ahí es donde se encontraba la última vez que me escribió. Ni, aunque lo intentase, podría llegar a tiempo desde un lugar tan remoto.

Esa vez, Ewan sí se puso serio y sus cejas se crisparon.

—¿Roma? —ladeó la cabeza—. Parece ser que no hemos escarmentado después de lo de Ailsa.

Se refería a aquella nota donde le decían que toda la culpa era de su padre y de sus negocios italianos, fueran estos cuales fueran. Su madre no entró en esa cuestión e intentó, hábilmente, reconducir la conversación.

—¿Te parece bien que la ceremonia se celebre en tres semanas?

Él volvió a carraspear, se enderezó en la silla y adquirió una actitud indiferente.

—Si es lo que te place.

Su comportamiento la sacó de quicio.

—Ewan, yo solo hago lo que debo.

—¿Acaso no es eso lo que estoy haciendo yo?

No debía dejarse arrastrar por aquellas palabras. Su hijo tenía razón, pero no podía dársela, no sin traicionar el antiguo orden de fidelidad que un escocés debía al jefe de su clan. Tomó aire, se frotó las manos para serenarse, y volvió a la carga.

—*Lady* Wetherby y yo nos encargaremos de los preparativos —su voz sonó firme, pero amable—. Sería bueno que visitaras a Anne.

Él alzó una ceja.

—¿Quieres decir que la corteje?

—Sí, eso es lo que quiero decir —contestó, un tanto exasperada—. Casi prefiero que te enfades conmigo a esa

condescendencia.

Ewan apretó las mandíbulas y, aunque el respeto a su madre estaba por encima de todas las cosas, se puso de pie y la señaló con uno de sus largos dedos.

—Madre, no sé si te has dado cuenta, pero todo es un desastre a nuestro alrededor —señaló un lugar indeterminado de la habitación—. La hija de los Wetherby no es quien aparenta ser, aunque tú insistas en decirme que son ilusiones mías; Ailsa y Adrian han roto un compromiso que ni siquiera ha llegado a formalizarse y no sabemos cuál es la razón; Niall anda como loco por las calles de Londres detrás de un espejismo de mujer que quizá ni exista; Nessa está tan extrañamente callada últimamente que me temo lo peor; y Moira…

Se detuvo antes de meter la pata, pues si su madre se enteraba…

La condesa se dio cuenta.

—¿Qué le pasa a Moira?

—No le pasa nada.

Ella también se puso de pie. Al parecer, últimamente, no había manera de hablar con sus hijos sin levantar la voz.

—Así que, según tú —le dijo—, de todos mis vástagos, solo Travish es quien lleva una vida correcta y ordenada.

—¿Acaso no es cierto?

La condesa se apretó las manos para encontrar calma. Se había jurado que aquella conversación no se iría por otros derroteros que buscar el bien de Ewan y de la familia. Volvió a modular su voz educada y de timbre agradable.

—Anne y tú os iréis a vivir a Grosvenor Square —le anunció—. Tu padre vio una casa allí cuando nos pidió que nos mudáramos a Londres. Aún está libre. La he alquilado para vosotros, pues no sabemos el tiempo que permaneceremos en esta ciudad.

Ewan asintió. Estaba serio, como si acabara de llegar de un velatorio. Ella lo lamentó.

—¿Algo más? —preguntó su hijo de manera bastante insolente.

Podía haberle amonestado por aquel tono, pero prefirió buscar la razón por la que se comportaba de aquella manera. Dio un paso en su dirección y le tocó levemente una mano.

—¿Sabes que la señorita Locatelli se ha casado?

Él la miró un instante para bajar los ojos a la alfombra.

—Algo he oído.

—Con ese joven músico con el que te peleaste.

—Eso parece ser.

Apretó la mano de su hijo. Estaba obligado a ser duro y eso siempre era una condena para un hombre.

—Y eso… ¿cómo te ha afectado?

Ewan apartó la mano y las cruzó a la espalda.

—Tanto la señorita Locatelli como yo siempre hemos sido conscientes de que nuestro afecto no tenía sentido —dijo con un tono helado.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Ewan dio un paso atrás.

—Mañana visitaré a los Wetherby. Me comportaré como un caballero, no debes preocuparte.

—Cuando tu padre regrese…

—Madre —esta vez no pudo contenerse—, ¿aún no te has enterado de que nos ha abandonado a nuestra suerte? —parecía dolido, muy dolido—. Somos huérfanos, y tú viuda. Será mejor que lo comprendas, porque decidió salir de nuestras vidas el mismo día que nos envió a esta maldita ciudad.

Y, dándose la vuelta, la dejó sola en el gabinete.

21

Adrian tocó la superficie helada de la tumba, cerró los ojos y rezó una oración.

Aunque hacía tiempo que sabía cuánto echaría de menos a su abuela, el dolor había sido tan lacerante como si le hubieran clavado una daga en las entrañas y la hubieran retorcido lentamente. Ella había sido quien se había encargado de su crianza, pues su madre siempre estaba demasiado ocupada, quien le había enseñado a manejarse en la vida, a buscar soluciones a los problemas, a defender el emblema de los McLean donde el amor estaba por encima de todas las cosas.

Aquella noche aciaga no despertó tras una de tantas crisis. Ni el médico ni los cuidados de él y su padre lograron hacer nada y una hora más tarde certificaron su muerte.

Tomar la decisión de darle sepultura en Londres no había sido fácil, de hecho, era algo inaudito que una McLean no descansara en tierras escocesas, pero entre sus pertenencias encontraron dos cartas, una en la que pedía que enterraran sus restos allí donde abandonara la vida para que descansara cuanto antes y su encuentro con Dios no se demorara, y la otra…

—Es hora de regresar —le dijo su padre, poniéndole una mano sobre el hombro.

Adrian se incorporó, tomó aire y se puso la chistera, por lo que todos se encaminaron hacia la salida del cementerio.

Lo imprevisible de su fallecimiento en una ciudad que le era ajena había provocado que no se le pudiera dar sepultura en una capilla católica, como sucedía con los restos de cada uno de los McLean desde que la memoria alcanzaba, sino en un cementerio público. El otro gran contratiempo había sido que tanto su madre como su hermana Davina habían tenido que viajar precipitadamente a Londres desde las Tierras Altas y guardar el luto lejos de los suyos.

—Hablaré con monseñor —dijo su madre, que con su frialdad característica ni siquiera lo habría abrazado—. Quizá dentro de unos años podamos llevarnos sus huesos para que reposen junto a los del abuelo.

—Madre —contestó él, intentando no parecer exasperado—, ella dejó claro dónde quería estar para la eternidad.

—Sí, pero…

—Si no vamos a seguir sus instrucciones en esto —alzó Adrian la voz más de lo conveniente para un camposanto—, ¿por qué en el otro asunto?

Debido a la pertinaz llovizna el cementerio estaba solitario, a pesar de que el panteón que habían conseguido adquirir precipitadamente estaba cerca de la entrada. Lord Lorn, que no solía meterse en las disputas que encabezaba su esposa, se vio en la necesidad de dejar las cosas claras.

—Adrian —dijo con voz firme—, tu abuela te hizo prometer que no continuarías con esa mujer.

—Se llama Ailsa, padre —lo corrigió tras apretar las mandíbulas.

Continuaron caminando hacia la salida cuatro figuras enlutadas donde las dos damas se cubrían el rostro con tupidos velos.

—No creas que le fue fácil a tu abuela escribir esas palabras —insistió el vizconde, que era consciente de lo difícil que había sido para su hijo abandonar a la mujer que amaba—. Ella te quería más que a nadie y era muy consciente de lo que sentías por… —le costó trabajo decir el nombre— *lady* Ailsa. Pero también era sabedora de la tremenda desgracia que se cierne sobre esa familia y de cómo podía arrastrarte a ti, a todos.

Davina, la hermana de Adrian, lo tomó del brazo.

—Me hubiera gustado conocerla.

Él le sonrió, aunque sus ojos no expresaron nada.

—Quizá algún día te la presente.

Su madre, que caminaba delante, se volvió y, si no fuera por el velo, los hubiera fulminado con su mirada.

—Eso no va a suceder.

—Cuando todo pase… —intentó explicarle Adrian.

Pero el vizconde no lo dejó terminar. Al parecer, su hijo aún no llegaba a ser consciente de la gravedad del asunto.

—El padre de esa muchacha va a traicionar a la Corona, Adrian —lo miró con firmeza—. Eso nunca pasará como si fuera esta tormenta. Eso se purgará con la aniquilación de su estirpe, con la desaparición de su nombre de los anales de la nobleza, con el olvido.

La joven McLean se apretó aún más sobre su hermano.

—Eso hace que conocerla sea aún más interesante.

—No digas sandeces, Davina —la reprendió su padre al instante—, y será mejor que aligeremos. La lluvia arrecia.

La vizcondesa aceleró el paso mientras su esposo la seguía de cerca para cubrirla con su paraguas.

—Avanza tú con madre —dijo la muchacha—. Nosotros llegaremos al ritmo que me permitan estos chapines.

Aunque hubo una mirada de desconfianza por parte de sus progenitores, el chaparrón era tan intenso que los vizcondes de Lorn avanzaron por el embarrado camino hasta el carruaje que se atisbaba al fondo.

En breve, partirían todos hacia el norte, hacia las Tierras Altas, y todo lo que Adrian había vivido allí solo sería un recuerdo.

—¿Porque papá te lo haya ordenado has roto con ella? —le preguntó su hermana cuando sus progenitores estaban lo suficientemente lejos como para escucharlos—. Él mismo ha dicho miles de veces que nada debe sobreponerse al amor.

Él soltó un resoplido.

—Si me lo hubiera ordenado papá, ya estaríamos Ailsa y yo casados a escondidas en un pequeño pueblo irlandés —le palmeó la mano—. Pero fue la abuela quien lo dejó por escrito. Quien me hizo jurar ante Dios que por la salvación de su alma no volvería a verla.

Fue entonces la muchacha quien resopló. Ella no había estado tan unida como Adrian a su abuela. Como oveja negra de la familia, cualquier decisión que tomaba era diseccionada, analizada y criticada hasta la extenuación. Según sus padres, era una criatura incapacitada para hacer nada que no fuera bordar y rezar, algo que

a ella le desesperaba. Y todo porque había cometido un error. Sí, un grave error que estuvo a punto de costarle la vida y que le costó el honor y la honra, pero que había sido limpiado con un duelo donde su padre salió ganador.

Davina buscó la manera de decirle a su hermano lo que llevaba un mes rondando su cabeza sin saber cómo hacerlo.

—Querías a la abuela tanto como yo… —lo miró a los ojos a través del velo de luto—, pero esa petición no era digna de ella.

Adrian negó con la cabeza.

—No puedo desatenderla. No puedo hacerle eso a su recuerdo. Jamás me lo perdonaría y quizá jamás se lo perdonaría a Ailsa.

Ella ya sospechaba esa respuesta. Los hombres McLean eran tan testarudos en el amor como en el honor. Decidió cambiar de tema. En cuanto llegaran al carruaje, que cada vez estaba más cerca, volverían a vigilar cada cosa que dijera, cada acto, cada opinión.

—¿Cómo es? —preguntó, jocosa.

Él la miró con brillo en los ojos.

—¿Ailsa? La criatura más preciosa que puedas imaginar.

—¿Sigues enamorado de ella?

—Dudo que pueda dejar de estarlo.

Sus padres ya estaban a cubierto y los arengaban desde el confortable interior del carruaje para que se aligeraran.

—No creo que yo pudiera soportar estar en tu situación —confesó Davina.

—No es fácil —volvió a palmearle cariñosamente la mano—. Pienso en ella cada minuto del día, cada instante de la noche. Quizá se salve el alma de la abuela con mi sacrificio, pero dudo que sobreviva mi cordura.

Ella se detuvo y le buscó los ojos.

—Adrian, no puedes seguir así.

—No hay otra salida.

¿Se lo decía, o no? Ser la hija enclaustrada tenía sus ventajas: estaba al tanto de todo lo que se urdía en el clan. Se apartó el velo y su bello rostro casi brilló cuando estalló un relámpago.

—Adrian… —una pausa antes de seguir—, padre está buscándote una esposa.

Él frunció las cejas y apretó la mandíbula.

—Pues todo quedará en un intento, porque no pienso casarme con nadie que no sea Ailsa McGomery.

Ella le puso una mano sobre el rostro.

—A mí me tratan como a una invalida y a ti como a una marioneta.

Él la tomó por los hombros. Siempre habían estado muy unidos. ¿Cuándo tardaría su padre en venir a por ellos?

—¿Estás bien? —le preguntó a su querida hermana.

Davina se encogió de hombros y sonrió.

—Soy fuerte. Me quebré durante una época, pero estos continuas desvelos de papá, de mamá, me sobrepasan. Necesito enfrentarme al mundo, vivir la vida, equivocarme otra vez. Necesito sentirme viva.

—Háblalo con él —le propuso como tantas otras veces.

—¿Con Richard McLean? —soltó una fingida carcajada—. Nuestro padre no es hombre de cambiar de parecer y si cree que yo merezco su cuidado como una muñeca rota, aunque le demuestre que he sanado, no dará su brazo a torcer.

La abrazó mientras su padre refunfuñaba e intentaba abrir su paraguas para ir en busca de sus hijos.

—Yo atrapado por una promesa y tú por la infamia que te hicieron en el pasado.

Davina se separó para mirarlo a los ojos.

—Adrian, busca a Ailsa. Habla con ella. Explícale por qué no podéis seguir juntos. Se lo debes.

—¿Decirle que lo nuestro no puede seguir porque mi abuela me lo ha pedido en una carta póstuma? —se le escapó un resoplido —. No es una McLean, donde lo absurdo toma apariencia de coherente. Eso le haría más daño que bien.

—No estoy segura.

Él la tomó por los hombros y continuaron caminando antes de que su progenitor se tirara de nuevo bajo la tormenta en su supuesto socorro.

—De lo que yo no estoy seguro es de cómo reaccionaré si la vuelvo a ver alguna vez.

Davina sintió curiosidad.

—¿Intentarías explicárselo?

Él sonrió.

—Intentaría besarla.

22

Ewan le tendió la mano a Ailsa para ayudarla a descender del carruaje. Estaba especialmente pálida, y se ajustó el sombrero para que la lluvia no la calara.

—¿Seguro que quieres hacer esto? —le preguntó su hermano.

Ella simplemente asintió y acompañó a Ewan hasta alcanzar la elegante fachada de la iglesia que la estrechez de la calle impedía vislumbrar en su totalidad. En cuanto se protegieron bajo el atrio columnado, ella se deshizo del sombrero empapado y miró alrededor, con el temor reflejado en la mirada.

Como muchas otras iglesias de Londres, Saint Martin in the Fields tenía su propia sala de muertos, a la que se accedía bajando las escaleras laterales que llevaban a las catacumbas.

Ailsa se estremeció y Ewan la miró con preocupación. No debía de habérselo dicho, pero el capitán Somerville en su nota le aseguró que la presencia de su hermana iba a ser determinante. Ninguno de los dos se había vuelto a ver desde el asunto de Moira, pero la urgencia de la misiva le indicó a Ewan que no debía desatenderlo por poco que le apeteciera ver a aquel canalla.

En cuanto bajaron las estrechas escaleras, el olor fétido de la muerte les inundó las fosas nasales. Ella se llevó su guante perfumado a la nariz, pero no dijo nada, lo siguió hasta llegar a un espacio angosto bajo el que había que inclinar la cabeza, y ambos aguardaron hasta que Alexander Somerville, con el rostro serio y preocupado, se acercó a ellos.

Ailsa no lo veía desde aquella vez que se reunieron para lo de Thomas, pero no le pasó desapercibido que Ewan no le estrechó la mano y que ambos hombres se esquivaron la mirada. Moira le había contado que Ewan los encontró en una situación… comprometida cuanto menos, pero de ninguna manera Ailsa hubiera sacado aquel

tema a la luz. Era demasiado delicado incluso para unos hermanos que se lo contaban todo.

Alexander se dirigió directamente a ella.

—Lamento que tenga que pasar por esto, pero es la única manera de identificarlos.

Ella simplemente asintió.

Ewan le dio la espalda para que Ailsa no lo escuchara y se encaró con el capitán, aunque su habitual amabilidad no apareció por ningún lado.

—¿Están en muy mal estado?

—Me temo que sí —se lamentó—. Llevan semanas bajo el agua.

Había visto algunos cadáveres. ¿Qué escocés no se había topado con la muerte? Pero sabía que los ahogados presentaban un aspecto especialmente desagradable. Bajó la voz.

—¿No hay alguna manera de evitárselo?

Alexander negó con la cabeza.

—Puede negarse, lo entendería perfectamente. Habrá otras maneras de saber quiénes son, pero tardaremos más tiempo.

Las mandíbulas de Ewan crujieron. No había vuelto a hablar con el capitán Somerville desde que lo pilló… Sacudió la cabeza para alejar aquella idea de su mente. Había meditado mucho qué hacer con aquello, pero cada cosa que se le ocurría era peor que la anterior. Hacerlo público arruinaría la reputación de Moira; alejarla de Londres contravendría las directrices de la Reina, que la quería siempre cerca; exigirle una satisfacción a Somerville lo expondría al escándalo, pues alguien indagaría el origen de la ofensa. Hasta ese momento había decidido no hacer otra cosa que amonestar a Moira, pero conocía a su hermana y sabía que haría lo que le viniera en gana.

Se apartó de Alexander y tomó la mano de Ailsa para que no se sintiera desamparado. El capitán se volvió hacia ella.

—Los han encontrado en el río, muy cerca de aquí —la puso en situación—. Mis hombres me han avisado y el párroco ha aceptado una limosna antes de que llegue el forense y el jurado. Tenemos poco tiempo.

Los cadáveres sin identificar se llevaban a sitios como aquel, pues todas las parroquias tenían una sala de muertos. En caso de no haber ninguna cerca, eran las tabernas donde se exponían para que algún vecino los identificara.

Ailsa se ajustó el cuello del redingote. Tenía la sensación de que toda su ropa olía de aquella manera.

—Mejor que esto acabe cuanto antes —dijo ella.

—No va a ser agradable, pero será solo un momento —volvió a cuidarla su hermano—. ¿Te sientes con fuerzas?

Ella simplemente asintió.

Cruzaron parte de la cripta, pisando las tumbas que empedraban el suelo hasta llegar a una puerta que permanecía cerrada. Alexander los miró a uno y a otro y solo entonces la abrió y pasó al interior.

Dentro, el olor era aún más insoportable. Ailsa tuvo ganas de vomitar, pero se mantuvo firme y dio un paso hasta el interior.

Todo el mobiliario de la pequeña estancia cuyas paredes estaban negras de humedad era una mesa grande, que ocupaba el centro como si se tratara de una alfombra sobre la que había dos bultos cubiertos por una sucia tela.

Ewan volvió a mirarla para saber si tendría que sacarla de allí en brazos, pero Ailsa alzó la cabeza y avanzó hasta colocarse al lado del capitán, haciéndole un gesto con la barbilla para que levantara la tela.

Si la muchacha había llegado hasta allí, era mejor no hacerla esperar más, así que, con un movimiento de la mano, Alexander la aportó mientras algunas moscas negras se sentían molestas y emprendían el vuelo.

Ailsa se fijó en los dos cuerpos inertes sobre la mesa y fue capaz de recorrer sus facciones con la mirada. Estaban hinchados y la piel tenía un aspecto cerúleo. Casi parecían irreales, aunque el olor no dejaba dudas de que se trataba de dos cadáveres.

Cerró los ojos y asintió mientras Alexander volvía a cubrirlos con la misma sucia tela y le indicaba a Ewan que ya podían abandonar la sala.

Este ayudó a su hermana sujetándola por el codo, aunque ella se deshizo del báculo, dándole a entender que podía caminar por ella misma. Solo cuando estuvieron al otro lado y el capitán cerró la puerta a sus espaldas, Ailsa se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento y de que necesitaba tomar aire.

—Es posible que la hinchazón no le permita reconocer… —intentó explicarle Alexander, pues el aspecto que presentaban los cadáveres era lamentable.

Pero Ailsa asintió sin dudarlo.

—Son ellos.

—¿Seguro?

Volvió a hacerlo.

—Esa herida en la cara se la hice yo —bajó los ojos. En cierto modo se sentía culpable de aquellas muertes—. ¿Desde cuándo…?

—No es seguro —le permitió no terminar la frase—, pero, por el estado de descomposición, pudieron haber muerto el mismo día en que usted se escapó de entre sus garras.

Ella se sintió mal de inmediato. Ewan fue a socorrerla, pero una vez más ella lo apartó con un gesto suave de su mano.

—¿Se sabe cuál fue la causa de sus muertes? —preguntó, aunque estaba muy pálida.

—Un arma de fuego. —El capitán había identificado las heridas sin dificultad—. No quiero entrar en detalles delante de una dama y después de lo que ha visto…

Ailsa miró alrededor. Todo empezó a darle vueltas, aquel olor, aquella imagen que acababa de contemplar. Apretó el sombrero entre las manos.

—Necesito tomar el aire —le dijo a su hermano—. Te esperaré en el carruaje.

Él miró el largo trecho hasta la escalera de salida, bordeado de tumbas.

—Te acompaño.

Pero ella alzó una mano y casi logró sonreír.

—Después de lo que acabo de ver, unas lápidas son como un juego de niños.

Le dedicó una breve inclinación de cabeza al capitán Somerville y avanzó hasta alcanzar las escaleras, desapareciendo al fin en busca de la luz.

Solo entonces Alexander se atrevió a informar al hombre que le había contratado.

—Hemos seguido a Thomas, pero hasta ahora…

Pero Ewan tenía la mirada tan dura que parecía de piedra.

—¿Sigue viendo a mi hermana? —lo interrumpió.

El capitán ya esperaba algo así. De hecho, lo había esperado mucho antes. Era extraño que un caballero admitiera algo como lo que sucedía entre Moira y él, todo era extraño en torno a los McGomery.

Cruzó las manos a la espalda e intentó no parecer ofensivo.

—Con todo mi respeto —le dijo—, eso no es asunto suyo.

Ewan dio un paso hacia él.

—¿El honor de mi familia no es asunto mío?

—Soy el primero en ser consciente de lo desafortunado que ha sido todo. Solo puedo reprochármelo, pero no quiero discutirlo con usted.

Ewan apretó los nudillos y se contuvo para no golpearlo, algo que provocaría una pelea donde ambos, pese a la lesión del capitán, los dejaría muy igualados.

Al fin logró contenerse, dio un paso atrás y se ajustó los guantes.

—Ya no trabaja para mí, capitán Somerville —le anunció—. Queda relevado de todas sus obligaciones. Y no quiero volver a verle.

Este arrugó las cejas.

—No voy a dejar de investigar un caso donde Moir… —se corrigió a tiempo—, donde la señorita Moira esté en peligro.

Ewan ya no lo miraba, y avanzaba sobre las lápidas de los muertos en busca de la salida.

—La próxima vez que nos crucemos no sé si podré contenerme, capitán. Será su vida o la mía.

Este se cruzó de brazos, pero no lo siguió.

—¿Y por qué ha acudido hoy a la llamada de mi nota?

Ewan alcanzó los escalones de acceso, pero se detuvo antes de abandonar la cripta.

—Porque lo único que me impide retarlo a un duelo es no saber quién nos está intentando arruinar la vida —le confesó con absoluta sinceridad—, y lamentablemente usted, hasta hoy, era el único que podía encontrar una explicación.

23

Cuando la carroza dejó a Ailsa en casa, Ewan pidió al cochero que continuara, pues tenía un compromiso que era necesario atender a la mayor brevedad.

El carruaje lo dejó ante una fachada de infausto recuerdo, pero no flaqueó cuando descendió, atravesó la calle y golpeó la puerta con los nudillos. No tuvo que esperar mucho cuando el mayordomo abrió la puerta y no pudo evitar alzar las cejas al reconocer al visitante.

—¿Podría anunciar a los señores que Ewan McGomery desea verlos? —dijo él, deshaciéndose de la chistera.

El hombre apenas esbozó un gesto, le hizo pasar y le indicó un espacio junto a la puerta donde podía esperar.

La última vez que Ewan había visto a Gabriella había sido mientras ella salía precipitadamente por aquel mismo lugar y él se partía la cara a puñetazos con…

—Señor Ewan —oyó una voz femenina forzadamente alegre —, qué agradable visita.

Él le dedicó una profunda reverencia, entregó chistera y guantes al mayordomo y le besó la mano.

—*Lady* Wetherby, espero no presentarme en un momento inoportuno.

Ella parecía la mujer más feliz de Londres con aquella visita.

—En absoluto —amplió su sonrisa—. Mi esposo no se encuentra en casa, pero a Anne y a mí nos complacerá atenderle.

Lo hizo pasar a una salita cercana mientras le hablaba del tiempo y de los tonos de moda para los vestidos de seda. El espacio era una mezcla entre cuarto de música y de costura que no había visto la última vez que los visitó.

Anne estaba allí, y se puso de pie en cuanto lo vio aparecer. El rostro de la muchacha mostraba la misma cándida inocencia de

cada una de las veces en las que se habían encontrado. Quizá no en todas porque en una de ellas…

—Anne se sintió muy feliz cuando le dijimos que se habían resuelto todos los malentendidos, ¿verdad, querida?

La aludida se ruborizó, le hizo una genuflexión y le miró a los ojos con una inocencia que parecía sacada del mismo devocionario de la Iglesia Anglicana.

—Pensé que no volvería a verle nunca más —musitó la muchacha con una mano en el corazón.

Ewan decidió seguirle el juego. Ella le había puesto las cartas boca arriba cuando pudieron hablar en la infausta recepción y él sabía que la frágil muchacha que tenía ante sí era solo la fachada de alguien con un instinto desbordado y tan peligrosa como una leona que debe proteger a sus cachorros. Le tomó la mano y le acercó sus labios sin rozarla.

—Aunque ya le presenté mis disculpas a sus padres, permítame que se las ofrezca a usted —la actuación era digna del teatro de Haymarket—. Mi conducta fue imperdonable.

Lady Wetherby parecía encantada tanto con la visita como con el decoroso comportamiento de los prometidos. Juntó ambas manos y se dirigió a su futuro yerno.

—No tratemos de tiempos pasados cuando hay un futuro brillante ante nosotros —dijo con acierto—. ¿Le ha hablado su madre de la residencia de Grosvenor Square?

Se lo había contado, y había dejado las llaves de su nueva residencia en la bandeja del amplio vestíbulo de la mansión familiar por si quería ir a visitarla sin la presión de su presencia, ya que la casa estaba siendo redecorada y el servicio aún no estaba contratado. Ewan asintió.

—Lo ha hecho.

—Es una casa magnífica —se extasió la dama—, y en la mejor zona de la ciudad. La visitamos ayer. Están trabajando en ella, pero nos han asegurado que en tres semanas estará todo listo.

Él, con las manos en la espalda, esbozó una sonrisa que intentó fuera satisfactoria.

—Es una excelente noticia.

—¿Tiene intención de viajar por Inglaterra después de la boda, señor McGomery?

Ante la pregunta de su futura suegra, no supo qué contestar. Ni aquel matrimonio era de su agrado ni había pensado en él más que como un compromiso incómodo que tenía que soportar como una obligación.

—No lo había pensado —atinó a decir—, pero si a la señorita Anne le place…

Ella bajó la mirada, dando claras muestras de obediencia.

—Lo que usted decida me parecerá bien.

Su madre parecía más que orgullosa de la educación que le había dado a la pequeña Anne.

—Como ve, mi hija es un auténtico sol

La muchacha logró sonrojarse, lo que llegó a admirar a Ewan, que sabía de qué materia estaba hecha.

—Entonces lo decidiremos juntos —dio él por zanjado el asunto.

Iba a despedirse cuando *lady* Wetherby volvió al ataque.

—¿Ha pensado en dar alguna fiesta después de la boda? Es el cierre de la temporada. Puede ser un sonado éxito.

Se imaginó soportando la presencia de decenas de invitados tras los fastos de la boda y tuvo ganas de vomitar.

—Después de mi experiencia dudo si… —ante sus palabras *lady* Wetherby se puso mortalmente seria, por lo que él rectificó—. Intentaba que fuera una broma.

—Me ha parecido muy divertida —acudió Anne en su ayuda con una amplia sonrisa en el rostro.

Aquel comentario pareció zanjar el asunto por el momento. La condesa logró sonreír y se puso de pie mientras se frotaba las manos. Él se alzó, como era necesario hacer cuando una dama se incorporaba.

—Tengo que atender un problema con el ama de llaves —dijo *milady* con tono socarrón—. ¿Me puedo quedar tranquila si les dejo a solas unos minutos?

Él inclinó la cabeza.

—Le aseguro que no sucederá nada indecoroso entre nosotros.

—Sé que es usted un caballero —sonrió, encantada—, y que el temperamento de mi hija jamás permitiría nada impropio. Regreso en seguida.

Volviendo la cabeza un par de veces, salió al fin de la estancia, aunque dejó la puerta encajada. Aquel supuesto descuido se hacía con la intención de que los novios intercambiaran unas palabras amables sin la constante presencia de un miembro de la familia, y sin parecer indecorosos.

En cuanto se quedaron solos, Anne se quitó el chal y se recostó sobre el diván, dejando una mano suspendida sobre el respaldo.

—Me han dicho que se ha casado.

No fue necesario explicarle a Ewan que se estaba refiriendo a Gabrielle. Él no se movió un ápice de donde estaba.

—Eso he oído.

—Y que se marcha a Italia.

Si estar allí era su obligación, hablar sobre la mujer que amaba no era algo que quisiera hacer en ese momento. Cambió radicalmente de asunto.

—Acepto los términos que me propuso —dijo directo, al grano.

Ella se sorprendió, tanto que se incorporó y colocó los codos sobre las rodillas.

—¿Para eso ha venido?

Ewan iba a casarse con alguien con dos caras, su matrimonio sería un teatro y lo aceptaba si con ello aquella presión sobre su futuro cedía y lo dejaban tranquilo.

—Usted tendrá su vida y yo la mía —enumeró lo que ella le había propuesto—. Solo le pido que los hijos sean míos.

Anne sonrió.

—Los dos primeros, como le prometí.

En cierto modo, a Ewan le parecía admirable. ¿Cómo podía tener aquella doble cara y que sus propios padres no fueran conscientes de ello? Se mantuvieron la mirada.

—¿Cómo logra aparentar que no ha roto un plato?

Ella volvió a dejarse caer, sensualmente, sobre el respaldo del diván.

—Años de entrenamiento —sonrió—. Una joven bien educada se vuelve invisible, justo lo que me conviene.

—¿Y si la descubren?

—Eso no va a pasar.

Se mantuvieron la mirada una vez más. No había nada más que decir. Aquello sería un teatro y él asumía los costes. Se puso de pie y se abrochó la levita.

—La veré el día de la boda.

Ella también se incorporó y se acercó tanto que la orla de su vestido rozó sus botas.

—¿No va a luchar por la señorita Locatelli?

—Usted misma lo ha dicho. Se ha casado.

Se acercó aún más y le ajustó el nudo del pañuelo, rozándole la piel del cuello.

—Me sorprende que para usted no sea tan obvio como para mí que lo ha hecho obligada, como nosotros.

Ewan no se movió, no reaccionó a sus caricias.

—¿Qué me propone?

—Que la visite, por supuesto.

A él se le escapó un bufido, medio de desesperación medio de incredulidad.

—Creo que sus ansias de libertad le han ocluido el entendimiento, señorita Anne.

La muchacha lanzó un pequeño suspiro y al fin se apartó de él, no sin antes mirar hacia la puerta entornada por la que su madre podría aparecer en cualquier instante.

—Conozco el corazón de las mujeres, señor Ewan. —Su rostro había perdido aquella necesidad de seducir y parecía concentrado—. Dígale lo que siente, lo que padece, y dejará a ese músico por usted.

Él evaluó sus palabras. Quizá ella era tan refinada que sabía decirle lo que quería escuchar.

—¿Quiere que haga eso para convertirla en mi amante, en mi mantenida?

Ella ladeó la cabeza e hizo con los labios un gesto encantador.

—Se puede pasar por encima de un matrimonio, pero no se puede ascender en la clase social, así que jamás podrá ser su esposa.

Él la observó. Parecía tan segura de sí misma que llegaba a asustar. Dio un paso atrás.

—Gracias, no es eso lo que quiero para ella.

Iba a marcharse cuando Anne lo detuvo.

—¿Sabe que soñé con nuestra noche de bodas?

Ewan alzó una ceja, casi divertido.

—¿Y cómo fue de decepcionante?

—Me ha despertado el interés en usted.

Como si hubiera estado esperando tras la puerta, esta se abrió y una precipitada *lady* Wetherby se plantó ante ellos.

—Ya estoy de vuelta —se frotó las manos—. Espero que todo haya ido bien. ¿Se marcha ya, señor Ewan?

Él le dedicó una reverencia, pero Anne habló antes de que pudiera excusarse.

—El señor Ewan me ha hablado de yeguas, madre, y de cómo es capaz de montarlas.

Parecía una chiquilla ilusionada con una nadería, pero Ewan enrojeció al entender la velada y provocativa metáfora que encerraban sus palabras. Su madre parecía encantada.

—Algo muy propio de caballeros.

Él repitió la reverencia.

—No quiero molestarlas más. Espero que volvamos a vernos antes de la boda.

—Venga cuando quiera —se ofreció la condesa—. Esta es su casa.

Él procedió a besarles las manos.

—*Lady* Wetherby. Señorita Anne.

La muchacha tenía sorprendentemente sonrojadas las mejillas, como una chiquilla inocente.

—Vaya a visitarla —le dijo entusiasmada—, no se arrepentirá.

Su madre alzó las cejas, sorprendida.

—¿A quién, querida?

Ella lo miró directamente a los ojos.

—A una preciosa yegua de la que se ha encaprichado el señor Ewan.

Y a él no le quedaron dudas de que se refería a Gabriella.

24

Niall detuvo el caballo en el punto exacto donde le indicaba la nota, a dos millas de la posada Victoria, justo antes de atravesar el riachuelo.

Aunque en teoría aquella nota se la enviaba Arabella por medio de una criada, la muchacha no supo contestar a ninguna de sus preguntas cuando se presentó en su casa diciéndole a un ofuscado señor Gilchrist que solo hablaría con el señorito Niall. La chica parecía nerviosa y asustada, pues sus ojos buscaban continuamente alrededor, como si temiera que alguien apareciera para detenerla.

Se marchó de manera tan precipitada como había llegado y fue ese comportamiento el que le había indicado a Niall que aquello no podía ser otra cosa que una trampa del maldito sir Horace Lyndon.

La nota era sucinta: *Necesito su ayuda, mi vida está en sus manos*. Y le daba aquellas indicaciones para llegar al lugar donde en ese momento se encontraba.

El trozo de papel había quedado abandonado sobre su mesilla. Había pensado en contárselo a Thomas, incluso en reírse juntos por haber descubierto un complot contra él, pero aquellas líneas no terminaban de salir de su cabeza.

¿Y si de verdad la había escrito Arabella? No conocía su letra, pero su precipitación le era familiar. ¿Y si aquella ayuda que demandaba fuera tan necesaria?

Había decidido acudir a la cita, aunque portaba un pistolón cargado bajo el abrigo para su seguridad, y llevaba una hora allí, muriéndose de frío por la humedad del suelo tras los últimos aguaceros.

Había pensado en marcharse varias veces, pero en cada una de ellas recordó aquella cita en una vieja librería de Paternoster Row y cómo ella, en el último momento, se dejó ver.

Iba a tirar de las riendas de su caballo cuando le pareció ver un movimiento entre las hojas, que aparecía y desaparecía según se desplazaba entre los árboles.

Se desabrochó el abrigo y sacó el pistolón. Si al final aquello era una trampa...

Pero pronto reconoció en aquellas formas ondulantes un vestido femenino, más tarde una piel tostada y por último a Arabella, que corría atravesando el bosque, sin importarle que las ramas azotaran su rostro.

Se tiró del caballo para ir a socorrerla. Según ella avanzaba, se dio cuenta de que estaba descalza, de que tenía el vestido sucio y roto, el cabello suelto y despeinado y el terror dibujado en sus facciones.

No le había dado tiempo a precipitarse en su ayuda cuando ella cayó en sus brazos, se refugió un instante en el calor de su cuerpo, pero fue algo breve, tanto que más tarde creería que nunca existió.

—¡Debemos escondernos! —lo urgió la muchacha, aterrorizada, mirando hacia atrás—. Vienen a por mí.

—¿Quiénes…?

Pero no le dio tiempo a terminar la pregunta porque Arabella, el rastro que quedaba de su sofisticada belleza, señaló la arcada del puentecito y la pendiente que bajaba hasta ella.

Niall miró hacia el desierto y silencioso camino. ¿Estaría jugando con él? Pero no perdía nada por seguirle la corriente, así que condujo a su caballo hasta el punto que ella le indicaba con una expresión en el rostro más juguetona que preocupado.

Lograron ocultarse bajo el puente, el caballo bien sujeto para que no se viera desde arriba. Ella se pegó a su cuerpo y Niall sintió su corazón acelerado y la abrazó con una mano mientras con la otra apretaba las riendas. Tenía ganas de besarla, de decirle que el juego había sido convincente, pero que se merecía una recompensa por haberlo jugado tan bien.

Pasaron los segundos, los minutos, y al fin él se decidió a hablar.

—¿Seguro que…?

—¡Ya los oigo! —gimió la muchacha.

Él prestó atención, bastante escéptico. Al principio no se percató de nada nuevo. Le estaba gastando una broma, eso estaba claro. ¿O era una ardid? Había oído decir que las mujeres como ella se las ingeniaban de la manera más habilidosa para sacarle los cuartos a sus víctimas. Iba a apartarse para dejarle las cosas claras cuando al fin escuchó el relinche de un caballo, después el ruido de unos cascos y más tarde, sobre ellos, el sonido de voces masculinas.

Esa vez sí que se preocupó y la apretó contra su cuerpo, aguardando, con la tensión en los brazos y el corazón desbocado. Al parecer, era cierto que la perseguían. ¿O solo eran unos viajeros que pasaban por casualidad? Sacudió la cabeza y decidió dar crédito a lo que le había contado Arabella. Ya tendría tiempo de desmentirlo si era falso. Las mentiras tienen las piernas cortas.

Pensó en aquellos tipos que se acercaban. ¿Y si veían las huellas de su caballo? ¿Y si les daban caza? Algo tenía claro, que lucharía hasta el final. Era un McGomery y le habían enseñado a defender las causas justas.

Tal y como vino el sonido de los jinetes, pasó sobre ellos y se alejó en la otra dirección, aunque ambos permanecieron abrazados y en silencio hasta más allá de que solo se oyera el sonido del bosque. Arabella sacó la cabeza y miró hacia la arcada del puente.

—Regresarán.

Niall necesitaba una explicación.

—¿Quiénes son? ¿Por qué estás en este estado?

La muchacha intentó recogerse el cabello, tarea imposible con aquella humedad. Se adecentó el vestido recolocándose el escote e intentando limpiar alguna de las manchas que ensuciaban el bajo. Solo entonces se atrevió a mirarlo.

—Mi padre me ha vendido.

En cualquier otra ocasión, hubiera soltado una carcajada por aquellas palabras ridículas. Pero lo había conocido y sospechaba de lo que era capaz.

—Sir Horace —musitó.

Arabella lo miró sorprendida.

—¿Le conoces?

Él decidió no contestar, no terminaba de fiarse de ella y aún no estaba seguro de que lo estuviera liando en una trampa.

—¿A quién te ha vendido? —dijo con gravedad.

A Arabella se le escapó un suspiro y volvió a mirar en la dirección que se habían marchado los jinetes.

—No he llegado a saberlo —le confesó—. Mi padre está demasiado seguro de sí mismo, tanto que me ha dejado en manos de su cochero para que me entregara cuando le ha surgido un asunto inaplazable. —Volvió a apartarse un mechón de pelo del rostro y Niall se la quedó mirando, arrebatado por su belleza—. Lo que él no sabe es que todo hombre tiene un precio y le he dado todo lo que tenía a su cochero para que hiciera una parada al salir de Londres.

Niall permaneció donde estaba, sin ceder a su belleza, o al menos intentándolo.

—¿Y si su padre hubiera ido en ese coche?

Ella buscó entre los sucios pliegues del vestido y sacó una daga.

—Se la habría clavado en el corazón.

Él miró la hoja. Seguía sin fiarse de ella y con un puñal afilado en la mano se volvía peligrosa. Decidió no acercarse.

—Así que escapó —la animó a seguir.

—Cuando el cochero ha ido a buscar agua para los caballos, me he deslizado entre los árboles del bosque —señaló la floresta que les rodeaba—. Llevo dos días vagando sin rumbo, sin comida, solo soñando con saber llegar aquí.

—¿Por qué aquí? —seguía sospechando que aquello era extraño, muy extraño, tanto como para pensar que lo más lúcido era salir corriendo.

Pero Arabella volvió a esconder la daga y se agachó para empapar la mano en el agua fría del arroyo y refrescarse el cuello con ella.

—Usted era el único que podía ayudarme —se sinceró—, no sabía qué lugar indicarle en esa nota, solo que debía de estar lejos de la ciudad —señaló un lugar perdido más allá del bosque—. El sitio donde me crie no está lejos y conocía bien esta zona.

Niall la evaluó con la mirada. Incluso en aquel estado era la criatura más deliciosa que había visto nunca. Se acercó hacia ella, pero se detuvo a una distancia segura.

—Así que ha escapado.

Arabella se dio la vuelta, exasperada.

—¿No has oído lo que te he dicho, Niall? Mi padre me ha vendido a un degenerado para que haga conmigo lo que quiera.

Si aquello era un teatrillo, Arabella debería ganar una guinea por su interpretación. Decidió seguirle la corriente.

—Tranquila —le tomó el codo con una mano—. Encontraremos una solución.

Ella se pegó a su cuerpo, pasando ambos brazos alrededor de su cuello.

—Debemos marcharnos de aquí —se apartó lo justo para mirarlo a los ojos—. Cuando vean que han perdido el rastro, volverán sobre sus pasos y esta vez no pasarán de largo.

Él chasqueó los labios.

—Entonces tengo que esconderte. Necesitas comer y descansar.

Ella sonrió y su rostro se iluminó.

—Pero mi padre tiene hombres en todas partes. Vigilan las posadas y las entradas a los pueblos.

Niall estuvo de acuerdo.

—Entonces hay que llevarte a un lugar donde no se les ocurra mirar.

Los ojos de Arabella parecían desesperados.

—¿Y dónde es eso?

Niall alzó una ceja, con cierta arrogancia.

—En Grosvenor Square.

25

La profesora de canto se volvió, de nuevo, al escuchar toser a la misma alumna.

—¿Seguro que está bien, señorita McGomery?

Nessa se llevó una mano al pecho y volvió a hacerlo, esta vez más estrepitosamente. Solo después de un momento fue capaz de hablar.

—Es solo algo pasajero —se abanicó con una mano—. Le ruego me disculpe. Prosiga, por favor.

Las otras alumnas la miraron, pues desde que había empezado la clase no había dejado de toser y era la tercera vez que tenían que interrumpir la escala musical porque la menor de los McGomery era sacudida por la tos.

En esa ocasión, la profesora tardó unos instantes en concentrarse de nuevo, pues no estaba muy segura de mantener en clase a una alumna que a todas vistas estaba enferma. Al final accedió y tomando la regla señaló una vez más las notas ascendentes que había dibujado en el pizarrón para que sus alumnas las cantaran.

Esa vez dio la impresión de que al fin iban a llegar al final de la escala, cuando un nuevo ataque de tos entre el último sol y el la dio al traste de nuevo con la clase.

La profesora tardó un par de segundos en darse la vuelta para encarar a su alumna, quizá para templar su malhumor. Cuando lo hizo, su rostro mostró el ejercicio de paciencia que estaba practicando, al igual que su forzada sonrisa.

—Señorita McGomery, en este estado no podemos continuar con la clase.

La mirada de Nessa era desamparada.

—Pe-pero me pondré bien enseguida.

—Lo lamento —chasqueó los labios—. Tendrá que abandonar la sala. Es por su seguridad —le indicó a la criada de guardia que se

acercara—. La directora mandará una nota a su madre para que vengan a recogerla. Y será mejor que llamen al doctor. Una simple tos puede esconder el germen de una desgracia.

Nessa sabía que no podía discutir con su profesora. Se puso de pie, tosió una vez más, hizo la reverencia de rigor y cabizbaja y a paso lento abandonó la habitación seguida de cerca por la joven criada que la acompañó escaleras abajo hasta el gabinete de la directora.

Una vez ante la puerta del despacho, le pidió que aguardara en una silla junto a la pared, entró y unos minutos más tarde salía la directora de la institución, que miró a Nessa entre preocupada y exasperada.

—Me comunican que está usted indispuesta.

Ella se puso de pie de inmediato, adquiriendo la esperada actitud sumisa que debía mostrar una señorita ante alguien superior.

—Me pondré bien enseguida, señora —aseguró, no demasiado convencida—. Algo ha debido quedarse atorado en mi garganta.

—Es la segunda vez esta semana.

Nessa se atrevió a mirarla a los ojos, que reflejaron una súplica.

—No quiero perder ninguna clase.

La directora la evaluó, alzando la barbilla para señalar su vestuario a la moda, muy diferente al austero traje negro que ella llevaba.

—Quizá debería abrigarse más. ¿No cree?

Nessa se tiró del escote hacia arriba. No era indecente, ni mucho menos, pero en la escuela de señoritas las alertaban continuamente sobre el mal que se cernía sobre una mujer si se volvía coqueta. Al no poder subir más la tela, usó su mano para taparse.

—En escocia también me pasaba cuando declinaba la primavera —dio como explicación a sus males.

Una de las cejas de la recta mujer se alzó.

—Una época extraña para un constipado.

—Seguro que no es nada —volvió ella a quitarle importancia.

Hubo un silencio. La responsable de la institución estaba valorando qué hacer con ella. Si se trataba de algo pasajero, la encerrarían en la biblioteca para que estudiara mientras mejoraba. Pero si era algo más grave…

—Mandaré un lacayo con una nota para que vengan a recogerla —determinó al fin—, y no regrese hasta estar repuesta del todo.

Nessa hizo lo único que le correspondía, acatar las órdenes y hacerle una reverencia.

—El carruaje de mi madre espera fuera —le indicó—. Ella misma ha insistido en que se quedara por si…

—Por si tenía que abandonar sus clases, como la semana pasada.

Nessa bajó aún más el rostro.

—Así es.

No se atrevió a mirar a la adusta directora y casi contuvo la respiración mientras esta permanecía en silencio. Pasaron algunos segundos hasta que escuchó su voz.

—Abríguese, tome caldos calientes y una copita de coñac. Es infalible —se dio la vuelta—. Espero que mejore. Por menos que eso hemos perdido a muchas alumnas.

—Seguro que se me pasa. Muchas gracias.

Tras una reverencia y un par de toses, Nessa abandonó la escuela seguida de cerca por la criada. Aquellas muchachas eran depositadas en la institución de señoritas que se hacían cargo de ellas y de su custodia. Cualquier cosa que les pasara durante ese tiempo podía achacarse a una falta de cuidado, por lo que el asunto era delicado.

Una vez fuera, Nessa le señaló al a muchacha el carruaje que, efectivamente, estaba parado en la acera de enfrente. La chica intentó seguirla para ayudarla a subir, pero ella le dijo que no era necesario con una sonrisa amable.

Esperó a que la calzada estuviera desierta para no ser arrollada por una de las carrozas que la atravesaban veloces como cornejas, cruzó y el cochero abrió la portezuela para que subiera. Ella lo hizo, aunque antes de cerrar se volvió y se despidió de la

criada con una mano, tranquilizándola. Solo cuando esta volvió a entrar en el edificio, cerró tras de sí y se arrojó al asiento con una exultante sonrisa en el rostro.

—Creía que hoy no podrías escaparte —dijo el caballero que estaba sentado en el asiento de enfrente y que la miraba encantado.

Se trataba de Duncan Glenrowan, duque del mismo nombre y sempiterno vividor.

Nessa se apartó el mechón de cabello que le había caído sobre la frente. Tenía las mejillas encendidas como cada vez que estaba con él. Era un sueño, un sueño hecho realidad, y se sentía demasiado dichosa como para que fuera real.

—Cada vez es más difícil —lo miró a los ojos, sonrió y volvió a esquivarle la mirada—, y se me hace raro tutearle… tutearte.

Era evidente que la joven de los McGomery no sabía leer la mirada de felino hambriento del duque. Duncan ladeó la cabeza y sus ojos recorrieron su escote.

—Ya te he dicho que somos amigos —dijo con voz pausada mientras su bastón indicaba al cochero que partieran—, los mejores amigos, y nuestro deber es intimar.

Ella alzó ligeramente la cortina para mirar al exterior, pero al ver a la directora asomaba a la ventana, la bajó de golpe y se mordió el labio inferior.

—¿Qué haremos hoy? —le preguntó al duque, un tanto ansiosa.

—¿Qué te parece si te enseño mi casa de campo? —se acercó peligrosamente a ella—. Está a unas pocas millas de aquí y tiene unos jardines espléndidos.

Nessa titubeó.

—No puedo regresar tarde a casa. Mi madre ya sospecha.

—Nuestra querida tía Mildred se encargará de alejar sus miedos.

—Pero…

Él le tomó una mano y la besó.

—Nessa, nos hemos encontrado al fin, y me he propuesto hacer un gran trabajo contigo.

Los caballos trotaron, ella lo miró con ojos luminosos y la carroza se perdió por entre las calles de Londres camino de la perdición.

26

El señor Gilchrist volvió a mirar a la condesa, a la espera de sus órdenes, pero esta parecía perdida en sus pensamientos. Decidió acercarse en silencio, se inclinó y le murmuró al oído.

—¿Desea que sirvamos ya la cena, o prefiere esperar un poco más?

La condesa se sobresaltó, pero le dio las gracias al mayordomo. Miró alrededor. Tres de sus hijos aún no habían llegado y eso que llevaban media hora sentados a la mesa, a la espera de empezar el servicio.

Tía Fiona ya se había quejado dos veces porque no soportaba la impuntualidad de la juventud. El tío Duncan le había respondido y aquello se había convertido en una de sus refriegas habituales. Mildred, su cuñada, no paraba de hablar de la futura boda de Ewan, aunque ella no la escuchaba. Junto a ellos cuatro estaban sentados Travish y Ailsa, que habían acudido en cuanto había sonado el gong, y Ewan, que se acababa de sentar murmurando una disculpa entre dientes.

Milady se volvió hacia su mayordomo.

—Empiece a servir. Si llega alguien más, tendrá que conformarse con el plato que corresponda.

El señor Gilchrist se tranquilizó y dio discretamente la orden a los lacayos. Estos empezaron a pasar al comedor portando bandejas de plata y platos de porcelana mientras abajo, en las cocinas, la actividad interrumpida durante todo aquel tiempo volvía a ponerse en marcha.

—¿Has tenido noticias de la señorita Locatelli, Ewan? —preguntó tía Mildred tras probar la sopa.

Este miró primero a su madre, que le hizo el gesto de que no había contado nada, para después dirigirse a su tía con las cejas fruncidas.

—¿Por qué debería haberlas tenido?

La tía pareció no comprender la pregunta.

—Era tu profesora de italiano —expuso lo obvio—, y he oído decir que se ha casado con un joven muy apuesto.

Por suerte, tía Mildred, que no había acudido a la recepción de los Wetherby, no había conectado que el esposo de Gabriella era el mismo hombre con el que se había peleado Ewan delante de sus futuros suegros.

—Sé lo mismo que los demás —contestó él, bajando la vista a su plato—. Se ha casado con el hombre a quien la prometieron hace años. ¿No es eso lo que hay que hacer?

Tía Mildred iba a contestar cuando un torbellino vestido de blanco entró corriendo en el salón y hubiera resbalado si no llega a ser porque una silla paró el desliz de su chapín.

—¡Lo siento! —exclamó Nessa, pidiendo disculpas y buscando su asiento para acomodarse—. Las clases se han retrasado hoy más de la cuenta. ¿Te han mandado la nota de aviso desde la escuela de señoritas, madre?

Así había sido. Un cochero había traído una misiva donde se le advertía del retraso. La carta había sido escrita por Duncan y entregada por su cochero, pero de eso no tenían por qué enterarse los McGomery. La condesa no correspondió a la sonrisa de su hija. Sabía que algo estaba ocurriendo y empezaba a preocuparse.

—Es la segunda vez que llegas tarde esta semana.

La joven se colocó la servilleta sobre las rodillas y probó la rica sopa que acababan de servirle.

—Mi profesora no me ha dejado salir hasta declamar la escala musical sin errores —explicó lo mismo que decía la sospechosa nota.

Hubo un intercambio de miradas entre Ewan y su madre antes de que él interviniera.

—Iré mañana a hablar con esa profesora tuya.

—¡Ni se te ocurra! —se exacerbó Nessa, pero logró calmar su excitación esbozando una sonrisa incómoda—. Me tomará ojeriza y…

No pudo terminar la frase porque otro miembro de la familia entró en el salón caminando de aquella manera elegante que llegaba a ser hipnótica.

—Habéis hecho bien en empezar sin mí —dijo, sonriendo al lacayo que acababa de retirar la silla para que se sentara.

—¡Moira! —se extrañó Fiona al verla aparecer—. Habíamos supuesto que hoy dormirías en Palacio.

—Le dije a mamá esta mañana que tenía dispensa.

La condesa asintió, aunque ella también había supuesto que había habido planes de última hora, ya que su hija pasaba más noches en sus aposentos de Saint James que en la residencia McGomery.

—¿Y por qué llegas tan tarde? —se extrañó—. Dudo que la Reina sea tan inmisericorde.

—Me han entretenido algunas charlas. —Ewan la miró por encima de la cuchara que sostenía en la mano—. Ya se han enterado en Palacio de la próxima boda de mi hermano y todo el mundo quería felicitarme.

El aludido se limpió los labios con la servilleta y esbozó una sonrisa cínica.

—Así que la boda.

—Por supuesto —contestó ella, impasible, y empezó a comer estremeciéndose porque hacía apenas unos minutos que había abandonado los brazos de Alexander Somerville.

Durante unos minutos, nadie dijo nada mientras los eficientes lacayos, dirigidos magistralmente por el señor Gilchrist, ponían y quitaban platos, llenaban copas y cambiaban cubiertos.

Ewan tenía demasiados problemas. Su familia estaba en peligro, estaba claro, y aunque el abuelo Duncan ayudaba, había tenido que dejar su seguridad en manos del hombre que había seducido a Moira, su segundo problema. Eso sin contar con que Gabriella se iría de la ciudad en unos días y jamás volvería a verla.

Ailsa no podía dejar de pensar en Adrian, aunque no estaba muy segura de la naturaleza de esos pensamientos. Lo odiaba tanto como lo amaba, lo que le dejaba una única salida: dejar de pensar en él, precisamente lo único que no se sentía facultada para llevar a cabo.

Moira, por su parte, había llegado a acostumbrarse al ritmo de la Corte, no así a la vida cortesana, que detestaba. Todos los días

se recriminaba por lo que estaba haciendo con Alexander, todas las mañanas se prometía que hablaría con él y le diría que se había terminado para siempre, y todas las noches caía en sus brazos y se entregaba sin reparos.

Travish estaba decidido a terminar aquella experiencia en la que le había iniciado William. William, el hombre del que se había vengado, aunque no había logrado la satisfacción que esperaba. ¿Por qué había vuelto a desearlo cuando lo vio en el parlamento? ¿Por qué se había vuelto a meter en sus sueños y en sus pesadillas?

Y, por último, la joven Nessa. Esa tarde Duncan la había besado. Se había puesto muy nerviosa y comportado con torpeza, pero él le había dicho que nunca nadie le había hecho sentir algo así. Estaba deseando contárselo a su madre, aunque antes él tendría que hablar con Ewan y pedirle permiso para visitarla. Solo quería…

—Únicamente paso a decir que no cenaré hoy en casa.

Todos volvieron la cabeza hasta la entrada del comedor por donde acababa de aparecer Niall con las botas manchadas de barro y una expresión rara en el rostro.

—¿Y por qué no has enviado a alguien con una nota en vez de venir hasta aquí? —preguntó su madre lo obvio.

Él sonrió, tomó un trozo de manzana asada del plato de Nessa y se acercó a la abuela, a la que dio un beso en la frente.

—Estaba cerca.

—No te creía tan considerado —dijo esta, acariciándole la mano.

—Señor Gilchrist —se dirigió Niall al mayordomo—, ¿puede decirle a la señora Perrins que me prepare unos bollos y algo de fiambre?

Su madre lo miró sorprendida.

—¿No ibas a cenar fuera?

—Es para el camino.

—¿Tan lejos vas? —le preguntó tía Mildred, tan extrañada como su cuñada.

Él le guiñó un ojo.

—Nunca se sabe, tía.

El interrogatorio hubiera seguido si Travish no hubiera llamado la atención de la familia haciendo sonar su cuchara sobre el fino cristal de su copa.

—Ahora que estamos todos, quería comunicaros algo.

Ewan lo miró con una mal disimulada sonrisa en los labios.

—Has decidido seguir la carrera religiosa.

Este le golpeó la espalda con su servilleta, se puso serio y se dispuso a anunciar lo esperado.

—Voy a casarme.

Hubo un momento de vacilación, como si no lo hubieran escuchado bien. Miradas confundidas, hasta que Ailsa le tomó la mano y se la besó.

—¡Qué alegría, Travish! ¿Quién es la afortunada?

Él se encogió de hombros, tomó el tenedor y continuó con su faisán.

—No tengo ni idea. Había pensado pedir a la abuela y a la tía que buscaran una candidata.

Estas se miraron entre sí, pues ya llevaban entre manos la difícil tarea de lograr un prometido para Moira.

—Por supuesto —dijo tía Mildred, muy profesional—. ¿Cuáles son tus gustos?

Él detuvo el vuelo del tenedor y lo pensó unos instantes.

—Mientras no coma con la boca abierta, me da igual.

Ailsa estaba sorprendida.

—Pero supongo que tendrás algunas preferencias —le preguntó.

Él volvió a encogerse de hombros y continuó con su cena.

—No entiendo demasiado de mujeres.

Niall, que esperaba que le trajeran lo que había solicitado al mayordomo, le arremolinó el cabello.

—Entiendes de mujeres más de lo que nos quieres hacer creer, querido hermano.

De nuevo, se miraron los miembros de la familia. ¿Qué sabía Niall que desconocían los demás? Travish era silencioso y educado, no daba problemas y era el más serio de los seis.

—Si le gustara la lectura y fuese tranquila —dijo al fin—, sería un aliciente.

—¿Y no prefieres a una hembra pasional? —cuestionó su hermano.

—¡Niall! —se escandalizó la tía.

Pero en ese instante apareció el señor Gilchrist con lo que había pedido, que él tomó a la ligera tras darle las gracias y se dirigió a la puerta.

—He de marcharme —le lanzó un beso a su madre desde lejos—. No regresaré esta noche.

Fiona, que no había intervenido, alzó una de sus decididas cejas sin levantar la vista del plato.

—Al menos, uno de mis nietos, Travish, sigue los cauces convencionales.

Tía Mildred tomó el relevo y decidió intervenir.

—Si tu madre nos da permiso, mañana mismo empezaremos a buscar. —Junto ambas manos ilusionada—. ¿Imaginas que podamos tener una triple boda?

—¿Triple? —preguntó su cuñada sin comprender.

Una mirada de Fiona le recordó que no le habían contado nada de los preparativos que estaban llevando a cabo con Moira.

—Doble boda, quería decir —se corrigió—. Me emociono y se me van las palabras.

Continuaron hablando mientras Niall ya había desaparecido del salón camino de la calle, y fue por eso por lo que ninguno se percató de que las llaves de la casa de Ewan en Grosvenor Square ya no estaban sobre la bandeja del atrio de entrada.

27

Para el señor Fraser, aquel calor era lo más parecido a los fuegos del Averno, sin embargo, nada en su semblante indicaba lo mal que lo estaba pasando. Se enjugó de nuevo la frente con el empapado pañuelo y miró a su señor. El conde de Currie parecía concentrado en el grupo de caballeros que se acercaban al galope y que levantaban una monumental columna de polvo a su paso. Un lacayo le ofreció vino. El conde ni siquiera lo escuchó y el señor Fraser rehusó pidiendo agua fresca.

Se encontraban sobre una colina en medio del campo, de la nada, donde habían dispuesto un pabellón real confeccionado con ricas telas bordadas. Los ricos cortinajes, los sillones dorados, las elegantes mesas y los espejos contrastaban con el entorno salvaje que los rodeaba y especialmente con aquella llanura polvorienta que tenían delante.

El señor Fraser no estaba seguro sobre si había sido una buena idea viajar a Cerdeña. Desde que se aposentaran, habían mandado misivas diarias a Palacio pidiendo audiencia, pero cada una de ellas había sido rechazada. El secretario del conde de Currie sospechaba que Víctor Manuel había sido advertido por su hermano sobre la incómoda visita de dos escoceses con ideas fabulosas. El conde era partidario de pensar que el mal humor del Rey era lo que había motivado su falta de interés y que solo era cuestión de insistir y aguardar a que Su Majestad tuviera un buen día.

Parecía que aquella ocasión había llegado cuando un mensajero de Palacio apareció indicándoles que el monarca los recibiría unos minutos aquella mañana durante su partida de caza. Y allí estaban ellos, aguardando junto a la construcción de lonas que habían montado para dar sombra al Rey y a su séquito, a la espera de que Víctor Manuel encontrara esos minutos para atenderlo.

El conde, al ver que se aproximaba el cortejo, se reajustó el pañuelo del cuello.

—¿Estoy presentable? —le preguntó a su ayudante.

—Está magnífico, señor —le mintió este, pues no quiso intranquilizarlo diciéndole que estaba cubierto por una fina capa de polvo, como todo alrededor.

Aguardaron junto a la tienda hasta que el pelotón llegó, con caballeros de lo más variopinto hablando a grandes voces, que desmontaron mientras los mozos se hacían cargo de sus caballos.

No les costó trabajo distinguir al Rey. Era un hombre enjuto, de aspecto decidido, labios finos y ojos astutos. Debía rondar la cincuentena, aunque todo en él hablaba de vitalidad, a diferencia de su hermano. Pidió un vaso de vino que vació al punto y con el segundo brindó en italiano por los trofeos de aquella jornada de caza.

Sus caballeros se congratularon y un grupo de lacayos se acercó al rey para despojarlo de la pesada casaca y ayudarlo a refrescarse. Fue entonces cuando uno de ellos, el mismo que los había atendido, se inclinó sobre el Rey y le dijo algo señalándolos a ambos.

El conde se enderezó y el señor Fraser hizo por no quitarse las gotas de sudor que estaban a punto de metérsele en los ojos. Víctor Manuel fue hasta el pabellón engalanado limpiándose las manos con un paño humedecido en agua de rosas, pasó por su lado sin mirarlos y se sentó en el más grande de los sillones preparado para él junto al que colocaron una mesa baja con una bandeja de plata en la que había unos trozos de queso y uvas.

El conde de Currie y su secretario aguardaron, pues dirigírsele sin ser requerido hubiera supuesto la expulsión inmediata de aquel lugar y quien sabe si no la orden de abandonar la isla. Para el señor Fraser, no era una mala idea marcharse de allí. pues aquel calor lo estaba matando.

Solo cuando el Rey comió un trozo de queso y degustó una nueva copa de vino, se dirigió a los forasteros.

—Mi hermano me ha advertido sobre usted —dijo, mirándolo con sus ojos astutos.

Currie dio un paso al frente y le hizo una profunda reverencia.

—Para mí fue un honor haber besado su mano, Majestad.

El monarca lo escudriñó. Víctor Manuel tenía poco que ver con el hombre cansado que había conocido en Roma. Este otro vástago de los Saboya era todo energía y se atisbaba en él una mirada astuta de la que había que guardarse.

—Sin embargo —continuó el Rey—, me ha pedido que le escuche. Extraño, ¿no le parece?

—Es un hombre sabio.

Dejó a un lado las uvas y el queso y se limpió con una delicada servilleta que le tendía uno de sus lacayos.

—¿Qué trae a un escocés a la Corte de los Saboya?

No se andaba con rodeos, lo que alentó tanto como le hizo temer al conde. Había oído hablar de él, tanto en Edimburgo como en Roma como en la misma Cerdeña. Decían que era un hombre de carácter, decidido cuando estaba convencido de algo y caprichoso si no se cumplían sus deseos, en resumidas cuentas, la conducta habitual de quien posee todo el poder. Se anduvo con cuidado.

—Supongo que su hermano ya le ha dicho qué me trae aquí, Majestad.

—Los derechos dinásticos de la Corona de Escocia —contestó este sin apartar sus ojos de ave rapaz de los suyos.

—Así es, señor —una nueva reverencia—. Como fiel a los Estuardo, no puedo hacer otra cosa que arrodillarme ante Su Majestad.

—Déjese de teatros —su voz sonó distinta, más practica—. Sabes que ni mi primo, el difunto cardenal Estuardo, ni ninguno de nosotros damos a ese derecho más valor que el honor de trasmitirlo.

—Escocia es suya, señor —extendió las manos como si se la ofreciera—. Solo tiene que reclamarla.

—¿Con Europa en guerra por culpa de ese maldito Napoleón? —su ceja se alzó, como si no entendiera que aquel forastero hubiera pasado por alto algo tan evidente.

Lord Currie apretó los labios. Sabía que aquella conversación no iba a ser fácil. Convencer a un hombre que vive cómodamente en su isla a la espera de que Napoleón se retirara de sus estados del

Piamonte no era tarea sencilla. Víctor Manuel no era un ingenuo, era consciente de que cualquier movimiento de tropas por el continente pondría el ojo del francés sobre él, lo que lo volvía muy peligroso.

El conde dio un paso decidido hacia al monarca. Uno de los soldados que lo protegían hizo un movimiento que el Rey detuvo alzando la mano, el mismo gesto que impelió hablar al extranjero.

—¿Qué mejor momento que este para reclamar lo que es suyo —dijo milord—, cuando las tropas de la Corona Inglesa están centradas en proteger sus fronteras y Napoleón verá con buenos ojos que se les debilite, por lo que no intervendrá, o al menos no en su contra?

El Soberano se le quedó mirando. Se masajeó la yema de los dedos, como si pensara en lo que le acababan de decir. Al fin sacudió la cabeza y alargó una mano para tomar una uva.

—Señor Currie —le dijo—, los Estuardo se han levantado contra el rey de Inglaterra desde que tengo uso de razón y cada una de las veces fueron aplastados. ¿Qué le hace suponer que iba a poner en peligro mi trono y mi patrimonio por una idea que viene precedida del fracaso?

El conde iba a contestar cuando una voz femenina lo detuvo.

—¿Estos son los caballeros escoceses?

Una mujer joven y vestida de amazona se acercaba hasta ellos. Llevaba un sombrero masculino, largo guardapolvos gris y se cubría el rostro con un velo que era tan transparente que dejaba vez sus facciones. De tez clara y cabello moreno, era atractiva sin ser hermosa. Tenía los mismos ojos inteligentes de su padre y la misma nariz afilada. La mandíbula ligeramente proyectada hacia delante delataba su ascendencia austriaca, ya que su madre era una archiduquesa. Se plantó ante ellos quitándose los guantes mientras una dama de compañía le desataba las cintas del sombrero.

Víctor Manuel la señaló con su mano con cierta desgana.

—Mi hija, la princesa María Beatriz.

Tanto el conde como el señor Fraser se postraron a sus pies.

—Señora.

Ella no esperó a ser invitada por su padre y tomó asiento en la silla cercana.

—Me gustaría escuchar la propuesta de estos hombres.

El Rey no parecía molesto con el comportamiento poco recatado de su hija, como si ya se hubiera acostumbrado a ello, aunque se creyó en la obligación de recordarle cuál era su posición.

—Serás duquesa de Módena antes de que acabe el verano —se sacudió las manos—, está decidido.

—Aun así —insistió ella—, me gustaría saber por qué han viajado desde tan lejos estos dos caballeros —miró a Currie, este se dio cuenta de que era una mujer decidida—. ¿Cómo es ese país del que ustedes proceden?

Antes de contestar, el conde miró al Rey para no cometer una falta de cortesía. Este soltó un suspiro de hartazgo y su mano le indicó que podía contestar.

—Si está acostumbrada a estas tierras, le resultará extraño al principio —le brillaron los ojos cuando recordó sus tierras escocesas —. Todo es más verde y el cielo nunca tiene este azul tan brillante. Hay lagos y montes por todas partes, hombres fuertes y mujeres laboriosas, todos huérfanos desde que sus reyes legítimos fueron expulsados. Las ciudades…

—¿Cuál es su propuesta? —lo cortó ella, serie a impaciente a partes iguales.

De nuevo, el conde pidió permiso al Rey, que se lo dio con aspecto de alguien que se ha desentendido de aquella conversación.

—La única razón por la que no ha habido revueltas es porque no hay líderes que la encabecen —explicó lord Currie—. El cardenal era un hombre pío, alejado de las armas, y a vuestro tío Dios no quiso darle descendencia —le hizo otra reverencia—. Solo queda usted.

El Monarca soltó una carcajada.

—¿Una jovenzuela de veinte años que no sabe una sola palabra de gaélico?

—El idioma se aprende y la juventud es un aliciente —contestó el conde.

El Rey le señaló lo evidente.

—Señor Currie, es una mujer.

—Como María Estuardo, Majestad —contestó de inmediato, con la oportuna inclinación de cabeza para no parecer arrogante—, y Escocia entera lloró por ella.

En aquel momento, el señor Fraser estuvo seguro de que mandarían la guardia a que los sacaran de allí y no los dejaran acercarse a la Familia Real, pero la joven princesa volvió a hablar, esa vez mientras se frotaba las manos sobre el regazo.

—¿Cómo pretende que yo pase a ser una Reina Escocesa cuando solo soy una princesa italiana sin tropas ni fieles seguidores?

Una de las cejas del Rey se alzó, como si sintiera la misma curiosidad que su hija.

—Con un matrimonio adecuado, señora. En vez de ser la duquesa de Módena, con todo mi respeto para el señor duque, seréis la reina de Escocia —nueva reverencia—. Usted ya posee la legitimidad, ahora necesita tener a su lado a un hombre que sea capaz de movilizar a los nobles escoceses, devolverles el honor y la gloria y luchar por usted.

De la boca del Rey brotó un sonido de incredulidad.

—¿Existe ese hombre?

—Sí —fue rotundo el conde—, pero no puedo decirle el nombre hasta no alcanzar un compromiso por su parte.

El señor Fraser sintió el escalofrío de la muerte. A los reyes nunca, jamás, se les hablaba así.

El Monarca detuvo el vuelo de su mano, que iba en busca de otra uva.

—Es usted un insolente —lo puso en su lugar.

El conde hincó una rodilla en tierra y bajó la cabeza, como si la ofreciera al verdugo.

—Le ruego me disculpe, Majestad, pero hay demasiado en juego como para echarlo todo a perder —miró alrededor—. Los oídos son agudos y las voces corren.

Se refería a todos aquellos hombres que, a distancia prudente de la audiencia, no perdían detalles de la conversación. La princesa se adelantó hasta quedar sentada en el borde del sillón y bajó la voz.

—¿Me está usted ofreciendo un matrimonio y un trono? ¿Esa es la propuesta que trae hoy aquí?

El conde le tomó la mano y la besó.

—Le ofrezco una Corona —le dijo con ojos brillantes—, y si acepta, este día y este lugar serán celebrados en el futuro como el principio de lo que fue el reinado de María Beatriz de Escocia, la reina que al fin pacificó las Tierras Altas y les dio el honor que se merecen.

28

La silueta de los dos hombres jóvenes caballeros atravesando la encantadora y amplia Grosvenor Square a altas horas de la noche podía pasar desapercibida a cualquiera, ya que representaban al tipo de jóvenes bien posicionados que se esperaba ver por aquellos alrededores.

Caminaban uno junto al otro, levitas y chisteras negras bien encasquetadas donde el pelirrojo cabello de uno de los dos lo hacía destacar. No había prisa en su forma de andar, nada de urgencia. Seguramente, estarían hablando de algún rumor de la Corte o de la belleza de una de las postulantes de aquella temporada.

Para un ojo experto, la forma de caminar de uno de ellos le hubiera parecido extraña, pero le habría sido difícil llegar a la conclusión de por qué.

Atravesaron la plaza hasta el lateral este donde una hilera de mansiones señoriales daba un aspecto elegante y sofisticado al amplio espacio, dirigiéndose inequívocamente a una de las bonitas edificaciones de cuatro plantas y buhardilla que flanqueaban el cuadrilátero.

Quienes lo sabían todo en Londres eran conocedores de que aquella vivienda había sido adquirida por la condesa de Currie para el mayor de sus hijos, y que se encontraba en plena reforma.

Por la mañana, aquel inmueble presentaba un aspecto bien distinto a la apacible quietud de ese instante; carpinteros, albañiles, tapiceros, ebanistas, herreros, doradores… todos iban de arriba abajo adaptando la bella vivienda a los nuevos gustos.

Niall McGomery, uno de los dos jóvenes noctámbulos, subió los tres escalones que separaban la vivienda de la calle y hurgó en la cerradura con una llave. Cuando consiguió abrir, indicó al otro caballero con un gesto que se diera prisa, y en cuanto ambos

entraron, cerró la puerta tras de sí, atrancándola con dos vueltas de llave.

El interior estaba oscuro, aunque la luz de la luna que se colaba por las ventanas permitía ver sin tropezar.

Niall iba a quitarse la chistera cuando el otro caballero se le tiró a la boca y lo besó. Él solo pudo apartar las manos y dejarse hacer mientras los otros labios buscaban los suyos, la otra lengua indagaba en su boca y aquel otro cuerpo caliente se pegaba a sus músculos como un abrazo.

Fue él quien logró apartarse, luchando contra sus instintos, y tras jadear de placer, fue capaz de controlar la voz.

—No tienes por qué agradecérmelo así.

El caballero que había llegado con él se quitó la chistera y la deslumbrante cabellera oscura de Arabella se le desparramó por la espalda.

—No es una forma de agradecerte que me hayas salvado —dijo la muchacha, remangándose las mangas de la levita—. Era algo que llevaba tiempo queriendo hacer.

El disfraz les había sido útil para entrar en la ciudad. Había sido idea de Niall. Un sastre en las afueras le había vendido lo que tenía disponible, y aunque la camisa le quedaba Grande a Arabella y las botas le bailaban, ella no se quejó mientras él le escondía el cabello bajo la chistera y le daba el último toque al pañuelo del cuello para que estuviera a la moda.

Habían accedido a la ciudad por una de sus puertas en un carruaje de alquiler, como dos jóvenes de provincias que llegan a la gran ciudad a descubrir la noche. Los alguaciles no los detuvieron y solo habían parado en casa de Niall, donde este recogió un poco de cena y se llevó las llaves que su madre había dejado en el recibidor.

Solo cuando Arabella se hubo llevado el bocado a la boca, se dio cuenta de cuánta hambre tenía y degustó los víveres allí mismo, tan asustada como hambrienta.

El carruaje les había dejado no muy lejos de la plaza, ya que Niall estaba seguro de que sería más discreto acceder caminando tranquilamente que apareciendo con el traqueteo de los caballos.

Tras el beso, a pesar de la turbación y el deseo que lo embargaba, Niall fue hasta la ventana y miró tras los sucios cristales, pues no había ni visillos ni cortinas.

—Ahora lo importante es asegurarnos de que no nos han seguido.

Ella se le acercó, aunque se mantuvo distante para no ser reconocida desde fuera.

—Regresar a Londres ha sido una buena idea. Mi padre no sospechará que haya desandado mis pasos.

Niall la miró a los ojos, a los mismos que lo habían atormentado cada noche. ¿Cómo podía ser tan hermosa? ¿Cómo podía desearla hasta el dolor? ¿Cómo se había atrevido a rechazarla cuando ella se había entregado? A ninguna de las tres preguntas tenía respuestas, así que buscó un candil y algo de sebo para encenderlo.

—Lo que no sé es cuánto tiempo podré mantenerte a salvo.

Arabella lo siguió escaleras arriba. Cada planta estaba siendo reformada, por lo que eran inhabitables. Sin embargo, cuando Niall abrió la puerta de la buhardilla, le llegó a parecer hasta confortable.

—¿De quién es esta casa? —preguntó Arabella, recorriendo con la mano enguantada los antiguos mueble desechados.

—De mi hermano. Se mudará aquí en unas semanas con su flamante esposa —le señaló la parte más profunda de aquel gran espacio—. De día debes refugiarte en la buhardilla. Aquí no subirá nadie. Por la noche, puedes pasear por la casa.

Arabella se le acercó hasta colocar una mano sobre su pecho y él notó cómo se le aceleraba el corazón.

—¿Vendrás a verme?

El joven tragó saliva.

—Cada noche, no lo dudes —se apartó con cuidado de no desairarla—. Pero debemos trazar un plan.

Ella pareció relajarse, perder el interés por él, aunque una mirada más limpia, más clara, apareció en sus ojos.

—Vestida de caballero bien podría recorrer media Inglaterra.

Él no le permitió que se hiciera ilusiones.

—¿Crees que no te buscarán de todas las formas posibles?

Tenía razón. Se asomó a una de las estrechas ventanas y contempló la luna radiante en el firmamento.

—¿Podré ser libre alguna vez?

Niall se la quedó mirando, sin acercarse. Su perfil era embaucador.

—La única manera es desenmascarando a tu padre.

—No solo es rico, también es poderoso —se le escapó un suspiro cargado de temor—. Nadie creerá a un escocés… —lo miró a los ojos— y a una fulana.

De nuevo tenía razón. Él era solo alguien de fuera sin amigos influyentes, y en cuanto a ella…

—Quizá debería contárselo a mi amigo Thomas.

Las cejas de Arabella se fruncieron.

—¿El joven que fue contigo a El Cisne Dorado? —chasqueó los labios—. No me fio de él.

—Es un trozo de pan.

—Sé detectar a un hombre desesperado a leguas, Niall, y él lo es. La desesperación es la vía más rápida hacia la traición.

Lo que decía Arabella solo era una aprensión, pensó el joven McGomery. Thomas era su amigo más cercano, casi un hermano, pero prefirió no preocuparla.

—Por ahora, aguardarás aquí —le dijo con una sonrisa en los labios—. Nadie sospechará que eres la vecina del duque de Gloucester.

Ella le lanzó una larga mirada de tupidas pestañas y fue hasta él. Se detuvo cerca, sin rozarlo, pero Niall sintió de nuevo cómo la sangre la bombeaba las venas y le hacía palpitar las sienes.

—¿Y si vienen a por mí? —preguntó con voz profunda.

Niall se atrevió a tomarle una mano, la besó fugazmente y la dejó libre, ya que no se fiaba de sí mismo.

—Descubriremos quién es el hombre al que te ha vendido tu padre —le contestó con firmeza—. Quizá esa información nos dé la fuerza que necesitamos. —Estaba nervioso. Un minuto más junto a ella y…—. Ahora he de irme, si no me ven en ciertos locales esta noche, alguien sospechará.

Ella esbozó una mueca de disgusto.

—¿Tan pronto?

Y fue hasta él, se pegó a su cuerpo y una vez más le buscó los labios con los suyos con la intención de besarlo. Niall necesitó una fuerza de voluntad que estaba seguro de que no poseía para no besarla.

—Arabella, así no —dijo con delicadeza, mirándola a los ojos —. No quiero aprovechar que tengas una deuda conmigo.

Ella lo observó con curiosidad, quizá con sorpresa.

—¿No crees que te deseo?

Niall se secó una mano en el pantalón.

—No.

Se mantuvieron la mirada, como un duelo. Fue ella quien la apartó, encaminándose, de nuevo, hasta al estrecha ventana.

—¿Volverás?

Niall asintió.

—Antes del amanecer.

—Quizá te esté esperando —dijo ella sin mirarlo.

Dios, ¡cómo la deseaba! Era tan fuerte que le dolían los riñones.

—Sería agradable —logró decir.

Ella se volvió.

—Y siempre duermo desnuda.

A lo que Niall tragó saliva, fue hasta la puerta de la buhardilla y logró salir, cerrando los ojos una vez estuvo a salvo, aunque se sentía más perdido que nunca.

29

Tras el misterio de la desaparición de las llaves, *lady* Currie había decidido hacer tres copias nuevas. A esta pérdida se habían dado dos explicaciones: o que se habían entregado sin recordarlo a uno de los artesanos que constantemente entraban y salían de la vivienda de Grosvenor Square, o que quizá el mismo Ewan las había extraviado y no lo recordaba dado el estado de ausencia en que se hallaba sumido desde los acontecimientos en casa de los Wetherby, cosa que él negaba.

Aquella mañana no habría obras en la residencia, pues era necesario que se secaran las colas y pinturas antes de proseguir con la reforma y Ewan decidió que sería un día igual de inadecuado que otro para calmar a su madre, que no dejaba de insistir en que debía visitarla y dar su parecer.

Se había mandado una nota a la señorita Anne Wetherby para que lo acompañara, pero pasaba unos días fuera con algún pariente, cosa que silenciosamente él agradeció, por lo que decidió hacer la visita en solitario.

Nada más entrar en la casa, tuvo que reconocer que la residencia era magnífica. Quizá no tanto como los palacetes circundantes, pero tan amplia que si lo deseaban ni Anne ni él tendría que cruzarse durante días.

Recorrió la primera planta. Las paredes estaban a medio entelar y aún no habían traído los muebles. En muchas de las estancias, no pudo entrar porque el suelo estaba acabado de barnizar. Las plantas superiores, donde estaban el salón de recibir y los dormitorios, eran igual de amplios y bien iluminados. En la última planta le pareció escuchar un sonido procedente de la buhardilla, como de algo que se arrastraba. Estuvo a punto de subir, pero llegó a la conclusión de que serían ratas, así que se lo transmitiría al

encargado de los trabajos de adecuación para que pusiera trampas y cebos.

Antes de salir y regresar a casa, se detuvo en el vestíbulo y miró alrededor. Sí, era una casa magnífica. Seguramente, no sería feliz en ella, pero al menos los McGomery tendrían al conde en el que se suponía que debería convertirse.

Tomó el pomo y tiró de él para regresar a sus quehaceres, y cuando la puerta de la vivienda quedó abierta, Ewan tuvo que parpadear varias veces porque lo que tenía delante no podía ser otra cosa que una mala jugada de su mente. Sacudió la cabeza para apartarla, y fue entonces cuando habló Gabriella.

—He ido a despedirme de usted y su hermana Ailsa me ha dicho que estaba aquí. ¿Le importuno?

Ewan miró a la mujer que amaba y su corazón reaccionó como cada una de las veces en que se encontraban, llenándose de calor.

Gabriella llevaba un sencillo vestido blanco y un sombrero de fieltro azul que destacaba el color de sus ojos. Estaba allí parada, hermosa como una diosa, con los labios ligeramente abiertos, dudando si sería despachada de inmediato o podría intercambiar unas palabras con él. Ewan tuvo que tragar saliva, pero atinó a apartarse.

—Sí… No… —se sintió ridículo—. Pase, por favor. Lloverá de un momento a otro.

Ella no tenía pensado hacerlo, pero verlo de nuevo, tenerlo delante por última vez, había sido un enorme impacto en su corazón, más incluso del que ya había imaginado. Entró en la casa y miró alrededor. Aún quedaba mucho trabajo, pero ya se vislumbraba lo magnífico que quedaría todo, la gran casa en que se convertiría. Giró sobre sus pies para admirar alrededor.

—Es una casa espléndida.

Ewan tuvo que esforzarse por apartar la mirada de ella. Su corazón estaba desbocado. No la esperaba y tenerla cerca le acababa de confirmar lo apasionadamente enamorado que estaba de aquella mujer. Puso las manos a la espalda y se alejó de ella tanto como permitía la cortesía sin convertirse una ofensa.

—Disculpe por no haberle mandado ningún regalo de bodas —carraspeó de nuevo—. He estado demasiado ocupado.

Ella se volvió para mirarlo. Hubo un instante de silencio, una eternidad donde hasta los muros de la vivienda se licuaron para estar solo ellos dos. Cuando Gabriella bajó los ojos hacia el suelo recién barnizado del recibidor, él al fin pudo respirar.

—Nos marchamos mañana —dijo la muchacha—. A Roma.

Él lo sintió como una puñalada, como si le acabaran de clavar una daga en lo más profundo del corazón. No volvería a verla jamás. Allí, entre aquellas cuatro paredes, terminaba una historia que ni siquiera había empezado. Apretó la mandíbula y logró controlarse.

—La felicito —contestó con una voz más fría de lo que le hubiera gustado para una última vez.

A ella se le escapó un suspiro. Cuando lo miró, él vio una lágrima que rodaba por su mejilla.

—Ewan, yo…

Y no pudo detenerse. Su mente racional le decía que se mantuviera firme, que resistiera, pero su alma, su espíritu, le dictaba que no habría otra oportunidad, que Gabriella desaparecería para siempre al día siguiente y quizá recordara aquel encuentro como la ocasión en que lo perdió todo.

Fue consciente de lo que hacía cuando anduvo los pasos que los separaban y la tomó por la cintura, no estaba enajenado cuando le besó la boca, y fue su corazón el que le hizo lanzar aquel gemido cuando ella respondió al beso y a las caricias.

La pasión estalló con una fuerza que ninguno de los dos era capaz de detener. Él la abrazó, recorrió con sus labios la piel de su rostro, de su cuello, una de sus grandes manos abarcó su cintura, su dedo corazón trazó círculos sobre la tela del vestido, intuyendo la delicia de su piel.

Gabriella no flaqueó en ningún momento. Podía haber aducido que era una mujer casada, que se había dejado llevar por un momento de aturdimiento, pero… ¿acaso no estaba allí para eso? ¿Íntimamente no había querido despedirse de él entregándole lo que sabía que solo a Ewan pertenecía?

El suelo de madera recibió sus cuerpos, apretados el uno contra el otro, buscando que cada retazo de calor coincidiera con el que desprendía el otro. Ewan se quitó el pañuelo del cuello a manotazos, sin dejar de besarla y milagrosamente fue capaz de deshacerse de la levita. Gabriella se contorsionó para desatar las cintas de su vestido, descalzarse y arrojar el sombrero lo más lejos posible.

Se detuvieron un instante, se miraron y ambos sonrieron. Era una mirada cómplice donde todo estaba claro, no era necesario hablar.

La camisa de Ewan voló por los aires y ella se quedó observando aquel pecho fuerte, definido, cubierto por una ligera capa de vello oscuro. Ella logró bajar su vestido para deslizarlo por su cintura y dejarlo extendido sobre el suelo, como un improvisado lecho. La ropa interior era delicada y tan ligera que él abrió los labios cuando atisbó la areola tostada de uno de sus pechos.

Su boca no tuvo más remedio que ir hasta ella. La besó con pasión, la mordisqueó y sus dedos tuvieron la necesidad de pellizcarla. Aquel atrevimiento logró que Gabriella se contorsionara de placer, que su boca emitiera los gemidos de gozo que tantas veces sabía imaginado que sentiría entre los brazos de aquel hombre, y que Ewan se sintiera tan excitado que temiera derramarse antes de poseerla.

Decidieron calmarse entre sonrisas nerviosas y manos torpes.

Sentados en el suelo, como dos chiquillos, él cerró los ojos y ella lo miró, porque aún no se creía lo que estaba sucediendo. Cuando el joven McGomery la correspondió con otra mirada, Ewan supo que debía volver a su cuerpo, a aquella piel de seda, a aquel olor femenino que lo volvía loco.

Esa vez, la poca ropa que aún les quedaba se desperdigó por las esquinas. Ewan se quedó fascinado por el cuerpo de la mujer que amaba. Había soñado tantas veces con tenerlo bajo el suyo, con acariciarlo, con empaparse en su calor. Y ahora estaba al alcance de su mano, de sus labios, de su deseo.

Ella también lo observó con una mezcla de fascinación y deseo. Era fuerte, grande, musculoso. Sonrió para sí misma porque,

vestido, el señor Ewan no parecía encerrar todo aquello.

Se abrazaron, buscaron que cada retazo de piel rozara en algún punto una porción idéntica de su amante. Los gemidos lo llevaron todo, incluso un ligero resplandor, quizá el contraste de la luz de una vela con el tenue vapor que emanaba de sus cuerpos los envolvió como una aureola mística.

En algún momento, Ewan se apartó lo justo y la miró a los ojos.

—¿Eres consciente de cuánto te amo?

Las mejillas de Gabriella se tornaron de un rojo más intenso y por toda respuesta lo besó, abrió las piernas y se ofreció a él.

Aquel gesto terminó de enajenar los exacerbados sentidos del muchacho. Con sumo cuidado, se colocó entre ellas, con una mano guio su generosa virilidad hasta el punto mismo de donde partía todo aquel delicioso calor. Fue despacio, leyendo en los ojos de Gabriella cualquier molestia que pudiera ocasionarle, cualquier perturbación. Pero lo que leía en ellos era una felicidad absoluta, una entrega sin reservas, y cuando estuvo completamente dentro, esa misma felicidad llenó su corazón, lo desbordó, y le hizo rezar porque aquello no terminara nunca.

Los próximos minutos fueron un baile apretado donde los amantes buscaban una posición que acentuara aún más aquel placer. El vaivén pasaba de un ligero trote a un galope desenfrenado donde los suspiros, los gemidos, el sonido de los besos, lo llenaban todo y retrataba lo que aquellos dos jóvenes estaban sintiendo.

Gabriella, con la melera desparramada por el suelo, llegó al éxtasis mordiéndose los labios mientras él la miraba emocionado, feliz por lo que ella sentía, por lo que trasmitía el brillo de sus ojos y la manera en que se arqueaba su espalda para soportar tamaño placer.

Cuando le tocó a él, el mundo entero desapareció para convertirse solo en Gabriella, el olor de Gabriella, el calor de Gabriella, el suave tacto de aquella piel divina.

Se derramó con un gemido ronco, la boca abierta, los ojos clavados en las pupilas asombradas y felices de la muchacha, y una vez vacío, se tumbó sobre ella y la abrazó con toda su fuerza,

temeroso de que aquel momento se terminara y no volviera a repetirse.

La pasión había sido tal, la comunión entre sus dos cuerpos tan estrecha, que ninguno de los dos se percató que, mientras se amaban, alguien los había estado observando desde el hueco de la escalera, una bella mujer de piel canela, exuberante cabello oscuro y unos ojos ambarinos por los que muchos hombres habían perdido su fortuna.

30

Que la tía abuela Fiona apoyara a Mildred en la idea de ir todas las McGomery juntas a los almacenes Wilson e Hijo a buscar tejidos para la boda de Ewan fue algo que debió hacer sospechar a la condesa, ya que la costumbre en la alta sociedad británica era que estos tenderos prepararan una muestra y fueran ellos los que esperaran a ser recibidos por marquesas y duquesas.

Sin embargo, siempre era una buena ocasión pasar un tiempo juntas y decían que el señor Wilson había logrado sortear el bloqueo naval con Francia y disponía de la más fina muselina de Lyon solo para sus clientas más especiales.

Para trasladarse hasta Bond Street, habían utilizado la berlina familiar, pasando de camino a recoger a tía Mildred y a la abuela Fiona, que seguía hospedada con ella.

Ailsa, Moira y Nessa ocupaban uno de los asientos, mientras que la condesa de Currie, *lady* Ravenshire y *lady* Fiona de Benmore se sentaron justo enfrente.

Como por casualidad, el tema de conversación pasó de los intentos de buscar una esposa para Travish, como este les había encargado, a la esperada decisión de la Reina de encumbrar a Moira, lo que alejaría de ella toda posibilidad de matrimonio.

—Por lo que es imperativo —estaba diciendo tía Mildred— encontrar a un hombre honorable, de buena familia, que te agrade y con la mejor fortuna que tenga prisa por casarse.

Ailsa alzó una ceja, sorprendida por el comentario.

—Dará la impresión de que mi hermana esconde algo con tantas prisas.

—Y después irás tú —aprovechó la tía, señalándola—. Tras la lamentable decepción de Adrian, hay que buscar a un joven que te satisfaga. No creo que después de todo lo que ha pasado tu padre insista en que sea inglés.

Ailsa no dijo nada y su mirada se perdió al otro lado de la ventanilla. Seguía sin poder dejar de pensar en él a pesar de que había hecho todos los esfuerzos por conseguirlo. ¿Y si la tía tenía razón y encontrar la ilusión en otro caballero era la única cura a aquel dolor?

Pero tía Mildred no había acabado y tomó entre las suyas la mano de la más pequeña de las McGomery

—Y entonces solo nos quedará la pequeña Nessa.

La muchacha sonrió, encantada. Al parecer, a ella era a la única que no le molestaba que se hablara abiertamente de su boda.

—A lo mejor os sorprendo y soy la primera en tener una proposición formal de matrimonio —contestó, un tanto misteriosa.

Su madre se sintió en el deber de intervenir, porque dejar que la imaginación de su cuñada y de su hija pequeña volara podría convertirse en un problema y decidió que era buen momento para exponerle a su hija que, por mucho que estuviera viendo al duque de Glenrowan, no se daría un paso en esa dirección hasta que no llegara el momento.

—Sería un bonito sueño —comentó—, pero hasta la temporada próxima no serás presentada en sociedad y solo entonces daremos permiso a los jóvenes adecuados para que te cortejen.

A partir de ahí, la conversación giró al fin hacia temas menos trascendentes, lo que todas agradecieron, y antes de que se dieran cuenta, el cochero las dejó a las puertas de Wilson e Hijo, donde un sirviente ya las esperaba para llevarlas ante su señor.

El establecimiento estaba en un edificio de tres plantas muy bien distribuido y, aunque a aquella hora había mucha gente, las condujeron hacia la segunda, a las habitaciones reservadas en exclusiva a la clientela más selecta, ya que sería el propio señor Wilson quien las recibiría para mostrarle aquellos tejidos que no se exponían en la tienda por costosos y exclusivos.

Apenas habían llegado al primer rellano cuando tía Mildred tuvo un aparente percance: el tacón de su zapato, pues le gustaba subir diez centímetros sobre su estatura, se torció y ella estuvo a

punto de caer de bruces si no llega a ser por la ayuda de un raudo caballero que le ofreció su brazo y evitó la catástrofe.

Todas se precipitaron a su alrededor, pero el héroe que la había salvado de una caída tomó el protagonismo.

—¿Se encuentra bien?

Tía Mildred se llevó una mano al pecho, muy afectada.

—Ha sido usted mi salvador.

El caballero en cuestión no era mal parecido. Quizá un poco mayor que Ewan, rostro agradable sin tener nada especial, altura media, el cabello de un castaño algo rojizo y ojos más expresivos que bellos. Se quitó de inmediato la chistera.

—¿Sería un atrevimiento si me presento yo mismo?

Un caballero jamás se presentaba a una dama, eran ellas las que pedían o no ser presentada a un hombre de posición. Tía Mildred miró a sus acompañantes y su rostro expresó el puro placer.

—Sería encantador.

—Lord Bellhollow para servirlas.

—¿El conde de Bellhollow? —preguntó Fiona, haciéndose la sorprendida.

El caballero le dedicó una correcta reverencia.

—Me temo que sí, y le adelanto que todo aquello que haya oído de mí, si es pernicioso, es falso, y si es admirable, es absolutamente cierto.

La condesa tuvo que sonreír, al igual que Ailsa y que Nessa. Tía Mildred parecía encantada e incluso *lady* Fiona no podía estar más cómoda en su presencia. La única que parecía un tanto desinteresada era Moira.

—Es un caballero encantador —estaba diciendo la tía.

El buen caballero se volvió hacia Fiona y le besó la mano.

—A usted la conozco, *lady* Benmore, pero quién no ha oído hablar de usted en Londres.

Ella parecía complacida, como cada vez que alguien la halagaba.

—Viví aquí en otros tiempos, pero dejé buenos amigos —pareció recordar que no estaba siendo educada y señaló a su sobrina política—. Permítame que le presente a la condesa de Currie.

Esta hizo una reverencia y el caballero una profunda inclinación de cabeza.

—*Milady* —señaló a las tres muchachas—, ¿es usted la madre de estas tres beldades?

El nuevo cumplido arrancó una risa deliciosa en la tía y un asentimiento en Fiona. A la condesa también le agradó y prosiguió con las improvisadas presentaciones.

—Ailsa es la mayor.

Él le dedicó una inclinación.

—Sé de sus desgracias —le dijo—. Me congratulo de que todo se haya resuelto satisfactoriamente.

—Gracias —reverencia y la mirada gacha que se esperaba de una dama soltera.

Cuando la condesa iba a seguir el orden, lord Bellhollow se fijó en Nessa.

—La señorita debe ser la pequeña.

La muchacha correspondió con una reverencia.

—Nessa aún no ha sido presentada en sociedad —dijo su madre, dando a entender que no debía ser vista saludando a un caballero que no fuera de la familia.

—Tengo una hermana en su misma situación —le quitó él importancia—. Me gustaría que se conocieran.

—Será un placer —contestó Nessa, encantada.

Solo entonces el caballero se giró hacia Moira de una manera un tanto teatral y se la quedó mirando entre sorprendido y extasiado.

—Y usted es…

Fue Fiona quien hizo las presentaciones.

—La señorita Moira.

Él no descompuso el gesto. Parecía hipnotizado por los profundos ojos de la muchacha, solo cuando ella miró a su hermana mayor, algo turbada, él reaccionó.

—Disculpe si he sido atrevido mirándola directamente a los ojos —se excusó, aún sobrecogido—, pero no recuerdo haber visto unos más hermosos que los suyos.

Moira no supo qué contestar, por lo que tía Mildred lo hizo por ella.

—Es usted un halagador.

—Me temo que un fedatario de la verdad —dijo él.

La condesa iba a decir que debían marcharse, pues las esperaba el señor Wilson, cuando tía Mildred volvió a la carga.

—¿Está usted casado, lord Bellhollow?

Tanto Ailsa como Moira creyeron morir de vergüenza ante la pregunta.

Él se recompuso el pañuelo del cuello y se estiró, algo incómodo.

—Si lo estuviera, nunca me hubiera dirigido a la señorita Moira en esos términos.

—¿Prometido quizá? —avanzó un poco más la tía.

Su cuñada iba a protestar por lo que le parecía una conversación impropia con alguien a quien acababan de conocer cuando lord Bellhollow les sonrió una a una.

—¿Me permiten que les cuente un secreto?

Ellas se miraron entre sí, pero fue Fona quien contestó.

—Este caballero es absolutamente encantador.

Entendiendo que le habían dado la venia, milord se dispuso a revelarlo.

—Ando en situación desesperada —suspiró de una manera teatral—. Aunque mi hacienda es desahogada y mi difunto padre me dejó una buena fortuna, tengo una tía a la que adoro que me exige estar casado para heredar su baronía y sus escandalosas rentas.

El descubrimiento las sorprendió, pero fue tía Mildred, una vez más, quien se llevó la mano al pecho, henchida de ilusión.

—Así que le urge una boda.

Él asintió.

—Me urgía hasta este momento —le dedicó una nueva inclinación de cabeza a Moira—. Pero, si la señorita me permite visitarla, la esperaré toda la vida si ella lo requiere.

El nuevo halago levantó los suspiros de Nessa y una sonrisa pícara en Ailsa mientras su tía y su abuela parecían derretirse. Moira, incómoda, se sintió en la obligación de aclarar aquella circunstancia.

—¿Me está usted pidiendo permiso para visitarme? —parpadeó—. Porque eso es algo que debería solicitar a mi padre, y en su ausencia a mi hermano mayor.

—Algo que jamás haría sin su previo consentimiento —estuvo de acuerdo el caballero.

—Di que sí, Moira —le pidió, entusiasmada, su tía.

La muchacha se le quedó mirando. No era mal parecido. Tampoco tenía nada destacable, pero al menos era ocurrente y su conversación era entretenida, a diferencia de la mayoría de los petimetres que había conocido en Londres. Decidió salir por la tangente, sujetándose la falda del vestido y dirigiéndose al siguiente tramo de escaleras.

—El señor Wilson debe estar esperándonos.

Las demás hicieron el ademán de seguirlas cuando lord Bellhollow las detuvo.

—Condesa —se dirigió a *lady* Currie—, ¿me permite que le entregue mi tarjeta?

Aceptarla era comprometido porque le daría derecho a presentarse en su casa cuando lo deseara. Lo dudó muy poco.

—Por supuesto.

Una vez hecho, el caballero se despidió de todas, aunque aguardó de pie donde estaba.

—Ha sido un placer.

—Milord.

Milady y sus hijas ascendieron a la siguiente planta mientras Fiona ayudaba a Mildred con su zapato, lo que les permitió quedarse unos instantes a solas con el caballero.

—¿No ha sido… extraño? —musitó él un tanto turbado.

Fiona le dio ánimo.

—Se ha aprendido usted el papel de maravilla. Ha causado un enorme impacto en Moira.

Lord Bellhollow no era otro que uno de los flamantes remeros que les había presentado *lady* Felicity y durante varios días había acudido puntual a casa de tía Mildred, para que ambas damas lo instruyeran en cómo debía conducirse cuando se produjera el

ensayado encuentro casual, ya que un primer impacto era fundamental para atraer la atención de Moira.

—Es más bella de lo que me habían contado —tuvo él que reconocer.

—Lo es —terció Fiona con prisas—. Y usted irá este jueves a visitarla, aunque antes debemos vernos para que sepa qué decir en todo momento.

Él carraspeó. Quedaba ya poco del ocurrente caballero de hacía unos instantes.

—¿Y no será todo un poco… artificioso?

Fiona fue clara.

—¿Quiere casarse con mi nieta, o no?

—Después de conocerla, más que nunca.

—Entonces esté mañana a las ocho en nuestra casa —se ajustó los guantes—. Mi sobrina Mildred y yo le instruiremos una vez más sobre cómo se seduce a una McGomery.

31

Ewan se desabrochó el botón de la levita e intentó disimular la felicidad que partía de su corazón y recorría cada parte de su cuerpo. Iba camino de ninguna parte, recorriendo Pall Mall sin otro objetivo que destilar aquellos sentimientos e intentar aclarar su mente.

Debería sentirse mal, muy mal, porque Gabriella estaría en ese preciso instante embarcando hacia el continente para, desde allí, recorrer los polvorientos caminos con destino a Roma, pero no era así, aunque sabía que los momentos oscuros llegarían antes o después.

Lo que había sucedido entre ellos en su casa de Grosvenor Square no solo había sido la experiencia más luminosa de su vida, sino que le había ayudado a comprender que Gabriella Locatelli no era un capricho pasajero, sino el amor de su vida.

Lo habían hablado cuando ambos terminaron exhaustos, aún atravesados por las corrientes de placer que habían ofrecido con generosidad el uno al otro.

Gabriella le explicó lo que sentía por él: amor, absoluto amor. Que una mujer como ella lo dijera sin ambages, sin esperar nada a cambio, el mismo día en que no volverían a encontrarse jamás, fue como si toda la sinceridad del mundo se hubiera dado cita en aquel vestíbulo, sobre las tablas que cobijaron su pasión para que diera fe de ello ante los cielos.

Él se había puesto de rodillas, le había tomado la mano y le juró amor eterno. No hubo dramatismos. Ella no volvió a llorar ni él sintió aquel dolor que lo atravesaba cuando pensaba de la manera en que la perdería.

Volvieron a abrazarse, a buscar el calor, el amor del otro cuerpo. No hicieron falta más palabras. Ella ya era una mujer casada que emprendería un viaje en unas horas, un viaje que los separaría

para el resto de sus vidas. Él era un rico heredero cuyo destino estaba trazado desde su cuna. No podría elegir a su esposa, ni su residencia, ni siquiera sus amigos. Todo formaba parte de un plan trazado para mayor gloria de su familia y de su clan.

No, no hubo lágrimas. Fue como si la constatación de lo que el uno sentía por el otro y el conocimiento de que jamás podrían estar juntos les hubiera dado la calma necesaria para encarar un futuro que no sería feliz, imposible que lo fuera, pero al menos les había permitido vivir por un momento lo que significaba el amor.

Y sí, llegarían los días aciagos. La echaría de menos, llegaría a volverse loco extrañándola mientras una mujer extraña, Anne, ocupaba cada noche su cama y unos hijos que no eran los de él y Gabriella heredaban sus títulos.

Así era la vida y así les correspondía encararla, por eso iba a disfrutar mientras pudiera del recuerdo de ellos dos amándose, ofreciéndose sin reparos el uno al otro con la absoluta convicción de que aquel momento, el que habían vividos sobre los suelos desnudos de una casa en Grosvenor Square, era el clímax de sus vidas, la razón por la que habían venido a este mundo, y eso no se lo arrebataría nadie.

Siguió caminando por la amplia avenida cuando alguien lo llamó por su nombre.

—¿El señor Ewan McGomery?

Él se volvió en la dirección de la que provenía la voz para ver a un caballero que lo miraba con la curiosidad en el rostro y la cabeza ligeramente inclinada. Tenía una cara agradable y una sonrisa que inspiraba inmediata confianza, pero Ewan estuvo seguro de que nunca lo había visto. Se detuvo cortésmente.

—¿Nos conocemos?

El caballero se quitó la chistera.

—Disculpe mi osadía. No, no hemos sido presentados, aunque he de decir que sí le conozco.

Ewan volvió a analizarlo. Apenas conocía a nadie en Londres y estaba seguro de que no formaba parte del círculo familiar.

—Por su acento, sé que es escocés —dedujo—. ¿Es amigo de mi padre?

El hombre sonrió y Ewan vio en su rostro algo familiar que fue incapaz de recordar.

—Soy conocido de los McRuari, por lo tanto, de su madre —amplió su sonrisa y le tendió la mano—. Soy Lian Ashbourne, aunque creo que no habrá oído hablar de mí.

Ewan correspondió con un firme apretón. Lord Ashbourne era alguien a tener en cuenta en Escocia, pero jamás lo había visto antes. Su rostro empezaba a sonarle, pero en aquel momento era incapaz de descubrir por qué.

—Por supuesto que conozco su apellido y su historia, pero temo que no nos hemos visto antes —se sinceró.

Hubo un instante de silencio, quizá de confusión, porque el joven no sabía qué más decir sin meter la pata y el caballero parecía un tanto intranquilo pese a su amable sonrisa. Fue este último el que señaló un lugar indeterminado a su espalda.

—Salía del club y me ha parecido reconocerlo —le explicó—. Disculpe de nuevo mi entusiasmo. Ver a un paisano siempre es una buena noticia en un lugar tan frío como Londres.

En principio, no había nada más que decir. Como el caballero no le entregó su tarjeta, Ewan tampoco hizo por hacerlo y necesitaba estar solo, pasear y rememorar lo que había sucedido con Gabrielle hacía solo unas horas. Se llevó dos dedos al ala de la chistera he hizo una inclinación de cabeza.

—Ha sido un placer saludarlo, señor Ashbourne.

Lo habitual era que el caballero se despidiera en los mismos términos y el breve encuentro se hubiera dado por terminado, pero al parecer el hombre tenía algo más que añadir.

—Conocí a su madre hace muchos años, cuando éramos muy jóvenes. Llegamos a ser buenos amigos.

Ewan se impacientó. Lo que menos le apetecía en un día como aquel era rememorar viejas historias de la vieja Escocia. Intentó salir al paso con un comentario sin importancia que le permitiera meter la cuña de otra despedida.

—Las amistades de la juventud son las más duraderas.

—Tan amigos que tuvieron que separarnos.

Ante ese comentario, Ewan frunció las cejas. El tono cordial que había entre ambos se había difuminado de un plumazo. Pall Mall a aquellas horas estaba tranquila, pero al joven no se le escapó que tras las palabras del caballero había una insinuación intolerable. Lo miró directamente a los ojos.

—Le adelanto que, si va a decir algo inconveniente sobre mi madre, voy a tener que exigirle una satisfacción.

Ante la amenaza de un duelo, cualquier caballero habría reculado, sobre todo, si supiera la pericia de Ewan McGomery con las armas, pero este pareció no prestar atención.

—Su madre y yo nos fugamos —dijo con la misma calma que hasta ese momento—. Pasamos dos noches fuera con la intención de embarcarnos hacia Irlanda, donde mi familia tiene posesiones, pero tu abuelo McRuari nos encontró.

Ewan apretó las mandíbulas y dio, instintivamente, un paso atrás.

—No quiero seguir escuchándole, buenos días.

Fue a alejarse, pero el caballero alzó la voz.

—Por eso tuvieron que casarla con lord Currie a toda prisa. Su honor estaba en juego.

En esa ocasión, Ewan no podía hacer oídos sordos a aquel insulto. Volvió sobre sus pasos, intentando dominarse. Toda la felicidad que lo embargaba hacía unos instantes se había convertido en rabia. Se pegó tanto a él que, cuando habló, sus frentes casi se rozaron.

—Señor Ashbourne, ha sobrepasado todos los límites —le crujió la mandíbula—. Me temo que ha manchado el honor de mi madre y deberá limpiarlo mañana al amanecer.

Ante aquello no había marcha atrás. Un caballero o se disculpaba, o debería acudir al duelo que unos padrinos se encargarían de organizar. La noticia no pareció desanimar al Lian Ashbourne, de hecho, lo miró con una ceja alzada.

—¿Dispararía contra mí?

—Contra cualquiera que ensuciara el buen nombre de mi madre.

El hombre no reculó, más bien todo lo contrario. Se encasquetó la chistera y se ajustó los guantes.

—Le adelanto, señor McGomery, que no soy bueno manejando las pistolas y, si me mata —hizo una breve pausa—, acabará como Edipo, que asesinó a su padre sin saberlo. Pero ahora usted ya sabe quién es el hombre que le engendró.

Y, sin más, se dio la vuelta y se marchó, dejando a Ewan paralizado sobre el empedrado.

32

La reina Carlota no había tenido un buen día y ya era la segunda vez que preguntaba por Moira. A la joven McGomery no le tocaba servir en Palacio aquella jornada, pero era cierto que cada vez era más imprescindible para Su Majestad, hasta el punto de que la hizo llamar para preguntarle su parecer sobre los sombreros que la señorita Eleonor Beauchamp había confeccionado para ella.

Aquel acontecimiento había coincidido con una vista de *lady* Fiona de Benmore a la Corte, que cada vez estaba más preocupada por la dependencia que la Reina tenía hacia su sobrina y temía que de un día a otro fuera a ser anunciado su ascenso en el escalafón, lo que sería tanto un honor para la familia como una desgracia para la muchacha.

—¿Habéis encontrado una solución?

Fiona se giró para encontrarse a su vieja amiga, *lady* Finch, justo a su lado.

No era necesario preguntarle a qué se refería. Ambas ya lo habían hablado y la antigua institutriz de los Príncipes Reales le había dado la razón. Fiona tuvo la prudencia de bajar la voz, a pesar de que todos estaban pendientes de la Reina en ese momento.

—Un matrimonio improvisado —dio por respuesta—. No nos queda otra.

La dama la miró sin disimulo.

—Habrá habladurías.

Sí que las habría. Cuando una joven se casaba con prisas la sombra de una posible falta de virtud siempre volaba sobre ella y las matronas contaban los días, uno a uno, hasta el nacimiento de su primer vástago, para comprobar si tenían o no razón. Fiona volvió la mirada hacia el grupo de mujeres que charlaban con Carlota.

—Mejor eso que envejecer sin otro aliciente que servir a la Reina.

—Te pueden acusar de traición por decir eso —contestó con humor Charlotte Finch.

Fiona la miró con sus largas pestañas, tan saludables como cuando tenía veinte años.

—Por eso lo digo delante de una amiga que sabe de qué hablo.

Hubo un revuelo cuando la Reina descubrió otro de los espléndidos sombreros que la señorita Beauchamp, Evelyn, acababa de entregarle. La secuencia siempre era igual: los cortesanos esperaban el parecer de la Reina y actuaban en consecuencia. Si a Su Majestad le gustaba, a ellos les encantaba. Si no era del agrado de Su Majestad, ellos lo detestaban.

Lady Finch volvió al ataque.

—¿Habéis pensado en alguien para Moira?

Fiona dudó.

—¿Te suena el conde de Bellhollow?

—¿Patrick? —sus cejas se alzaron—. Es un buen muchacho, aunque algo simple.

El gesto de Fiona expresó exasperación.

—Con tan poco tiempo, debemos conformarnos con lo que encontremos.

Milady estuvo de acuerdo y en lo único que dudaba era en si llegarían a tiempo de anunciar el compromiso antes de que la Reina hiciera público el ascenso.

Permanecieron calladas unos minutos. Alguien le dijo algo a Charlotte y esta contestó. De la misma manera, un caballero cumplimentó a *lady* Benmore y ella actuó en consecuencia. Cuando volvieron a pasar desapercibidas, *lady* Finch se acercó un poco más a su amiga.

—Habéis hecho bien alejándoos de Duncan Glenrowan.

Esta la miró con las cejas afiladas.

—¿Sabes algo al respecto?

Milady carraspeó, un gesto que su amiga conocía bien y que usaba cuando algo grave estaba a punto de ser desvelado.

—Está desaparecido de la Corte, pero sigue en Londres. Eso significa que trama algo.

—¿Y cómo de peligroso es ese algo?

La dama soltó un suspiro de cansancio.

—En él puede tener que ver con una apuesta o con una mujer. La primera podría arruinarlo. La segunda… arruinará sin duda alguna la reputación de la dama.

Se quedaron mirándose hasta el punto de que Fiona la tomó delicadamente por el codo y la alejó de la multitud de cortesanos hasta que ambas estuvieron a solas en una esquina de la antecámara.

—¿Y por qué me lo cuentas, Charlotte?

Esta no descompuso el gesto, lo que le dio mala espina a su amiga.

—No debería decírtelo porque te enfadarás conmigo.

—Llevamos conociéndonos toda la vida —le espetó—, y he perdonado cada uno de tus desaguisados.

Aunque Charlotte Finch no sabía a qué desaguisados se refería, sí entendía que había llegado el momento de contar lo que sabía, por muy doloroso que fuera para su buena amiga.

—Nessa McGomery —soltó y apretó los labios.

Fiona parpadeó varias veces sin comprenderlo.

—¿Mi nieta? —*lady* Finch vio cómo se abría la luz en su mente —. No puede ser. Es una niña y está constantemente vigilada.

Milady buscó un abanico en su bolso y lo usó tanto para darse calor como para ocultar sus labios, ya que había expertos en leerlos en cualquier Corte.

—Se ve con él en tu misma casa —le confesó—, bajo tu techo, amparados por *lady* Ravenshire.

—¡¿Mildred?! —exclamó—. Imposible.

Lady Finch no se dejó amilanar por su vehemencia. Si había decidido decírselo era porque antes que después no habría marcha atrás.

—Han empezado a verse a la salida de esa academia de señoritas donde la condesa de Currie se ha empeñado en meter a su hija.

Lo dijo con desprecio, pues ella no entendía que una joven de posición asistiera a una institución educativa, cuando las señoritas

de calidad siempre habían sido educadas en sus casas por las mejores institutrices.

Fiona se puso delante de su amiga, para mirarla de frente.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Milady guardó el abanico en su manguito, tan incómoda como exasperada.

—Si algo me ha enseñado la vida es a no ser mensajera de desgracias, porque, cuando se ajustan las cuentas, siempre terminas pagando los platos rotos.

Fiona ya no la escuchaba. Tenía que actuar y debía hacerlo cuanto antes. Moira y ella misma sabían de qué tipo de individuo se trataba ese Glenrowan, el más despreciable, el más depravado, uno que no podía permitir que mancillara a su pequeña Nessa.

—He de hablar con mi sobrina —dijo, preparada para marcharse—, con *lady* Currie.

—¿Me permites un consejo? —la detuvo su amiga, aunque esta la miró con arrogancia.

—Adelante.

—Sé prudente, Fiona —la tomó por la muñeca—. Quizá *lady* Currie no esté pasando por un buen momento, y me dicen que lord Thornwick…

Aquel comentario al antiguo amante de la condesa hizo que se envarara de inmediato.

—¿Qué sabes de Lian Ashbourne?

Lady Finch apartó la mano con cuidado.

—Que ha regresado a Londres después de muchos años por la única razón de que tu sobrina, la condesa, está aquí.

—Pamplinas —se exasperó la aludida, dispuesta a no escuchar nada más, pero su amiga había callado demasiado y debía ponerla sobre aviso de todas las desgracias que se cernían sobre los McGomery.

—No soy estúpida, Fiona —le dijo, intentando que nadie se diera cuenta de que estaban discutiendo—. Sé lo que pasó antes de que Ewan y Moira se casaran. Sé lo que hubo detrás.

—A veces me pregunto por qué somos amigas.

—Porque soy la única que se atreve a decirte cómo son las cosas, y porque mi fidelidad hacia ti es inquebrantable.

Se mantuvieron la mirada. Si hubiera sido un duelo, ambas habrían disparado a la vez y ambas habrían acertado en el corazón de su contrincante. Fue Fiona quien apartó la mirada.

—Debo regresar a casa.

—Lo que me hace preguntarme por qué velas a tu hijo Richard —sentenció *lady* Finch antes de que su amiga se marchara —, cuando sigue tan vivo como tú y como yo.

Así que lo sabía. Así que sus desvelos habían servido para poco.

Se había detenido en seco, pero cuando se volvió hacia ella, en su rostro no había rastro del agobio, el miedo y la vergüenza que anidaba en su corazón.

—Tengo que agradecerte tu sinceridad —le dijo con una voz helada—. Pero no se te olvide una cosa: hasta las amistades más firmes se rompen cuando se traspasan ciertos límites.

Y, sin más, se dio la vuelta, y dejando de cumplir la mínima cortesía de comunicarlo a la Reina, se marchó sin volver la vista atrás.

33

Moira se sujetó el vestido y empezó a subir las escaleras de Palacio todo lo deprisa que fue capaz.

Había recibido una nota instándola a presentarse ante la Reina enseguida, lo que era necesario hacer sin dilación. ¿Qué requeriría Carlota? La última vez que pasó algo así era porque no le servían la leche a la temperatura adecuada. La anterior porque su camarera no daba con la lazada que le gustaba para su pañoleta. La dependencia de Su Majestad cada vez era más asfixiante y, para alguien como ella, que detestaba la Corte, se estaba convirtiendo en algo insoportable.

Apenas le había dado tiempo a cambiarse, ya que a Saint James no se podía acceder sin ir vestida de gala, lo que implicaba un traje con cola y manto de seda, joyas, y un peinado donde ningún rizo estuviera fuera de lugar. La habían atendido a la vez su doncella y la de su madre mientras los mozos enganchaban los caballos y Ailsa le ayudaba con los chapines.

Justo en la puerta de Palacio, se había cruzado con Fiona, con la que apenas intercambió un saludo porque ella tenía prisa y su tía abuela no parecía de humor. Acordaron verse más tarde, ya que *lady* Benmore decía tener algo que contarle y la instó a que aligerase, pues Carlota no paraba de reclamarla.

En el segundo tramo de escaleras, tuvo que hacer un alto para tomar aliento y no presentarse en la antecámara real resoplando como un cochino en el matadero. Se ajustó el vuelo de la falda y el escote, que con las prisas los llevaba de cualquier manera, y colocó la punta de los dedos sobre el pasamanos de mármol para que el frescor de la piedra le templara los nervios.

—Desde que la vi, supe que me metería en problemas.

Moira vio aparecer la sombra oscura de un hombre que podía haber estado agazapado tras una de las columnas del atrio. La luz

que entraba por los ventanales fue iluminando sus piernas, después su torso, hasta que su rostro quedó al descubierto.

Era el duque de Glenrowan, el hombre que intentó forzarla, el que ella había creído muerto, el que había temido durante todo aquel tiempo encontrarse a solas con él.

Moira miró alrededor. No había nadie, estaban solos, por lo que un escalofrío desagradable le recorrió la piel,

—No tenemos nada que decirnos —contestó, intentando aparentar una templanza que no sentía, mientras pretendía avanzar por las escaleras. Pero él se colocó justo delante, impidiéndole el acceso.

—¿Está segura?

Ella se detuvo en seco. Tenerlo cerca le daba nauseas. También miedo.

—Necesito pasar —lo urgió—. La Reina me reclama.

Él no se movió de donde estaba mientras la miraba de arriba abajo de una manera sucia, como si estuviera imaginando lo que ocultaban las lujosas telas con las que estaba confeccionado su vestido.

—La ingenua Moira McGomery —sonrió de una manera espeluznante—. Recuerdo cuando apenas sabía cómo solicitar un chocolate para Su Majestad, y mira ahora, en breve se convertirá en una de las damas más poderosas de Palacio.

Moira volvió a mirar alrededor. Si solo apareciera un cortesano, buscaría la manera de pedirle socorro y escapar de la presencia de aquel malvado. Lo miró a los ojos. Su padre decía que a un enemigo nunca había que darle la espalda, y mucho menos agachar la mirada.

Duncan seguía siendo un joven de belleza arrebatadora, lo que lo volvía aún más peligroso, ya que nadie podía imaginar que, tras aquel aspecto, se escondía alguien sin escrúpulos. Moduló la voz para parecer segura de sí misma.

—Insisto en que se aparte.

Él simplemente amplió la sonrisa.

—¿Sabe que aquel mal golpe estuvo a punto de matarme?

El escalofrío sobre la piel de Moira se intensificó. Durante mucho tiempo, había pensado que acabaría en el patíbulo por aquel… Instintivamente, volvió a mirar alrededor, pero esa vez para cerciorarse de que nadie los escuchaba.

—Se lo buscó —logró articular.

—Una dama que se aparta a una habitación solitaria con un caballero es porque busca algo —alzó una ceja—. Yo solo fui educado y quise dárselo.

—Lo que quería era ayudarlo —le aclaró, porque fue llevada a aquella habitación con engaños y porque nunca…

Duncan señaló con la mirada a un criado vestido con los colores reales que acababa de aparecer y que se había apostado a una distancia prudente, como si esperase que algo ocurriera.

—¿Ve a aquel hombre de allí? El de librea —lo señaló—. Es un sirviente de Palacio, pero le pago una buena suma de dinero para que vele por mí —se le escapó un fingido suspiro—. A veces pierdo la cabeza, es algo de familia. Mi madre decía que los aires del norte nunca nos sentaron bien a los Glenrowan. Ese criado fue quien me encontró tirado en el suelo y rodeado de mi propia sangre.

Moira lo miró. El hombre parecía ojo avizor. Así que por eso se salvó. Por eso no había estallado el escándalo. Por eso ella y la abuela Fiona seguían vivas. Se volvió hacia Duncan, que parecía estar disfrutando con aquello

—¿Por qué no dio la alarma? ¿Por qué ese hombre no denunció su estado ante la guardia real?

Él amplió la sonrisa y se encogió de hombros.

—Porque pensó que lo que me había pasado me lo había buscado yo mismo y que el escándalo me salpicaría. Intentó protegerme. ¿No le parece encantador?

—Usted intentó forzarme —el miedo en Moira empezaba a dar paso a la furia—, nosotras nos defendimos y su criado salvó su honor. Ya está todo dicho. No hay nada más que hablar.

—*Nosotras* —alzo Duncan una mano—. Me gusta la manera en que se refiere a *lady* Fiona de Benmore. Todo lo que había oído decir de ella se queda corto una vez se la conoce.

Ella le mantuvo la mirada y no se movió un ápice de donde estaba.

—Lord Glenrowan —le advirtió, mordiendo las palabras—, ya se ha dado cuenta de con quienes está intentando jugar. Ahora apártese de mi camino.

Pero él no lo hizo. ¿Cuándo tendría otra vez la oportunidad de disfrutarla a solas?

—Por su culpa perdí una apuesta —dijo Duncan con voz más grave y sin piza del humor que parecía salsearlo todo hasta entonces —. No es cuestión de dinero, válgame Dios, pero sí de honor. Un caballero que presume de que las damas beben de su mano no puede concluir que aquella en la que se ha fijado no lo haga. Eso me ha puesto de pésimo humor.

El miedo volvió al corazón de Moira. ¿De qué no sería capaz aquel ser despreciable? Alzó la cabeza para aparentar firmeza.

—La Reina me reclama. ¿Quiere que le cuente todo esto?

Duncan la evaluó, como si la creyera capaz de algo así, aunque eso la pondría a ella en pésimo lugar y desataría las habladurías.

—No será necesario. —Al fin dio un paso al lado dejando libres las escaleras—. Pero recuerde una cosa: no se juega conmigo y lo que ustedes me hicieron ya lo están pagando —sonrió de una forma escalofriante—. Cuando se den cuenta del precio, será demasiado tarde.

Ella no quiso precipitarse. Ante una fiera que acecha, hay que mantener la calma.

—No me asustan sus amenazas.

—Pues deberían.

Por suerte, un soldado de palacio apareció por la esquina, lo que hizo que el sirviente de Glenrowan se escabullera de allí sigilosamente.

—Guardia —lo llamó Moira—, acompáñeme ante la Reina.

El soldado no lo dudó. Todos la conocían y sabían quién era.

Antes de que llegara hasta ellos, Duncan bajó la voz y se acercó un poco más a ella.

—Así que ese tullido de Alexander Somerville… —La risilla que salió de sus labios heló la sangre de la muchacha—. Nunca lo hubiera imaginado.

—No sé qué cree saber —notó cómo le temblaba la voz—, pero le aseguro que se equivoca.

Él insistió.

—¿Qué cree que pensará Carlota cuando se entere de que su dama más preciada se escapa para meterse entre las sábanas de un simple soldado?

—Es-es usted un miserable —casi le escupió.

El soldado ya estaba a unos pocos pasos.

—Se equivoca —dijo él, ajustándose el chaleco y dando un paso atrás—. Soy la némesis que hará que su nombre termine enfangado ante los pies de esta Corte.

Y ella no pudo contestar, porque el guardia real ya estaba allí para acompañarla ante la presencia de la Reina.

34

Niall se caló la chistera para después subirse el cuello de la levita. Su cabello rojizo era demasiado evidente como para pasar desapercibido, así que esquivó la luz de los grandes candelabros que se filtraban desde las ventanas de las mansiones de Grosvenor Square, y solo cuando tuvo la absoluta certeza de que nadie se estaba fijando en él, atravesó la plaza y entró en la casa, cerrando tras de sí.

Desde que dos días antes había dejado allí a Arabella con una buena provisión de comida y la indicación de no abandonar la buhardilla de día, se sentía intranquilo. No había podido acudir antes, y eso que había hecho lo imposible por hacerlo, pero tanto tía Mildred como la abuela Fiona habían reclamado su atención y Thomas se había empeñado en que pasaran la noche juntos celebrando no recordaba qué.

Había estado tentado de contárselo, a Thomas, pero las palabras de Arabella sobre su falta de confianza en su mejor amigo le habían dicho que fuera prudente, que ya habría un momento donde se reirían de los sucedido delante de una buena copa de vino.

Aparte de ir de un lado para otro, había pensado en Arabella. Seguía sin saber qué opinar. Era evidente que no era alguien en quien confiar y que las mujeres como ella usaban las tácticas más refinadas para seducir a los ingenuos. ¿Eso era lo que estaba sucediendo entre ambos? ¿Esa era la razón por la que la bella muchacha estaba interpretando todo aquel papel?

Pero inmediatamente sacudía la cabeza y se decía a sí mismo que no podía ser tan retorcido, que era muy posible que la muchacha hubiera sido explotada por su propio padre y que él fuera la única persona en la que, por algún extraño motivo, confiaba.

Atisbó alrededor del vestíbulo. La casa estaba oscura y silenciosa y esperó a que sus pupilas se acostumbraran a la luz para

tomar las escaleras. Se acordó de que había tomado prestado un encendedor de yesca. Lo rebuscó en el bolsillo interior de la levita. Con destreza, golpeó el eslabón contra el pedernal. Al tercer intento, la chispa prendió en el hongo seco. Sopló con cuidado, acercó una vela y la llama se prendió de inmediato, dando una tenue luz a su alrededor, pero lo suficientemente clara como para saber dónde pisaba.

Avanzó despacio, tapando la llama con una mano para que no se viera desde el exterior, y al fin encontró el hueco de la escalera. Iba a girar cuando una sombra oscura se precipitó sobre él, pero Niall tuvo la habilidad suficiente como para detener la mano que ya iba a golpearlo con una azada de carpintero.

—¡Arabella! —intentó calmarla—. Soy yo.

La muchacha lo miró a los ojos, parpadeó y solo entonces se tiró a sus brazos, asustada.

—Pensé que era otra vez ese hombre.

Él la abrazó. Sentir el calor del cuerpo femenino fue como volver a casa tras un largo y frío viaje, pero no estaba allí para aquello. La apartó con cuidado y alzó la vela para mirarla a los ojos.

—¿Qué hombre?

Ella se frotó las manos, nerviosa.

—Ha venido hace un rato. Ha estado a punto de descubrirme, pero he podido esconderme en el montaplatos. —Niall ni sabía que la casa tuviera uno—. Lo he escuchado trastear por toda la casa, incluso por la buhardilla —se llevó la mano al pecho—. Si me hubiera pillado allí arriba hubiera, dado conmigo.

Intentó creerla. Con ella, todo tenía el cariz de lo intangible. ¿De verdad había entrado alguien? ¿De verdad había podido esquivarlo? Intentó que su rostro no mostrara las dudas que lo atenazaban.

—¿Lo has visto? —le preguntó—. ¿Has podido reconocerlo?

Ella negó con la cabeza.

—No era uno de los trabajadores —aseguró—. Me he asomado algunas veces, con el mayor cuidado, y creo que los reconocería a todos. Siempre he tenido buena memoria para los rostros.

Habían acordado que no saldría de la buhardilla con la luz del día, pero Niall ya había supuesto que aquello no sucedería. Intentó armarse de paciencia.

—Quizá solo fuera un ladrón.

—Es posible —Arabella se acercó un poco más a él. ¿Cómo podía oler tan bien aquella mujer? ¿Cómo podía desearla de aquella manera?—. Pero me parece demasiada casualidad, y solo hay que mirar la casa para saber que está vacía.

Niall apartó la vista y dio un corto paseo por la estancia sin dejar de cubrir la vela con una mano.

Si lo que decía Arabella era cierto, quizá los habían descubierto, o al menos sospechaban dónde podía estar. Aquello ponía en peligro la seguridad de la muchacha, de la que él se sentía responsable. Eso siempre y cuando todo aquello fuera cierto.

Se le escapó un suspiro de preocupación.

—Tengo que sacarte de aquí.

—¿A dónde?

—No lo sé —apenas conocía la ciudad, apenas conocía a nadie más allá de Thomas—. Buscaré un lugar seguro. Quizá mi hermano Ewan…

El brillo en los ojos de Arabella cambió y se llenó de curiosidad. Giró la cabeza de una manera que la volvía aún más encantadora.

—¿Tu hermano es un joven alto, moreno, aunque que se parece a ti?

Niall tuvo que sonreír.

—¿También lo has visto a él aquí?

—Sí —afirmó ella sin dudarlo—, miró los trabajos que están realizando los obreros y después tuvo una visita.

Niall se la quedó observando. Que hubiera deducido que Ewan y él eran hermano tenía su lógica, todos los McGomery se parecían de una u otra manera, pero que hubiera recibido allí… Eso no tenía visos de ser cierto. Otra vez intentó que ella no notara su incredulidad.

—Por la forma en que lo has dicho —le comentó—, supongo que tienes algo que añadir.

—La visita era de una mujer.

Las cejas de Niall se alzaron.

—¿Ewan? —lo dudó—. Es posible. Es un tipo atractivo y, aunque parezca un témpano de hielo, debe tener sus propias necesidades. Además, les quedan solo unas semanas para casarse.

—Quieres decir que ella es… ¿su prometida?

Si su hermano había estado allí con una dama, esa era Anne, sin duda. Ewan no era un mujeriego como él, y sabía controlarse. Jamás hubiera profanado su futuro hogar acostándose en el con una amante, si es que las tenía, que no le correspondía a Niall saberlo.

—Seguro que era su prometida. ¿Quién si no? —Pensó que vaya con la mosquita muerta de Anne—. Bonita, inocente, rubia, ojos azules.

Arabella frunció las cejas.

—Esa no es la descripción de la mujer con la que hizo el amor sobre el entarimado del vestíbulo.

Lo soltó de una manera tan natural que Niall sintió que un cosquilleo le recorría la espalda. Deglutió.

—¿Los-los viste?

Arabella se mordió el labio inferior y se llevó una mano al pecho.

—Me resultó hipnótico. —Sus labios se entreabrieron para lanzar un suspiro quedo—. El amor que se profesaron hizo que se me saltaran las lágrimas. Creo que nunca había visto a dos personas más unidas.

Además de excitado, Niall estaba confundido. No podía estar hablando de Ewan. Él no era así, él no hacía esas cosas, él no tenía amantes, no se enamoraba.

De nuevo, paseó por la estancia, tanto para ordenar sus ideas como para alejar aquel deseo que se le encajaba en los riñones.

—Entonces debes de haberte confundido —musitó—. Ewan no…

—Era él —dijo Arabella con firmeza.

No quiso contradecirla. Cada vez tenía más claro que todo aquello era una farsa y que la imaginación de la muchacha era

demasiado prolífica. Se ajustó la casaca, cerrándola por delante para que su excitación no fuera demasiado evidente.

—Muchas visitas para una casa que debería estar vacía —intentó bromear.

Ella parecía concentrada.

—También vino una mujer.

Niall hizo un gesto con la boca.

—Esa sí debió ser la prometida de mi hermano, aunque creía que estaba fuera.

—Era muy hermosa, morena, ojos expresivos —chasqueó los labios—. Había algo en ella, en la forma de moverse, de caminar, que te obligaba a mirarla.

¿Morena? Tampoco era Anne. ¿es que había elegido para esconder a Arabella la casa más pública de la ciudad? Tomó aire para no parecer exasperado.

—¿Qué vino a hacer? —su voz resultó más cínica de lo que había esperado—. ¿También husmeó por la casa?

Arabella señaló un lugar bajo la escalera.

—Hicieron el amor justo ahí.

De nuevo, las cejas de Niall se alzaron.

—¿Con Ewan?

—Con otro caballero —sus ojos fueron hacia el techo, como si intentara recordar—. Muy atractivo, he de reconocerlo. Alto, moreno, fuerte, cojeaba al caminar.

De entre toda aquella incertidumbre, una luz apareció en los ojos de Niall. Había descrito a Ewan y en ese momento parecía que describía a…

—El señor Somerville —casi exclamó—. Esto no tiene explicación.

Arabella no parecía darse cuenta del estado de confusión, de excitación, de su salvador.

—Él murmuró el nombre de la dama cuando llegaron al clímax.

Niall tragó saliva. El clímax. Sentía que sudaba por todo su cuerpo. Intentó apartar la mirada de las formas de Arabella.

—No creo que nos sirva de mucho un nombre al azar.

—Moira —dijo la muchacha.

Niall se giró sobre sus talones y le clavó la mirada. No podía ser. Era absolutamente imposible. No…

—¿Es-estás segura? —se atrevió a pregunta.

Arabella mostró curiosidad.

—¿La conoces?

No quiso enfrentarse a su mirada. ¿Su hermana? ¿Moira? Era descabellado, pero Arabella no podía habérselo inventado. Tenía que haber una explicación, algo lógico, coherente. ¿Y si lo que había visto la muchacha era otra cosa? Pero él mismo se desmintió porque si de algo entendía Arabella era de aquello, de dos personas dándose mutuo placer.

Se le escapó un suspiro profundo.

—Me parece que tú y yo no somos los únicos que guardamos un secreto —musitó—, y que esta casa se ha convertido en un pecado a medianoche.

La muchacha sonrió de una manera encantadora y le tomó una mano.

—Quizá tú y yo también deberíamos intimar.

Niall la apretó con afecto.

—Hace unos días hubiera dado todo solo por besarte.

—¿Y ya he dejado de gustarte?

El mohín encantador en los labios de Arabella pedía ser besada de inmediato, pero Niall se contuvo.

—Ahora sé que solo lo haré cuando tenga la absoluta certeza —le confesó, muy serio— de que sale de tu corazón y no intentas pagar una deuda con tus besos.

Ella volvió a morderse el labio inferior.

—¿Y si te digo que es así?

—No te creeré —le dio un beso en la mano que aún sujetaba —, porque sabré leer en tus ojos lo que leo en los míos cuando pienso en ti, y eso no se puede disimular.

La muchacha dio un paso atrás, juntó las manos y la arrebatadora belleza de la cortesana se convirtió por un momento en un gesto dulce, suave, casi infantil.

—Creo que eso es lo más hermoso que me ha dicho jamás un hombre, Niall.

Él lo recibió con júbilo, tanto que no supo que decir.

—Saldremos de esta —logró articular—, te pondré a salvo y después…

—¿Después?

Él tomó aire.

—Podrás decidir cuál quieres que sea tu destino.

Y se dio cuenta de que, que él recordara, era la primera acción desinteresada que hacía en su vida.

35

La mesa que tía Mildred había solicitado a la camarera no podía estar mejor ubicada.

Gunter's Tea Shop era un espacio elegante y decoroso, lo que posibilitaba que las damas de la buena sociedad pudieran acceder para tomar un helado o un pastel sin faltar a las normas sociales. Estaba en Berkeley Square, muy cerca de Grosvenor, y en uno de los mejores sitios de Mayfair.

La condesa de Currie no había querido acompañarlos en aquella aventura, pero *lady* Benmore se había apuntado sin dudarlo, así que los tres, Mildred, Fiona y Travish, ocupaban sus asientos enfrentados a la audiencia que a aquella hora de la tarde era de lleno absoluto.

—¿Y qué se supone que debemos hacer ahora? —preguntó Travish, que había desistido de los pastelitos de nata y solo había querido té.

Su tía se acercó a él para poder hablar en voz baja.

—La abuela y yo hemos usado nuestros contactos —no quiso explicar que *lady* Felicity había tenido mucho que ver— y tienes delante a las señoritas más exquisitas de Londres. Estoy convencida de que saldrás de aquí enamorado.

—Eso es apuntar muy alto, querida —intentó Fiona que su sobrina mantuviera los pies en la tierra—. Con que salga convencido, sería suficiente.

Travish pasó la mirada por el gran salón. La decoración era exquisita y a la moda, con paredes decoradas por motivos pompeyanos, muebles sobrios y elegantes y una gran vitrina donde se mostraban los dulces. Las mesas dispersas por todo el espacio estaban ocupadas por damas y caballeros que degustaban las delicias que se servían y que daban fama al lugar.

No había muchos sitios donde una dama pudiera hacer vida social fuera de los salones de la aristocracia, pero aquel era uno de

ellos.

Travish se fijó en una mesa. En ella había una mujer madura vestida con sobriedad, una muchacha y un caballero joven que, por la edad, debía tratarse del hermano de la damisela. Tenía el cabello oscuro, ligeramente cobrizo, y los ojos claros. A Travish le pareció guapo, con un perfil griego digno de admirar que…

—Excelente elección —escuchó la voz de su tía.

Se giró hacia ella de inmediato y sus mejillas se encendieron. ¿Se había dado cuenta de que había estado admirando a otro caballero?

—La señorita Henrietta Sinclair, una delicia —señaló Mildred a la muchacha que se sentaba a la mesa con el guapo joven—. Su padre es hermano del barón de Greystone. Dinero antiguo y buena posición. Sus rentas ascienden a… —buscó en una libretita que tenía sobre la mesa.

—¿Conoces las rentas de todas estas personas? —se sorprendió él.

—¿Con quién crees que estás tratando? —contestó Fiona de mejor humor—. Tu tía lleva años ejerciendo de casamentera. Solo *lady* Felicity la aventaja.

—¿Quién?

Explicarle a su nieto quien era aquella dama las hubiera puesto en un compromiso, así que decidió pasarlo por alto.

—No importa.

Mildred había olvidado el asunto de las rentas, pero miraba arrebatada a la señorita Henrietta, como si se tratara de un ave exótica difícil de avistar.

—Es una joven modesta, callada, amante de la lectura como exigías —enumeró sus cualidades—, y un tanto simple, lo que siempre es un aliciente.

Las cejas de Travish se fruncieron en su frente.

—No quiero a una esposa simple, tía, signifique eso lo que signifique.

Estaba claro que el ideal de muchacha que pretendía Mildred y el que ambicionaba Travish eran distintos. Para su sobrina, una esposa que no molestara ero lo más encomiable. Para el joven,

seguramente sería una compañera con la que disfrutar de momentos familiares y de intimidad. Decidió no mediar entre ellos porque tenía su propia opinión, que pasaba por la pasión.

—No tiene que ser ella, Travish —le dijo Fiona, inclinándose hacia él—. Hay donde escoger. Tu tía Mildred ha pasado un informe sobre ti y todas sus madres están encantadas.

Entonces, las cejas del muchacho se alzaron.

—¿Un informe?

—¡Por supuesto! —se escandalizó la tía—. ¿Cómo crees que se hacen estas cosas? Tu aspecto, la herencia que disfrutarás, las posesiones que te cederá tu padre, rentas y aficiones —le pellizcó el moflete como se haría con un niño pequeño, lo que hizo que él se sonrojara aún más—. Eres un diamante en bruto para la mayoría de esas matronas, que están cansadas de que jóvenes disolutos llamen a sus puertas.

Travish no dijo nada, aunque su mirada siguió recorriendo la sala. Nunca hubiera pensado que se hiciera así, eligiendo entre un grupo de señoritas que parecían evitarle la mirada y disimular como si no supieran que estaban siendo seleccionadas como se hacía con las yeguas de una ganadería.

Otro caballero llamó su atención. Este era realmente guapo, de cabello rubio y ojos increíblemente azules. Intercambiaron una breve mirada y él se sonrojó.

—La señorita Eleonora Harrington —escuchó, de nuevo, la voz de tía Mildred y tardó en darse cuenta de que se refería a la muchacha que estaba sentada al lado del joven en el que se había fijado.

Carraspeó al verse pillado de nuevo.

—Es muy atractiva.

—Y rica —añadió Mildred—. Su dote es excelente y esta tiene luces, al parecer.

—El caballero es su hermano —apuntó Fiona, que estaba mirando a Travish de una manera un tanto particular—, y la mujer que la acompaña, su institutriz.

Travish notaba que le ardían las mejillas, pero se concentró en la muchacha. Parecía muy tímida, y cuando se sintió observada,

clavó la mirada en su taza y no volvió a levantarla.

El menor de los hermanos McGomery continuó con la inspección. Otro joven le llamó la atención, pero no quiso fijarse en él para que no fuera evidente. Al fondo de la sala había una mesa muy concurrida con dos mujeres añosas, un caballero de edad similar y dos personas jóvenes, un hombre y una mujer. Fue él quien acaparó su curiosidad porque ya lo conocía. Era amigo de Alan y habían estado juntos en su casa. Ese muchacho y él mismo habían…

—La señorita Julia Montagu —la sonrisa de tía Mildred se amplió porque aquella era su preferida—. Es una excelente elección, aunque te lleve dos años. La dote es considerable, podrás comprarte un castillo en Escocia si así lo deseas.

Travish volvió a mirar hacia la mesa para cruzarse con los ojos de aquel muchacho que había tenido entre sus brazos y de quien ni siquiera conocía su nombre. El joven tragó saliva y crispó la mandíbula para apartar la mirada al instante. Travish hizo un tanto de lo mismo.

—Demasiadas candidatas —murmuró, nervioso y desconcertado.

La tía soltó un suspiro.

—Y aún quedan muchas —explicó—. La joven del sombrero azul es la señorita Penelope Ascot. No ostentan título, pero sí fortuna, algo perfecto si te gusta la vida retirada y rehúyes de los entornos sociales.

Travish se giró en la dirección que le mostraba su tía y, de nuevo, se fijó antes en quien debía ser su hermano que en la tímida muchacha que tenía las mejillas tan encendidas como él.

—Y la señorita Augusta Carroway —señaló otra mesa donde solo había mujeres—. No sería mi primera opción, pero no hay duda de que es una belleza.

En esa ocasión, Travish apenas se fijó, tomó la servilleta y se limpió los labios con ella.

—Nunca pensé que hubiera tantas opciones.

Fiona, que tenía la mirada afilada, se inclinó ligeramente hacia él.

—¿Qué te han parecido?

Él carraspeó y se volvió a limpiar sus impolutos labios con la servilleta.

—Cualquiera de ellas valdría. Quizá excluiría a la señorita Montagu —no iba a casarse con una dama cuyo hermano había estado en su cama—. Por-por lo de la edad.

Fiona alzó una ceja. Parecía un tanto suspicaz y no le había quitado la vista de encima a su nieto en ningún momento.

—¿No tienes preferencias? —se extrañó—. Quizá alguna te resulte más atractiva, o sus formas encajen mejor en lo que te gusta de una mujer.

Él hizo el ademán de levantarse, como si todo estuviera ya hecho.

—La que vosotras decidáis estará bien.

Mildred lo valoró como una muestra de absoluta confianza en ellas dos.

—¡Este Travish es un ángel! —volvió a pellizcarle los mofletes —. Ojalá Moira y Ailsa fueran iguales.

Pero Fiona no estaba convencida. Había visto algo…, había percibido algo…

—Sí, es un auténtico ángel —musitó en voz baja, y los tres se levantaron para regresar a casa.

36

Moira estaba enfadada, muy enfadada, y tenía razones para estarlo mientras la calesa de los McGomery la llevaba de vuelta a casa, pues esa noche no dormiría en Palacio… a menos que la Reina la requiriera a altas horas de la madrugada.

Tenía varios motivos, el primero la proximidad del anuncio de su ascenso en la Corte. Era algo de lo que solo podía hablar con su familia y con *lady* Finch, ya que cualquier otra persona la trataría de loca por estar preocupada por ser designada a un alto honor como aquel, que la convertiría en poderosa y en digna de admiración. Ni siquiera se lo podía comentar a Alexander, que no comprendía aquellos rituales cortesanos ni entendía por qué no rechazaba el ofrecimiento sin más, como si eso pudiera hacerse.

Su segundo gran motivo de preocupación era Duncan Glenrowan. Su encuentro en Saint James había sido escalofriante. La amenaza del duque había sido evidente y sabía que tramaba algo, aunque aún no había descubierto qué. Ignoraba la manera de poner a los suyos sobre aviso, aunque lo hablaría con la abuela Fiona. Ella siempre sabía qué hacer y era la única conocedora de lo que había sucedido entre ambos.

El tercer asunto tenía que ver con el capitán Sullivan, con Alexander, y era el que había conseguido que se subiera por las paredes.

La relación entre ambos seguía siendo incendiaria. Solo tenían que mirarse para desearse de una forma tan apasionada que a veces perdían la prudencia, lo que los ponía, la ponía, en evidente peligro.

Verse a solas era cada vez más complicado. La criada de Alexander lo había amenazado con marcharse si volvía a encontrar a la *señorita*, esta última palabra dicha en cursiva, en la casa. Se habían apañado usando la nueva residencia de Ewan en Grosvenor Square, a pesar de que se sentía culpable por haber hecho una copia de la llave a espaldas de la familia.

Mientras tanto, Alexander buscaba un lugar donde seguir viéndose, una posada a las afueras, un piso en Bloomsbury, pero ambos eran conscientes de que los vecinos murmuraban y de que Moira no era alguien que pasara desapercibido.

Tampoco era que se sintiera cómoda con aquello. Una y mil veces había acudido a su encuentro con la firme determinación de acabar de una vez por todas con aquella relación que no los llevaba a ningún sitio. Pero solo era verlo, olerlo, y cualquier idea preconcebida desaparecía de su mente y esta se llenaba por completo del deseo de sentirse entre sus brazos.

Aquella tarde, Alexander había alquilado una habitación en la parte superior de una vieja librería. Moira se había cambiado dentro del carruaje de alquiler, quitándose el vestido de corte y enfundándose en uno más sencillo que llevaba en un hato. Se colocó el sombrero de fieltro bien calado, el chal cubriéndolo todo y se adentró en la librería, subiendo por las escaleras con la cabeza gacha mientras se preguntaba cómo era posible que se prestara a aquello para yacer con un hombre que…

Pero, de nuevo, en cuanto lo vio sentado al pie de la cama, todos los remilgos desaparecieron. Se arrojó a sus brazos, a sus labios, he hicieron el amor con la misma pasión que cada una de las veces anteriores.

Los minutos abrazados, en silencio después de caer ambos exhaustos, se habían convertido en los mejores momentos del día. Su cuerpo relajado, su mente serena, el abrazo de Alexander dándole toda la seguridad que necesitaba. Fue entonces cuando él lo dijo.

—Tenemos que acabar con esto.

Su voz sonó metálica, como si hablara desde un lugar lejano. Ella se incorporó en la cama y lo miró, cubriéndose el pecho con la sábana.

—¿Y has esperado a acostarte conmigo para decírmelo?

Él también se incorporó.

—Sabes que no puedo resistirme cuando te tengo cerca. Mi intención era hablarlo contigo nada más verte aparecer.

Moira se puso de pie y, como siempre, empezó a ponerse el vestido.

—Creía que ya habíamos hablado de esto.

—Cada vez es más peligroso —se había puesto de rodillas en la cama, necesitaba que lo entendiera—, y no es por despedir a mi criada. La próxima será más indiscreta y tu nombre saldrá antes o después en los mentideros de la Corte. Será tu ruina, Moira. Me dedico a eso. Sé de lo que hablo.

Ella estaba enfadada, muy enfadada. Quizá porque Alexander tenía razón y estaba poniendo ante sus ojos algo que ella conocía bien. Se ajustó el vestido y buscó sus chapines.

—Así que lo haces para protegerme le recriminó.

Él fue hasta ella y la tomó por los hombros. Estaba completamente desnudo y su olor, el olor de ambos, aún embalsamaba la habitación.

—¿Crees que es por otra razón? ¿No es evidente lo que siento por ti?

—No, no lo es —ella se deshizo de sus manos y se recogió el cabello—, porque nunca me lo has dicho. Nunca has pronunciado lo que sientes por mí.

Se apartó de él para buscar su sombrero, que era lo primero que había volado por los aires en cuanto llegó.

—Moira —el capitán estaba desesperado—, soy muy consciente de quién eres tú y de quién soy yo.

Ella lo miró a la cara.

—Un hombre y una mujer que se encuentran bien juntos.

—Una dama de la Corte y un hombre pobre y lisiado —alzó la voz más de lo que le hubiera gustado—. Esto no puede llevarnos a ninguna parte. Lo sabíamos antes del primer beso y lo sabemos ahora mismo. Cada día es más peligroso, Moira. Ewan ya lo sabe. Tu hermana Ailsa también. ¿Cuánto tardará en enterarse tu madre? En vuestra situación, es lo último que os podéis permitir.

El mohín de disgusto, de dolor en el rostro de la muchacha, era evidente.

—Así que lo haces por los míos.

—Y por ti.

—Muy generoso —dijo con aspereza.

Alexander fue otra vez a su encuentro, pero ella no dejó que la tocara.

—¿Crees que esto no me va a doler? —salió de lo más profundo del corazón masculino—. Estoy loco por ti.

Ella fue hasta la puerta sin escucharlo.

—Debo marcharme.

Él se cruzó de brazos, mortalmente serio.

—La historia de lo poco que hemos sido —dijo Alexander con acritud—: tú marchándote a toda prisa después de hacer el amor y yo esperando a mendigar un poco más de tu escaso amor.

Ella se detuvo. Sentía un dolor profundo en el pecho. ¿Por qué? Aquello solo era un juego. Alexander no significaba nada para ella. Ambos lo tenían claro.

Se volvió hacia él con los ojos brillantes antes de salir.

—Entonces…, ¿este es el final?

Él, firme, con los brazos cruzados, asintió.

—Sí —dijo sin ambages—. No podemos demorarlo más.

El aire se le escapó a Moira por la nariz.

—Te odio en este momento.

—Eso es bueno. Te ayudará a superarlo.

—Y te odio aún más por haberme respondido eso.

—No era mi intención…

Pero Moira no lo dejó terminar. Salió de la habitación y se detuvo en el rellano el tiempo de conseguir calmar su corazón y domesticar las lágrimas que purgaban por salir. No iba a llorar. No iba a llorar por él. Estaba cansada de que todos decidieran en qué consistía su vida: sus padres en que fuera dama de la Corte, la Reina en que gobernara su alcoba, Alexander en cómo debía terminar lo único que le daba aliciente a su vida, que eran aquellos momentos de placer y comunión con un cuerpo que adoraba.

Se encasquetó el gorro y bajó las escaleras a toda prisa, entrando en el carruaje de alquiler que la dejó a las puertas de Palacio, de nuevo vestida de gala, para entrar en la calesa familiar que la llevó a su casa.

Cuando el señor Gilchrist la recibió, no dijo nada, pero se dio cuenta de que el viejo mayordomo había reparado en su turbación.

—¿Quiere que le diga a la señora Perrins que le prepare una tisana?

Ella se lo agradeció, pero negó con la cabeza.

—¿Está mi madre en casa?

—Con *lady* Ravenshire y *lady* Benmore. Han venido de visita.

Se lo agradeció de nuevo y se dirigió a la salita de música, que era donde se recibía a la familia. Nada más entrar, las tres damas se volvieron hacia ella.

—Pensaba que llegarías antes de… —empezó a decir su madre, pero ella no la dejó concluir.

—¿Cómo se llamaba el caballero que nos encontramos en la tienda del señor Wilson?

Los ojos de tía Mildred brillaron.

—Lord Bellhollow. Un caballero gentil y muy…

—Si él está de acuerdo, me gustaría aceptar una propuesta matrimonial por su parte, y cuanto antes —se giró hacia una sorprendida condesa—. ¿Ves algún inconveniente, madre?

—Yo… no…

Se había quedado sin palabras, al igual que Fiona, que miraba a su nieta política sin saber que pensar.

—¿Te puedes encargar tú, tía Mildred? —le encomendó Moira —. Podíamos fijar la boda el mismo día que se casa Ewan con la señorita Wetherby, así nos ahorraremos quebraderos de cabeza.

Su manera mecánica de decirlo, sin pasión alguna, alertó a su madre.

—¿Estás segura? —pudo decir.

Ella se apartó el cabello de los labios y, al hacerlo, el olor de Alexander Somerville que aún la envolvía llegó a su nariz y le hizo sentir un escalofrío. Intentó desterrarlo de su mente.

—Nunca lo he estado más —se mintió a sí misma—, y ahora me retiro a mis aposentos. Me duele la cabeza.

Y las dejó a las tres tan sorprendidas como inquietas.

37

La condesa de Currie no quería dar crédito a lo que Fiona le acababa de contar.

—Ella nunca… —intentó sonar firme pese a sus sospechas, pero los matices de su voz estaban llenos de dudas.

—Quien me lo ha dicho está bien informada —aseguró *lady* Benmore—. He titubeado si decírtelo, pero es evidente que debías saberlo.

Milady casi se desplomó en la silla, aturdida, no solo por lo que acababa de revelarle, sino porque evidenciaba lo mal que ella misma estaba controlando la situación pese a que todo indicaba desde hacía tiempo que su hija estaba descontrolada.

—¿Cómo he podido pasarlo por alto? —se recriminó.

Fiona quiso abrazarla, pero era consciente de que tenía que tomar cierta distancia con aquel asunto.

—Tienes demasiadas cosas en la cabeza —intentó aliviarla—, así que no te responsabilices por algo que nos hubiera sucedido a cualquiera de nosotras.

Habían estado hablando de Nessa. Fiona no había tenido más remedio que contarle que la menor de las McGomery estaba teniendo encuentros furtivos con el duque de Glenrowan, el aristócrata del que se había creído enamorada desde que lo viera en un estúpido grabado.

Fiona estaba segura de que el asunto no había pasado de algún paseo y quizá alguna conversación romántica, nada grave, algo inocente. Aun así, era un escándalo. Si llegaba a saberse, la reputación de la muchacha estaría hundida antes incluso de presentarse en sociedad y dudaba de que la Reina la permitiera en su presencia.

A *lady* Benmore no le había resultado cómodo contar aquello. Adoraba a Nessa y sabía de su pasión por todo lo que le gustaba, pero como loba vieja sabía lo peligroso que era acercarse a un

hombre, sobre todo a uno que lo tenía todo; dinero, belleza, posición; y que guiaba su vida según sus caprichos.

—¿Qué me sugieres que haga? —le rogó la condesa.

Fiona no era la más adecuada para dar un consejo sobre maternidad. Aun así, intentó ser prudente.

—Habla con ella, vigílala de cerca y acaba con esa aventura de que vaya a una escuela de señoritas. Tus intenciones han sido buenas, pero le ha dado a Nessa la cuartada perfecta para verse con Glenrowan.

De nuevo tenía razón. Lo había hecho por su bien en contra de los consejos no solo de Fiona, también de Mildred e incluso de Ewan, que abogaban por una educación tradicional y en casa. Pero su hija necesitaba ver a otras muchachas, empaparse de la vida londinense si eso era lo que les quedaba en adelante. Bajó la cabeza.

—Así lo haré —se llevó una mano a la frente—. ¡Cómo he podido ser tan ciega con mi propia hija!

—No te atormentes. Lo hemos cogido a tiempo —Fiona dudó si acometer el otro tema que la traía allí, pero decidió que sería más complicado hablarlo más adelante—. En cuanto al otro asunto…

No terminó la frase y la condesa de Currie la miró alarmada.

—¿Hay algo más?

Milady se sentó en la silla que había al lado. Buscó las palabras adecuadas, aunque le resultó difícil hallarlas.

—Moira —titubeó—, tú y yo lo hablamos el día que me marché a casa de Mildred —se detuvo un instante—, pero debo preguntarte de nuevo por Lian Ashbourne.

Lady Currie la miró entre temerosa y sorprendida.

—No sé nada de él desde entonces. —Sus ojos expresaban que lo que decía era cierto—. Me crees, ¿verdad?

—Por supuesto —se puso de pie. No quería causarle más dolor, pero había sido necesario hablarlo—. Será mejor que me marche. Odio ser pájaro de mal agüero. Escríbeme si necesitas algo, estaré aquí en seguida.

La acompañó hasta el vestíbulo, cada una de las dos perdida en sus pensamientos. Cuando el señor Gilchrist le entregó la

esclavina y los guantes, la condesa le dio un tierno abrazo a la tía abuela de su marido.

—Gracias —le dijo—. No sé qué hubiera sido de mí si Duncan y tú no hubierais estado a mi lado todos estos meses.

La aludida le apretó con afecto el antebrazo.

—Lo habrías llevado tan bien como lo has hecho siempre.

—¿De verdad? Porque todo se derrumba a mi alrededor.

—De verdad —intentó que su sonrisa fuera tranquilizadora—, porque si esta familia aún sigue en pie es gracias a ti.

Ambas se despidieron y mientras la condesa meditaba cuál sería su siguiente paso. Fiona decidió volver a su residencia para hablar con Mildred, la artífice de los furtivos encuentros entre Nessa y Glenrowan, algo que no había querido desvelarle a su nieta política.

Tenía la mano en la portezuela de su carruaje y un pie en la escalerilla cuando una voz la llamó.

—*Lady* Benmore.

Se volvió para sentir cómo se le aceleraba el corazón hasta el punto de que sus dedos apretaron como garfios la madera a la que se agarraba.

—Señorita Mairi. ¿Qué hace aquí?

La muchacha que estaba a su lado era su nieta, la joven que tanto ella como Duncan habían estado manteniendo, cada uno a su manera, y a quien Fiona había encargado a Ailsa que visitara. Llevaba un vestido de algodón tan sencillo como bonito, un sombrero de paja trenzada, y la miraba con una mezcla de temor y admiración.

Fiona miró hacia la casa de los McGomery, la que acababa de abandonar y, de nuevo, a los ojos de la muchacha. Volvió a sentir aquella opresión en el corazón, pero no dijo nada

—Sé que usted y lord Dunrath se alojan aquí —dijo la muchacha para explicar su aparición—. Estaba esperando a verla salir para hablarle.

No quiso sacarla de su error, decirle que hacía meses que había abandonado a su marido. Pese a las ganas que tenía su corazón de abrazar a aquella criatura, se mantuvo firme, inmóvil.

—No sé qué más tenemos que discutir usted y yo —dijo con voz seca.

Mairi no se amilanó por su dura expresión. Le mantuvo la mirada, pues aquellos ojos eran idénticos a los suyos, y cuando habló, su voz sonó serena y nítida.

—Sé que mi padre está vivo.

Para Fiona fue como si le acabaran de amputar los brazos y las piernas, el mismo dolor sordo de cuando se acordaba de Richard, el miedo de que todo se torciera como entonces. Intentó disimular su dolor con más arrogancia si eso era posible y se sujetó de nuevo al marco de la portezuela.

—Si es sobre eso —se le quebró en ese punto la voz—, me temo que nuestra charla ha acabado.

Iba a subir cuando Mairi volvió a hablar.

—No quiero nada de ustedes. Me sobran sus regalos y sus atenciones, pero si el hombre que me engendró está vivo, merezco saber de él.

Fiona arrugó las cejas. Aquella muchacha se estaba metiendo en un camino de difícil retorno.

—No sabes lo que dices.

—Me es indiferente si ustedes se llevan mal. Insisto en que solo quiero saber por qué me abandonó, hablar.

Lo coherente hubiera sido para Fiona dejar aquella conversación, subir a su carruaje y olvidarse de aquella criatura que llevaba su misma sangre, pero no lo hizo, se volvió hacia ella y la encaró.

—Supongo que te lo ha dicho mi marido —le dijo rehusando el trato formal.

Mairi se mantuvo firme, algo a lo que la dama no estaba acostumbrada, ya que todos solían empalidecer cuando ella atacaba.

—Lo habría adivinado antes o después —contestó Mairi.

Se mantuvieron la mirada. Aquella muchacha era extraordinaria. Veía en Mairi la misma fuerza que la animaba a ella, las mismas ganas de devorar el mundo, de encontrar respuesta…, de perderse.

—Saber de tu existencia fue solo una de las cosas que descubrimos con el paso del tiempo —le explicó, esa vez con voz fría pero serena—. Richard no es un buen hijo, no es un buen hombre. Mantente lejos de él. Es el mejor consejo que te darán nunca, criatura.

Iba a volverse para terminar ahí aquella conversación cuando Mairi volvió a hablar.

—Y usted no es una buena mujer si mantiene alejados a un padre de su hija.

Su rostro se endureció.

—¿Hablas del padre que te metió en un hospicio cuando acababas de nacer y nos ocultó tu existencia?

Por primera vez, vio la duda brillando en los ojos de la muchacha.

—No la creo.

Fiona dio un paso en su dirección. Pese a su fragilidad, su presencia era imponente.

—Señorita Mairi —no apartó los ojos de los suyos—, mi hijo ha podrido todo lo que ha tocado. Estos ojos se secaron de lágrimas por él. Lo mejor que hizo en su vida fue desaparecer y, esté donde esté, ruego todas las noches porque jamás regrese.

—Pe-pero ¿cómo puede hablar una madre así de su propio hijo?

—Si usted supiera… —consiguió retener su lengua, y volvió a tratarla con distancia—. Yo de usted tomaría lo que le hemos dado y me alejaría de nosotros. Solo le traeremos la desgracia, señorita Mairi. Solo logrará que destruyamos su vida como perdimos la de su padre.

—Eso me corresponde a mí decidirlo, abuela.

La última palabra en la boca de aquella muchacha le causó un dolor profundo. ¿Y si se olvidaba de todas sus aprensionas y simplemente la abrazaba, que era lo que más ansiaba en este mundo? Pero sabía que, si se doblegaba, si se dejaba vencer, Richard volvería, olería su dolor y le retorcería el corazón otra vez, y en esa ocasión no estaba segura de poder sobrevivir.

—La he advertido. —Esa vez puso un pie en el primer peldaño de la escalerilla—. Lo que suceda a partir de ahora solo será responsabilidad suya.

—Encontraré a mi padre y le pediré una explicación.

Antes de subir, su rostro esbozó una sonrisa, pero llena de tristeza.

—Se equivoca de nuevo. Richard solo se dejará ver si puede sacar partido de ello, y si usted sigue preguntando, no dude que lo sabrá, y si eso llega a producirse, que el cielo la proteja, porque ninguno de nosotros podremos hacer nada por usted.

Y al fin logró subir al carruaje y cerrar la puerta, mientras los caballos empezaban el trote y su corazón se desangraba por dentro.

38

¡El llanto se escucha desde arriba! —exclamó la señora Whitmore cuando llegó a las estancias de los criados en la planta sótano de la mansión McGomery.

La cocinera intentaba que el bebé que tenía en brazos se callara, paseándolo de un lado a otro mientras lo mecía y le palmeaba la espalda, ya que ningún otro miembro del servicio había logrado que dejara de llorar. Según el doctor, aquel llanto incesante estaba provocado por los miasmas del parto, que el reciñen nacido estaba arrojando a base de lágrimas. La comadrona, más experimentada en niños, le había dicho al señor Gilchrist y a la señora Whitmore que el pequeño tenía el mal de la cuarentena y que no los dejaría dormir hasta que esta pasara.

Una semana antes, en contra de todo lo esperado, Jane había dado a luz a un niño bien formado, aunque tan pequeño que parecía un juguete de porcelana. Según el médico, había sido un milagro, aunque la comadrona les auguró que aquel niño no era sietemesino como aseguraba Jane, sino que estaba próximo a las treinta y dos semanas de gestación. La peor parte en el parto se la llevó la madre, que estuvo a punto de dejar este mundo porque la hemorragia parecía imparable, pero la buena matrona, incluso cuando el galeno ya se había marchado alegando asuntos urgentes, siguió presionando hasta que la sangre paró de brotar y la pobre Jane perdió el conocimiento, pendiente de un hilo de vida.

Aquellas primeras horas fueron aterradoras para todos. Si le sucedía algo a la inocente de Jane…

El mayordomo había llegado a la conclusión de que había llegado el momento de contárselo a la señora, que difícilmente le perdonaría algo como haberle ocultado aquello. Estaba a punto de subir a la planta noble cuando la señora Perrins, la cocinera, lo llamó a gritos, pues Jane acababa de abrir los ojos y pedía con un hilo de voz conocer a su hijo.

Para el viejo señor Gilchrist, fue el momento más feliz de su vida, o al menos así lo aseguró aquella noche ante una taza de ponche caliente que la señora Perrins había preparado para celebrarlo.

Jane se fue recuperando poco a poco, durmiendo junto a su hijo en el mismo despacho del ama de llaves, y el bebé fue tomando peso, a pesar de que nadie daba un chelín porque un cuerpo tan escuálido como el de la nueva madre tuviera la capacidad de dar leche nutritiva. Los criados no dijeron nada de algo que ya era evidente para todos e incluso Brenda parecía haber olvidado la ojeriza que sentía por la joven criada inglesa y era la más dispuesta a echar una mano en caso de necesidad.

—¡No sé cuánto tiempo tardarán arriba en percatarse de su llanto! —repitió la señora Whitmore mirando desesperada a la cocinera, que aquella vez parecía incapaz de callar al bebé.

—El doctor ha dicho que son los humores —aseguró el viejo mayordomo.

—¿Qué sabrá ese galeno estirado? —a la señora Perrins no le caía bien—. Si por él fuera, madre e hijo estarían reposando en una fosa común de Cross Bones Graveyard.

Independientemente de la pericia del galeno, todos eran conscientes de que haber ocultado la existencia de un embarazo entre el servicio y, más aún, un parto de una de las criadas era algo imperdonable y encajaba poco en el recio carácter del mayordomo.

—Creo que *lady* Benmore ha escuchado algo —añadió el ama de llaves, mirando con desconfianza hacia la escalera—. Yo misma le he entregado sus guantes al salir y ha arrugado la nariz en dirección a donde procedía el llanto del pequeño Arthur.

Ese era el nombre que su madre había querido ponerle y no era otro que el que le pusieron en la pila bautismal al señor Gilchrist. El mayordomo recibió el honor con lágrimas en los ojos y tuvo que retirarse precipitadamente para que la cocinera y el ama de llaves no se percataran de su debilidad.

—Todo irá bien —aseguró el señor Gilchrist al ama de llaves —. Cuando Arthur esté más crecido y Jane se pueda valer por sí misma, buscaremos un lugar donde puedan hospedarse y un ama de

crías que pueda darle de mamar mientras su madre trabaja en la mansión.

La señora Perrins, que seguía sin poder acallar los llantos del bebé, alzó una ceja.

—¿Y cómo pretende que Jane pague esos dispendios? —musitó—. Una pinche de cocina no gana para vivir como una marquesa.

—Lo pagaré yo —no lo dudó el señor Gilchrist, soltando un gruñido a continuación.

El ama de llaves y la cocinera intercambiaron una mirada de preocupación.

—Entre lo que lleva gastado en doctores y ahora esto, liquidará los ahorros de toda su vida antes de que se dé cuenta.

El señor Gilchrist carraspeó, incómodo.

—¿Qué mejor causa que esta para hacerlo?

Pero la cocinera aún no había terminado.

—Cuando la condesa se entere de lo que hemos hecho, lo pondrá a usted de patitas en la calle y sin recomendaciones, y ya me dirá de qué va a vivir en adelante. ¿Mendigando en las esquinas?

Como si los estuviera escuchando, la campanilla del gabinete privado de la condesa empezó a sonar.

—He de atender a la señora —sintió alivio al poder marcharse —. Intente que el joven Arthur se tranquilice. Volveré en cuanto no me necesiten arriba.

Sin esperar una respuesta, el señor Gilchrist abandonó la zona de servicio y subió las escaleras hacia la zona noble de la casa. Tenía razón el ama de llaves cuando había dicho que los llantos del bebé se escuchaban desde la planta principal e incluso eran perceptibles en la segunda.

Antes de entrar en el gabinete, se ajustó el chaleco y se limpió una ligera mancha de leche que el pequeño le había dejado sobre la solapa cuando intentó calmarlo aquella mañana. Satisfecho con su aspecto, al fin entró en la estancia.

—¿Ha llamado la señora?

La condesa acababa de despedir a la tía de su marido, y parecía más pálida de lo habitual. Se volvió hacia su mayordomo con

la curiosidad reflejada en el semblante.

—Me preguntaba qué es todo ese jaleo.

El señor Gilchrist sintió un nudo en el estómago, pero logró que no lo trasluciera su semblante.

—¿Jaleo?

—No sé si me estaré volviendo loca, que es posible, señor Gilchrist —sus facciones se relajaron—, pero juraría que llevo días oyendo el llanto de un bebé, aquí —señaló el entarimado del suelo —, bajo mis pies.

El mayordomo se frotó las manos para darse cuenta de que era algo inapropiado y conseguir colocarlas paralelas a su cuerpo.

—Eso es de verdad extraordinario, señora.

La condesa le había clavado la mirada y lo auscultaba con curiosidad.

—Ha empalidecido. ¿Se encuentra bien?

No decir la verdad y mentir a su señora eran dos cosas bien distintas para un señor Gilchrist, que se había formado en la fidelidad a sus señores y al clan que servía. Tomó aire, sabía que lo iba a perder todo, pero había una vez en la vida en que solo quedaba un camino: sincerarse.

—Verá… —buscó la manera de contarlo—, quizá no he sido todo lo sincero que debiera con usted, y es preciso que la señora acepte mi renuncia al cargo de esta mansión —se puso firme y alejó la mirada del rostro de su señora—. Mañana mismo puedo coger una diligencia hasta Edimburgo y mientras puede sustituirme…

La condesa, desconcertada, alzó una mano.

—Pero… ¿de qué está hablando? —lo interrumpió.

Este no abandonó la postura que todo buen mayordomo debía mostrar ante sus señores, firme y estirado como un firme abedul.

—Le he fallado, señora —confesó.

Ella se llevó una mano al pecho.

—Empieza a alarmarme, señor Gilchrist.

¿Cómo se lo decía? ¿De qué manera…? Decidió no dar rodeos.

—Una de las criadas inglesas, la joven Jane, estaba embarazada.

Una de las cejas de la condesa se alzó.

—¿Me está diciendo que le traen a su bebé todos los días para amamantarlo? Porque no puedo negarme a ello si cumple con su deber de…

Por primera vez en su vida cometió la falta de respeto de interrumpir a su señora.

—No ha contraído matrimonio, *milady*.

Lo que le acababan de confesar tardó unos segundos en tomar forma en la cabeza de la condesa.

Era grave, muy grave. Al servicio se le pedía el mismo decoro que a los señores a quienes servía. Si se sabía que los McGomery habían dado cobijo y amparo a una joven que se había entregado sin renuncias a los brazos de un hombre que no era su esposo…

—Entiendo —contestó, escueta.

El señor Gilchrist sabía que estaba todo perdido, y solo por eso se atrevió a mirar a su señora a los ojos.

—Es muy joven y frágil —la voz se le quebró—, y aunque mi deber era ponerla de patitas en la calle en cuanto me enteré, no tuve el arrojos suficiente para hacerlo —bajó la mirada—. De verdad que lo lamento. Soy indigno de la confianza que han depositado en mí usted y Su Excelencia. Por eso, mañana mismo…

—¿La madre está bien? —lo interrumpió la condesa con voz firme.

El mayordomo asintió.

—Ha sido un parto complicado. El médico no daba un chelín por su vida y…

—¿El medico? —la ceja de la condesa se alzó de nuevo, ya que no era habitual que un galeno visitara al servicio de una gran mansión.

El señor Gilchrist bajó aún más la cabeza.

—No podíamos dejarla sin asistencia.

Esa vez fueron las dos cejas de la dueña de la casa la que expresaron su sorpresa.

—¿Podíamos?

El mayordomo se dio cuenta de que acababa de meter la pata.

—La señora Perrins y la señora Whitmore han actuado por indicación mía —aclaró—. Son del todo inocentes en esto.

Se hizo el silencio entre ambos. El señor Gilchrist no se atrevía a mirar a su señora y la condesa parecía realmente preocupada con todo aquello. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Qué repercusiones tendría para su familia de saberse? Al final, dejó escapar un leve suspiro.

—Ya veo —musitó —. ¿El bebé está bien?

—Sufre de humores, por eso no deja de llorar, pero al parecer no es nada grave.

—Nessa los padeció durante meses.

No había mucho más que hablar, así que el mayordomo hizo una profunda reverencia.

—Iré a preparar mi equipaje —dio un paso atrás—. Solo le ruego que me permita permanecer esta noche en la mansión, señora, y despedirme adecuadamente del servicio.

La condesa no le dio permiso para retirarse.

—Lo que ha hecho usted es muy grave, señor Gilchrist —lo acusó—. Si a la madre o al niño les hubiera sucedido algo, toda la responsabilidad hubiera caído sobre mí, por lo que merecía saberlo desde un principio y era a mí a quien correspondía decidir cómo proceder.

El mayordomo bajó la mirada hasta la alfombra.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted y absolutamente avergonzado. Jamás lograré perdonarme el daño que hubiera podido causarles.

Aguardó a que lo despidiera. Echaría de menos aquella casa, a aquella familia, echaría de menos toda su vida, pues no conocía otra.

—Sería una falta de decoro por mi parte si no le pongo de patitas en la calle en este momento —continuó la condesa—. A usted y a la señora Perrins para empezar.

—Ya le he comentado que ellas…

—Y quizá al resto del servicio.

Tenía razón y no podía discutírselo.

—Nadie podría reprochárselo, señora.

La condesa dejó escapar un nuevo suspiro y se puso de pie.

—Pero aparte de incómodo —le dijo—, sería injusto, porque conozco su historia, señor Gilchrist, y sé lo que pasó cuando usted era solo un lacayo y atendía a mis suegros.

El mayordomo la miró a los ojos, desconcertado.

—Aquello sucedió hace demasiado tiempo.

—Una criada embarazada a la que arrojan a la calle —rememoró la condesa una historia que hacía años le habían contado —. Una situación que se repite a diario en las casas señoriales. Pero mi suegra me contó que siempre sospechó que ese niño… era suyo.

Los ojos del señor Gilchrist brillaron, como cada vez que recordaba aquello.

—Han pasado muchos años.

—Y que usted nunca se perdonó no haber dado la cara por ellos dos.

El brillo se convirtió en lágrimas corriendo por sus avejentadas mejillas.

—Era joven y ambicioso, señora.

La condesa avanzó un par de pasos, pero se detuvo a una prudente distancia de su sirviente. Alzó la mano y la posó ligeramente sobre su antebrazo.

—Ni esa joven criada inglesa ni su hijo pueden seguir en esta casa. Lo entiende, ¿verdad?

—Por supuesto, señora.

—Busque un lugar decente y limpio —le ordenó— y a un ama de cría que pueda amamantarlo cuando ella se recupere y siempre que quiera volver a trabajar bajo mi techo. Yo me haré cargo de los gastos.

La mirada de desconcierto del señor Gilchrist no podía ser más evidente.

—Pe-pero, señora…

—Se lo debo a usted por todo lo que ha hecho por esta familia —no apartó la mirada de los ojos del buen mayordomo mientras se lo decía—. Sé que no podía volver a permitir que se

repitiera la historia, pero la próxima vez que suceda algo anómalo, cuéntemelo enseguida, ¿entendido?

El señor Gilchrist, con el corazón encabritado en su ajado cuerpo, le dedicó una reverencia aún más profunda.

—Por supuesto, *milady*.

Esa vez sí que no quedaban palabras entre ellos, y las que se pronunciaran solo podían empeorar las cosas.

El viejo mayordomo empezó a retirarse.

—¿Ha probado la señora Perrins a darle un poco de leche con anís? —le preguntó la condesa antes de que saliera—. A Nessa era lo único que la calmaba

—Lo-lo ignoro.

—Bien —se apartó un mechón de cabello de la patilla, como si con ello diera el asunto por zanjado—, subiré a mi cuarto. Dígale a mi doncella que voy a cambiarme, creo que esta noche al fin cenaremos todos juntos… ¿Ella también lo sabía?

El mayordomo soltó un mal disimulado resoplido.

—Me temo que últimamente, con los llantos…

—Así que ha habido una revolución en casa y ni me he enterado.

—Eso nunca… —alzó las manos, alarmado, pero la condesa sonrió.

—Vuelva a su trabajo, señor Gilchrist, y recuerde, ningún secreto entre nosotros.

—Se lo prometo.

—Es usted un buen hombre y no quiero perderlo.

Y cuando el mayordomo salió y cerró la puerta a sus espaldas, no pudo reprimir el llanto que le alivió el corazón.

39

El valet de Ewan estaba terminando de ayudarlo a vestirse para la cena familiar, ajustándole un corbatín al cuello tan blanco como la inmaculada camisa cuando llamaron a la puerta. Aquella interrupción sacó al joven McGomery de sus perturbadores pensamientos de los que apenas lograba salir desde que se encontrara con el señor Ashbourne en la calle y le reveló…

—Adelante —dijo a quien estuviera al otro lado.

La puerta se abrió y Niall, aún sin vestir para la cena, se plantó en medio de la habitación.

—¿Nos dejaría un instante a solas a mi hermano y a mí? —le pidió al valet de Ewan, como si tuviera potestad para hacer algo así.

El sirviente, por supuesto, miró a su señor antes de seguir la orden y solo cuando este asintió hizo una reverencia y se encaminó hacia la salida.

Mientras eso pasaba, Ewan observó a su hermano, ¿o debía decir hermanastro? Si el señor Ashbourne tenía razón, era Niall el que tendría la potestad para llevar sobre sus hombros la distinción de heredero de los McGomery y no él. A Niall le correspondían el mayorazgo y los honores, así como las obligaciones que ello conllevaba.

Cuando aquel desconocido le había dicho que era su padre, lo primero que asaltó la mente de Ewan fue la incredulidad. Londres era un lugar peligroso y lleno de malhechores con imaginación suficiente como para trazar una trampa como aquella, cualquiera sabía con qué turbio objetivo. Pero después fue rememorando, repasando las noticias que apenas recordaba sobre quién era Lian Ashbourne. Se trataba nada menos que del vizconde de Thornwick, un personaje preminente en Escocia y con una fortuna que en nada envidiaba a la de su familia. Nunca antes lo había visto, pero sí oído

hablar de él. Era miembro del Parlamento, político avezado y decían que uno de los hombres más perspicaces que había dado su patria.

¿Qué interés podría tener alguien así para mentirle sobre su origen a un jovenzuelo? ¿Qué podría buscar lord Ashbourne en un tipo como él, un joven sin especial talento, sin nada que ofrecer que no fuera su estirpe, sin un carácter que lo hiciera destacar de otros como él?

Lo siguiente en lo que pensó fue en Gabriella.

Si aquello era verdad, si no era por derecho el heredero de su clan, sino un bastardo sin más aspiraciones que ser descendiente de los McRuari e hijo ilegítimo de Ashbourne, eso le colocaba en un lugar muy diferente para poder entregarse a Gabriella. Ya no existía la obligación de nacimiento, ya no tenía que ser el hijo ideal, ya no…

—Ewan, necesito tu ayuda.

El rostro de preocupación de su hermano lo sacó de aquellos pensamientos que se sucedían sin descanso desde el instante mismo en que le contaron su ascendencia.

—¿Qué-qué ha sucedido? —logró articular, intentando que Niall no se diera cuenta de su turbación.

Su hermano miró hacia la puerta, como si quisiera asegurarse de que esta estaba cerrada. Aun así, bajó la voz y se acercó para hablarle al oído.

—Necesito que me ayudes a buscar un lugar seguro para la señorita Arabella.

Las cejas de Ewan se fruncieron de inmediato y se giró para ver la preocupación en los ojos de su hermano.

—¿Te refieres a…? —no terminó la frase para no ofenderlo.

Una ligera carraspera en la garganta de Niall dio muestras de que se lo agradecía.

—Su padre es el subsecretario de interior —intentó aliviar su pasado—, pero sería largo de contar.

Ewan analizó las facciones de quien hasta ese instante había sido el segundón de la familia. Niall estaba preocupado, muy preocupado. Para alguien que se tomaba la vida como un entretenimiento, presentar aquel estado de agitación era toda una novedad. Ewan afiló la mirada.

—¿A qué te refieres con un lugar seguro? —no terminaba de entender qué quería de él—. Puedes alquilar una casa en el campo, o un piso en…

—La encontrarán —lo cortó su hermano—. Su padre tiene tentáculos en todas partes.

Niall se llevó las manos al despeinado cabello y paseó por la estancia como si intentara encontrar una solución a algo de vital importancia para él. Ewan no recodaba haberlo visto en aquel estado. Intentó ser paciente en sus respuestas, aunque era consciente de que algo así, y más viniendo de Niall, era un problema que traería repercusiones.

—¿Tampoco está segura en el burdel? —le preguntó—. Me dijiste que tenían una buena vigilancia.

—Ha huido —no lo miró a los ojos—. Ya no está en El Cisne Dorado.

La forma de decirlo, la forma de esquivarle la mirada, levantó todas las alertas en Ewan, que fue hasta él y lo tomó del brazo.

—¿Y dónde se encuentra la señorita Arabella?

Su hermano al fin lo miró, tomó aire y lo soltó como una exclamación.

—Está alojada en la buhardilla de tu casa en Grosvenor Square.

Por un instante, Ewan pareció no haber entendido sus palabras. Abrió la boca, la cerró y frunció las cejas un poco más. ¿Desde cuándo estaba en su casa esa mujer? ¿Los había visto a Gabriella y a él mientras …? Sintió cómo se ruborizaba solo de pensarlo. Al cabo de unos interminables segundos, fue capaz de reaccionar.

—¿Has cobijado a una… —se corrigió a tiempo antes de alterarlo más de lo que estaba—, a tu amante en mi casa?

—Era el único sitio donde sabía que estaría segura, pero ya no lo creo.

Niall volvió a recorrer la habitación como si aquel paseo en círculos le diera las fuerzas para encontrar una forma de salvar a la muchacha.

Ewan podía simplemente ignorarlo, o reprenderlo por hacer algo que los pondría a todos en entredicho, pero optó por lo que mejor sabía hacer, ayudarlo.

—¿De-desde cuándo está allí? —se atrevió a preguntar, temiendo la respuesta.

—Lleva varios días y sí —lo señaló con el dedo—, os vio a esa mujer y a ti, aunque sabes que yo nunca te juzgaré. Sé de sobras a lo que arrastra el deseo.

Ewan no quiso darle explicaciones.

—Hay que sacarla de allí cuanto antes. Si Anne, si los Wetherby la descubren...

—Por eso te pido ayuda —fue hasta él y lo tomó de los brazos. Parecía desesperado, como nunca antes lo había visto comportarse por una mujer—. Tú siempre sabes qué hay que hacer, Ewan. Eres mi hermano. Eres lo mejor que tengo.

El aludido apartó la mirada. Si él supiera…

—Dices que su padre tiene recursos —comentó mientras intentaba ordenar sus ideas.

—Es un monstruo —Niall lo odiaba—. No tardará en dar con ella y estoy convencido de que está vigilando cada salida de la ciudad.

Ewan miró por la ventana. Había comenzado a llover y era una noche especialmente oscura.

—Entonces solo hay una manera de sacarla de aquí.

Cuando Niall lo miró, en sus ojos había una chispa de esperanza.

—¿Cuál es?

Su hermano lo señaló con el dedo mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Serás tú quien el dirá a madre que hoy no cenaremos juntos.

Cuando salió, Niall se quedó allí, tan quieto como desconcertado.

—Pero ¿a dónde vamos?

—Deja de gruñir y sígueme —le espetó su hermano, que ya enfilaba las escaleras—. De algo me ha servido tener que cuidar de

todos vosotros.

Niall se unió a él. Aquella angustia de hacía unos instantes parecía haberse suavizado. Antes de entrar en el comedor para enfrentarse a su madre y a sus tíos y decirles que no cenarían con ellos, detuvo a su hermano.

—Ewan, ¿quién era esa mujer?

El aludido lo miró a los ojos. No solía dejarse flaquear. Desde que nació le habían enseñado a dominar la situación y a mantener incólume el honor de los McGomery. Quizá ya no fuera necesario.

—La señorita Locatelli —dijo con voz firme.

Los ojos de Niall mostraron su sorpresa.

—¿Por eso te peleaste con su prometido?

—Por eso la he perdido y no volveré a verla nunca más.

Y, sin más, abrió la puerta, donde todos esperaban a que el servicio sirviera la cena.

40

Nessa miró hacia atrás, aunque estaba segura de que no la seguían a aquellas horas de la noche.

Estaba asustada, más bien aterrorizada, pero también estaba segura de que aquella era la decisión correcta.

Apenas conocía la ciudad, lo poco que había avistado desde la ventanilla del carruaje cuando su madre o su tía la llevaban de compras, la amplia calle donde se ubicaba la escuela de señoritas y los encantadores jardines a donde la había llevado Duncan, que eran de su propiedad y le resultaron maravillosos.

Duncan.

Nunca hubiera podido imaginar que llegara a ser tan feliz como se sentía entre sus brazos. Para ella, el duque de Glenrowan era alguien inalcanzable, apenas un espejismo que jamás conocería y, en caso de suceder, ante quien se quedaría paralizada como una estatua de hielo. Pero él había sido tan encantador, tan entrañable en todo momento…

Aceleró el paso y volvió a mirar hacia atrás. Algunos transeúntes se la quedaban mirando, pues era poco habitual ver a una jovencita de buena sociedad como evidenciaban sus ropas paseando sola por la calle y menos a aquellas horas, pero Nessa inclinó la cabeza y avanzó mirando al suelo, comiéndose el miedo, y con la determinación de que lograría encontrar su destino antes o después.

El acontecimiento había comenzado aquella misma noche, tras la cena.

Esta había sido un tanto silenciosa porque fue evidente el disgusto que se llevó su madre cuando Ewan y Niall anunciaron en el último momento que debían marcharse sin dar ninguna explicación convincente. El abuelo intentó defenderlos, aduciendo que un hombre joven tenía necesidades que era obligatorio apaciguar cuanto antes, pero Fiona lo acalló de inmediato, poniéndose de

parte de su sobrina política. Travish no intervino y la conversación giró en torno al próximo evento donde Ewan y Moira se casarían a la par con sus sendos prometidos, el de esta última todo un misterio.

Era evidente que Ailsa no estaba convencida con la repentina decisión de su hermana de tomar esposo, designando para ello al primer postor que se había presentado, pero se había guardado mucho de comentarlo en público, aunque sospechaba que ambas habían discutido en privado. Tía Mildred estaba encantada y su madre había hecho algo inaudito: bajar a las cocinas porque decía que quería hablar con la señora Perrins sobre el postre.

Nessa se había dado cuenta de las miradas sorprendidas del resto de la familia, sobre todo, de la abuela, que había preguntado al señor Gilchrist a qué se debía el jaleo que se escuchaba últimamente proveniente de las cocinas.

En ese momento, Nessa había perdido todo el interés por lo que estaba sucediendo en la mesa, ya que aquel alboroto le daba la oportunidad de que se olvidaran de ella y pudiera centrarse en fabular en su futuro junto al duque de Glenrowan.

Duncan aún no le había pedido formalmente a sus padres permiso para visitarla, pero lo haría en breve. Verse a hurtadillas no era lo más indicado según las costumbres escocesas, pero Nessa había llegado a la conclusión de que en Londres estas eran más relajadas y una damisela podía estar a solas con un caballero distinguido siempre que se cumplieran todos los protocolos de respeto.

Ahí tuvo que sonreír al recordar lo que había pasado la primera vez que se vieron a solas. Duncan la había tomado por sorpresa y la había besado. Fue algo casi casual, diría que incluso infantil, pero cuando sintió sus labios en su boca…, ¡creyó morir de emoción porque nunca había sentido nada así!

Si por él fuera, quizá hubieran llegado más allá. Quizá a una caricia, o a unas palabras de amor. En aquel momento no estaba muy segura de qué es lo que venía después, pero una de sus compañeras en la escuela de señoritas le aseguró que por un solo beso no quedaría en cinta, lo que la había tranquilizado.

Mientras recordaba todo aquello, se fijó en que su madre ya había regresado de las cocinas y la estaba mirando de una manera que no supo identificar. ¿Curiosidad, miedo?

Tras la cena, los caballeros no quisieron quedarse a beber licores y las damas adujeron estar cansadas, por lo que la velada acabó temprano.

—Yo también voy a subir a mis aposentos —dijo Nessa cuando se quedaron a solas las mujeres de la familia, pero su madre no le dio permiso.

—Vamos a quedarnos un rato más —dijo la condesa—. Señor Gilchrist, gracias. No lo necesitaremos por hoy.

Aquello solo podía significar una cosa: iba a haber una conversación familiar, y Nessa cruzó los dedos para que no tuviera que ver con ella cuando el mayordomo y los lacayos salieron del comedor para dejarlas a solas a ella, a su madre, a Moira y a Ailsa. La condesa no tardó en hablar, clavándole los ojos con una mezcla de dolor y disgusto.

—Sé que estás viendo a lord Glenrowan.

La confesión, sin ningún afeite, logró impresionarla. Se quedó callada, algo raro e Nessa, y miró a sus hermanas. Era evidente que ambas lo sabían, incluso que lo habían tratado a sus espaldas, por lo que se sintió traicionada. El desconcierto dio paso a la furia, que subió por su garganta en forma de palabras.

—¿La tía Mildred…?

—No ha sido ella quien te ha delatado —no la dejó terminar su madre—, aunque tengo una conversación pendiente con ella.

Nessa se irguió en su silla. No estaba dispuesta a claudicar en aquello. Llevaba media vida soñando con Duncan y su madre no podía objetar otra cosa que la manera poco convencional en que se encontraban.

—Entonces sabrás que nos vemos en casa de tía Mildred —intentó darle apariencia de decoro—, por lo que no tendrás nada que decir.

—Y tras la escuela cuando dices estar indispuesta —fue la respuesta de su madre.

Al verse pillada, las mejillas de Nessa enrojecieron y buscó ayuda en sus hermanas, aunque estas parecían estar de acuerdo con su madre, como siempre.

—Es un caballero —defendió al hombre que amaba—, y va a pedir mi mano.

—Nessa —intervino Moira con voz paciente para intentar apaciguarla—, en la Corte han empezado los rumores.

—¿Y qué? Él me ama.

—No es un buen hombre, Nessa —insistió Moira, que no había contado a nadie lo sucedido.

Al contrario de lo que esperaba, la pequeña Nessa se revolvió hacia ella.

—¿Porque ha dejado de admirarte? —la espetó—. Ya me advirtió Duncan de tus celos. Sabía que hablarías en mi contra.

—¡Nessa! —se escandalizó Ailsa—. Moira te adora. Jamás haría nada por perjudicarte.

Moira no dijo nada. Ya sospechaba que Duncan usaría algún ardid para deslegitimarla y poder modelarla a su manera. Iba a intentar convencerla de su error cuando su madre alzó la voz, algo inusual en ella.

—No nos hemos quedado tras la cena para debatir, sino para tomar medidas —dejó claro, mirando a la menor de sus hijas—. No volverás a verlo, Nessa. Le escribiré mañana, y este asunto ha quedado cerrado.

La muchacha se puso de pie como impulsada por un resorte.

—No puedes hacerlo.

—Nessa —fue Ailsa quien intentó hacerla entrar en razón—, un caballero que te somete a estos juegos nunca puede ser alguien en quien confiar.

Pero Nessa no contestó a su hermana mayor, sino que se volvió hacia Moira y la señaló con un dedo acusador.

—¿Les has envenenado la cabeza a mamá y a Ailsa?

Moira tragó saliva. Sentía un dolor en el pecho difícil de describir.

—Deberías hablar con la abuela —logró articular, aunque su voz sonó quebrada—. Ella te diría lo mismo.

Su madre dio una palmada sobre la superficie de la mesa.

—Insisto en que esto no es discutible. Sois mis hijas y sois hermanas —las miró a las tres—. Ningún hombre debe enfrentaros y menos uno que no os merece —se volvió hacia Nessa—. Me lo agradecerás en un futuro, aunque ahora me detestes.

Por toda respuesta y muy en contra de lo que era habitual en ella, la pequeña Nessa permaneció muy seria, callada, mirando al frente.

—¿Algo más?

Su madre no había terminado.

—No volverás a la escuela de señoritas —le anunció—. A partir de ahora, te dará clases una institutriz, aquí, en casa. Retomaremos las buenas costumbres y te prepararás para tu presentación en la Corte.

Las tres esperaban otro berrinche, pero Nessa no movió un solo músculo de su rostro.

—¿Puedo retirarme? —preguntó.

Moira alargó una mano con la intención de explicarse.

—Nessa…

—No vuelvas a dirigirme la palabra —mordió su hermana cada sílaba—. Eres detestable.

Sin más, se dio la vuelta y salió del salón. Tanto la condesa como Ailsa fueron a responder sobre aquella falta de decoro para con una hermana que la adoraba, pero Moira alzo una mano.

—Dejadla. Se le pasará.

Ailsa la tomó de la mano.

—¿Estás segura?

Nessa no había podido oír nada más mientras se retiraba a sus aposentos y se tiraba en la cama para llorar por lo que acababa de suceder.

Pero Duncan y ella ya lo habían hablado. Él le había advertido de que Moira confabulaba contra su amor porque él la había rechazado. Le había dicho que tramaría algo para alejarlos y, lo más importante, le había contado cómo solventarlo cuando sucediera.

Solo tuvo que ser paciente, dejar que su doncella la desvistiera y la ayudara a entrar en la cama, segura de que a

continuación le daría el parte a su madre de que ya estaba acostada, y mucho más tarde, cuando la mansión estuviera en silencio e incluso el señor Gilchrist hubiera bajado a su despacho, solo tuvo que salir del lecho, vestirse por sí misma, a pesar de lo laboriosas que eran presillas y botones, y salir sigilosamente de la casa, camino de la del hombre que amaba, Duncan Glenrowan, el caballero que la desposaría y la convertiría en duquesa.

Y así continuó caminando pese a las altas horas de la noche y el frío. Cada vez se cruzaba con menos gente y no estaba segura de si debía girar a la derecha o a la izquierda, pero supo que el amor la conduciría, sin equivocaciones, a los brazos del hombre que amaba.

41

Niall alzó la voz, aunque no tanto como para que retumbara dentro de la oscura mansión.

—Soy yo. Puedes salir sin peligro.

Ewan aguardaba a su lado y había tenido cuidado de que la luz de la única vela que había encendido no se reflejara en los amplios ventanales de la casa de Grosvenor Square.

Aguardaron unos minutos antes de escuchar el crujido de la madera marcado por unos pies que descendían las escaleras, hasta que la figura de Arabella, un tanto aprensiva al principio, se hizo visible ante ellos.

Ewan la contempló. Era lógico que su hermano Niall hubiera caído rendido a sus pies, pues era de una belleza deslumbrante. Llevaba un sencillo vestido de algodón blanco como el que usaban sus hermanas para la mañana. Nada de joyas aparte de unos sobrios pendientes de perlas y el negro cabello recogido en la nuca. Su piel tostada era de un tono delicioso, pero lo más deslumbrante eran sus ojos ambarinos y expresivos, que parecían capaces de leer el alma. Cuando llegó al pie de la escalera, miró a los dos hombres que se encontraban ante ella, aunque solo sonrió muy tenuemente a Niall.

—No estaba segura de si era una trampa.

Este fue hasta ella y la tomó de la mano,

—Es mi hermano, Ewan.

La joven lo observó. Esperaba el desprecio que solían recibir las mujeres como ella fuera de los engalanados prostíbulos, pero no vio nada en los ojos de aquel joven que supusiera algo así. Ewan se inclinó ante ella para volverse de inmediato hacia su hermano.

—No debemos perder tiempo —la urgió—, hay un coche de alquiler esperándonos en la otra esquina.

Arabella parpadeó, sin saber muy bien qué estaba sucediendo. ¿Un coche de alquiler para qué? Su padre la encontraría allá donde fuera. Inglaterra, todo el Reino Unido, no era más que un

pañuelo en sus manos, que tenía tentáculos para alcanzarla fuera a donde fuera. Ante las muestras de incredulidad de la muchacha, Niall le apretó la mano.

—Nos va a ayudar. Ewan siempre sabe qué hay que hacer.

El aludido bajó la mirada. Le parecía curioso que Niall tuviera ese concepto de él cuando se consideraba un fracasado. Llevaba toda la vida luchando consigo mismo para ser el hijo ideal, el heredero ideal, y no solo estaba usurpando una posición que al parecer no le pertenecía, sino que acababa de perder lo único que de verdad le importaba: Gabriella Locatelli.

No hubo más palabras. Ewan se acercó a la ventana y auscultó el exterior. No había nadie, aunque la plaza era grande y las sombras eran un buen cobijo para los malhechores.

Antes de salir de la casa, miró a Niall y a Arabella. Debía reconocer que hacían una excelente pareja, aunque era evidente que sus padres pondrían el grito en el cielo si se enteraban de aquello.

Al fin abrió la puerta, se encasquetó la chistera para que le tapara el rostro y avanzó por la calle sin mirar atrás hasta el carruaje. El conductor estaba avisado y sabía con antelación a dónde debía llevarlos. Solo tuvo que esperar unos instantes para que Niall y Arabella ocuparan el asiento de enfrente, la puerta se cerrara y los caballos empezaran a trotar en la tranquilidad de la noche. La muchacha aún miró por el ventanuco trasero del carruaje como si temiera que una sombra oscura los siguiera.

—¿A dónde vamos? —preguntó con voz insegura.

—A los muelles —contestó Ewan, algo que ni siquiera le había revelado a su hermano—. Mi padre dispuso para nosotros una pequeña embarcación siempre dispuesta a zarpar por si teníamos que huir precipitadamente de Londres —miró a Niall, que parecía tan sorprendido como Arabella—. La llevará a Calais y desde allí cambiará de barco para llegar a Dover. Un hombre de nuestra entera confianza la conducirá durante todo el camino.

Arabella parpadeó varias veces. Cuando Niall le había dicho que la pondría a salvo, nuca pensó…

—¿Y qué haré allí? —preguntó la muchacha, desconcertada—. Francia no es un lugar seguro para una inglesa.

Y tenía razón. Napoleón era ya el dueño de media Europa e Inglaterra su mayor enemigo. Los mares estaban atestados de barcos franceses que los repelerían si intentaban atracar y, aun lográndolo, ¿qué tipo de subsistencia podría tener en un lugar donde no conocía a nadie?

Niall miró a su hermano porque en su cabeza habían surgido las mismas dudas.

—La embarcación que la llevará a Calais es francesa y no será registrada —miró por la ventanilla para asegurarse de que no los seguían—. El plan de mi padre en caso de que tuviéramos que huir de aquí era llegar a Francia para atravesarla en diligencia hasta Marsella. Es un viaje largo pero seguro. Desde allí podrá tomar un barco al puerto neutral de Livorno, en Italia. El hombre que la va a acompañar le entregará la documentación necesaria para pasar desapercibida y embarcar sin problema.

Ewan no estaba seguro de si estaba más sorprendido por todo aquello Niall o Arabella. Su padre se lo había explicado todo antes de salir de Escocia. Ni siquiera su madre era conocedora de aquel plan alternativo «por si algo sucedía», aunque el conde de Currie nunca le explicó cuál sería ese suceso extraordinario que los obligaría a abandonar el único lugar que habían conocido.

Arabella tragó saliva. Se había puesto pálida.

—¿Y-y qué haré en Italia?

Niall alzó una ceja. Era la misma pregunta que titilaba en sus labios.

—Viajar hasta Roma —contestó Ewan, sacando de un bolsillo interior un papel doblado que había escrito apresuradamente mientras aquel mismo carruaje los llevaba a él y a su hermano desde la mansión de los McGomery a su futura casa en Grosvenor Square—. Es una carta para la señorita Gabriella Locatelli. Ella le ayudará si va en mi nombre. Allí puede empezar una nueva vida lejos de todo esto, y a salvo.

Ewan perdió la mirada al otro lado de la ventanilla. A pesar del peligro, daría su vida por estar en el lugar de la bella Arabella,

por ver de nuevo a Gabriella. ¿Qué diría la muchacha cuando una desconocida se presentara ante su puerta con una carta suya? Ayudarla, lo sabía, no lo dudaba. Por eso había pensado en ella cuando Niall le pidió ayuda.

La voz de la muchacha lo sacó de sus pensamientos.

—¿La ama?

Ewan miró a su hermano antes de contestar y lo que vio en sus ojos lo animó a hacerlo.

—Sí, con toda mi alma.

Arabella movió ligeramente la cabeza.

—¿Y por qué no toma usted ese mismo barco?

Ewan bajó la cabeza. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué no se plantaba ante su madre y le pedía una explicación sobre su paternidad? ¿Por qué no renunciaba a todo? Quizá porque su sentido del deber era tan poderoso, lo tenía tan dentro de los huesos, que solo de pensar en poner en peligro a los que amaba…

—Porque me temo que en mi caso los vientos no me son propicios —fue lo que contestó.

La mano de Arabella envuelta en un guante de piel blanca se posó tenuemente sobre la suya.

—Señor McGomery, pocas veces he visto a una pareja entregarse de la manera en que ustedes lo hicieron.

Las mejillas del joven se encendieron ante un comentario que en sociedad hubiera sido un escándalo, pero en la intimidad de aquella carroza era una verdad irrefutable. Niall salió en su ayuda.

—Mi hermano es un tanto vergonzoso.

Tras un largo suspiro, Ewan miró los impresionantes ojos ambarinos de la muchacha, pero no dijo nada. Esta lo hizo por él.

—No siempre se tiene la fortuna en la vida de encontrar a la persona adecuada. No la deje usted pasar.

Ewan asintió y apartó la mano.

—Tendré sus palabras en consideración.

Los caballos se detuvieron y Niall auscultó al otro lado de las ventanillas.

—Hemos llegado y parece que nadie nos sigue.

El coche se zarandeó cuando el cochero saltó del pescante y abrió la portezuela. Tendió el brazo para ayudar a bajar a la señorita, que se lo agradeció y miró preocupada alrededor.

Antes de seguirla a tierra, Niall miró a su hermano.

—Nunca me contaste que padre había dispuesto un modo de escapar de Londres en caso de necesitarlo.

Este quiso darle un abrazo, explicárselo todo, decirle que el peso del apellido, la responsabilidad del clan debía caer sobre él pues el heredero no era más que un bastardo, sonrió.

—Hay muchas cosas que no te he contado, aunque debí sospechar en el momento en que me lo contó todo que padre tenía una relación especial con esas tierras del sur.

—¿De qué hablas?

Se refería a Italia, a los secretos de su padre, a los planes que los habían apartado de las tierras que de verdad amaban. Ewan sacudió la cabeza.

—Despídete de ella —lo animó a bajar, señalándola con la barbilla—. Tardarás mucho tiempo en volver a verla.

Arabella esperaba al pie de un navío pequeño y de velas rojizas que había estado adormecido hasta verlo aparecer. Un hombre en cubierta les hizo una señal. Aquel desconocido sería quien tuviera en sus manos el destino de Arabella.

Antes de ir a su encuentro, Niall se volvió una vez más a su hermano.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por nosotros.

Este tragó saliva y lo miró muy serio.

—Niall… —no sabía cómo decírselo—, es posible que todo cambie rápidamente a nuestro alrededor y necesitarás estar preparado.

Este arrugó la frente.

—¿Más misterio?

La joven en mitad del muelle parecía buscar fuerzas para enfrentarse al destino que le esperaba. Ewan la admiró.

—Parece una mujer fabulosa.

Esa vez fue Niall quien tragó saliva.

—¿Aunque haya sido…?

Prostituta. No era necesario terminar la frase. En el pasado, solo unos meses atrás, hubiera sido Ewan quien se hubiera escandalizado por algo así, en aquel momento todo le parecía liviano comparado con su destino. Volvió a sonreír y palmeó la espalda de su hermano.

—Eso te tocará a ti defenderlo ante nuestra madre.

—Y ante la abuela Fiona —sentenció Niall, que sabía cómo de dura podía llegar a ser.

El hombre que estaba en cubierta hizo un gesto animándolos a que se apresuraran. Debían aprovechar las sombras de la noche para zarpar.

—Sé breve —dijo Ewan a su hermano—. No tenemos tiempo y, cuanto más tarde en embarcar, más expuesta estará a que la descubran.

Nial asintió y fue en busca de la mujer que amaba. Y mientras a abrazaba y sus labios se fundían en un beso, él pensó en Gabriella, porque ese pensamiento era lo único que lo hacía feliz.

42

El vizconde de Lorn miró de nuevo el gran reloj de pared que acababa de marcar el tercer cuarto desde que estaba allí sentado y llegó a la conclusión de que su tiempo de espera había terminado. El club de caballeros donde le habían citado estaba repleto de estirados ingleses y no era un lugar donde se sintiera cómodo.

Le extrañaba que su amigo Nathaniel Ashcombe no se hubiera presentado ni hubiera mandado una misiva excusándose, algo impropio de él.

Lo cierto era que, en las últimas semanas, desde que se vieran en aquel hotel demasiado sofisticado para degustar una comida juntos, apenas habían intercambiado algunas misivas y eso que había sido Lorn quien se había empeñado en verse para que le presentara a Archibald Colquhoun, el lord Advocate de Escocia. Pero la muerte de su madre, el posterior periodo de duelo con toda la familia en la ciudad al haberse negado en sus últimas voluntades a ser enterrada en el norte… todo había sido demasiado complicado como para centrarse en otros asuntos que no fueran atender a los suyos.

Además…, ¿acaso Adrian no había roto el compromiso con *lady* Ailsa? ¿Acaso no le habían contado sus compatriotas en las Tierras Altas que ese maldito de lord Currie había desaparecido, por lo que ya no era una mosca insidiosa para todos?

Anotó mentalmente mandar una nota a Nathaniel preocupándose por su ausencia y esperando que no fuera motivada por nada grave, y se puso de pie con la intención de regresar a casa. En unos días retornarían todos a Escocia, Adrian incluido, a quien le vendría bien cambiar de aires, pues desde la ruptura de su relación con Ailsa McGomery estaba realmente insoportable.

—Lord Lorn —escuchó la voz de un caballero que se dirigía hacia él con la mano extendida.

Tardó en reconocerlo, pero… ¿qué escocés no sabía quién era aquel caballero?

—Ashbourne —se la estrechó—, no sabía que estaba en la ciudad.

El hombre parecía encantado de haberse encontrado pese a que apenas habían coincidido en un par de ocasiones.

—Ya sabe que soy miembro del Parlamento —le explicó—, y aunque intento no acudir, hay deberes que no pueden obviarse.

—Por supuesto. —Lorn volvió a mirar el reloj. Era tarde y estaba saturado de tantos ingleses como pululaban por aquel club—. Me hubiera gustado charlar con usted, pero me temo que ya me marchaba.

Hizo el ademán de hacerlo, llevándose una mano a la frente, cuando Ashbourne habló.

—El señor Nathaniel Ashcombe no se ha presentado.

Lord Lorn arrugó la frente, extrañado.

—¿Cómo sabe…?

Lian señaló la silla de la que se acababa de levantar el caballero.

—Me temo que fui yo quien le envió la nota —su sonrisa intentó ser tranquilizadora—. No nos conocemos como para presentarme en su casa sin más, y Nathaniel me comentó su interés en conocer a Archibald, el lord Advocate de Escocia, de quien soy buen amigo.

Esto último lo remarcó en cada sílaba, pero el viejo de Lorn no terminaba de picar el anzuelo.

—Me temo que no entiendo qué está sucediendo.

Ashbourne retrocedió. Quizá iba demasiado deprisa para aquel paleto del norte más helado. Se recompuso la levita, dio un paso atrás y comenzó de nuevo.

—Lo primero, discúlpeme por el retraso —hizo una leve inclinación de cabeza—. Asuntos importantes me han retenido en Saint James y por eso he llegado tan tarde —le dio un aire de misterio a esa información—. Temí que ya se hubiera marchado. En cuanto a este encuentro…

Lorn alzó una mano para que no prosiguiera.

—Insisto en que debo marcharme.

Lian lo miró con arrogancia.

—Hágalo libremente —su mano acompañó el comentario—, pero sospecho que le interesará lo que tengo que contarle.

Hubo un duro intercambio de miradas donde parecía que el que cediera perdería la partida. Al fin, Lorn tomó asiento en la misma silla de la que se acababa de levantar.

—No me siento cómodo en las encerronas, así que tiene dos minutos.

Lian lo hizo en la silla que estaba justo enfrente y apoyó los codos en las rodillas para acercarse y poder hablar en voz baja.

—¿Sabe que conozco a *lady* Currie desde que éramos jóvenes?

—No, no lo sabía —contestó exasperado—. Creo que es una McRuari.

—En efecto, y una mujer fabulosa que se vio obligada a casarse con ese vil sujeto que es Ewan McGomery.

Lorn asintió. Empezaba a comprender por dónde iban los tiros.

—Ya veo —dijo con cierto cinismo—. Conoce mi animadversión por el conde y quiere… —se acercó a él—. ¿Exactamente qué?

—Hombre sagaz —una sonrisa deformó el atractivo rostro de lord Ashbourne, que bajó aún más la voz—. Sé que en su nuevo cargo de Comisionado de Impuestos Curie está causando grandes estragos en las Tierras Altas, lo que le ha llevado a usted a cancelar el compromiso de su hijo con la mayor de las McGomery.

El aludido arrugó la frente.

—Nunca ha existido tal compromiso.

Lian sonrió.

—Usted me ha entendido perfectamente.

Tras el secuestro de Ailsa, era pública la especial adhesión de Adrian Gillen por la joven McGomery, notorio que le pediría la mano en cuanto lograran rescatarla.

Lord Lorn se estiró en la silla hasta apoyar la espalda en ella.

—Y sabrá, además —le dijo a su impertinente anfitrión—, que Currie ya no es una molestia, por lo que esa familia me es totalmente indiferente.

El aludido alzó una ceja, intentando aparentar indolencia.

—Está en Italia —analizó la expresión de su rostro tras decirlo —, pero veo que no le sorprende.

El asunto italiano de lord Currie era lo que los había llevado a alejarse de ellos. Era demasiado peligroso, demasiado arriesgado.

Volvió a inclinarse hacia él, no sin antes mirar alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba,

—¿Qué ha venido a pedirme? —mascó las palabras.

La mirada de Lian se opacó. La aparente desgana se transformó en astucia, tanto que Lorn sintió un escalofrío.

—Currie quiere provocar una revuelta de los señores escoceses contra la Corona que será irremediablemente aplacada —dijo Ashbourne—. ¿En qué bando se colocará usted, lord Lorn?

Este apretó las mandíbulas.

—Mi familia ha sufrido mucho con las guerras del pasado. Solo queremos vivir en paz.

—Por eso usted y yo debemos ir a ver a mi buen amigo Archibald Colquhoun, el lord Advocate de Escocia —sonrió de una manera helada—, para contarle lo que usted sabe y jurar su fidelidad a Jorge III como rey legítimo de Escocia.

Lo estaba poniendo en un compromiso. Los señores escoceses habían aceptado la derrota, no les había quedado otra, pero ir a postrarse a los pies de un rey inglés… se removió malhumorado en su asiento.

—¿Qué gana usted con eso?

—Es asunto mío —se echó hacia atrás—, pero un acto así despejará todas las dudas sobre usted y los suyos.

Lorn volvió a arrugar la frente

—¿De qué dudas habla?

De nuevo, aquella sonrisa de hiena en los labios de Ashbourne. Lorn le partiría la cara si no estuvieran en un lugar estirado donde lo arrojarían de patitas a la calle. Esperó a que el otro hablara, lo que hizo bajando aún más la voz.

—¿Acaso cree que no saldrá a la luz que su hijo estuvo a punto de comprometerse con *lady* Ailsa? —preguntó sarcásticamente Lian—. ¿Cree que no se sabrá que usted viajó desde Escocia hasta Londres nada menos que en compañía de los tíos del traidor? ¿Y cuántas veces lo recibió en su castillo? ¿Dos? ¿Tres? —se le acercó tanto que casi se rozaron sus mejillas—. Cuando esto estalle, los McLean estarán en el centro de la polémica y dudo que salgan ilesos.

Lord Lorn estaba furioso. Nunca nadie se había atrevido a hablarle así, ni siquiera el maldito de lord Currie, que iba sobrado de vanidad. Se puso de pie, aunque no alzó la voz.

—Ahora recuerdo —su boca esbozó una mueca—, *lady* Currie. Se rumoreó en aquellos tiempos que usted y ella…

Lian también se incorporó, pero estaba muy serio al sentirse descubierto.

—¿Acepta mi propuesta? —dio como ultimátum.

Lorn se le acercó peligrosamente. Quería cogerlo por la solapa, pero pudo contenerse.

—¿Hace esto por una mujer? —masculló—, porque si ella es como los McGomery que conozco, lo despreciará por lo que pretende hacer.

Lian no se intimidó.

—¿Acepta?

Lorn le mantuvo la mirada y solo la apartó para escupir el suelo delante de aquel individuo.

—Por supuesto que no —le dijo—, y será un honor luchar contra un traidor como usted en el campo de batalla.

Y sin más se dio la vuelta y abandonó la estancia, sintiéndose aliviado cuando el hedor a inglés se disipó en la puerta.

43

Fiona levantó la cabeza del libro que estaba leyendo y volvió a pasear la mirada alrededor. Gunter's Tea Shop no estaba especialmente concurrido aquella mañana, pero, desde que se había sentado, tenía la persistente sensación de que alguien la miraba.

—¿Desea que pida algo más, señora? —le preguntó su doncella, ubicada al otro lado de la mesa, pues una dama sola en un lugar público era algo impensable

Fiona apartó aquella sensación extraña de su cabeza.

—No es necesario. En cuanto termine mi té, nos marcharemos.

Continuó leyendo, aunque se sentía incapaz de concentrarse. Lo habitual en los últimos tiempos era que una dama de calidad se tomara su té dentro de su propio carruaje apostado a las puertas del establecimiento, pero a ella aquella costumbre que algunos consideraban encantadora le parecía absurda. ¿Para qué servía tomar cualquier cosa fuera de su casa si no era para ser vista y admirada, o para admirar a otros?

El local era agradable, debía reconocerlo, pero aquella costumbre, posiblemente traída de Francia, de tomar bebidas y alimentos en público era de lo más estrambótica, razón de más para que ella la degustara. Un camarero se acercó, le dirigió una profunda reverencia y se dirigió a ella un tanto titubeante.

—Un-un caballero me ha pedido que le entregue esto. —El joven dejó ver la mano que tenía oculta a la espalda y esta mostró un ramillete de violetas blancas tardías atadas con una cinta morada.

La doncella soltó una exclamación reprobatoria, aunque Fiona se las quedó mirando. Eran de una belleza inusual y debían ser costosas, pues ya era muy difícil encontrarlas en esa época del año. Extendió los dedos, acarició la cinta de seda y tomó el ramo, que

dejó sobre la mesa sin más para continuar leyendo como si aquello no acabara de suceder.

Cuando se quedaron a solas, su doncella se vio en la obligación de protestar.

—¿Quién se habrá atrevido a semejante desfachatez?

Fiona pasó una página, aunque ya no se acordaba de si la heroína de su novela estaba en Tiro o en Sidón.

—Alguien que necesita pedirme perdón —respondió sin alzar la vista.

Aquella explicación no tuvo ningún sentido para la criada, por lo que su señora decidió explicárselo con una expresión de hartazgo en el rostro.

—Violetas blancas —las señaló con el mentón—, un símbolo universal del perdón.

Y volvió a su lectura como si aquella novela de amores que le había prestado Ailsa fuera lo más importante que hacer en aquel momento.

La doncella no quiso sobrepasarse de nuevo, así que volvió a su bordado, una tarea digna de la sirvienta más cercana de una gran dama, y todo volvió a ser normal a su alrededor.

Pasaron los minutos y la sensación de ser observada se fue acrecentando, pero Fiona sabía que no debía alzar la vista de aquellas palabras escritas. Quien había mandado aquellas flores era exactamente lo que quería que hiciera, por lo que no le daría el gusto.

Pasaron unos minutos y el joven criado, esta vez con las mejillas encendidas, se acercó de nuevo.

—El caballero dice que…

—Dígale a mi marido que se deje de sandeces y se siente a la mesa —exclamó Fiona, cerrando el libro de un golpe para volverse hacia su doncella—. Querida, será mejor que me esperes en el carruaje. Dudo que tarde más de dos minutos en terminar esta desagradable conversación.

La criada lo hizo en el acto y al joven no le dio tiempo a retirarse cuando Duncan McGomery, duque de Dunrath, apareció renqueante desde el fondo del salón, donde había estado medio

oculto tras un biombo chino. Caminaba apoyado en su viejo bastón hasta desplomarse en la misma silla que había ocupado la doncella.

—¿Para verte tengo que buscar lugares tan ridículos como este? —gruñó, señalando alrededor con la punta del marchito báculo.

Para Duncan, un lugar como aquel no tenía sentido. Uno comía y bebía en su casa o en la de sus amigos a menos que estuviera de viaje y necesitara hacerlo en una posada, pero por gusto… no lograba entender esos raros esnobismos.

Fiona lo miró a los ojos, aunque sus labios estaban apretados.

—Tú y yo coincidimos cada noche en casa de tu sobrina, así que nos vemos casi a diario.

—Y no hablamos —protestó él, que husmeó uno de los pastelitos que había sobre la bandeja del centro y lo dejó en su lugar con gesto de repugnancia—. En todo caso, discutimos.

—¿Es que hay algo de qué hablar?

Ella tenía las manos cruzadas una sobre otra, el cuello estirado, las cejas altas y la mirada oblicua, una expresión que él conocía bien de cuando se volvía inaccesible. Duncan apoyó un codo en la mesa y estiró la otra mano como si fuera a acariciarla, cosa que no hizo.

—Fiona —su voz intentó ser cálida, amigable—, esta vez, tu enfado dura demasiado.

—¿Esta vez? —soltó un resoplido—. Creí dejarte claro que no pienso volver. Incluso me estoy pensando si regresaré a Escocia cuando todo esto termine.

Duncan asintió. Cincuenta años de matrimonio y otros tantos de discusiones, pero había aprendido a discernir cuándo eran un mero juego y cuándo era necesario preocuparse, como en aquella ocasión.

—Es por Mairi —dijo él al fin.

—Es por todo, Duncan —ella había bajado la voz y parecía muy enfadada—. Acordamos protegerla.

—¿Acaso no es lo que he hecho todos estos años?

Ella soltó un sonido de exasperación, miró alrededor para asegurarse de que no estaban formando un escándalo y se acercó a

él.

—Exponiéndola, solo lograrás que Richard dé con ella, que entre en su vida —¿Cómo era posible que él no lo viera?—. Mairi ya sabe que nuestro hijo, su padre, existe. ¿Cuánto crees que tardará en querer encontrarlo? Le hemos dado los recursos necesarios para hacerlo.

Era cierto. Desde que descubrieran que existía aquella niñita encerrada en un orfanato, habían reprimido el deseo de acogerla con la única intención de protegerla.

—En el pasado estuve de acuerdo contigo, Fiona —dijo él, tan serio como solo se ponía cuando hablaban de cosas realmente importantes—. Estuve de acuerdo en que, si de verdad la queríamos, era necesario dejarla a su suerte, que no le faltara de nada, por supuesto, pero a su suerte —dio una palmada en la mesa—. Lo hice porque así lo creía, como tú, aunque vi el daño que eso te provocaba. Ahora no estoy tan seguro de que aquello fuera lo correcto.

Fiona estaba preocupada, quizá más que nunca. ¿Por qué su marido no se daba cuenta? Era el único que la conocía de verdad. El único que sabía las tormentas que arreciaban tras su aparente imagen de seguridad. Extendió la mano y la puso sobre la de Duncan.

—Tú mejor que nadie sabes que Richard es capaz de cualquier cosa —su voz era apenas un susurro—. Nuestro hijo ha sacado la sangre de tu hermano Malcolm. Destruye todo lo que toca.

Él cerró los ojos y suspiró.

En el pasado, Malcolm estuvo a punto de arrebatárselo todo, de sublevar las tropas, de poner a su pueblo en contra suya. Solo la valentía de Fiona y la energía que ella logró insuflarle hicieron que retomara el mando y lo venciera. Lo había perdonado hacía muchos años, décadas, pero siempre supo que Malcolm trajinaba a sus espaldas, buscaba la mínima oportunidad para causarle dolor, cualquier motivo. Malcolm, el padre de su sobrino Ewan, el verdadero abuelo de sus niños, de Ewan, de Ailsa, de Niall, de Moira, Travish, de Nessa…

El aire salió de su pecho con un gran estruendo.

—Es nuestra nieta —dijo tras cerrar los ojos.

—Y su padre, nuestro hijo, estuvo a punto de matarte.

Duncan bajó la cabeza.

—Pero es nuestra nieta.

Fiona le apretó la mano. Sabía que Duncan era el hombre más dulce con el que jamás se había encontrado. El más testarudo y rudo también, pero en lo tocante al amor…

—Richard mató a tu hermano y a tu cuñada, Duncan —le recordó—. Y yo me libré solo porque creyó que ya estaba muerta. ¿Qué crees que hará con su hija? La usará para quedarse con todo y se deshará de ella como hizo con su madre.

Él meneó la cabeza de un lado a otro.

—Quizá el tiempo le haya hecho cambiar.

—Está enfermo, Duncan —intentó que viera lo evidente—. Yo soy su madre, la persona que más lo ama, pero soy consciente de que es un peligro para todos, para sí mismo. ¿Acaso no lo salvamos de la horca?

Así había sido. Habían sobornado a jueces y alguaciles para que lo dejaran libre y pudiera embarcar a una nueva vida, lejos de allí, con dinero suficiente y la promesa de no volver jamás.

—Nuestro hijo debe seguir en América —adujo Fiona, tan firme como dolida por sus propias palabras—. Allí tiene una nueva vida, dinero, quizá una familia. No debe haber nada que lo perturbe o regresará.

Él extendió la otra manos sobre la mesa y agarró con fuerzas la de su mujer. Sus ojos tenían la pasión suplicante de otros tiempos. Esa que aún lograba que la piel se le erizara.

—Vuelve a casa —le suplicó a Fiona—. Te necesito. Ya no estoy acostumbrado a vivir sin ti.

—¿Lo has estado alguna vez? —dijo ella con enorme ternura.

Duncan logró sonreír.

—Nunca, desde el primer día que te vi en una mañana de mercado hace cincuenta años.

Ella correspondió a la caricia de sus manos apretándolas con fuerza.

—¿Qué debemos hacer? —se sinceró con ojos brillante—. Nunca me he sentido tan confundida.

Duncan lo tenía claro.

—Acoger a Mairi. No tengo dudas sobre eso.

—Puede ser la ruina para todos.

—Es posible, pero es lo correcto.

Se mantuvieron la mirada. Ella alzó una mano y le acarició el viejo rostro.

—Te detesto cuando tienes razón.

—Y yo no puedo amarte más cuando te muestras vulnerable.

Ambos apartaron la mirada. Aquello ya era demasiado para dos viejos escoceses entrenados en la dureza. Fiona se puso de pie y se alisó el vestido.

—Vuelvo a casa de Mildred —le dijo—. Me pensaré si regreso a la mansión contigo, o si quizá debamos dejarlo todo aquí y regresar a Glenmara Castle.

Él sonrió.

—Es lo que más me gustaría.

De nuevo, se mantuvieron la mirada.

—Adiós, mi amor —dijo ella antes de marcharse.

—Adiós, mi diosa —musitó él cuando ya se alejaba.

44

El trayecto a primera hora de la mañana desde la mansión de los McGomery a la de los Wetherby fue silencioso.

Pese a tratarse de una hora intempestiva, sus anfitriones les habían pedido encontrarse, ya que ese mismo mediodía partían hacia sus propiedades del sur para celebrar los preámbulos de la inminente boda con alguno de sus familiares que no podrían acudir a la ceremonia.

La condesa de Currie no estaba del mejor humor y parecía que Ewan tampoco, por lo que el silencio imperaba en el carruaje. ¡Qué tiempos aquellos en Escocia cuando siempre tenían algo alegre que comentar! Él la miraba de vez en cuando de soslayo, preguntándose si debía exponerle de forma abierta lo que le había confesado lord Ashbourne, algo que lo cambiaría todo, o en cambio debía guardar silencio por el bien de todos, incluso de Niall, que sería el heredero legítimo de tener razón el que decía ser su padre.

Moira los acompañaba. Había pedido licencia en Palacio tras anunciar su próximo matrimonio y pedir permiso a la Reina para llevarlo a cabo, cosa que la soberana dio de mala gana.

Cuando el carruaje los dejó a las puertas de la espléndida mansión Wetherby, tía Mildred ya estaba allí.

—¿Y la abuela? —preguntó Moira.

Pero esta se encogió de hombros.

—Ha pasado mala noche y ha decidido permanecer en la cama.

No le dieron más importancia y, cuando el mayordomo los acompañó hasta el salón de recibir, el conde y la condesa los acogieron vestidos para el viaje y pidiendo disculpas por su atuendo.

—Me siento incómoda dejando en sus manos los últimos retoques del preparativo —expuso *lady* Wetherby, compungida—, pero los padres de mi marido están demasiado delicados para

desplazarse y sería indecoroso no festejarlo con ellos antes del enlace.

—No se preocupe, querida —contestó Mildred por su cuñada —. Todo está casi ultimado y conozco los detalles, así que lo deja en buenas manos.

Así era, o al menos así debería ser.

La preparación de un matrimonio entre un católico y una anglicana era un asunto delicado, ya que la oficialidad de la iglesia de Roma no estaba reconocida legalmente en el Reino. Sería necesario llevar a cabo una boda presidida por un ministro de la Iglesia de Inglaterra y más tarde una ceremonia privada conducida por un sacerdote católico, debido a que esta última no era válida a ojos de la Ley. Este matrimonio desigual era, quizá, la causa por la que los abuelos de Anne no asistirían al enlace, ya que los ingleses de mayor edad aún desconfiaban profundamente de los católicos por considerarlos desleales a la Corona.

Como la ceremonia se iba a celebrar en Londres, se llevaría a cabo en Saint George, en Hannover Square, la iglesia más demandada por la aristocracia de la ciudad, y por ley se celebraría antes del mediodía.

Mildred se había encargado de la decoración floral, de las damas de honor y de la selección de las piezas que interpretaría el organista. El gran banquete sería allí mismo, en casa de los Wetherby, y habría un baile nocturno como habían pedido Anne y su madre. Al día siguiente, tras la consumación, los novios emprenderían su viaje por la campiña inglesa y Escocia, ya que trasladarse al continente, inmerso en guerras, era impensable.

Los Wetherby habían acogido con regocijo la doble boda, pues aportaría más fasto al evento.

Moira no había vuelto a ver a su prometido desde aquella vez en que lo conoció en la entreplanta de una tienda de tejidos, pero tía Mildred y la abuela Fiona habían negociado los detalles y el compromiso matrimonial estaba cerrado.

Antes de que pudieran volver a tratar los asuntos de la boda, el mayordomo volvió a aparecer anunciando una nueva visita.

—Lord Bellhollow —anunció, y todos se volvieron hacia la puerta para ver aparecer al prometido de Moira.

Patrick Bellhollow, conde del mismo nombre, era un hombre apuesto y tranquilo, un tanto indeciso, con una necesidad urgente de casarse si quería heredar la inmensa fortuna de su tía.

Hizo los saludos de rigor, primero a las damas, besando la mano de quien sería su mujer con la misma diligencia que a las demás, y después a los caballeros, terminando por Ewan. Cuando se sentó al otro lado del salón, Moira se lo quedó mirando. ¿Sentiría alguna vez por él la pasión descontrolada que se desataba en su cuerpo con solo mirar a Alexander Somerville? ¿Serían felices? No llegó a ninguna conclusión, y aunque Ailsa le había reprendido que se tomara tan a la ligera su matrimonio, ella se defendió diciendo que ninguna de ellas estaba destinada a elegir con quien querían casarse, y que mientras fuera un caballero amable y poco problemático, daba igual uno que otro.

Fue entonces cuando su hermana mayor le había preguntado qué sentía por el señor Somerville y cuando ella notó aquel vacío en el pecho al pensar en él. Simplemente había sonreído. Hubiera sido más fácil casarse con el maharajá Sij del Punjab que con un soldado licenciado sin posición ni fortuna. Su familia jamás lo hubiera aceptado, su círculo los habría excluido.

—¿Rosas blancas son las que hemos elegido? —estaba preguntando lady Wetherby, que había insistido en que debían ser esas las que adornaran la iglesia para la boda.

Tía Mildred esbozó una sonrisa de superioridad, miró a su sobrino, pero este parecía ausente.

—Peonías —dijo con fingida inocencia, lo que provocó que las cejas de la anfitriona se alzaran.

—Y las damas de honor… —intentó preguntar, pues ya dudaba que se hubieran seguido sus indicaciones, pero la tía hizo un movimiento de la mano que quería decir que estaba todo controlado.

—Mi modista se está encargando de los vestidos.

Para evitar que *lady* Wetherby hiciera más preguntas indiscretas que evidenciaran que tía Mildred apenas había atendido

algunas de las peticiones de la madre de la novia, esta se volvió hacia Patrick Bellhollow con una sonrisa encantadora.

—En cuanto a los invitados… —dejó en el aire.

El caballero, que no podía apartar los ojos de Moira, que lo tenía embelesado, dio un ligero respingo.

—Somos pocos en mi familia —explicó—, así que mi tía se ha encargado de la lista. No creo que más de treinta.

La condesa de Currie, que había insistido en hacer una visita formal a la familia Bellhollow que nunca terminaba de cerrarse, hizo la pregunta pertinente.

—¿Y cuándo conoceremos a su tía?

El joven Patrick se masajeó la punta de los dedos, miró a Ewan, el que sería su cuñado y junto al que se casaría.

—Está delicada de salud, por lo que me temo que no nos acompañará en la boda.

El conde y la condesa de Wetherby intercambiaron una mirada. Todos en Londres sabían que la vieja señorita Bellhollow, la tía de Patrick, era una mujer gruñona y autoritaria que no admitía que nadie escapara a su autoridad. El muchacho había estado a punto de casarse varias veces, pero la dama se había encargado de explicar a las candidatas y a sus familias quien mandaría en la casa tras la boda y en qué condiciones se viviría, lo que había echado para atrás esos compromisos.

Los Wetherby daban por hecho que los McGomery conocían esta historia, por lo que no habían querido entrometerse, pero la negativa de Patrick a que conocieran a su tía podría tener algo que ver con aquello.

Lady Wetherby se inclinó elegantemente hacia él.

—¿Residirán en Londres una vez se casen, lord Bellhollow?

El joven carraspeó.

—Mi tía quiere que vivamos con ella en el campo. Su propiedad es excelente.

Moira, que tenía la mente ausente, sí había escuchado aquello e intercambió una mirada de extrañeza con su hermano Ewan. Este último decidió ahondar en el asunto.

—Espero que nos visiten a menudo.

Patrick asintió.

—Siempre que nos lo permita la delicada salud de mi tía.

Moira iba a decir algo cuando la voz aflautada de *lady* Wetherby sonó de nuevo.

—Anne no ha bajado a saludarle, querido Ewan, porque está pasando unos días en casa de lord Glenrowan —se excusó—. ¿Le conocen?

La condesa y su hija intercambiaron una mirada, esta vez de cuidado, mientras Ewan, conocedor de lo que significaba, se mostraba indiferente.

—Apenas —dijo el joven.

—Un caballero excelente —apostilló el conde—. Cuidó de ella cuando tuvimos que dejarla en Edimburgo. Pocas familias hay mejores en Escocia, excluyendo a los McGomery, por supuesto.

Tía Mildred parecía encantada con aquello, pues allanaría la relación del duque con su Nessa, no así Moira y la condesa, que estaban muy preocupadas con todo aquello y por cómo afectaría las últimas disposiciones de dejar de verse a la relación con los Wetherby.

—¿Están muy unidos Anne y el duque? —preguntó lady Currie para saber hasta dónde tendrían problemas por romper una relación que aún no era pública.

Lady Wetherby soltó un suspiro.

—Son como tiernos hermanos.

Ewan no dijo nada, pero sabía que no era precisamente la hermandad lo que los unía. Moira no lo soportaba más. Llevaba ocultando la verdadera naturaleza de Duncan Glenrowan demasiado tiempo y quizá fuera el momento de exponerla. Alzó la cabeza.

—Quizá deberíamos…

Pero no pudo terminar la frase porque la puerta se abrió y el apresurado mayordomo se acercó a ellos.

—Disculpe la inoportuna intromisión, señor —se dirigió al dueño de la casa—, pero un sirviente de *lady* Currie acaba de traer esta nota.

La llevaba en una bandeja de plata y se la tendió a la destinataria. Esta la tomó de inmediato. Una nota urgente no podía

significar nada bueno. Mientras rompía el lacre y leía la misiva, Moira y tía Mildred no apartaban los ojos de ella, por lo que vieron cómo palidecía. La condesa se puso de pie.

—Debemos volver a casa de inmediato.

—¿Sucede algo? —preguntó, preocupada, *lady* Wetherby.

La condesa fue capaz de esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—Nada que deba preocuparles. Asuntos domésticos.

—¿Madre? —inquirió Ewan, inquieto.

—Vamos —contestó ella sin entrar en detalles

Cuando salían, tía Mildred se acercó a su cuñada.

—Iré con vosotros por si soy de ayuda.

A lo que la condesa la miró con ojos encendidos.

—Lo serás —le dijo en voz baja—, porque tenemos que hablar en cuanto lleguemos a casa.

45

Ailsa y la señora Whitmore estaban intentando calmar a la doncella personal de Nessa, que tenía un berrinche, cuando el señor Gilchrist abrió la puerta de la calle.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la condesa de Currie, entrando en la mansión en tromba y seguida de cerca por Ewan, Moira y tía Mildred.

El viejo mayordomo estaba muy pálido y la joven doncella arreció su llantina cuando los vio aparecer. El mayordomo había dado órdenes al servicio de que despejaran el vestíbulo y de que no se comentara nada de lo sucedido si no querían ser despedidos en el acto. Ailsa fue quien les informó.

—Como decía la nota, Nessa ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —preguntó Mildred, a pesar de que era de lo que habían hablado durante el trayecto a casa azuzando los caballos tanto como permitía el infernal tráfico de Londres.

Ailsa se acercó, dejando a la doncella al cuidado de la señora Whitmore.

—Se ha escapado —confirmó—. Falta uno de sus trajes, un manguito y algunas joyas.

—Pensé que estaba durmiendo —berreó la doncella que no lograba detener el llanto—. Ayer se acostó muy cansada.

Ewan tomó de inmediato el control de la situación, con calma se acercó a la joven criada y dejó que terminara de beber el vaso de agua que le tendía el ama de llaves.

—Explíquese.

La muchacha soltó un par de hipidos más, pero al fin encontró las fuerzas para hablar.

—Cuando anoche ayudé a desvestirse a la señorita Nessa, la noté alterada —explicó—. No quise entrometerme, pero me dijo que estaba indispuesta y que hoy se levantaría más tarde.

Lady Currie acudió a su lado. Parecía que los fantasmas que había padecido con Ailsa volvían a repetirse.

—¿A qué hora la ha echado en falta?

La muchacha tomó un poco más de agua.

—Fui a vestirla justo cuando ustedes se marcharon, pero seguía dormida, o al menos eso creí —empezó a llorar de nuevo, pero la sonrisa paciente de Ewan pareció calmarla—. He vuelto una hora después para encontrarla en la misma posición y entonces…

Una nueva llantina le sacudió el pecho. En el vestíbulo, todos los congregados estaban afectados. Ailsa estaba mortalmente pálida, Moira muy preocupada, Mildred no podía ocultar la sensación de culpa y la condesa hacía por no mostrarse desesperada. Solo Ewan parecía capaz de mantener el control.

—Tranquilícese —le dijo el mayor de los hermanos McGomery —, usted no es responsable de nada.

La joven criada suspiró.

—Pensé que le pasaba algo. Quise gritar, avisar a los lacayos, al señor Gilchrist, pero creí mejor comprobar si estaba…

Se detuvo. Todos estuvieron seguros de que iba a decir «muerta», pero no se lo tuvieron en cuenta.

—Prosiga —la animó Ewan con la misma sonrisa amable y comprensiva.

—Solo entonces me di cuenta de que lo que me parecía su cuerpo dormido era un fardo de ropas y almohadas cubiertos por la colcha, y de que la señorita no estaba.

El señor Gilchrist, que había permanecido educadamente callado, creyó importante intervenir,

—Fue entonces cuando nos avisó.

Ailsa se lo agradeció con una sonrisa y se volvió hacia su madre.

—No he querido hacer nada hasta que llegarais —bajó la voz —. Si alguien se enterar…

—Sería un nuevo escándalo para esta familia —musitó la condesa, a quien los escándalos en ese momento le importaban un bledo y solo quería volver a ver a su hija.

—Que descanse —ordenó Ewan al ama de llaves—. La sorpresa ha debido agotarla —se volvió hacia el señor Gilchrist—. ¿Dónde están Niall y Travish?

Este ya se había ocupado de aquel asunto, como no podía ser de otra manera.

—El segundo ha salido temprano —informó con pulcritud—. He mandado nota a la biblioteca, pero no estaba allí. El primero viene de camino.

Sus hermanos no le serían de demasiada ayuda y lo primordial en un caso como aquel era no perder el tiempo. Pidió sus guantes y su chistera y se dirigió a su madre antes de salir en busca de Nessa.

—Madre, iré a…

Pero la condesa no lo dejó terminar.

—Nadie hará nada hasta que hablemos —dijo la dama con una firmeza a la que no los tenía acostumbrados—. Nos reuniremos en mi gabinete. Que nadie nos moleste, señor Gilchrist.

Este le hizo una reverencia.

—Por supuesto, señora.

Todos la siguieron, tan intrigados como preocupados. Cuando desapareció Ailsa, la condesa había caído en un pozo sin fondo y se sentía incapaz de tomar decisiones. Pero en aquella ocasión no iba a suceder lo mismo. Tomaría las riendas y lo dejaría claro.

Una vez todos juntos y con la puerta bien cerrada, se volvió hacia su cuñada.

—Mildred, cuenta lo que sabes.

Esta parecía muy agitada y tenía una mano oprimiéndole el pecho.

—No creo…

—Mildred —insistió la condesa con evidente firmeza.

La tía, con su dramatismo habitual, se persignó, miró al cielo, desencajó los ojos y solo entonces habló.

—Nessa se veía con lord Glenrowan —alzó una mano antes de que la asaetearan a preguntas—, siempre bajo mi supervisión y de la manera más decorosa posible, pero eso no es…

—¡Dios bendito! —la interrumpió Moira, llevándose una mano a la boca.

La forma de decirlo, la expresión de sus ojos, la manera en que había dado un paso atrás, le dijeron a su madre que no solo se había quedado impactada por la noticia.

—¿Sabes algo más?

Moira miró a su hermana, esta asintió para darle fuerzas y solo entonces habló.

—Ese cerdo intentó forzarme.

Ewan, con la mandíbula apretada, dio un paso al frente.

—¡Maldito!

—Si no hubiera sido por la abuela, lo hubiera logrado —matizó Moira para evitar que su hermano hiciera una locura.

La condesa estaba perpleja.

—¿Por qué no me lo contasteis ninguna de las dos cuando hablamos con Nessa?

—Que-quedó malherido, o al menos eso pensamos —titubeó la muchacha—. Os hubiéramos implicado en algo…

—¡Mi pobre niña! —la condesa se derrumbó por un momento, le brillaron los ojos, pero consiguió reponerse—. Ese malnacido es un monstruo.

Niall entró en ese momento, con el rostro encendido y la urgencia en la mirada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, buscando una respuesta en cada uno de los miembros de su familia.

—Nessa ha desaparecido —le informó Ewan.

El muchacho parpadeó, incrédulo. ¿Otra vez?

—¿De-desaparecido?

Tía Mildred iba a explicárselo, a excusarse y exponer que ella no era la responsable pues lo había hecho por el bien de todos, cuando Ewan alzó la voz.

—Hay algo más.

Ailsa parecía indignada.

—¿Qué más puede haber?

Ewan buscó la manera de contarlo sin comprometer a su futura esposa. Además, ¿quién le creería?

—Sé que a ese Duncan McGomery le gusta pervertir a jovencitas.

Travish achinó los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Prefiero guardármelo.

La tía se sentó en una butaca, más bien se dejó caer para esconder su rostro entre las palmas de sus manos.

—Todo ha sido por culpa mía.

Su cuñada, en esa ocasión, no le quitó hierro al asunto.

—Eso lo hablaremos más tarde, Mildred, ahora lo fundamental es dar con mi hija.

—Debe estar en casa de esa alimaña —espetó la tía.

Ewan ya lo había supuesto, y más con la información que acababan de compartir.

—¿Sabemos dónde vive?

Moira, que había permanecido callada desde que expuso lo que le sucedió a ella con ese maldito de Duncan Glenrowan, tuvo una idea.

—Tenemos que hablar con la abuela —miró a su madre—. Ella es íntima de *lady* Finch, y esa dama lo sabe todo de todos.

La condesa dudó.

—¿Es discreta?

—¿Quién lo es en la Corte? —repuso tía Mildred—. Pero no tenemos otra opción.

Ewan estuvo de acuerdo. No debían perder ni un segundo más. Fue hasta la puerta, pero antes golpeó el hombro de su hermano.

—¿Vienes conmigo, Niall?

—Por supuesto —contestó de inmediato, yendo tras él.

Moira también se puso en movimiento.

—Os acompaño.

Ewan se volvió y la señaló con el dedo extendido.

—De ninguna manera.

—¿Por qué? —se quejó la muchacha.

Ewan no intentó bajar la voz cuando le contestó. Estaba harto de secretos.

—Porque voy a recoger al señor Somerville de camino y dudo que quieras verlo.

Al escuchar aquello, la condesa soltó un gemido de exasperación.

—Espero que esa alusión al capitán no sea otro problema.

Ewan le mantuvo la mirada a su hermana, hasta que esta, indignada, dio un paso atrás.

—Por supuesto que no, madre —le contestó Moira, que sabía que llevar a su hermano mayor al límite era peligroso—, me quedaré aquí con vosotras y rezaremos porque Nessa esté a salvo.

Todos estuvieron de acuerdo y, mientras Ewan y Niall abandonaban la casa, su madre se preguntó por qué todo les estaba saliendo tan mal.

46

Alexander Somerville había estado de acuerdo con Ewan en solicitar la ayuda de *lady* Finch para localizar las propiedades cercanas del duque de Glenrowan. Aunque él y sus hombres lo habían vigilado de cerca cuando el abuelo McGomery requirió de sus servicios, Alexander era consciente de que un hombre con aquellas inclinaciones y montañas de dinero tendría un escondite donde dar rienda suelta a sus placeres y era muy posible que este hubiera escapado a su control.

Lady Fiona escuchó atentamente lo que le decía su nieto cuando, junto a Niall y Somerville, fueron a buscarla. Apenas preguntó nada, pidió su chal más abrigado y los acompañó a casa de *lady* Charlotte Finch a pesar de que la dama no recibía ese día y era posible que estuviera en Palacio.

La suerte, por una vez, estuvo de su parte y hallaron a *milady* en casa. Cuando el mayordomo le entregó la tarjeta de Fiona de Benmore, se alarmó y ella misma fue a recibirla al vestíbulo de su mansión. Al verla acompañada por dos de sus sobrinos nietos y por un caballero desconocido, la alarma se tornó en preocupación.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó, mirándolos alternativamente a cada uno.

Fiona no se anduvo por las ramas.

—¿Puedo contar con tu discreción?

—Ni siquiera tienes que preguntarlo —su voz tenía un matiz de indignación—, y empiezo a ponerme nerviosa, cosa que no sucedía desde la coronación del Rey.

Fiona intercambió una mirada preocupada con Ewan. El secuestro de Ailsa, la pelea de Ewan en la recepción de los Wetherby y ahora esto. Si se llegaba a hacer público, la reputación de Nessa estaría arruinada y la de la familia caería con ella. Carraspeó antes de hablar.

—Nessa ha desaparecido y sospechamos que está con Duncan Glenrowan.

Charlotte Finch dio instintivamente un paso atrás.

—Esa es una acusación grave.

Lo era. No solo era duque, sino un personaje importante en la Corte a quien el Príncipe Regente escuchaba.

—Hay cosas que no te he contado, Charlotte —contestó Fiona —, pero debes creerme.

La aludida asintió.

—Sabes que siempre estaré de tu parte. ¿Qué puedo hacer yo?

Fue Ewan quien intervino ante la atenta mirada de Alexander, que no podía injerir ante una dama de aquella posición sin que le dieran permiso.

—Glenrowan no es tan estúpido como para cobijarla en su mansión —le aseguró a *milady*—. Debe tener un lugar especial para sus… conquistas.

La dama casi pisó sus palabras.

—Stagmoor Hollow —contestó con firmeza—. Es una pequeña propiedad de caza a unas millas de la ciudad —chasqueó los dedos en dirección al mayordomo—. Uno de mis criados más próximo puede acompañaros. Fue allí donde se refugió durante esa temporada… —se refería al tiempo en el que Fiona y Moira creían que había muerto. La dama miró a su amiga a los ojos—, pero sé que tuviste algo que ver con aquello.

Fiona no dio ninguna explicación, aunque el capitán sabía muy bien a qué se refería. Por eso ni él ni sus hombres habían dado con aquel sinvergüenza. Le estrechó la mano a su amiga, que se la apretó con afecto.

—Gracias, nunca lo olvidaré.

Lady Finch los acompañó hasta la puerta. Antes de que se marcharan, los miró a los ojos.

—Fiona, señor Ewan. No cometan una locura. Es un paje del Rey.

Ewan le besó la mano, aunque su mandíbula estaba crispada.

—Todo depende de lo que le haya hecho a mi hermana.

Salieron de la casa a toda prisa. El sirviente de *lady* Finch subió al pescante, junto al cochero, mientras Fiona le pedía que azuzara los caballos tanto como estos aguantaran. Ewan no estaba de acuerdo con que los acompañara, pero sabía que cuando la abuela mostraba cierto brillo en los ojos, no había forma humana de convencerla de lo contrario.

El camino hasta la propiedad fue una sucesión de badenes que los hizo sujetarse con fuerza a las agarraderas interiores del carruaje, pero ninguno se quejó. Todos mantenía la mirada puesta en el camino, como si así los caballos pudieran volar.

El sirviente de *lady* Finch se equivocó una vez y tuvieron que retroceder. A la segunda intentona, entraron por un camino tan pequeño que la carroza era azotada por las ramas de los árboles, hasta que este se abrió a una explanada pequeña que se abría justo delante de una propiedad estilo Tudor medio escondida por la hojarasca.

La puerta de la casa ya se estaba abriendo, pues los sirvientes del conde debían de haber oído a los caballos, cuando Ewan saltó de la carroza antes de que se detuviera y se enfrentó a ellos.

—¿Dónde está?

El lacayo más próximo intentó detenerlo.

—Señor, no tiene permiso…

Ewan lo tomó por la solapa de la librea y lo empujó contra la pared.

—Si no me lo dice, lo lamentará.

El joven sirviente estaba lívido de miedo, pero una voz agradable y de matices cálidos lo salvó de que Ewan cometiera una locura.

—Señor McGomery, precisamente…

Era Duncan Glenrowan, que venía hacia ellos en mangas de camisa y con una sonrisa encantadora encajada en su bello rostro. Ewan no se lo pensó. Dejó al sirviente y fue a por el amo. No le permitió terminar la frase. Si no sacaba aquellos demonios de su cuerpo, le crearían un dolor de riñón, como decía el abuelo, así que, sin más, le dio un puñetazo en el mentón que hizo que el duque se

tambaleara, y si no llega a ser por la ayuda de otros dos criados y la cercanía de la pared, hubiera terminado con los huesos en el suelo.

—¿Dónde está mi hermana? —mordió cada sílaba el joven McGomery mientras Niall estaba dispuesto a secundarlo.

Fue Fiona quien se acercó a su nieto y le puso suavemente la mano sobre el hombro para calmarlo. Glenrowan se deshizo con brusquedad de la ayuda de sus sirvientes y volvió a sonreír, mientras comprobaba si tenía sangre en los labios.

—Los modales de Escocia —comentó con frivolidad—. Ya no me acordaba. Estaba a punto de enviar a un mensajero a su casa para anunciarles que la señorita Nessa está en perfecto estado.

Fue Niall quien habló.

—Más le vale.

El duque pareció reparar entonces en Fiona, y le hizo una elegante reverencia.

—*Lady* Benmore, qué honor tan inesperado —se apartó para darle acceso a un salón—. Pasen. Lo último que se debe perder es la cortesía.

Cuando accedieron, la imagen que se encontraron no podía ser más inocente. Nessa estaba sentada en un diván mientras una dama le curaba un rasguño en el antebrazo, posiblemente provocado por una de las ramas del camino. La dama era…

—Querido —dijo Anne Wetherby, poniéndose de pie como si aquello fuera una maravillosa coincidencia.

Nessa hizo lo mismo, pero su expresión era de desconcierto.

—¡Ewan!

Fiona, que entró tras su nieto, miró a *lady* Wetherby antes de reparar en su pequeña Nessa.

—¿Qué hace ella aquí? —se extrañó.

El duque de Glenrowan parecía encantado con aquella reunión.

—¿No saben que la señorita Anne Wetherby y yo somos como hermanos? —una de sus cejas se alzó, miró a Anne y después a Ewan—. Lo que me hace pensar que en breve seremos como una familia.

El capitán Somerville y Niall permanecieron a las puertas del salón, en guardia por si aquella extraña situación tornaba en algo más oscuro.

Nessa se había refugiado detrás de la bella Anne y parecía no dar crédito a que su familia la hubiera encontrado tan pronto. Habían hecho planes de viajar hacia Europa, esquivando los ejércitos para perderse en las bellas tierras rusas. Todo aquello acababa de echarse a perder.

Ewan fue hacia su hermana, aunque no la tocó.

—Nos vamos.

—No pienso marcharme de aquí. —Ella se cruzó de brazos, pegándose más al cuerpo de quien creía su salvadora—. Anne me estaba…

Pero Fiona no la dejó terminar.

—Nessa —su voz tenía una firmeza que no admitía réplica—, si no obedeces a tu hermano, yo misma te arrastraré por los pelos hasta esa carroza.

Un puchero en los labios de la muchacha les dio a entender que las órdenes de la abuela habían surtido efecto, lo que dio pie a Niall para acercarse a ella y, con cuidado, tomarla por los hombros para acompañarla hacia la salida.

El duque estaba pletórico.

—Me temo que todo esto debe ser un malentendido —dijo con un cinismo hiriente—. La señorita Nessa estaba confundida, ha acudido aquí y la amable señorita Anne y yo la hemos cuidado y tranquilizado hasta…

Antes de que Ewan le diera otro puñetazo, Fiona le contestó.

—Déjese de pamplinas. Sé quién es y lo que ha hecho.

—Lo que he hecho ha sido cuidar de su nieta —le guiñó un ojo—, de lo que al parecer usted no es capaz.

El mayor de los McGomery no estaba de humor para aguantar aquellas bravuconadas. Se acercó al duque, lo tomó por la solapa y lo acercó tanto a su rostro que sus narices se juntaron.

—Aléjese de mi familia —masticó cada palabra.

Desde la puerta le llegaron los llantos de Nessa, que lo estaba presenciando todo.

—Ewan, te odio.

Si aquello era lo que quería ese malnacido de Glenrowan, lo había conseguido.

Sin mirar atrás, salieron de la casita y, mientras Niall ayudaba a una desmadejada Nessa a subir al coche, el capitán Somerville no perdía detalles de lo que pasaba a su alrededor por si pretendían tenderles una emboscada.

Antes de que Ewan subiera, su abuela lo retuvo del brazo.

—¿Me explicarás lo que hay entre tu prometida y ese monstruo?

No podía. Si lo hacía, el escándalo afloraría de nuevo, su pasado, su bastardía, los tejemanejes de su padre en Italia…

—Vámonos —intentó no sonar brusco—. Mamá está muy preocupada.

—¡Ewan! —insistió Fiona.

Él cerró los ojos un momento antes de volverse de nuevo hacia ella.

—Abuela —dijo con toda la paciencia de que las circunstancias lo hacían capaz—, tengo demasiadas cosas en la cabeza. No me exijas nada más.

La mirada de Fiona era dura, de piedra, pero al ver el tormento en el interior de su nieto, se fue dulcificando hasta posar una mano en su mejilla.

—Hijo, el peso de la responsabilidad está para compartirlo con quienes te queremos. Con tu familia.

Él apartó la mirada.

—Ese es el problema, que no tengo claro quién es mi familia.

Y entró en el carruaje, aunque sabía que aquello no terminaba allí.

47

Travish había abandonado la biblioteca antes de lo acostumbrado, y no por gusto, sino porque en sus instalaciones se había organizado un soporífero recital matutino de poesía que llenó las salas de un público parlanchín que quería escuchar los aburridos versos del señor Pye, poeta oficial del Rey.

Decidió que sería ventajoso aprovechar el tiempo pasándose por la sastrería que estaba ultimando los trajes para la boda y que aún no había podido probarse pese a la insistencia de tía Mildred, que se había encargado de todos los detalles.

Los eventos multitudinarios no le agradaban y una boda doble, pese a ser de sus hermanos, no dejaba de ser una ocasión en la que tendría que saludar a personas que nunca había visto, mantener interminables charlas vacías con desconocidos y parecer amable en todo momento.

Además, la tía le había asegurado que era el lugar perfecto para encontrar esposa, ya que era bien conocido que de una boda salía otra y el evento estaría bien nutrido de señoritas casaderas.

Por supuesto, él había pensado ponerse alguno de los ternos de ceremonia de los que disponía, más de los que necesitaba. Pero tía Mildred se había escandalizado porque al parecer no estrenar ropa en una boda era algo similar a maldecir a todos los santos del cielo en un aquelarre nocturno.

Llegó a la sastrería a media mañana, intentando pasar aquel mal trago cuanto antes. Lo recibieron con esa mezcla de fingida alegría y hastío de quienes tienen demasiado trabajo por delante y lo hicieron pasar a una sala donde el maestro acudiría a probarlo en cuanto tuviera un momento libre, dándole indicaciones de que mandarían a alguien para que le ayudara a despojarse de las prendas que llevaba puestas.

Con un suspiro de hastío, Travish rechazó la ayuda y, una vez a solas, él mismo dejó sobre una silla la levita, se deshizo del chaleco y de la camisa, se sacó las botas con cierta dificultad y pudo quitarse los ajustados pantalones, que dejó junto a lo demás, ya que todo lo que iba a llevar en la ceremonia debía ser nuevo.

Se quedó con los calzones de algodón y aguardó a que alguien acudiera, sin saber si debía avisar o simplemente esperar, mientras miraba alrededor y perdía el tiempo desentrañando las imágenes de un grabado colgado de la pared que representaba la muerte de Sardanápalo.

—Parece que alguien me ha indicado mal dónde debía desnudarme —dijo William, accediendo a la sala y cerrando la puerta a sus espaldas—. No sabía que compartíamos el mismo sastre.

Travish se sorprendió al verlo allí y, aunque intentó disimular su turbación, el arrebol de sus mejillas indicó que aquella aparición no le era indiferente. Instintivamente, se cubrió la entrepierna con las manos, pues el ajustado calzón lo evidenciaba todo.

—No tengo un sastre —contestó, intentando aparentar una flema que no tenía—. En escocia la ropa la confeccionaba la misma modista que hacía la de mis hermanas. Aquí todo es más complicado.

William estaba especialmente atractivo aquella mañana. Llevaba el rubio cabello aún húmedo y peinado hacia atrás. Un pañuelo azul intenso al cuello hacía resaltar el color de sus ojos y su elegancia natural llegaba a ser hipnótica. Atravesó la sala hasta situarse a un par de metros de Travish, quitándose la levita y doblándola con cuidado para dejarla sobre una silla libre.

—La boda de tus hermanos —dijo mientras se deshacía de los gemelos de la camisa.

—Así es —tragó saliva.

William asintió complacido y continuó desabrochándose el chaleco.

—Los Wetherby son una excelente familia —expuso—, y tengo entendido que la tía de Patrick Bellhollow tiene una considerable fortuna.

Travish se sentía incapaz de dejar de mirar el movimiento de sus dedos, que ya habían desabrochado el chaleco y hacían lo mismo con las cintas de la camisa.

—Supongo —tragó saliva—. ¿Qué haces?

William se detuvo un instante y lo miró, como si no terminara de comprender la pregunta. Al fin acabó con la camisa y se la quitó, dejando al descubierto su pecho desnudo, suave y delicadamente pálido.

—Seguir las indicaciones del ayudante de sastrería —dijo con total naturalidad, sentándose en otra silla para deshacerse de los zapatos de hebilla—. Me ha dicho que me desnude y eso es lo que pretendo hacer —le sonrió y, una vez descalzo se puso de pie para deshacerse de los pantalones ajustados—. ¿Sabes que tu tía me ha invitado a la boda?

—No-no, no lo sabía —sus mejillas ya estaban tan encendidas como una ciruela—. Le hubiera pedido que no lo hiciera de haberme consultado.

William al fin estaba en las mismas condiciones que su amigo, con solo los ajustados calzones sobre su cuerpo. Se colocó las manos en las caderas y se enfrentó a él.

—¿Tanto me detestas, Travish?

El menor de los McGomery intentó apartar la vista, aunque todos sus instintos lo llevaban al cuerpo masculino que resplandecía ante él.

—William —logró articular—, creía que lo habíamos dejado claro.

Este dio un paso al frente, lo que provocó que su amigo tragara de nuevo saliva.

—Me han dicho que buscas esposa.

Travish agradeció aquel cambio en la conversación.

—En esta ciudad, los rumores vuelan.

—Sobre todo, cuando pones tu destino en manos de *lady* Felicity Lovelock.

No tenía ni idea de quién hablaba. Él había puesto su destino en manos de dos mujeres en quinees confiaba: su tía Mildred y su

abuela Fiona. Lo que ellas hicieran para lograr su objetivo no le incumbía. Se encogió de hombros.

—No sé quién es, pero no voy a preguntártelo.

William sonrió, lo que provocó una pequeña convulsión en el corazón de Travish.

—Puedo elaborarte una lista de señoritas de la mejor posición que estarían encantadas de casarse contigo y serían… comprensivas.

El matiz especial de la última palabra no le pasó desapercibido.

—¿Comprensivas?

El joven duque abandonó su postura arrogante, aunque no apartó la mirada de los ojos grises de su amigo. Mostró las palmas de las manos, intentando evidenciar lo indiscutible.

—¿Crees que es solo una afición que puedes dejar de practicar a tu gusto?

No tenía que explicarle a qué se refería, para su desgracia, lo sabía bien. Pero él era un McGomery, y su estirpe, su clan, era conocido por su testarudez. Si había decidido dejar a un lado aquella parte de su vida, lo haría.

Se apartó de William y fue hasta la silla donde estaba apilada su ropa.

—No ha sido una buena idea venir hoy a probarme.

William fue hasta él, aunque se paró a una distancia prudente.

—Travish, recapacita —casi le rogó—. Esto no es pasajero. Busca una manera de no hacer daño a una inocente. Olvídate del matrimonio. Céntrate en tus libros de física, de química, de lo que diablos traten, y ten encuentros ocasionales en lugares discretos.

Él se giró, enfadado, para darse cuenta de que estaba muy cerca, demasiado cerca, tanto que con solo dar un paso se encontraría con sus labios.

—Esa no es una opción para mí —masticó cada sílaba mientras intentaba doblegar los sentimientos encontrados que atravesaban su corazón. William no se movió de donde estaba.

—Para mí lo ha sido —de nuevo, mostró las palmas de las manos—, y soy el cabeza de familia de una de las dinastías más

importantes del Reino.

Travish había tomado la camisa, pero no había hecho el intento de ponérsela. Luchaba en ese momento con su mirada, que se empeñaba en recorrer el cuerpo de William pese a su loco empeño de que no fuera así.

—Yo no soy como tú —logró decir, aunque su voz no sonó convincente.

—Eres exactamente igual que yo —dio un paso hacia él, deteniéndose a escasas pulgadas de su cuerpo—. Lo vi en tus ojos la primera vez que te vi.

—Te equivocas.

William se humedeció los labios y fijó sus ojos en los de Travish.

—Cuando te des cuenta de que no hay marcha atrás, será tarde.

Travish se los humedeció. Estaba hipnotizado por la proximidad de William, por el delicioso olor que emanaba de su cuerpo, por los recuerdos de cómo lo había estrechado entre sus brazos en el pasado.

—Será mejor que me marche —pudo apenas decir, aunque nada en él evidenciaba que fuera a hacerlo.

William alargó una mano y echó una vuelta de llave en la puerta.

—Veamos si, como dices, es solo un capricho.

48

Lord Lorn entregó el bastón y la chistera a su mayordomo y caminó por el vestíbulo de su casa londinense con el mismo paso ensimismado que le tenía atrapado desde el día anterior.

Desde la conversación con Lian Ashbourne, su cabeza no dejaba de darle vueltas a la misma idea, y esta le parecía a veces tan absurda cómo brillante, y en ambos casos peligrosa.

Accedió al salón privado de su residencia londinense, donde su hija Davina ensayaba ante el clavicémbalo y Adrian leía La Gaceta del día.

—¿Y vuestra madre?

Su hijo y heredero levantó el rostro del papel y lo miró con la misma distancia helada con que se conducía con él desde la muerte de su abuela.

—Haciendo visitas —dobló el diario y lo dejó a un lado, poniéndose de pie—. Yo también debería marcharme.

Desde aquella noche en que todo se precipitó al vacío, Adrian se había vuelto un joven taciturno y malhumorado, a veces frío, siempre distante. En él no quedaba rastro del muchacho risueño y bienintencionado que siempre había sido. La promesa a su abuela de que se alejaría de Ailsa McGomery le había causado un dolor tan profundo que a veces sentía que no podía respirar.

Si su abuela le había pedido algo así era por una única razón, por lo que le había contado su padre, así que él era el responsable último de su infelicidad y era algo que no iba a perdonarle mientras viviera.

Sí, acataría su obligación como heredero de los McLean. Sí, se casaría con la mujer que le designarán. Y sí, cuidaría de su desvalida hermana hasta el fin de sus días o hasta que ya no le quedaran fuerzas, pero nada iba a conseguir que volviera a acercarse a aquel que había sido causa de su desdicha.

Ailsa.

Pensaba en ella a cada instante. A veces tenía el impulso de lanzarse a la calle para rondar su ventana, intentar verla, atisbarla desde la acera de enfrente, percibir el color de sus ojos y el olor de su cabello. Pero no lo había hecho porque también sabía que era el camino más directo a la locura.

En cambio, había decidido transitar por la vida atado a sus absurdas obligaciones de heredero, a aquellas normas que siempre le habían parecido dignas y desde aquel aciago día le parecían dantescas, envuelto en la infelicidad y la distancia.

Su padre, con quien no cruzaba más palabras de las precisas, carraspeó para llamar su atención.

—Antes de que te vayas —se interpuso en su camino—, me gustaría que habláramos.

Adrian apenas lo miró. Desde el día que murió su abuela, se había propuesto no intercambiar con él más palabras de las precisas.

—No creo que tengamos nada de qué tratar —dijo con pretendida frialdad—. El viaje de regreso a Escocia está preparado. Solo queda empacar los objetos personales, y eso se hará cuando decidas en qué fecha regresaremos a casa.

El vizconde no se movió de donde estaba.

—Es de eso de lo que quiero que hablemos.

Davina, que estaba acostumbrada a que le pidieran que se marchara cuando se trataban asuntos de caballeros, se puso de pie y cerró la tapa del clavicémbalo.

—Subiré a mis aposentos a vestirme para la cena.

Pero su padre la detuvo alzando una mano.

—Me gustaría que tú también estuvieras presente en la conversación.

La joven miró a su hermano, extrañada. Lord Lorn siempre había sido un hombre conservador que excluía a las mujeres de la familia de cualquier decisión. Según él, una hembra estaba diseñada para amarla y protegerla, nunca para dejarla decidir sobre cualquier cuestión.

Preocupada por la naturaleza de lo que su padre quería contarles, Davina se sentó prudentemente en el filo del diván mientras Adrian volvía a tomar asiento y su padre lo hacía enfrente.

Sus dos hijos lo miraban con una mezcla de extrañeza y aprensión mientras el vizconde se frotaba las manos y temía que una perla de sudor rodara por su rostro.

—No sé por dónde empezar.

Su hija intentó ayudarlo.

—Hazlo por el principio.

—Mi padre era un hombre rudo y poco dado a las contemplaciones…

Adrian alzó una ceja y lo interrumpió.

—Quizá no tan al principio.

El vizconde no supo si se trataba de un comentario bromista, pero cuando miró a su hijo y no vio en su rostro una sola pizca de humor, volvió a frotarse las manos y se humedeció los resecos labios.

—Me he equivocado en todo.

Adrian y Davina se miraron entre sí. ¿Se habría dado un golpe, o era el sofocante calor de Londres, que para un europeo era inexistente, pero para un escocés de las Tierras Altas podía resultar agotador? Adrian se adelantó ligeramente en su asiento.

—Quizá deberías ser un poco más específico.

El vizconde asintió y se dirigió a su hija.

—Lo que te pasó, Davina, no se puede reparar —sentía un nudo en la garganta—, pero protegiéndote como si fueras una de esas figuras de porcelana que colecciona tu madre, solo conseguiré que te asfixies, que llenes nuestra casa de tristeza y te marchites.

A la muchacha le brillaron los ojos.

—Padre…

Él alzó una mano, porque siempre había llevado mal el llanto de una mujer.

—Mañana le pediré a tu madre que te encargue vestidos nuevos y mandaré una nota al lord Chambelán para preparar tu presentación en la Corte —lo dijo con su firmeza habitual, para pasar a dulcificar su voz al mirarla a los ojos—. No me opondré al hombre que elijas siempre que sea decente y dé muestras de que te ama.

Ella sonrió y fue capaz de alargar un brazo para tomar entre sus dedos la ruda mano de su padre.

—El amor por encima de todas las cosas —recitó la muchacha.

—Nuestro lema —su padre soltó un suspiro—, que llevado al extremo es una manera como otra de crear desdicha a nuestro alrededor.

Bajó la cabeza hacia la alfombra. Nunca hubiera creído que diría algo así. Le habían enseñado que amar era sacrificarse por aquellos que lo merecían, llevarlo a las últimas consecuencias, como él había hecho con sus hijos, lamentablemente.

Adrian no había dado muestras de enternecerse con las palabras de su padre. Seguía con la espalda estirada y las cejas levemente fruncidas.

—¿A qué vienen estos cambios, padre? —le preguntó con desconfianza.

El vizconde se pasó la manga de la levita por la nariz y lo miró a los ojos.

—En cuanto a ti, todo esto comenzó cuando el altanero conde de Currie llegó a las Tierras Altas para extorsionarnos con los impuestos. Al menos, así lo creí, y actué en consecuencia, poniéndome en su contra.

—Mientras yo me enamoraba de su hija —apuntilló el muchacho.

Su padre asintió.

—Y yo cambiaba de parecer porque el amor… —iba a decir de nuevo el lema familiar, pero se contuvo—, pero entonces intuí lo que tramaba ese maldito de Currie, se lo conté a tu abuela y esta estuvo de acuerdo conmigo en que debíamos alejarnos de los McGomery. Si iban a cometer la locura de sublevarse contra la Corona, no podíamos estar en medio.

Las mandíbulas de Adrian crujieron.

—Eso es lo que me contaste.

Lord Lorn miró a sus hijos. Primero a una, que parecía tan ilusionada como desconcertada. Después al otro, que seguía con la desconfianza reflejada en la mirada.

—Ayer me pidieron que traicionara a los McGomery —dijo al fin.

De nuevo, ambos muchachos intercambiaron una mirada de inquietud.

—¿Quién? —le peguntó Adrian, y su padre venteó el aire con la mano.

—No importa —dijo—. Hubiera sido muy bueno para nosotros. La fidelidad al Rey estaría probada, conseguiríamos prebendas y seguramente los mejores matrimonios para vosotros dos.

Adrian se inclinó hacia él.

—¿Y por qué has dicho que no?

Porque era evidente que lo había hecho, de otra manera no estarían manteniendo aquella conversación.

El vizconde tardó en contestar. Parecía que aún no estaba seguro de haber tomado el camino correcto.

—Porque comprendí mi error —dijo al fin—. Soy un orgulloso escocés celoso de sus raíces que se queja malhumorado cuando le reclaman los impuestos y se aleja de aquellos que actúan con honor —de su nariz salió el aire contenido—. Es un sin sentido. Es una falta de honor.

Adrian intentaba encontrar el sentido en lo que su padre acababa de contarles.

—Sigo sin entenderte, padre.

El vizconde se puso de pie y paseó arriba y debajo de la habitación, seguido de cerca por la mirada de sus hijos.

—Currie ha tenido el valor y la inteligencia de luchar por lo que es nuestro —dijo al fin—, nuestro honor de escoceses, y cuando lo he sabido, únicamente he pensado en nuestra seguridad. Como hice con mi Davina —la señaló—. Como hice contigo —hizo lo mismo con él—. ¿Y qué he conseguido? —hizo una pausa—. Unos hijos desgraciados.

Aunque Adrian era consciente del evidente cambio que se había producido en su padre y en consecuencia en todos ellos, seguía sin entenderlo.

—¿Y qué se supone que haremos ahora? —preguntó.

El vizconde se sentó donde había estado y se inclinó hacia los dos.

—Quería consultarlo con vosotros.

Davina no se desplomó porque estaba sentada, pero lo miró preocupada y con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien, padre?

—Sí, aunque no lo parezca. —En esa ocasión, fue él quien la tomó de la mano—. ¿Qué harías tú, hija?

La joven no estaba acostumbrada a que sus palabras se tomaran en cuenta, así que tardó en contestar. Cuando lo hizo, no hubo inflexión en su voz.

—Apoyaría a los McGomery sin dudarlo.

Su padre le palmeó la mano para volverse hacia Adrian.

—¿Y tú?

Pero este se puso de pie y se estiró el chalequillo.

—Me daría igual el destino, padre —le contestó—, porque, aunque haya un cambio de rumbo, yo le he prometido a la mujer que más respetaba que no me casaría con la mujer que amo, y eso no tiene marcha atrás.

Y abandonó la sala sin mirar a su espalda.

49

El mismo buen viento que los llevó a Cerdeña parecía que los iba a acompañar de regreso a Roma, donde lord Currie debería aguardar a la princesa María Beatriz que, tras romper el contrato matrimonial con el duque de Módena, se reuniría con él para firmar el acta donde su tío Carlos Manuel, el rey abdicado, le cedería los derechos dinásticos de los Estuardo a la corona de Escocia.

Lord Currie estaba exultante. Ni en sus mejores sueños esperaba que le hubiera salido tan bien un plan que a todas luces era una locura.

Las negociaciones no habían sido fáciles. Víctor Manuel, el padre de la princesa, era un hombre avispado, y si había mantenido el trono cuando Napoleón era el dueño de media Europa, era porque sabía qué hacer y en quién confiar.

El conde sabía que el regalo que le traía no era desdeñable: la Corona de Escocia para los Saboya, que hubiera sido una locura en cualquier otro momento, pero con el Reino Unido embarcado en una guerra sin fin con Francia no había mejor desenlace.

Aún no las tenía todas consigo. Aunque Carlos Manuel había consentido en abdicar de sus derechos dinásticos, Currie era consciente de que no podía darlo por hecho hasta que el documento estuviera perfectamente rubricado, por eso era imprescindible regresar a Roma y asegurarse de que el antiguo soberano no cambiara de opinión.

Hacía menos de una hora que habían zarpado y por suerte el correo les había cogido en el puerto, justo cuando estaban a punto de embarcar. El señor Fraser se había encargado de todo y mientras él estaba en cubierta disfrutando del viento fresco que le azotaba el rostro, su secretario había preferido refugiarse en el camarote para despachar los asuntos urgentes que las cartas pudieran demandar.

Confiaba plenamente en él y ya habían aprendido que, ante el mareo, lo mejor era tener la mente ocupada, lo que le vendría de maravilla al señor Fraser.

El conde, henchido de felicidad, paseó por la cubierta de la goleta hasta cruzarse con el capitán.

—¿Cuánto tardaremos el llegar a puerto? —le preguntó.

Este miró al horizonte.

—Si el viento se mantiene, arribaremos a Civitavecchia en dos jornadas.

Currie dio una palmada al aire. Allí los aguardaría un cochero y desde allí a Roma. El Rey los había invitado a hospedarse en el palacio Colonna, por lo que sería más fácil influir en él para que no cambiara de opinión.

—Parece que se mueve menos que cuando vinimos.

El conde se giró sujetándose a un cabo para ver cómo se aproximaba el señor Fraser. Tenía una tez más saludable que en el viaje de ida, aunque seguía sin saber controlar sus pies sobre una superficie inestable, por lo que daba tumbos de un lado a otro pese a que el mar estaba en calma.

—Al final se convertirá usted en un gran marino —bromeó el conde.

—Antes tomaría los hábitos, señor. El mar no está hecho para mí.

Se ubicó junto a su patrón, aunque no se arrimó al guardamancebos, ya que seguía sintiendo pánico por el mar.

—¿Había algo importante en el correo?

El señor Frase enumeró.

—Cartas de su administrador alabando la labor que está haciendo el señorito Ewan en la gestión del patrimonio familiar en su ausencia, algunas invitaciones que ignoro cómo se pueden considerar tan importantes como para atravesar el mundo tras nosotros y una nota de la Cancillería Real agradeciéndole su labor en las Tierras Altas. Las he contestado todas y las entregaré al correo en cuanto desembarquemos —se metió una mano dentro de la levita y extrajo una misiva—. También ha llegado carta de su familia.

El conde lo miró un tanto sorprendido.

—¿Dos seguidas? —sonrió—. Creo que va siendo hora de contarle a mi Moira nuestros planes o me repudiará.

—No es de su esposa, sino de *lady* Ravenshire.

—¡Mildred! —adoraba a su hermana—. ¿Qué mosca le habrá picado para escribirme?

El señor Fraser, como siempre, intentó mediar.

—Quizá lo haya hecho por indicaciones de la condesa.

—Moira no necesita que nadie redacte una carta por ella. Tenemos cosas íntimas que contarnos —le guiñó un ojo.

El señor Frase cambió el peso de un pie a otro.

—Jamás he visto un matrimonio tan bien avenido, señor —carraspeó—, aunque si me permite decirlo…

—Suéltelo —lo apremió.

—Ha sido usted muy desconsiderado con la condesa. Pocas damas hubieran aguantado una mudanza a una ciudad extraña donde empezar de nuevo, el rapto de una hija y la boda de dos.

La frente del conde se frunció.

—¿De qué me habla?

El secretario del conde le señaló la carta que le acababa de entregar.

—Me dijo usted que de ahora en adelante leyera todas las cartas menos las de su esposa, y eso he hecho.

Lord Currie desdobló el papel que, en efecto, tenía el lacre roto, y se enfrascó en la lectura. Su rostro pasó de la sorpresa a la preocupación, hasta tal punto que, cuando terminó de leerla, estaba ligeramente pálido y la preocupación había anidado en su rostro.

—¡Capitán! —alzó la voz para que el oficial de mayor rango se acercara.

—¿Sucede algo, señor? —preguntó este cuando llegó a su lado.

El conde había apretado la nota en su mano, que ahora era un papel arrugado.

—Cambiamos de rumbo —le ordenó—. Debemos ir a Livorno.

—¿Livorno? —el señor Fraser empalideció tanto como su patrón.

Este asintió ante un estupefacto capitán que no sabía si tomarlo en serio.

—Así es —dijo Currie con firmeza—. Y despliegue todas las velas, aunque peligre la integridad de los mástiles.

—Pe-pero ¿qué…?

El conde miró hacia el horizonte. Toda la seguridad de hacía un instante se había volatilizado.

—Me he equivocado —murmuró—, y si no lo reparamos cuanto antes, no habrá manera de remediar el error.

50

Sigue encerrada en sus aposentos? —preguntó la condesa de Currie a su ama de llaves cuando se cruzaron por el pasillo.

Esta simplemente asintió.

Desde que habían regresado a la mansión con Nessa, la muchacha no había dejado de llorar y se negaba a salir de su habitación. Había prohibido que nadie entrara, ni siquiera su doncella, y el lacayo que le subía la comida tenía que dejar la bandeja en la puerta, pues la joven se negaba a abrir. Esa vez, la condesa no lo dudó.

—Dígale al señor Gilchrist que mande a un hombre fuerte con un mazo. Y habrá que llamar más tarde a un carpintero.

Sin saber qué pretendía hacer, la señora Whitmore se apresuró a cumplir las órdenes mientras la condesa subía las escaleras hasta la tercera planta de la casa, donde estaban las habitaciones de sus hijos.

Como en las anteriores ocasiones, cuando se detuvo ante la puerta de Nessa, esta estaba cerrada desde el interior. No intentó forzarla y aguardó con paciencia hasta ver aparecer a su mayordomo acompañado de otro de los criados, un hombre robusto que trabajaba en los establos. En cuando llegaron junto a ella, el primero la miró con cierto desconcierto.

—No estoy seguro de haber entendido las indicaciones de la señora Whitmore.

Lady Currie le indicó la cerradura y el delicado pomo de latón finamente labrado.

—Golpéelo hasta abrir la puerta.

El lacayo miró asombrado a su superior, pero este lo animó sin dudarlo a que lo hiciera.

Con el primer golpe de la maza, la puerta se tambaleó, pero no se abrió a pesar de que las paredes retumbaron. Con el segundo, la madera estalló y dejó libre acceso a la estancia.

Dentro, la condesa pudo ver a su hija sentada en la cama con el rostro aún surcado de lágrimas que los miraba con ojos de sorpresa y ofuscación. La dama no lo dudó, se recogió el vestido, esquivó el listón de madera que había caído al suelo y entró en la estancia.

—Acompáñame.

Nessa no se movió de donde estaba.

—Quiero que veas algo, después te dejaré que tomes la decisión que creas conveniente.

Hubo un atisbo de luz en los ojos de la muchacha, pero aun así se resistió, hasta que se dio cuenta de que su madre no se movería de donde se encontraba, y solo entonces bajó de la cama y con el rostro afligido la siguió, manteniéndose unos pasos tras de ella.

La condesa no intentó convencerla de nada. Ante un estupefacto sirviente y un no menos sorprendido mayordomo, bajó las escaleras seguida por su hija, y cuando llegó a la planta principal, se adentró en el vestíbulo dirigiéndose hacia las escaleras que llevaban a las estancias de descanso de los criados. Nessa se detuvo y, como si se hubiera dado cuenta de su titubeo, la condesa se giró hacia ella.

—Es por aquí.

—Yo no… —dudó de nuevo la muchacha, que no entendía lo que pretendía su madre.

—¿No quieres tomar las riendas de tu vida?

No esperó una respuesta y sujetando el vuelo de la falda bajó las escaleras seguida por una perpleja Nessa y por el señor Gilchrist, que no tenía ni idea de qué estaba sucediendo.

En cuanto llegaron abajo, los escasos criados que estaban alrededor de la mesa de descanso se pusieron de pie, e incluso la señora Perrins, que jamás abandonaba sus fogones, dejó a un lado el cazo y miró a su señora tan asombrada como sorprendida.

—Disculpen esta interrupción —se excusó la dueña de la casa —. Solo quería que mi hija Nessa conociera al pequeño Arthur.

Más miradas de sorpresa hasta que la señora Whitmore, que ya se encontraba allí, les pidió que la acompañaran hasta su

pequeño despacho, que Jane seguía utilizando para amamantar al bebé, pues ya no residía en la casa, pero sí acudía a trabajar unas horas con su hijo, pues no sabía cómo agradecer lo que habían hecho por ella.

La encontraron sentada en una silla con el pequeño Arthur enganchado a una de sus mamas. Fue a ponerse de pie cuando vio aparecer a la condesa, pero esta se apresuró a indicarle que de ninguna manera y que siguiera con lo suyo.

Nessa observó la escena con una mezcla de sorpresa y admiración, aunque seguía tan confundida que no sabía qué pensar.

—No entiendo qué hacemos aquí —le dijo a su madre en voz baja, bastante irritada.

—Ha nacido antes de tiempo y su madre ha estado en grave peligro —contestó la condesa para dedicar una sonrisa amable a Jane—, pero eso solo es pasado, ¿verdad?

—Señora, le estoy tan agradecida…

Pero *lady* Currie no le permitió que fuera más allá. Había sido muy consciente de la decisión que había tomado, y no se arrepentía de ello. De hecho, bajaba de vez en cuando a visitar al pequeño Arthur cuando sabía que estaba en la casa.

—Preocúpese únicamente de que tanto usted como su hijo estén bien —le dijo a la muchacha para dirigirse a continuación a su mayordomo—. Señor Gilchrist, ¿podríamos utilizar su despacho mi hija y yo? Serán solo unos minutos.

Este se apresuró a asentir.

—Por supuesto, *milady*.

Salieron del cuarto para avanzar unos metros por el pasillo hasta el gabinete del señor Gilchrist. Como no podía ser de otra manera estaba pulcramente ordenado. Cuando las instaló el mayordomo cerró la puerta tras sí y se preocupó de que no quedara ningún sirviente cerca escuchando tras la puerta.

Una vez a solas, Nessa se revolvió contra su madre.

—¿Qué pretendes con todo esto?

La condesa no perdió la calma.

—Jane ha sido deshonrada por un individuo que la abandonó en cuanto logró de ella lo que quería.

La muchacha no se dejó intimidar.

—Si pretendes decirme que Duncan es…

—Si el señor Gilchrist no hubiera sido un buen hombre —la interrumpió su madre—, la habría puesto de patitas en la calle, como era su deber, sin que yo me enterara. Seguramente, Jane y su hijo habrían muerto de frío o de hambre. O quizá peor, habrían sobrevivido, pero ella se hubiera tenido que dedicar a vender su cuerpo a hombres repugnantes para poder comer.

No era nada decoroso que una dama hablara de aquellos temas y mucho menos con una jovencita como Nessa, pero la condesa estaba decidida a que su hija comprendiera la crudeza de la vida y a lo que podía arriesgarse. La muchacha se llevó una mano al estómago.

—E-eso es horrible.

—Tú eres una dama y no tendrías ese destino —hizo una pausa—, en principio.

Nessa captó el matiz y sus mejillas empalidecieron levemente.

—¿Qué quieres decir?

La condesa le mantuvo la mirada. Era arriesgado lo que iba a hacer, pero ella misma había encontrado la forma de escaparse con Lian Ashbourne cuando tenía algo más de la edad de Nessa en ese momento, por lo que era consciente de que ni una muralla lograría detener a su hija si no era esa su voluntad.

—Duncan intentó abusar de Moira —dijo, pretendiendo que su voz no sonara melodramática—, y no es una invención suya, la abuela fue testigo. Tenemos constancia de que no es un buen hombre, Nessa. Casi puedo asegurarte que se aprovechará de ti, quizá te deje embarazada, y después te abandonará, como le ha sucedido a Jane.

Su hija dio un paso atrás.

—Eso no pasará nunca.

—Cuando eso suceda, no moriréis de hambre, por supuesto —continuó su madre sin escucharla—. Has tenido la suerte de nacer en una familia con recursos. Pero la sociedad te dará la espalda. Nada de bailes, de reuniones ni de visitas corteses. Se acabarán. Se acabarán para siempre. Tú misma nos rogarás que te dejemos vivir

apartada para no soportar las continuas humillaciones. Quizá en alguna de las casas perdidas en el campo, en los alrededores de Glenmara Castle. Y así será el resto de tu vida porque la gente no perdona y tú serás una pérdida para ellos.

Nessa intentaba aparentar indiferencia a las palabras de su madre, pero era evidente que habían calado en ella.

—No creo…

—Y ahora, haz lo que quieras —*lady* Currie se sujetó la falda y fue hasta la puerta—. No me voy a oponer. Pero ya sabes a las consecuencias a las que te enfrentas, así que yo de ti intentaría ser prudente.

Salió sin más, jugándolo todo a una carta, sin estar segura de haber conseguido convencer a su hija.

51

Después de lo que le había ocurrido a Nessa, lo último que le apetecía a Ailsa era acudir a una lectura en el Museo de Curiosidades del señor Bullock, pero tía Mildred adujo que era entonces, más que nunca, cuando debían hacerse ver en sociedad antes de que se disparasen los rumores.

De mala gana había accedido a acompañarla, una velada de tarde donde un joven poeta leería unos versos, se expondrían extraños objetos ceremoniales de la lejana India y se endulzaría todo con té azucarado y pastelitos de canela.

En cierto modo, la tía tenía razón. Su llegada a Londres no había pasado desapercibida y entre su lamentable desaparición y el espectáculo que había dado Ewan en casa de los Wetherby, los McGomery estaban en boca de todos. La próxima doble boda de sus hermanos era un nuevo aliciente, esa vez supuestamente positivo, aunque ella sabía que Ewan tenía el corazón en otra mujer que no era la encantadora señorita Anne, y Moira…

Quizá, en ese último caso, que su hermana se casara con un desconocido era lo mejor que podía suceder. Si se hacía pública su aventura con el señor Somerville, el escándalo no solo alcanzaría cotas inimaginables, sino que muy posiblemente el capitán tuviera que enfrentarse a la justicia por haber seducido a una «inocente joven» de una posición muy por encima de la de él.

—Y la próxima serás tú —estaba diciendo la tía mientras atravesaban las salas repletas de objetos tan fascinantes como repulsivos que adornaban mesas, estanterías o se esparcían colgados de las paredes. Había de todo: animales disecados, criaturas informes dentro de tarros de cristal, esculturas extrañas talladas por pueblos lejanos, herramientas insospechadas o manuscritos en lenguas que jamás aprendería.

—Estaba distraída —se disculpó Ailsa mientras atravesaban las concurridas estancias de la colección.

—Decía que, una vez Ewan y Moira se hayan casado, los próximos seréis Travish y tú —repitió la tía—, y espero que tú, querida, nos lo pongas tan fácil como tu hermano pequeño.

Lo de Travish también había sido sorprendente. En cierto modo, siempre había sospechado que se quedaría soltero, como aquel primo de su padre o el hermano pequeño de su madre. Pero, al parecer, de repente y de manera inusitada, le habían entrado las prisas por casarse, sin seguir el orden adecuado, ya que Niall y ella misma… Sonrió para sí, aunque llena de tristeza. Niall tardaría en asentar la cabeza, tanto como mujeres bonitas hubiera en Londres. En cuanto a ella…

Acababan de entrar en una nueva estancia repleta de objetos exóticos traídos del oriente cuando chocó sin darse cuenta con un caballero. Se volvió para disculparse y para encontrarse con la mirada sorprendida de Adrian Gillen clavada en ella. El joven tardó unos segundos en reponerse. Ella rogó porque no notara cómo se había encabritado el corazón en su pecho. Adrian se llevó una mano al ala de su sombrero, aunque ella lo vio tragar.

—Señorita McGomery —le dedicó una leve inclinación de cabeza—. *Lady* Ravenshire.

—Señor Gillen —dijeron casi al unísono.

La tía no sabía qué hacer e intentó leer en los ojos de su sobrina cuál era la mejor opción; si marcharse sin más, o quedarse allí un instante. El joven las sacó de dudas señalando a un lugar indeterminado al fondo de la sala.

—El poeta fue compañero de estudios —explicó Adrian—. Me he visto obligado a acudir.

Ailsa, que estaba especialmente hermosa con aquel vestido de tarde de un color verde intenso y un sombrero de seda negro, lo miró sin inmutarse, aunque por dentro todo era un revuelo.

—No debe disculparse —dijo de la manera más fría que fue capaz—. Puede hacer con su vida lo que le plazca.

El joven carraspeó.

—No me disculpaba, expresaba una situación. —La tensión entre ambos era palpable y había curiosos que ya los estaban mirando. Adrian intentó relajar el tono—. He de felicitarle por la próxima boda de sus hermanos.

El gesto de exasperación de Ailsa fue evidente. Ni estaba acostumbrada ni le gustaban los formalismos. Lo que había pasado entre ellos era un hecho cierto que ninguno de los dos había aclarado. Él porque había creído conveniente notificárselo con una misiva y ella porque no iba a rebajarse a pedir una explicación. Se estiró y su rostro adquirió un aire altivo.

—No creo que usted y yo debamos seguir hablando.

Tomó a su tía del brazo y empezó a retirarse, pero Adrian alzó ligeramente la voz.

—Mandarte una nota fue una mala idea —su voz estaba llena de dolor—, pero si te lo decía a la cara y te miraba a los ojos, nunca hubiera sido capaz de romper contigo.

Ella volvió sobre sus pasos mientras la tía Mildred lanzaba miradas tranquilizadoras a los curiosos que querían enterarse de qué sucedía allí.

—¿Romper? —rugió—. Nunca tuvimos nada más que un juego de niños.

Él arrugó la frente.

—¿Eso fue nuestra relación para ti?

—No pretenda achacarme a mí que nos hayamos separado —le espetó sin rebajar la formalidad con la que lo trataba, mirándolo de arriba abajo—. Fue una decisión que usted tomó libremente. Es evidente que las palabras que me dedicó en el pasado eran simple cortesía.

Fue a marcharse de nuevo, pero Adrian se movió para cortarle el paso.

—Cada una de las que te dije salieron de mi corazón y dudo que jamás pueda amar a nadie como te he amado a ti.

Ailsa lo miró con exasperación.

—Es usted un misterio incomprensible para mí.

El joven Gillen alzó una mano para tocarla, pero recordó que estaba en un lugar público y que sería algo inadmisible.

—¿Crees que te hubiera dejado si no hubiera una razón superior?

—He pensado mucho en ello y no he logrado encontrar otra que su falta de amor por mí —le contestó, muy seria—, por lo que solo puedo estarle agradecida por haberse retirado a tiempo.

De nuevo, fue a retirarse ante una tía Mildred que no sabía cómo actuar y otra vez Adrian se interpuso ante ella.

—¿Lo que estás viendo en mis ojos en este momento es falta de amor? —le reclamó el joven.

Ailsa no quería cruzar una sola palabra más con él, porque se derrumbaría, porque lloraría, porque le gritaría el dolor que le había causado, por eso se cubrió con la armadura de una mal aparente indiferencia cuando le habló a la cara.

—No tenemos nada más que hablar, señor Gillen. Espero que la vida le trate bien.

Él, con la frente fruncida, comprendió que haberla saludado había sido un error.

—Lo mismo le deseo —dijo, usando el mismo formalismo que ella.

Esa vez, cuando Ailsa se dio la vuelta para salir de la estancia, él no la siguió. Sí lo hizo tía Mildred, que se sentía muy orgullosa por cómo se había conducido su sobrina, pese a que el muchacho le gustaba.

Apenas habían andado un par de metros cuando Ailsa volvió sobre sus pasos sujetándose el vestido y le estampó una bofetada a Adrian en la mejilla.

A su alrededor se hizo el silencio y tía Mildred no supo dónde meterse.

—¿Por qué? —le espetó la muchacha al hombre que creía haber amado—. Estaba convencida de que me amabas.

Adrian no se inmutó, solo la tomó del brazo.

—Salgamos de esta sala.

Seguidos por la tía, atravesaron un par de estancia hasta una habitación tapizada de cuadros que parecían no interesar a nadie. Tía Mildred aguardó en la puerta por si tenía que despachar a algún curioso. Cuando al fin estuvieron solos, Adrian la miró a los ojos.

—Tú no tuviste nada que ver, Ailsa.

—¿Te ofendí? ¿Te dijeron algo de mí? ¿Has conocido a otra mujer?

Él negó con la cabeza.

—Prometí que no me casaría contigo a alguien muy querido y no puedo romper la promesa.

Ella abrió la boca e instintivamente dio un paso atrás.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

—Era una situación desesperada.

No tuvo que atar demasiados cabos para comprenderlo.

—¡Tu abuela!

A pesar de que no quería contárselo, Adrian asintió.

—Ya no hay manera de dar marcha atrás.

La muchacha alargó una mano para apoyarse en una silla. Había imaginado mil cosas: que todo había sido un juego, que hubiera ofendido a su familia de alguna manera, que su padre hubiera cerrado un compromiso con otra mujer…

—¿Por qué? —logró preguntar.

Adrian solo quería abrazarla, pero sabía que si lo hacía estaría perdido.

—No me corresponde a mí contártelo —respetó el secreto de su padre—, pero lo sabrás pronto.

Ailsa alzó la mano y lo abofeteó de nuevo. Tampoco en esta ocasión él hizo nada porque se sabía merecedor de cada uno de esos golpes.

—Nuestro amor solo valió la respuesta a una promesa —dijo ella, y entonces sí se anegaron sus ojos de lágrimas.

Él negó con la cabeza. No quería alentarla a nada, pues jamás traicionaría lo que había prometido a su abuela, pero tampoco quería que pensara aquello de lo que había existido entre ambos.

—Hubiera estado a tu lado pese a lo que se avecina —le confesó—. No me hubiera importado perder el honor y la vida por ti. Te lo puedo jurar sobre una biblia. Pero no puedo romper la promesa que le hice a una moribunda.

Ella analizó sus ojos para darse cuenta de que lo que Adrian le estaba contando era la verdad.

—No sé si detestarte o admirarte.

Él hundió la cabeza.

—Entonces compadéceme, porque no hay en mí un solo retazo de luz desde que te he perdido.

En cierto modo, aquello la tranquilizó. Las ideas dantescas que iban y venían a su mente sobre las razones que había tenido Adrian para alejarse ya estaban desterradas, pero la realidad era mucho más triste e irrevocable.

—El nuevo mundo en el que estoy no puede ser más extraño —dijo ella, quizá para sí misma.

Él le tomó una mano entre las suyas y la besó.

—Te deseo lo mejor, Ailsa, y lamento no formar parte de ello.

Ella contempló sus ojos. Estaba segura de que se había enamorado de él en el mismo instante en que sus ojos azules se cruzaron en The Pantheon.

—¿Te olvidaré algún día? —le preguntó.

Él notó cómo se le rompía el corazón.

—Rezaré por ello.

No había más que decir.

—Adiós, Adrian.

Y, antes de esperar una respuesta, abandonó la estancia camino de la salida, seguida de cerca por su tía, que analizaba su rostro para calcular hasta dónde debía preocuparse por lo que había ocurrido.

—¿Estás bien? —se atrevió a preguntarle cuando llegaron a la salida.

Ailsa suspiró.

—¿Por qué duele tanto, tía?

Lady Ravenshire la tomó del brazo y le apretó la mano.

—Porque, si no doliera, no aprenderíamos a valorarlo cuando lo tenemos.

52

El capitán Somerville se recostó en la butaca de su despacho y miró a través de la ventana. Era curioso cómo hacía apenas unos meses los McGomery eran unos completos desconocidos y en aquel momento se habían convertido en el centro de casi todas sus actividades.

Alargó una mano y tocó el chal de seda que descansaba sobre el respaldo de una silla. Moira lo olvidó allí la segunda vez que se vieron y él no había tenido la intención de devolvérselo. En cierto modo, le gustaba la sensación de mirarlo de soslayo, de saber que estaba allí, era como si ella pudiera volver en cualquier momento a buscarlo, como si lo que habían tenido juntos no se hubiera acabado.

Supo que sería inevitable enamorarse de ella la primera vez que la vio. Lo recordaba nítidamente. Lo había planeado todo para que fuera a él y no a otro a quien llamaran cuando aconteciera la desaparición de la señorita Ailsa, y así fue. La familia estaba desesperada, la condesa no podía creer que le hubieran arrebatado a su adorada hija delante mismo de sus ojos y Ewan estaba superado por los acontecimientos. Sería necesario buscar a alguien de mente fría y analítica para llevar a cabo la investigación, y ahí estaba él, decidido y dispuesto.

Lo sabía todo de los McGomery, más incluso de lo que ellos mismos sospechaban los unos de los otros.

Era conocedor de que Richard, el único hijo de los admirados tíos abuelos, seguía vivo y de que pronto se enteraría de la existencia de Mairi, la niña que abandonó a su suerte cuando apenas sabía caminar por sí sola junto a una madre moribunda con la esperanza de que no se volviera un problema incómodo para él en el futuro.

Sabía de la particular relación de *lady* Currie con lord Lian Ashbourne. Los había seguido de cerca y, aunque no estaba muy

convencido de lo que la dama sentía por el caballero, sabía que se habían besado en la intimidad de una carroza. No tardó mucho en indagar entre sus colegas escoceses para hacerse eco de unos rumores lejanos que decían que la condesa y el lord habían tenido una escandalosa relación en su juventud que se había saldado con la precipitada boda de la entonces muchacha y con el destierro a otras capitales extranjeras de Ashbourne como adjunto a las embajadas.

Había descubierto la particular relación de Ewan McGomery con la bella señorita Locatelli, desde hacía unas semanas señora de Ravelli. Sabía que él la amaba con una pasión descontrolada y que era correspondido. Había descubierto que Gabriella había aceptado casarse para alejarse de Ewan, ya que temía que aquella pasión pudiera volverse dramática para ambos si dejaban rienda suelta a sus sentimientos.

Conocía por qué los McLean habían decidido romper toda relación con los McGomery y sabía que mantener la promesa que Adrian había hecho a su difunta abuela era la razón de una ruptura que nadie se explicaba y menos que ninguno, Ailsa.

No le había costado trabajo descubrir la particular relación de Niall con la exótica Arabella, la estrella de El Cisne Dorado. Aquel descubrimiento no le sorprendió, ya que era evidente que antes o después se conocerían. En aquella ocasión, el asunto sí se le había ido de las manos, pues Niall, inequívocamente, había tenido que ver con la desaparición de Arabella y, por el momento, aún no sabía dónde la tenía oculta, aunque no tardaría en descubrirlo.

Quizá lo más sorprendente de todo era la naturaleza especial de la relación entre Travish McGomery y el duque de Dovedale. Alexander era un hombre de mundo y había estado en el ejército, por lo que las amistades *especiales* entre caballeros las había visto antes. Pero lo que había entre los dos jóvenes era fuego puro, como el magma de un volcán, y temía que antes o después los abrasara a ambos.

En sus pesquisas, había llegado a detestar con verdadera repugnancia a Duncan Glenrowan por lo que le había hecho a Moira, pero había presenciado desde el principio sus acercamientos a la joven y no tan inocente señorita Nessa. Sabía de sus encuentros

furtivos en casa de *lady* Ravenshire y supuso que el truhan no tardaría en buscar otra manera de ver a la joven en privado. No se había equivocado cuando descubrió que iba a buscarla a la salida de la escuela de señoritas y que tenía planes repugnantes para ella. Sintió alivio cuando Ewan fue en su búsqueda para encontrarla y disfrutó cuando el mayor de los McGomery descargó su puño sobre el rostro de aquel malnacido.

Y después estaba Moira.

A ella solo debía espiarla, saber qué relaciones mantenía en la Corte, con quién se codeaba y si llegaba a tener una ascendencia excesiva sobre la Reina como después pasó, pero con lo que no contaba era con que se enamoraría de ella.

Enamorarse era un término quizá demasiado ligero para lo que sentía por Moira. Había sido un hombre atractivo por quien las damas siempre habían suspirado, pero con Moira McGomery se sentía un cervatillo delante de las fauces de una loba, porque perdió todo control sobre sus obligaciones y solo lo impelía el deseo. Un deseo feroz, incansable, arrollador, tan fuerte que le había obligado a separarse de ella por temor a lastimarla más de lo que lo haría cuando todo se supiera.

Decirle que debían separarse no había sido una tarea fácil y había sentido un dolor nunca antes sentido cuando supo que habían concertado su próximo matrimonio con un tipo al que ni siquiera conocía.

¿Por qué le importaba si era consciente de que jamás podrían ser otra cosa que amantes en el anonimato? Ella era una gran dama y él… poco más que un sinvergüenza. Sin embargo, seguía pasando cada momento del día pensando en ella, en el contorno de sus labios, en el tono de su voz, en su sentido extraño y muy escocés del humor, y en la manera en que se sinceraba con él, sin ambigüedades, algo a lo que no estaba acostumbrado.

Aquellas eran las cosas que sabía, la mayoría de ellas ocultas entre hermanos, entre padres e hijos, entre amigos, y solo él tenía el mapa completo de lo que estaba sucediendo y, quizá, de lo que iba a pasar.

Un par de golpes en la puerta lo sacaron de sus meditaciones. Apartó la mano del delicado chal y se recompuso en la silla de su despacho.

—Adelante.

Su antigua criada, que había vuelto a su servicio cuando él le aseguró que no volvería a encontrar a ninguna dama en la casa, accedió a la estancia.

—Tiene una visita.

Él alzó una ceja porque no esperaba a nadie.

—¿Ha dejado tarjeta?

La mujer puso cara de desagrado.

—Es ese caballero, ya sabe.

No tuvo más que decirle porque Alexander sabía muy bien a quien se refería. Solía presentarse así, sin avisar, una manera como otra de dejarle claro quién mandaba allí y dónde debía estar depositada su fidelidad. Reprimió una mirada de disgusto y le indicó con un gesto que lo dejara entrar.

Cuando se quedó a solas, se puso de pie y volvió a asomarse a la ventana. Aquello había comenzado como un trabajo más: un elegante caballero que se presentaba en su despacho y le prometía una cantidad obscena de dinero si lo descubría todo de una familia de paletos escoceses que se acababan de mudar a Londres. Lo que él nunca hubiera llegado a sospechar eran los lazos especiales que se iban a crear con aquella familia, los sinsabores por la desaparición de Ailsa, la amistad sincera con Ewan, la preocupación real por Nessa, el amor incuestionable por Moira.

—Capitán Somerville —escuchó la voz a sus espaldas—, espero no llegar en un momento inoportuno.

Alexander sabía que aquella era una forma como otra cualquiera de decirle que lo visitaría cuando le placiera y él debía estar dispuesto recibirlo.

—¿Quiere tomar asiento? —le dijo con calculada sequedad.

—Será una visita breve —lo miró de arriba abajo—. Estoy decepcionado con usted.

El capitán se metió las manos en los bolsillos ante un hombre que sabía peligroso.

—¿Y eso por qué?

El visitante no se movió de donde estaba, pero le lanzó una nueva mirada de desprecio.

—Le he pagado más dinero del que usted jamás ha soñado para tener bien vigilados a esos McGomery.

—¿Y acaso no lo he hecho?

Hubo una mirada de exasperación en los ojos del caballero, algo fugaz, como si por un momento no se hubiera sentido capaz de reprimirse.

—Pero ha dejado escapar a mi hija —le acusó—, y pondría la mano en el fuego por que ellos son los responsables de su desaparición.

Alexander no se inmutó. Sabía que aquella hiena estaba analizándolo, buscando sus debilidades. Si alguna vez se enteraba de lo que había existido entre Moira y él… Logró mantener una actitud infranqueable.

—Le aconsejé que no la expusiera —le dijo con tono neutro—. Fue usted quien creyó que era una buena idea ponérsela delante de los ojos a Niall McGomery, *sir* Horace.

Sir Horace Lyndon alzó la cabeza, arrogante.

—Ella había sido obediente, al menos, hasta ese momento.

No era buena idea discutir con un hombre así, y mucho menos echarle en cara sus errores. Intentó sonar profesional.

—Daremos con ella, no se preocupe. Siempre lo hacemos.

—Más le vale —dijo el subsecretario del Interior de Su Majestad y padre de Arabella—, o me enfadaré muy seriamente con usted.

Y, sin mediar una palabra más, abandonó el despacho dejando a Alexander con la misma sensación de que se había equivocado como nunca antes.

53

Ewan golpeó con los nudillos la puerta ya reparada de su hermana pequeña y, a diferencia de las otras veces que lo había intentado, esta le dio permiso para entrar, aunque su voz sonó tan frágil como una copa de cristal.

Cuando Ewan accedió, encontró a Nessa sentada delante de su tocador, aún con el camisón puesto y la bata sobre él, con la mirada perdida entre los tarros y polveras que desde muy joven se había empeñado en poseer y su madre había consentido a regañadientes.

—Quería saber cómo te encontrabas —dijo su hermano, intentando adivinar si aquella historia había dejado una herida profunda en la muchacha.

Nessa tardó en contestar, y cuando lo miró a los ojos, él no vio el brillo que solía iluminarlos.

—He hablado con mamá —dijo la muchacha.

Lo cierto era que entre él y su madre últimamente había una especie de abismo difícil de franquear.

—No me lo ha dicho.

Su hermana pequeña ladeó la cabeza esbozando aquella expresión ingenua que tan bien la caracterizaba.

—¿Sabías que una de las criadas se ha quedado embarazada? El señor Gilchrist, la señora Perrins y la señora Whitmore se han encargado de ella. Si no fuera por lo que han hecho, ella y su hijo podrían estar muertos en este momento.

No supo qué contestar. Evidentemente, estaba hablando de una mujer… ¿soltera? Porque, de ser una de las sirvientas casadas, no debía de haber nada que comentar.

Se preguntó cómo no se había enterado de aquello y cómo era que su madre lo había aceptado sin más. Anotó mentalmente tratarlo con ella en cuanto tuviera ocasión.

Pero en aquel momento el problema era Nessa y cómo se encontraba. Al parecer, el amor empezaba a ser esquivo para todos ellos: para Ailsa, para Moira, para Niall y para él mismo, y por supuesto para Nessa.

Se acercó hasta ella y le puso una mano sobre el hombro.

—No quiero que pienses que hemos actuado de forma caprichosa —le dijo mirándola a los ojos a través del espejo—. Tenemos indicios más que probados de que lord Glenrowan no es como tú crees.

Ella apartó la mirada y el brillo de las lágrimas acudió a sus ojos.

—Es difícil pensar que alguien es tan horrible cuando llevas media vida adorándolo —contestó Nessa—. Tendré que pedir disculpas a Moira.

—Sabes que no es necesario —le aseguró su hermano—. Ella, todos estamos contigo. Lo importante es que no haya ido a más. Que hayamos sido capaces de desenmascararlo antes de que…

Nessa lo interrumpió.

—Estoy embarazada.

Ewan tardó en asimilarlo. Cuando comprendió lo que le estaba diciendo, su primer impulso fue salir de allí, buscar a Duncan y sacarle las entrañas con sus propias manos, pero fue capaz de calmarse. ¿Qué sabia Nessa de la vida marital? Dudaba que su madre se lo hubiera contado. Quizá era solo una ilusión, quizá…

—¿Có-cómo lo sabes? —le preguntó.

Nessa apartó la mirada, ruborizada.

—Cuando lo hicimos, él me aseguró que eso no pasaría, pero…

Ewan se había puesto pálido.

—No me des detalles —le rogó a su hermana.

Ella parecía de pronto mucho más joven de lo que lucía, incluso se mostraba perdida dentro de su ampulosa bata de encajes.

—Sé que en mi vientre hay un bebé —le aseguró—, lo presiento.

Todas las dudas atravesaron la cabeza de Ewan McGomery. Si aquello era cierto, sería la ruina para la muchacha. Se puso de

rodillas ante ella y la tomó de las manos para que entendiera lo que le iba a pedir.

—Nessa, esto es muy serio. Debemos decírselo a madre.

Ella se soltó y casi se puso de pie. Solo de pensarlo, de ver la vergüenza en el rostro de su madre… se llevó una mano al pecho.

—Me mataré si se lo cuentas —lo amenazó, muy seria, pero con más firmeza de la que él le había visto nunca—. Solo confío en ti, Ewan.

Aquello no podía ser un secreto entre hermanos, ya eran demasiados: el amor impropio de Moira y Alexander, el de Niall y Arabella, el suyo propio con Gabriella… Al menos, Travish estaba lejos de provocar un escándalo.

Intentó serenarse. Sabía que Nessa era la más impetuosa y debía andarse con cuidado. Lo mejor era ir poco a poco, paso a paso. Y tomar las decisiones que cada circunstancia requiriera. Se puso de pie y la miró, intentando ablandar la dureza de sus ojos.

—Tiene que verte un médico, Nessa —eso los sacaría de dudas—. Si es como dices, decidiremos qué hacer.

Ella se puso de pie y se tocó el vientre.

—No quiero tenerlo —su voz no sonó dubitativa—. No después de lo que he sabido de Duncan. No quiero que mi hijo sea así.

Ewan se horrorizó. Había oído historias de mujeres que habían intentado provocarse el parto y habían fallecido gangrenadas y con fuertes dolores. Eso sin pensar en el grave pecado en que incurrirían si le quitaba la vida a un inocente. Se humedeció los labios. Sentía la boca seca. Aquello empezaba a superarlo.

—Nessa —logró que su voz no estuviera crispada—, provocar un aborto es peligroso, además de ilegal.

Ella ya no le escuchaba.

—Tiene que haber alguien —se giró hacia él. Sus ojos parecían febriles—. ¿No es Londres la ciudad donde todo es posible?

Tenía que quitarle aquella idea de la cabeza, hacerla razonar.

Respiró hondo. No debía dejarse llevar por los acontecimientos. Primero era necesario saber si de verdad estaba en cinta o solo era una apreciación de la muchacha. Quizá ese

monstruo solo la había besado y su falta de madurez en los temas amorosos la había llevado a pensar… Indudablemente, él no podía indagar sobre aquello. Sería indecoroso y no estaba preparado para hablar con sus hermanas de esos asuntos.

Dio un paso hacia la puerta. Era mejor no perder el tiempo.

—Llamaré a tu doncella para que te vista —le dijo—. Iremos hoy mismo a que te reconozca el doctor.

Ella asintió, intentó sonreír, pero su boca mostró una mueca difusa.

—Y si tengo razón…

—Nessa —intentó ser paciente pese al shock que la noticia había supuesto para él—, me caso en dos días y no estaré aquí para cuidarte. Hay que decírselo a alguien.

Tras la boda emprenderían el viaje de novios al norte. ¿Cómo iba a dejarla sola ante aquello? Tampoco podía suspender la boda sin dar explicaciones.

Nessa pareció meditar lo que le había dicho. Tardó un par de segundos en mirarlo fijamente a los ojos.

—Se lo contaremos a la abuela Fiona —contestó—. Ella sabrá cómo proceder.

Ewan se sintió aliviado. Si alguien estaba preparado para enfrentarse a aquello era ella. Asintió e intentó sonreír.

—Iremos a verla tras visitar al doctor y solo si estás… —no quiso pronunciar la palabra—, si hay problemas. Ahora intenta ser fuerte. Saldremos de esta.

Nessa suspiró. Parecía que al contarlo se había quitado un enorme peso de encima.

—Los McGomery siempre salimos adelante —dijo la muchacha.

Él intentó ser tan optimista como ella.

—Al menos hasta ahora.

54

Fiona estaba agotada tras un día en que no había parado un solo instante. Los preparativos de la boda, pese a que no era ella la encargada de organizarlos, acababan con todas sus fuerzas. Aquel día había ido a probarla la modista por última vez, había recibido al joyero, al zapatero y al vendedor de chales, que habían desplegado su mercancía ante sus ojos para que ella eligiera.

Mildred, su sobrina, había intentado aconsejarla, pero una sola mirada le había indicado que no era buena idea. Siempre se había vestido sola y su elegancia era legendaria en toda Escocia.

Para la boda se había decidido por un vestido de seda en un tono gris con un ligero matiz violáceo que lo hacía más elegante y que acompañaría con un chal francés en tonos apagados. Ya no estaba acostumbrada a los pesados vestidos de ceremonia, que debían llevar cola, manto y corpiño, ni siquiera a portar las pesadas joyas familiares, como la tiara McGomery que aún estaba en su poder y pasaría a Ailsa cuando ella falleciera. Para una ceremonia como aquella, debían mostrarse en todo su esplendor, lo que equivalía a que terminaría con un insoportable dolor de riñones.

La doble boda alejaría al fin los rumores sobre la familia. Un feliz acontecimiento siempre era bien acogido en sociedad y Mildred había elaborado una lista donde no faltaría nadie, lo que les daría la oportunidad de exponer ante la aristocracia de Londres quiénes eran y por qué debían ser respetados.

Aquel último recado del día llevaba atrasándolo demasiado tiempo pues un temor irracional la asaltaba cada vez que pensaba en lo que tenía que hacer y en la procedencia o no de llevarlo a cabo.

—Hemos llegado —rugió el cochero a la vez que detenía los caballos.

Fiona conocía aquella calle y aquella casa, pero aun así se asomó por la ventanilla antes de bajar. Había, al menos, una vela

encendida, por lo que la visita no sería infructuosa.

El cochero le tendió la mano para ayudarla a bajar, pero ella la rechazó, usando el marco de la puerta para sostenerse.

Una vez en tierra, se recompuso el vestido, tomó aire y emprendió la subida de los escalones recordando que la última vez que estuvo allí le costó el mismo trabajo llegar hasta arriba.

Cuando llegó ante la puerta, la golpeó con sus nudillos enguantados y esperó a que le abrieran. La cara sorprendida de una criada que recordaba bien la miró con la boca abierta y los ojos como platos, pero no le dio tiempo a decir nada, ya que Fiona entró en la casa como si fuera de su propiedad y se plantó en el salón mientras se quitaba los guantes y los entregaba a la misma criada enmudecida que seguía sin salir del asombro.

—Deberías mudarte a la casa que te ha comprado tu abuelo —le dijo a su nieta, que leía tranquilamente sentada en una butaca cerca de la ventana—. Estas escaleras terminarán matándome.

Mairi, al principio, se mostró tan demudada como su criada. Ver aparecer de noche a la imponente *lady* Benmore no era algo que sucediera todos los días. Pero la muchacha logró sobreponerse y la miró con una mezcla de cuidado y curiosidad.

—Reconozco que me sorprende verla aquí.

Milady miró alrededor. La casa era bonita, tenía que reconocerlo. Al parecer, aquella muchacha había heredado su mismo buen gusto.

—¿Puedo sentarme? Estoy agotada.

Mairi le señaló una butaca, pero su actitud expectante no se relajó.

Fiona tampoco se apresuró. Se recogió las faldas como la dama que era, enderezó la espalda y se sentó al filo del asiento adquiriendo esa postura que solo las damas de excelente educación sabían adoptar. Después miró a su nieta a los ojos.

—Tu padre no es un buen hombre, nunca lo ha sido —le dijo, recolocándose el encaje de una manga—. Hay una rama de los McGomery a quienes la ambición y la envidia les afecta de manera perniciosa. Él sacó esa sangre en sus venas y me temo que es peligroso para todos nosotros.

La muchacha se enderezó. Quienes estuvieran viendo la escena pensarían que estaban observando a la misma mujer con cincuenta años de diferencia.

—Me toca a mí decidir eso, *lady*…

Se detuvo. No estaba segura de cómo llamarla. Fiona la sacó de su duda

—Abuela, me gustaría que me llamaras así.

Se cruzaron la mirada. Ninguna de las dos cedió. Eran tan parecidas, tan iguales, que la anciana *lady* Benmore sintió cómo le recorría la espalda un escalofrío. Mairi fue quien la apartó, pero solo un instante.

—¿Para eso has venido? Porque ya me habías advertido.

Fiona se acarició la yema de los dedos.

—Me equivoqué, o al menos eso creo —buscó en la faltriquera un sobre que le entregó a su nieta—. Esta es la invitación de bodas de mis sobrinos nietos Ewan y Moira, tus primos terceros. Se llevará a cabo dentro de dos días en Saint George. Me gustaría que acudieras y que conocieras a tu familia.

El sobre permaneció un instante en el aire, ni Fiona retiró la mano ni Mairi se atrevió a cogerlo. Esta miró la invitación y después a los ojos de su abuela.

—¿Lo dice en serio? —volvió a tratarla con respeto.

Fiona dejó el sobre sobre una mesita.

—Mairi, si a ti te pasara algo, yo me moriría. —Pocas veces descubría su corazón de aquella manera, y el brillo de sus ojos certificaba que aquello no procedía de otro lugar que de allí—. Por eso me he mantenido alejada de ti, porque Robert, tu padre, huele la debilidad y tú eres lo que más me importa en este mundo, aunque mi forma de mostrarlo sea extraña.

Por toda respuesta, Mairi se puso de pie, fue hasta ella y la abrazó.

Fiona acogió el abrazo con sorpresa al principio, pero después sus ojos se anegaron de lágrimas y se dio cuenta de cuánto había sido el tiempo perdido, de cómo había echado de menos un abrazo como ese.

La muchacha se apartó y ella se limpió discretamente las lágrimas.

—No estoy acostumbrada a estos sentimentalismos —se excusó.

Mairi sonrió.

—Pues, si me quieres en tu vida, tendrás que empezar a acostumbrarte.

El corazón de Fiona latía con tanta fuerza como luz. Se puso de pie. No iba a montar una escena con un nuevo abrazo. Eso sería demasiado para un solo día.

—Mañana te mandaré a mi modista y a mi joyero —le anunció con su habitual tono indiscutible—. Hay algunas piezas familiares que me gustaría que lucieras. Tu abuelo y yo te recogeremos el día de la boda aquí mismo, para entrar los tres en la iglesia —al darse cuenta del tono de su voz, logró controlarse—. ¿Te parece?

Mairi parecía encantada y no había podido parar de sonreír.

—No sé si sabré comportarme.

—Si veo que titubeas, tropezaré —le guiñó un ojo—; las miradas siempre se fijan antes en la torpeza de una anciana que en la metedura de pata de una desconocida.

Su nieta fue de nuevo hasta ella, pero esa vez solo le estampó un beso tierno en la mejilla.

—Gracias.

Fiona suspiró.

—Aún no sé si esto es una buena idea, pero tu abuelo no puede soportarlo más y yo…

—Veo que tampoco —le evitó tener que decirlo.

Fiona se lo agradeció con una sonrisa y dejó que su nieta la acompañara hasta la puerta.

—Nos vemos en dos días —recordó—. Tenemos mucho de qué hablar, habrá que buscar la manera de recuperar el tiempo perdido.

Antes de que saliera, la voz de Mairi sonó titubeante.

—¿Puedo pedirte algo?

—Por supuesto —no lo dudó.

La muchacha parecía indecisa, pero al fin se atrevió.

—Para la boda, me gustaría llevar esos pendientes.

Lady Benmore se sorprendió. Eran unas simples perlas engarzadas con un pequeño diamante.

—Son una nadería.

Mairi soltó un suspiro mal contenido.

—Los llevabas puesto la primera vez que te vi a hurtadillas a través de las rejas del orfanato y pensé que eran la cosa más bella que había visto en mi vida.

De nuevo, los ojos de Fiona brillaron. Se los quitó sin dudarlos y se los tendió.

—Son tuyos —le acarició el rostro, pero se volvió hacia la salida de inmediato—. Descansa.

El camino de regreso a casa de tía Mildred estuvo marcado por la sonrisa indeleble que se marcó en los labios de Fiona.

Seguía sin estar segura de estar haciendo lo correcto, pero en el remoto caso de que surgieran problemas, ya buscarían la manera de encararlos. ¿Acaso no lo habían hecho siempre así? ¿Acaso no era esa la manera de proceder de los McGomery?

Con el corazón ligero como una pluma de ganso, llegaron a casa. No tenía sueño pese al cansancio y se preguntaba cómo sería su relación con Mairi. Había pensado tanto en ella. Había imaginado que harían tantas cosas juntas… e iba convertirse en una realidad.

—Señora, tiene visita —dijo el mayordomo cuando le tomó el sombrero y la capa.

—¿A estas horas? —se extrañó—. ¿Y *lady* Ravenshire?

El mayordomo carraspeó.

—Aún no ha regresado de sus quehaceres.

Se refería a todos los que tenían que ver con la boda en cuanto a la decoración de la iglesia, la elección del repertorio musical, del menú, los preparativos del baile…

No dijo nada y avanzó hasta la sala de cortesía de la planta inferior. En cuanto vio de quienes se trataba, supo que algo andaba mal.

—¿Ewan? —exclamó más que preguntó—. ¿Nessa?

—Tenemos que hablar —dijo en voz baja su sobrino nieto.

Ella arqueó las cejas alarmada, pero él no tardó en sacarla de dudas.

—Nessa está embarazada de ese malnacido.

55

Evelyn se llevó la punta del pañuelo al lagrimal mientras avanzaba por la calle para que nadie la viera llorar.

Había sucedido aquella misma mañana, justo antes de que su antigua patrona, la condesa de Currie acompañada por *lady* Ailsa, fueran a probarse los tocados de plumas que llevarían para la ceremonia nupcial, ya que el baile nocturno era de gala y era necesario portar tiaras.

Debía reconocer que *madame* Roselle últimamente la trataba con cierta altanería. Todo había comenzado cuando la princesa Augusta le había pedido que acudiera ella sola a probarla, lo que a la gran modista no le sentó nada bien. Que más tarde la Reina le encargara algunos sombreros desdeñando la presencia de *madame* fue la gota que colmó el vaso y el momento que marcó un cisma entre ambas.

Evelyn se sentía incómoda con todo aquello. Lo único que quería era crear sus tocados, sus turbantes y adornos para el cabello que la hacían tan feliz. Quien se llevara la gloria…, ¿qué más le daba? Y si quería ser *madame* Roselle, pues mejor.

Pero las cosas no funcionaban así. Su misma jefa había insistido en que debía ponerse un nombre exótico como Eleonor Beauchamp, en que debía firmar sus obras como si se tratara de uno de esos pintores de la Corte, y en que debía comportarse como una gran creadora, cosa que a ella no le agradaba.

Al principio, fue bien. Las damas de la buena sociedad encargaban sus sombreros y acudían a las instalaciones de *madame* Roselle para portar un Beauchamp, como los llamaban, lo que había logrado relanzar el ya de por sí famoso taller de su patrona y a ella darle la oportunidad de llevarse horas ensimismada en sus creaciones, feliz entre trozos de fieltro, cintas de colores y cuentas de cristal.

Pero sí, el problema había llegado cuando la realeza se había interesado y habían decidido que querían tratar directamente con Eleonor Beauchamp, y que no les interesaba de ninguna manera hacerlo con la modista de segunda fila *madame* Roselle.

La buena nueva no había sentado nada bien en el taller y, aunque ambas intentaron pasarlo por alto, sobre todo, Evelyn, el carácter de *madame* se fue agriando, lo que se acrecentó cuando se dio cuenta de que la mayoría de las clientas que últimamente acudían en masa a su tienda lo hacían a por un sombrero y no a por uno de sus vestidos.

Todo había estallado justo antes de que la condesa y su hija acudieran a probarse esa mañana y la mecha que había hecho que todo saltara por los aires había sido de lo más inocente: una dama se quejó de que la cinta de su sombrero no era del mismo tono verde que el vestido y planteó cambiar de vestido en vez de arreglar el sombrero.

Aquello fue como si la ingenua clienta acabara de invocar a las Parcas porque *madame* apretó mucho los labios, cerró los puños con fuerza y citó a Evelyn en su despacho.

Allí fue donde le dijo que al terminar la semana quería que se marchara. No le dio muchas explicaciones, únicamente que no servía para aquello y que su falta de modales estaba desprestigiando su taller.

Evelyn se quedó paralizada y no supo qué responder. Seguía viviendo en casa de los McGomery, aunque apenas acudía allí a altas horas de la noche para dormir y salía antes de que amaneciera para trabajar, por lo que su relación con los señores y con la mayoría de sus antiguos compañeros era casi inexistente.

Aun se encontraba aturdida cuando tuvo que probar a la condesa y a *lady* Ailsa esa mañana. Esta última se percató de inmediato de que algo sucedía, pues el semblante risueño y amable de Evelyn estaba demacrado y parecía que su mente se encontraba enfrascada en otros asuntos.

Cuando tuvo un momento, se acercó a la señorita mientras la condesa charlaba con *madame* y logró llevarla a un aparte.

—Disculpe mi atrevimiento, pero… ¿cree que su madre me admitiría de nuevo como doncella?

Había un brillo de ansiedad en los ojos de Evelyn que desconcertó a Ailsa.

—Pensaba que eras feliz aquí.

Esta tragó saliva y apartó la mirada.

—Creo que me he equivocado.

Ailsa no era estúpida y sin disimularlo miró hacia la gran modista que estaba explicándole a su madre cómo se llevarían las mangas en la próxima temporada.

—¿Has tenido problemas con *madame* Roselle?

Evelyn esquivó la pregunta.

—Si no es posible —dijo la muchacha—, puedo buscar trabajo en otra casa. No quiero ponerlas en un compromiso, que suficiente han hecho ya por mí.

No pudieron hablar mucho más pues *madame* estaba pendiente de ella y la reclamó para que ajustara una de las plumas del tocado.

La jornada había continuado como si no le hubieran pedido que se marchara de allí al terminar la semana, aunque ella era consciente de que aquella conversación se había producido y de que no tenía marcha atrás, pues con el tiempo había aprendido a conocer el carácter de su patrona.

A media tarde, había recibido una nota de la señorita Ailsa pidiéndole que se encontrara con ella una hora más tarde en una dirección de Bond Street. Evelyn no lo dudó: la buena de la señorita Ailsa habría consultado su disponibilidad a la condesa, y ante lo imposible de quedarse en la mansión, le habría buscado una familia con la que empezar de nuevo como doncella, olvidándose de aquellas ínfulas, como si ella pudiera ser otra cosa que una criada.

En aquel momento se dirigía al lugar del encuentro y se había jurado a sí misma que no lloraría, que acogería su nueva vida, la que nunca debería haber abandonado, como una bendición, y se olvidaría de aquel breve periodo en el que la llamaron Eleonor Beauchamp para siempre, enterrándola en lo más profundo de sus recuerdos.

Le sorprendió que la señorita Ailsa la estuviera esperando a pie de calle en vez de en la casa o en el interior de su carruaje. Aceleró el paso y llegó a su lado.

—¿Me he retrasado? —se alarmó.

Pero Ailsa le dedicó una sonrisa.

—Llegas justo a tiempo.

Sin más, se dirigieron al edificio que tenían enfrente, una construcción de tres plantas con dos puertas de acceso, una a la derecha y otra a la izquierda. Ailsa se dirigió a esta última, lo que extrañó a Evelyn, ya que el acceso a los pisos superiores se hacía por la otra. Sin esperar, la mayor de los McGomery sacó un llavín de su manguito y abrió la puerta, cuya parte superior era de cristal. Entró y la dejó abierta para que Evelyn la siguiera.

La muchacha, al principio un tanto temerosa, fue tras ella, y cuando accedió, se encontró con un espacio diáfano, no muy grande, con los dos grandes ventanales que había visto en el exterior dando a la calle, y lleno de polvo. Evelyn parpadeó. No tenía muy claro qué hacía allí, así que miró dubitativa a su antigua patrona.

—Tu futura tienda —dijo Ailsa.

Aquella afirmación hizo que la que fuera su doncella parpadeara, mirara alrededor para volver a parpadear.

—Yo no puedo pagar…

Ailsa no la dejó terminar.

—Sé lo que ha sucedido con *madame* Roselle y sería una lástima que abandonaras algo que no se te puede dar mejor porque hayas sufrido un tropiezo —le sonrió—. Seremos socias. Yo me encargaré de los gastos hasta que puedas mantenerte sola, y una vez que haya beneficios, nos repartiremos dividendos.

—Pero… —Su cabeza era un torbellino—. ¿Y si no vendo un solo sombrero?

Ailsa giró sobre sí misma, disfrutando con la idea de cómo quedaría aquello cuando estuviera arreglado.

—Son los peligros de la inversión. Si es un fracaso, yo asumiré las pérdidas, pero si funciona…

Evelyn no pudo reprimir la lágrima que rodó por su rostro.

—Señorita, usted no necesita dinero —le dijo la verdad.

Y era cierto. Aparte de su fortuna particular, se casaría con un hombre al menos tan rico como ellos, por lo que más dinero no tenía ningún aliciente.

Ailsa fue hasta ella y le tomó las manos.

—Todo lo que tengo es de mi padre —le confesó—, y todo lo que tendré será de mi marido, mientras que esto —volvió a señalar alrededor— será de nosotras dos, aunque mi nombre no podrá figurar en ningún lado.

Evelyn se llevó una mano a la boca para tapar la sonrisa.

—Sería un escándalo.

—Y los McGomery ya hemos protagonizado suficientes. —También sonrió su antigua patrona y en adelante socia.

Solo entonces Evelyn se detuvo a observar el espacio. Había un mostrador de madera que pintado del color adecuado sería perfecto. Necesitaría vitrinas para exponer los sombreros, espejos de gran tamaño, una zona de espera y quizá algún velador para ofrecer un refrigerio a sus clientas. Cuando se volvió hacia Ailsa, sus ojos refulgían.

—¿Cómo podré agradecérselo?

Ailsa reprimió una lágrima.

—Te lo tengo que agradecer yo a ti, porque me has hecho darme cuenta de que puedo ser útil para alguien. Estaba cansada de ser solo un florero.

—Usted siempre ha sido útil para todos —intentó alejar aquella idea de su mente.

Ailsa no quiso entrar en el asunto. Desde lo de Adrian… Hizo por recomponerse y la tomó de la mano, tirando de ella hasta el fondo, donde había otra puerta.

—Déjame que te enseñe lo demás —le fue contando—. En el sótano, puedes instalar el taller porque hay luz y está ventilado, mientras que aquí arriba, la tienda…

Sus voces se perdieron escaleras abajo, como dos buenas amigas que acaban de encontrar algo en común, aunque de la cabeza de Evelyn no salía la idea de cómo se tomaría todo aquello *madame* Roselle.

56

El señor Gilchrist no solía subir a las plantas superiores de la mansión por la noche a menos que se lo demandaran los señores, pero en vista de que las bodas del señorito Ewan y la señorita Moira se llevarían a cabo al día siguiente y de que todos estaban nerviosos en la familia, decidió dar una ronda completa por la casa para asegurarse de que todo iba bien.

Seguía echando de menos Escocia y no terminaba de acostumbrarse a aquella ciudad, enorme y maleducada, donde todo se volvía endiabladamente complicado. Al menos había sacado algo bueno de todo aquello: el doctor le había prescrito un tratamiento que al parecer estaba surtiendo efecto porque no había vuelto a tener una recaída desde antes de nacer el pequeño Arthur.

Sentía debilidad por él, y cuando Jane libraba, buscaba un hueco para acercarse a su casa con la excusa de llevarle algo de queso o miel de la despensa, pero cuyo único objetivo era verlo a él.

Si en el pasado no hubiera sido un cobarde, no solo habría criado a un hijo como aquel, sino que tendría nietos que le alegraran la vejez y de los que enorgullecerse. A veces se preguntaba si de verdad había salido ganando. Si ser el mayordomo de una de las familias más preminentes de Escocia había merecido la pena, y cada vez lo dudaba más.

Pasó por delante del dormitorio de la condesa. Estaba silencioso y en calma. Las últimas semanas habían sido tremendas para la señora. Él lo sabía bien, pues había sido testigo, casi treinta años antes, de su llegada a la familia, de su particular estado y de la enemistad jurada hacia los Ashbourne, por eso, verlo de nuevo rondando a los McGomery le arrancó un escalofrío inmediato.

Le seguían las habitaciones de la señorita Ailsa. Estaba dolida, muy dolida. por el detestable comportamiento del señor Adrian Gillen. Estaba enamorada de él, de eso el viejo mayordomo no tenía

dudas, pero siempre había intentado aparentar una entereza que no era cierta, por lo que esperaba que esta vez lo superara pronto.

La señorita Moira ocupaba el dormitorio inmediato y tras la puerta aún escuchó algunos pasos. Era normal que estuviera nerviosa. Al día siguiente sellaría su destino con un caballero desconocido que no se sabía qué le depararía. Había visto cómo se miraban ella y el señor Sullivan, pero no había sacado conclusiones. Era evidente que un hombre sin posición social no podía aspirar a pretender a una dama, y menos a una como Moira McGomery, pero había visto de todo y su obligación era obedecer y callar a menos que le preguntasen.

Continuó recorriendo la planta de los dormitorios principales alumbrado por la luz de una vela hasta llegar al de la señorita Nessa. Sabía que estaba pasando por un mal momento. Quizá por ser la más joven y la más risueña, era a la que menos cuenta se le echaba, pero estaba claro que necesitaba atención. En los últimos días ella y el señorito Ewan parecían más unidos, lo que le dio tranquilidad al viejo mayordomo.

Atravesó el vestíbulo superior que se dividía en el tramo de escaleras que subía y bajaba hasta llegar al ala de los caballeros. El primer dormitorio era el del duque de Dunrath. Siempre había sentido cierta aprensión en su presencia, pues sus modales eran bruscos y hablaba a voces, pero desde que *lady* Benmore, como quería que la llamaran, se había marchado, parecía pacificado, como si la echara tanto de menos que se fuera apagando poco a poco, como la llama de aquella vela que llevaba en la mano.

Pegó el oído a la puerta al acercarse al cuarto de Ewan. No se escuchaba nada, pero eso no significaba que hubiera podido conciliar el sueño. Sentía auténtica lástima por él. El peso que caía sobre sus hombros era excesivo y parecía que nadie se daba cuenta. Él mismo había observado cómo admiraba a la señorita Gabriella Locatelli, y cuando se enteró del desagradable incidente en casa de los Wetherby, no tuvo dudas de qué lo había causado, pero por supuesto no se lo dijo a nadie.

La siguiente habitación era la de el señorito Niall. Parecía que últimamente había asentado la cabeza pues rara era la noche que

salía, pero a la vez había cierta ansiedad en su mirada, como si algo muy lejos de allí le hubiera atrapado y le impidiera conciliar el sueño. ¿De qué podía tratarse? De una dama, por supuesto, pero… ¿De cuál? Estaba seguro de que se trataría de una gran señora, posiblemente casada, con lo que estaba a punto de provocar otro escándalo.

Llegó al final del pasillo, donde se ubicaba el dormitorio del señorito Travish. A vistas de todos, era el más sereno, pero él lo conocía bien y había seguido su mirada en las veladas familiares cuando creía que todos estaban pendientes de la conversación y estaba seguro de que guardaba un gran secreto. No sabía cuál era y se dejaría matar de saberlo antes de revelarlo, pero esa sensación no le abandonaba.

Satisfecho con el resultado, tomó las escaleras de servicio para bajar al vestíbulo y hubiera llegado a sus habitaciones sin haberse preocupado de nada más si no hubiera visto un resplandor proveniente de una zona de la casa donde no debía haber nadie.

Alzó la vela e iba a preguntar en voz alta cuando se dio cuenta de que sería un error. Si era un ladrón, le daría la oportunidad de escapar, y si era alguien de la familia, lo importunaría y lograría que se avergonzara.

Sofocó la vela, dejó el candil a un lado y, con cuidado de no hacer crujir el suelo de madera, avanzó hasta el amplio pasillo donde estaban las habitaciones públicas de la casa.

Cuando se dio cuenta de dónde procedía la luz, se sorprendió. Aquella era la sala que había usado *lady* Fiona como gabinete privado y que desde entonces estaba cerrado porque aún no había tenido tiempo de llevarse sus documentos personales.

Preocupado, fue hasta allí. Quizá era la misma *milady* que había decidido a acudir a casa a tan altas horas de la noche para… Aunque lo absurdo de la idea lo hizo desistir de ella. Al fin llegó a la puerta entreabierta y echó un vistazo al interior.

Lo que vio lo desconcertó por un momento. Una mujer vestida íntegramente de negro había abierto uno de los cajones del escritorio, sacado los documentos que allí se guardaban y los pasaba

uno a uno, leyéndolos a vuelapluma como si buscara alguno en concreto.

El señor Gilchrist no pudo contenerse y dio un paso hacia el interior.

—¿Señora Whitmore?

El ama de llaves dio un respingo y se volvió hacia él. Estaba lívida, pero logró sobreponerse milagrosamente hasta esbozar una sonrisa.

—¡Señor Gilchrist! ¿No debería estar en la cama? Mañana será un día duro.

Él parpadeó varias veces. No estaba muy seguro ni de qué decir ni cómo proceder.

—¿Qué hace aquí?

Ella apiló los documentos que había estado ojeando y volvió a guardarlos en el cajón, cerrándolo después.

—Estaba inquieta y he decidido repasar las estancias de recibo por si las criadas habían sido descuidadas.

Él arrugó la frente.

—¿Y eso incluye registrar uno de los cajones del escritorio?

Ella parecía incómoda, pero en absoluto asustada.

—A veces pienso que la señora puede demandar cualquier cosa y es necesario saber dónde está todo. Solo los he sacado para volver a guardarlos, como ha visto.

El señor Gilchrist parecía desconcertado. Algo así debía ponerlo en conocimiento de la condesa de inmediato y pedir al ama de llaves que aguardara a que la señora decidiera qué hacer. Pero… ¿cómo iba a montar aquel escándalo a escasas horas de la doble boda? Se apartó de la puerta.

—Será mejor que vuelva a sus habitaciones, señora Whitmore —ordenó con frialdad—. Cuando todo esto pase, usted y yo tendremos una conversación.

El ama de llaves no rechistó, quizá porque sabía que cualquier excusa sería en vano, y abandonó la estancia dejando a un mayordomo tan preocupado como curioso por saber qué diablos estaba buscando.

57

La iglesia de Saint George había amanecido esplendida. Había grandes arreglos florales que perfilaban el amplio intercolumnio de la iglesia, así como una alfombra de terciopelo rojo que llevaba desde la puerta principal hasta la calle, hasta el punto exacto donde debían detenerse las carrozas para que sus aristocráticos ocupantes descendieran.

El trasiego había sido incesante desde muy temprano. Los criados de *lady* Ravenshire se habían ocupado de las flores y de preparar cada detalle, supervisados de cerca por su mayordomo, y se había cubierto la calle sin asfaltar por otra alfombra, esta de plantas silvestres que al ser pisadas por los caballos desprendían un agradable olor campestre que tía Mildred sabía que recordaría a los suyos su lejana tierra escocesa.

Gran parte de los invitados ya estaba dentro de la iglesia, a la espera de que llegaran las flamantes novias, pues tanto Ewan McGomery como Patrick Bellhollow ya las esperaban en el altar.

El interior de Saint George lucía aún más espléndido, pues la tía se había ocupado del más mínimo detalle. Había ramilletes de peonías rematando el principio y el fin de cada banco, cintas de seda recorriendo los perfiles del altar, flores por doquier y una orquesta encajada en uno de los palcos superiores de la iglesia que acompañaría al gran órgano ceremonial con música de Haendel, ya que aquella era la iglesia a la que el maestro asistía en vida.

Ahí no terminaban los detalles. Mildred se había encargado de que un grupo de niños vestidos de querubines recibieran a los invitados y los acompañaran a sus asientos, había pedido permiso al arzobispo para ofrecer bebidas frías mientras esperaban, a lo que este se había negado en principio hasta acceder por no poder soportar su insistencia, y sobre el altar mayor estaban colgados los escudos de armas de las tres familias en liza, los Wetherby, los Bellhollow y los McGomery, por supuesto, confeccionados con flores.

A Ewan y a su madre los había acompañado hasta la iglesia su hermano Travish, pues Niall debía aguardar a Moira y ser su guía por si el abuelo Duncan tenía algún contratiempo, otra de las indicaciones de tía Mildred, que había pensado en todo.

—¿El nudo está bien apretado? —le preguntó por tercera vez Ewan a su hermano pequeño, que había acudido al pie del altar para ver cómo se encontraba.

Travish no sonrió, pero se lo ajustó un poco más.

—Está perfecto —contestó escueto.

Ewan lo analizó. Ojeras, la piel cetrina, la mirada esquiva. ¿A que iba a tener razón Niall y aquel pequeño bribón llevaba una vida disoluta dedicada a las mujeres y el placer? No quiso decir nada, pero le dedicó una sonrisa de complicidad que Travish aceptó sin comprenderla para regresar a su asiento junto a su madre y a su tía.

Tía Mildred, que estaba especialmente inquieta y no dejaba de mirar hacia atrás, golpeó con su enjoyado abanico las rodillas de su sobrino, que se había sentado entre la condesa y ella misma en el banco principal, ya que en el altar solo podían estar los novios. Fue *lady* Currie quien habló para tranquilizar a su cuñada.

—Llegarán de un momento a otro.

—¿Y si no aparecen? —se estremeció la tía, aunque sin desdibujar la sonrisa cortesana— ¿Y si Moira se ha arrepentido? Están todos —los señaló con disimulo—. Los Cavendish, los Spencer, los Grosvenor, los Percy, los Russell.

La condesa se inclinó hacia ella.

—En ese caso, te casarás tú, pues yo estoy comprometida.

Aquel comentario hizo que la tía, al principio muy seria, soltara una carcajada que logró serenarla, aunque *lady* Currie por quien empezaba a preocuparse era por Travish.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a hijo pequeño.

—Perfectamente —contestó sin mirarla.

Milady lo observó con más detenimiento.

—Tienes ojeras, que nunca han anunciado una buena noche.

Él carraspeó incómodo, y se ajustó los puños de la camisa.

—Los nervios de la ceremonia.

Aquella respuesta escueta y evidentemente esquiva logró el efecto contrario al deseado, que su madre sintiera mayor curiosidad.

—¿Seguro que no tienes nada que contarme? —volvió a la carga.

—Seguro.

Pero tía Mildred lo salvó con una exclamación de júbilo.

—¡Ah! Ahí está —se volvió hacia Travish y de nuevo le golpeó las rodillas con su abanico—. Lo he invitado. Espero que no te moleste.

Travish giró la cabeza en la dirección que señalaba la tía para ver aparecer por el pasillo central a William, que caminaba hasta ellos con paso decidido. Estaba esplendido.

—Debías de haberme consultado, tía —le dijo el muchacho en voz baja a la vez que empalidecía, aunque este ya se lo había dicho.

—¿Has roto tu amistad con el duque?

Travish no contestó porque se sentía incapaz de dejar de admirar a William. Las mujeres lo saludaban a su paso con una inclinación de cabeza y rubor en sus mejillas. Los caballeros mostrándole el respeto que su título merecía. No se detuvo en ningún momento, con la mirada clavada en Travish, que solo alivió cuando estuvo ante las damas, a quienes besó la mano.

—*Lady* Currie —saludó a la condesa—, *lady* Ravenshire —a la tía.

Por toda respuesta, Travish se puso de pie, se ajustó el chaleco y con las mejillas encendidas se dirigió al recién llegado.

—¿Podemos hablar un momento?

—Por supuesto —dijo el otro, cortés, y de la misma manera volvió a dedicar una inclinación de cabeza a las damas.

Travish fue hasta la parte de atrás de una de las grandes columnas cuadradas, donde la intimidad era ligeramente mayor. Ewan lo vio alejarse seguido de William Carvindale y se extrañó, aunque no preguntó nada.

—¿Qué haces aquí? —espetó el muchacho cuando estuvieron a solas.

El joven duque lo miró directamente a los labios, que seguían pareciéndole hipnóticos.

—Atender una invitación formal como ya te dije. Otra cosa hubiera sido una grosería.

Travish miró alrededor. Parecía que nadie reparaba en ellos.

—Alguien puede darse cuenta —temió.

La mirada guasona de William lo alarmó, y el hecho de que se acercara más allá de lo conveniente entre dos caballeros, más aún.

—¿Darse cuenta de la manera que te miro?

Travish estaba exasperado.

—De lo que ha habido entre nosotros —casi mordió cada sílaba.

El joven duque se apartó el paso andado y se recolocó la flor de su ojal.

—Usas el pasado cuando la última vez que estuvimos juntos fue… —hizo una pausa— ayer.

—Será mejor que te largues antes de que llegue el resto de mi familia —le pidió, casi le ordenó.

A William, evidentemente, no le sentó bien.

—¿Temes que con dos copas de vino de más te lances a mi boca delante de toda esta gente?

Los ojos preocupados del menor de los McGomery se volvieron angustiados.

—William, por favor.

Este le mantuvo la mirada, pero, al ver su manera de padecer, se dio la vuelta sin decir nada y abandonó la iglesia por la nave lateral.

Travish sentía cómo el corazón le rebotaba en el pecho como si quisiera salírsele. Ver a William alejarse le causó el mismo dolor que alivio al comprobar que se marchaba. Todo era así entre ellos, una mezcla antagónica que le causaba el mismo placer que sufrimiento.

Se ajustó la levita y volvió al asiento, junto a su madre y su tía, lanzando una sonrisa tranquilizadora a Ewan cuando pasó ante él.

—¿Y Su Gracia? —preguntó de inmediato Mildred.

Él apretó la mandíbula y miró al frente.

—Se ha excusado. Solo venía a cumplimentarnos, pero tenía asuntos que atender.

Había vuelto a caer. Aquel encuentro en el sastre; un beso, una caricia, y de nuevo sentía que el mundo no tenía sentido si no era entre los brazos de William. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía exorcizar aquella maldición?

Mientras meditaba, su madre no apartaba los ojos de él.

—Extraño comportamiento —murmuró la dama.

Aunque Travish no la escuchó, pareció salir de su trance y paseó la mirada por la concurrida iglesia hasta detenerla en un punto determinado.

—¿Aquella es la señorita Henrietta Sinclair?

Tanto tía Mildred como la condesa miraron en aquella dirección. La muchacha estaba sentada junto a su padre. Era bonita, aunque no llamativa. Parecía muy callada, tímida más bien, y su vestido tenía un toque discreto que hablaba o de buen gusto o de inseguridad. La tía intentó recordar y chasqueó los dedos al hacerlo, algo poco adecuado para una dama. A *lady* Currie, tanto Mildred como Fiona ya le habían hablado de la larga lista de candidatas en las que habían pensado para su hijo menor y aquella era una de las jóvenes.

—Sí —dijo su madre—, viene de parte de Patrick.

Travish se la quedó mirando, tomó aire y lo soltó lentamente.

—Me gustaría que lo organizarais para presentarle una petición formal del matrimonio.

Ambas mujeres se miraron entre sí, asombradas, pero fue su madre quien habló antes de que Mildred saltara por los aires de alegría.

—Según me han dicho, te pareció demasiado simple cuando te la mostraron en Gunter`s.

Era donde la había visto, una de las muchachas que se habían expuesto disimuladamente para él en un encuentro organizado por *lady* Felicity, aunque no lo sabía. Ante la insistente mirada de su madre, la observó decidido.

—He cambiado de opinión.

Lady Currie le mantuvo la mirada, y cuando habló, lo hizo en voz baja.

—¿Y ha tenido algo que ver en eso la aparición de William Carvindale?

Pero no pudo contestar porque Mildred estaba eufórica.

—¿Ves, Moira? —le dijo a su cuñada—. De una boda siempre sale otra boda.

Travish no contestó. Estaba tan pálido como serio, y la condesa se anotó mentalmente que tenía que averiguar qué enfrentamiento había entre los dos jóvenes, pues parecía que afectaba sobremanera a su hijo.

Aquellas elucubraciones cesaron porque el órgano empezó a tocar una marcha nupcial, la orquesta lo siguió y por la puerta aparecieron Moira y Anne, bellas como un amanecer.

58

Moira sentía la garganta seca, como si llevara días sin tomar un solo buche de agua. Se detuvo un instante en la entrada de la iglesia, mientras el órgano y la orquesta interpretaban una pieza nupcial y los invitados se habían puesto de pie para recibirlas.

Miró a su izquierda, a cuyo flanco se encontraba Anne. Estaba preciosa, con un vestido de seda de un tono rosa pálido que acentuaba la inocencia de sus facciones. Esta la miró un instante y le sonrió, pues también se había detenido para no avanzar en solitario. A Moira le costó trabajo responderle, pero al fin sus labios lograron esbozar algo parecido a una sonrisa.

De su atuendo se habían encargado su madre y su tía. Un vestido de seda gris perlado salpicado de puntas de brillantes, lo que la hacía resplandecer. Llevaba puesta la tiara McGomery y pendientes de diamante. El largo manto era muy pesado, pero se había acostumbrado al ser obligatorio en la Corte.

Ailsa y Nessa, que habían salido de casa junto a ella, aunque en otro carruaje, entraron en la iglesia y discretamente ocuparon sus asientos en la primera fila.

—¿Todo bien? —le preguntó discretamente Niall, que era quien la llevaría al altar pues, como había vaticinado la tía Mildred, el abuelo Duncan tenía ese día la cojera demasiado rígida como para no estropear la ceremonia.

Los invitados empezaron a impacientarse al ver a las futuras esposas paradas en el umbral, incluso Anne la miró de nuevo, esta vez con un velo de preocupación en los ojos.

Si había llegado hasta allí, no podía hacer otra cosa que terminar lo que había comenzado, así que al fin Moira dio un paso adelante, Anne lo repitió, el cortejo de damas que las seguían se puso en movimiento y aquel instante de vacilación quedó en el

pasado mientras las dos radiantes novias recorrían el pasillo central una al lado de otra.

Las bodas dobles no eran extrañas en la buena sociedad. Las grandes familias que tenían muchos hijos pasaban el trámite del casamiento con la mayor rapidez, por lo que, si dos de ellos iban a casar el mismo año, y siempre que la familia del novio lo viera bien, se aprovechaba para hacerlas juntas, y no por un motivo de costes, sino de efectividad.

La mirada deslumbrada del público indicaba que ambas, Moira y Anne, estaban arrebatadoras.

Desde el altar, Ewan miró a su futura esposa, la que sería la madre de sus hijos y engendraría al futuro conde de Currie. Sin duda, era una criatura adorable, hermosa como pocas y tan delicada como un pétalo de flor. Al menos, para los demás, porque él conocía su secreto, sabía bien el pacto al que habían llegado y era consciente de que la felicidad no era algo que se fuera a rubricar con aquella boda.

Si todo salía como esperaban, tras un par de años de matrimonio y rogando porque Dios los bendijera con otro par de hijos, ambos llevarían vidas separadas donde la única norma sería ser discretos para evitar los escándalos.

¿Soportaría una vida así? Era un hombre tradicional. Le gustaba el calor del hogar, el abrazo de una mujer a la que amase y el amor de una familia como la suya, como había sido la suya, donde todos se sentían parte de algo y responsables del bien de los demás.

Desde el otro lado del largo pasillo, Moira también miró a su prometido, Patrick Bellhollow. ¿Qué sabía de él? Nada. Bueno, eso no era cierto: que necesitaba casarse para heredar una fortuna de una tía lo suficientemente impertinente como para no acudir a la boda aduciendo que Londres estaba demasiado lejos de su cercana propiedad.

¿La haría feliz? ¿Sería un compañero aceptable? ¿Tendría una conversación agradable? De repente, se imaginó las largas tardes de invierno junto a un hombre que apenas conocía y a quien no la vinculaba nada y una opresión oscura se apoderó de su pecho hasta obligarla a abrir la boca para poder tomar un poco de aire.

No se había dado cuenta de que se había detenido de nuevo hasta que Niall volvió a acercarse para hablarle al oído.

—¿Seguro que te encuentras bien?

Esa vez no contestó, pero logró dar un paso y luego otro en dirección al altar, aunque se sentía como un cordero que es conducido al sacrificio. A su alrededor estaba lo más destacado de la Corte. *Lady* Finch ocupaba un lugar preferente junto a otras damas principales como la condesa de Ilchester, la de Harcourt, la de Waldegrave y la duquesa de Ancaster. Todas ellas acudían en nombre de la Reina, que podría aparecer o no, ya que nunca aseguraba su presencia.

Miró a Ailsa. Sabía que la tristeza anidaba en su corazón desde que Adrian había roto el compromiso y sabía las razones de ello, se lo había contado su hermana tras toparse con él en una velada. Rogó porque encontrara a un hombre bueno que la mereciera y porque se casase por amor.

Nessa estaba a su lado y, a pesar de que el vestido nuevo era delicioso, su rostro se mostraba cetrino y apagado, quizá porque aún anidaba en su corazón lo que le había inoculado ese maldito de Duncan Glenrowan. Aunque lo lamentó, se sintió tranquila porque al menos la habían logrado apartar de sus manos. Nessa era bonita, alegre y encantadora. Encontraría el amor de nuevo y estaba segura de que sería muy feliz.

Travish le dedicó una sonrisa triste y su tía la saludó con un desacostumbrado movimiento de la mano. Su madre se mostraba orgullosa y quizá hubiera un brillo de lágrimas en sus ojos.

Miró de nuevo a su futuro marido. Patrick Bellhollow parecía un hombre agradable. Rostro correcto sin nada que destacar, estatura aceptable, complexión media y la actitud que se esperaba de un caballero de su posición. La estaba observando con una mezcla de admiración y aburrimiento difícil de casar, como si todo aquello le sobrase y solo esperase… el momento de aceptar su herencia.

Al fin llegó al pie del altar y ella y Anne se miraron para aceptar a la vez la mano que les tendían sus prometidos y ascender el único escalón que las separaba del lugar sagrado.

No era costumbre que los padrinos y testigos estuvieran con ellos, así que Niall se sentó junto a su madre, que era el lugar que le correspondía mientras el arzobispo, auxiliado por dos coadjutores, aguardaba con los ojos cerrados y las palmas de las manos juntas a que la música concluyera para comenzar la ceremonia nupcial.

En aquel momento, Moira sentía cómo le latía el corazón con fuerza mientras notaba la cabeza alienada, como si todo aquello no le estuviera sucediendo a ella y fuera una mera testigo de algo que acontecía a una desconocida.

Se giró hacia la multitud, pese a que lo correcto era quedarse muy quieta junto a su futuro marido, de espaldas a la concurrencia, en mística concentración antes de recibir el sagrado vínculo.

Quizá la admiración de los invitados por su belleza hacía que nadie reprobara su comportamiento, pero entonces lo vio, junto a la entrada de la iglesia, medio oculto tras una columna y con la mirada clavada en ella.

Alexander Somerville.

Las miradas de ambos se cruzaron y se quedaron allí clavadas, y Moira vivió como una revelación lo que sentía por aquel hombre, el sustantivo que no había querido pronunciar, el sentimiento del que había rehuido cuando tímidamente había arañado su corazón, los recuerdos de lo que había sentido entre sus brazos, el eco de su voz adorándola, la suavidad electrizante de sus dedos sobre su piel…

Vio como una revelación en qué había consistido aquella loca aventura que había tenido como consecuencia que estuviera allí en aquel momento, a punto de casarse para tapar sus faltas y salvar su honor.

Alexander estaba muy serio, su tostada piel de hombre de mundo ligeramente pálida, sus negros ojos llenos de fuego parecían apagados. Él se llevó una mano al pecho e inclinó ligeramente la cabeza, como una despedida, y solo entonces giró sobre sus talones y salió de la iglesia mientras Moira sentía cómo se le rompía el corazón y llegaba a comprender que aquella boda tenía dos características: que era el mayor error de su vida y que no podía dar marcha atrás.

Mientras la novia con los ojos brillantes volvía la vista hacia el arzobispo, lo que los invitados entendieron como una señal de buen augurio y emoción por lo que estaba sucediendo, unos ojos habían estado pendientes de ella, habían seguido su mirada, habían descubierto al capitán Sullivan en la sombra y habían leído en sus ojos algo demasiado claro, demasiado explícito.

Era la condesa de Currie, su madre, y acababa de comprender por qué su hija había pedido casarse de manera inmediata.

59

Llegaban tarde, pero no les preocupaba.

Duncan McGomery era consciente de que la petición de apadrinar a su sobrina nieta Moira era solo un formalismo y que Niall haría un papel mucho más digno que el de un anciano renqueante apoyado en un bastón que desluciría la ceremonia. Incluso le pareció percibir una mirada de alivio en su sobrina Mildred cuando pidió que lo sustituyera su nieto.

Por su parte, Fiona sentía que el corazón le iba a estallar de felicidad, aunque intentaba disimular su estado para no perder su aspecto de mujer rígida y poco dada a las emociones.

La razón de aquello estaba en el mismo habitáculo del elegante carruaje que los llevaba a ella y a Duncan a la boda de sus nietos: Mairi.

Llegaban tarde porque la carroza había partido de la mansión de los McGomery para recoger a Fiona y a continuación ir en busca de su nieta.

Los tres mostraban un aspecto deslumbrante. Duncan hubiera querido ponerse su kilt de gala con los colores del clan, pero había estado prohibido hasta hacía nada y podría causar cierto alboroto en la boda, así que había optado por uno de esos trajes elegantes que llevaban los caballeros londinenses, una camisa blanca y un corbatín del mismo color. Fiona, por su parte, había optado por un vestido sencillo de seda gris violáceo que resaltaba las hebras blancas de su cabello y al que las perlas con las que se adornaba daban luz.

Sin duda, toda la atención la acapararía Mairi. La muchacha había elegido un vestido de un tono beige frío y apagado de corte sencillo pero elegante y había decidido tocarse los delicados pendientes de su abuela y las plumas que le había enviado Fiona. No solo estaba deslumbrante, también nerviosa.

Hasta entonces solo había sido la nieta perdida de una rica familia escocesa que subsistía gracias al dinero que le mandaban sus

abuelos. A partir de aquel día, sería una más de los McGomery, la heredera directa de una de sus estirpes, y tenía muchas cosas que aprender.

Por el momento, no tenía ni idea de si se saludaba igual a una condesa que a una duquesa, no sabía de qué temas era conveniente hablar y de cuáles no, ignoraba si hablar con familiaridad con sus primos y primas sería tomado como una falta de educación o debía tratarlos con distancia y respeto. Todo era una duda y acababa de darse cuenta de que no había pensado en esos detalles hasta ese momento. Apartó la mirada de la ventanilla para volverse hacia su abuela.

—¿Algún consejo para no meter la pata?

Duncan y Fiona se miraron encantados.

—Eres la nieta de una mujer que se ha comportado siempre como le ha venido en gana —dijo él, feliz—, así que todos entenderán que has heredado sus mismas maneras.

Su abuela intentó ser más práctica.

—Mira lo que hacen los demás antes de proceder. Si practican una reverencia, imítalos, si solo inclinan la cabeza, es lo que corresponde. Si un caballero quiere conocerte, pedirá a una dama que te presente, pues es indecoroso que lo haga él directamente —pensó un instante si se le olvidaba algo—. Y sé impertinente. Eso siempre aleja a los toca narices de tu lado.

Duncan lanzó una carcajada y Mairi no tuvo menos que sonreír cuando los caballos se detuvieron y el mozo saltó del postillón para abrir la portezuela a sus señores.

—Recuerda —le dijo Fiona antes de bajar—. Eres una McGomery y una Benmore. Nadie tiene que darte lecciones y eres dueña de tu destino.

Sin más aceptó la mano enguantada del mozo y bajó para pisar la delicada alfombra de terciopelo que ya estaba embarrada. Mairi lo hizo después, mirando alrededor y a la multitud de personas que se agolpaban al otro lado de una valla de madera que los criados de Mildred habían levantado para alejar a los curiosos. Ayer misma ella hubiera estado a aquel lado de la barrera. Era casi milagroso encontrarse en el sitio opuesto.

El último en bajar, refunfuñando e intentando no parecer impedido, fue Duncan, que primero apoyó su bastón y luego impulsó su cuerpo hasta incorporarse en toda su altura, que seguía siendo mucha.

La gente del pueblo lo reconoció y estallaron los vítores. También en Londres era una especie de héroe mítico, aunque la mayor parte de su vida la había pasado luchando contra los ingleses.

No quisieron aguardar más, pues ya llegaban suficientemente tarde. Duncan saludó a la multitud, ofreció uno de sus brazos a Fiona y el otro, cuya mano sostenía el bastón, a su nieta, y flanqueado con las dos mujeres más importantes de su vida, entró en la iglesia atravesando el amplio pórtico de columnas.

Dentro, la ceremonia ya estaba empezada, por lo que casi nadie se volvió para ver aparecer a los últimos invitados. Mairi apretó el antebrazo de su abuelo, dándole a entender que lo necesitaba cerca y que no la dejara sola. Él la miró y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

No avanzaron por la nave principal, sino por una de las laterales, ya que sus asientos estaban en la segunda fila de bancos, acertadamente en una de las esquinas, pues tía Mildred también había pensado en que llegarían tarde y no debían interrumpir la ceremonia.

Fiona apenas se fijó en el gentío, aunque el refulgir de los diamantes y del oro le indicaba que allí estaba reunido lo mejor de la aristocracia británica. ¿Habría acudido ese malvado de Duncan Glenrowan? Seguramente sí, pues era íntimo de los Wetherby. Tenía que pensar en cómo deshacerse de él, en cómo conseguir que no se acercara a su familia, y siempre había sido una mujer de recursos.

Entre la multitud, *lady* Finch los vio avanzar y clavó la mirada en su amiga. Se preguntaba quién era la muchacha bellísima que los acompañaba, pero solo tuvo que esperar a que la joven girara la cabeza a la vez que un rayo de sol que atravesaba una cristalera impactó en su rostro. Se quedó helada. Era idéntica a Fiona a su misma edad. Un sudor frío le recorrió la espalda porque acababa de comprender…

—¿Está mareada? —le preguntó la condesa de Ilchester, que estaba a su lado al verla tan inquieta.

Ella sacudió la cabeza.

—Hace un poco de calor —murmuró para no alarmarla.

Necesitaba que Fiona la viera, que mirara para atrás, o no se lo perdonaría nunca.

Mientras tanto, los abuelos y su nieta llegaron al lugar que los correspondía por parentesco y jerarquía. Duncan le indicó a Mairi dónde sentarse, justo al lado de Ailsa, que la miró sorprendida al reconocerla en la joven a la que ella había ido a visitar por orden de la abuela. Inmediatamente, le dedicó una sonrisa que consiguió tranquilizar a la muchacha. Después se inclinó para ayudar a Fiona a sentarse mientras el arzobispo continuaba con la ceremonia y eran muy pocos los que estaban pendientes de ellos tres.

Fiona, con una elegancia con la que se nacía y era imposible de aprender, se tomó el vuelo de la falda y se giró para tomar asiento. En ese instante alzó la cabeza y sus ojos se cruzaron con los de *lady* Finch, su amiga de juventud. Le sonrió, pero al ver la expresión horrorizada de la dama, una aprensión conocida le oprimió el corazón, como una mano negra que lo tuviera atrapado. Sus cejas se fruncieron de inmediato y una duda apareció en sus ojos, que fue inmediatamente contestada por su amiga, que giró la cabeza para centrar su mirada en un punto indeterminado de la amplia iglesia, en uno de los bancos traseros del mismo lado donde ellos se sentaban.

Fiona recorrió el espacio con la vista hasta que sus ojos llegaron al lugar exacto que señalaba su amiga.

Y entonces creyó que desfallecía, porque allí, tranquilamente sentado, estaba su hijo Richard, el padre de Mairi.

60

La ceremonia avanzaba sin incidente, al menos, sin ninguno que fuera apreciable por los invitados.

En el altar, la pareja formada por Ewan y Anne estaban situadas a la derecha por ser el mayor de los McGomery y heredero de su clan, y de mayor rango que Patrick Bellhollow. Las mujeres a la izquierda de sus prometidos. Padrinos y testigos en los primeros bancos, mezclados con la familia. El resto de los invitados ocupando sus posiciones, que seguían un estricto orden jerárquico. Los duques investidos con la Orden de la Jarretera ocupaban los lugares más próximo al presbiterio. Le seguían los que no disponían de tal honor, marqueses, condes y vizcondes con sus respectivas familias. Los altos cargos del Reino ocupaban un lugar de honor justo detrás de las familias celebrantes.

Mientras el arzobispo de Canterbury continuaba con el rito nupcial, el coro entonaba salves al cielo y la orquesta lo envolvía todo con sus notas ascendentes, nadie era consciente de la tormenta que se estaba desatando entre ellos.

Moira acababa de comprender que nunca sería feliz con alguien que no fuera Alexander Somerville, y que tampoco lo sería con él. A su lado, Ewan era consciente de que su vida sería desgraciada, quizá incluso desquiciada, y de que la mujer a la que amaba estaba a miles de millas de distancia. Entre los invitados, Fiona de Benmore se sentía incapaz de moverse, pues la sorpresa de ver a su hijo la había paralizado y aterido el corazón. Junto a ella, la condesa de Currie, Moira, se preguntaba si todo aquello no era una traición a sus principios, aquellos por los que siempre había luchado, entregando a sus hijos a unos extraños por alianzas políticas que no entendía. Nessa, un poco más allá, tenía la mano puesta sobre su vientre y era incapaz de seguir una sola palabra de lo que decía el arzobispo, asustada porque en una semana le arrebatarían la semilla que crecía en su vientre. Travish no había conseguido quitarse a

William de la cabeza, y cuanto más luchaba por apartarlo, por olvidarse de él, más insistente se volvía su recuerdo. Niall, que intentaba no perder la sonrisa, solo era capaz de pensar en Arabella, en si haría logrado llegar a puerto y en si estaba segura en tierra firme. Ailsa intentaba que no se notara que estaba desolada. Tras la conversación con Adrian, algo había quedado claro, se amaban y jamás podrían estar juntos porque la promesa a una moribunda los había arrastrado a la infelicidad.

Cuando la música cesó, el arzobispo se volvió hacia los novios. Primero se llevaría a cabo la ceremonia de los votos, de la entrega de anillos y de la bendición con Ewan y con Anne. Una vez que estos estuvieran casados, se repetiría de la misma forma con Moira y Patrick.

Los invitados estaban encantados y muchos pensaban ya en el almuerzo, al que se decía que acudiría la Reina y el Príncipe Regente, para después continuar con un baile que se alargaría hasta altas horas de la noche, cuando los novios deberían retirarse a sus respectivas habitaciones para consumar el matrimonio y poner así el sello definitivo a su unión.

El oficiante miró primero a la bella Anne, que bajó la cabeza, pudorosa, y después a Ewan, con quien debía comenzar. A ambos les exigiría los mismos votos con la diferencia de que el de ella incluiría la obediencia a su marido.

—Lord Ewan McGomery, ¿quieres tomar a esta mujer por tu esposa, amarla, honrarla y cuidarla, en la salud y en la enfermedad, y, renunciando a todas las demás, guardarle fidelidad mientras ambos viváis?

Él buscó la mirada de Anne. Era consciente de que todo aquello era una mentira, una farsa donde ambos serían las víctimas y el esplendor de sus dinastías el beneficiado. ¿Debía aceptarlo? ¿Debía ser fiel a lo que le habían enseñado desde niño, o rebelarse para ser él mismo por primera vez?

Anne abrió un poco más los ojos. El mutismo de su prometido empezaba a preocuparla. También empezó a escucharse un murmullo entre los invitados, que se preguntaban qué estaba sucediendo en el altar. El arzobispo le tocó ligeramente el codo a

Ewan, pensando que la emoción le impedía pronunciar una frase tan sencilla como «Sí, lo haré».

Ewan volvió la cabeza y buscó la mirada de su madre. No supo identificar lo que vio allí, pero estaba claro que no era reprobación. Sabía que, si decía un no rotundo, ella estaría a su lado, o al menos intentaría que las consecuencias no fueran tan graves. Últimamente, no se había portado bien con ella. Sobre todo, desde que sabía… ¿Estaba cometiendo un fraude usurpando un puesto que no le correspondía por nacimiento? ¿Estaba engañando a Anne?

Al fin alzó la mirada, tomó la mano de Anne y…

—¡Detengan esta boda! —se escuchó una voz viril y potente retumbando contra las paredes de la iglesia—. ¡Esta ceremonia no se puede llevar a cabo!

Todas las cabezas se giraron en su dirección. Muchos se preguntaron quién era aquel caballero vestido con ropa de viaje que caminaba hacia el altar decidido. Pero ninguno de los McGomery dudó de quién se trataba, ninguno fue capaz de moverse de donde estaba, ni siquiera el abuelo Duncan.

Porque quien acababa de detener la boda era Ewan McGomery, el padre de Ewan y de Moira, el conde de Currie.

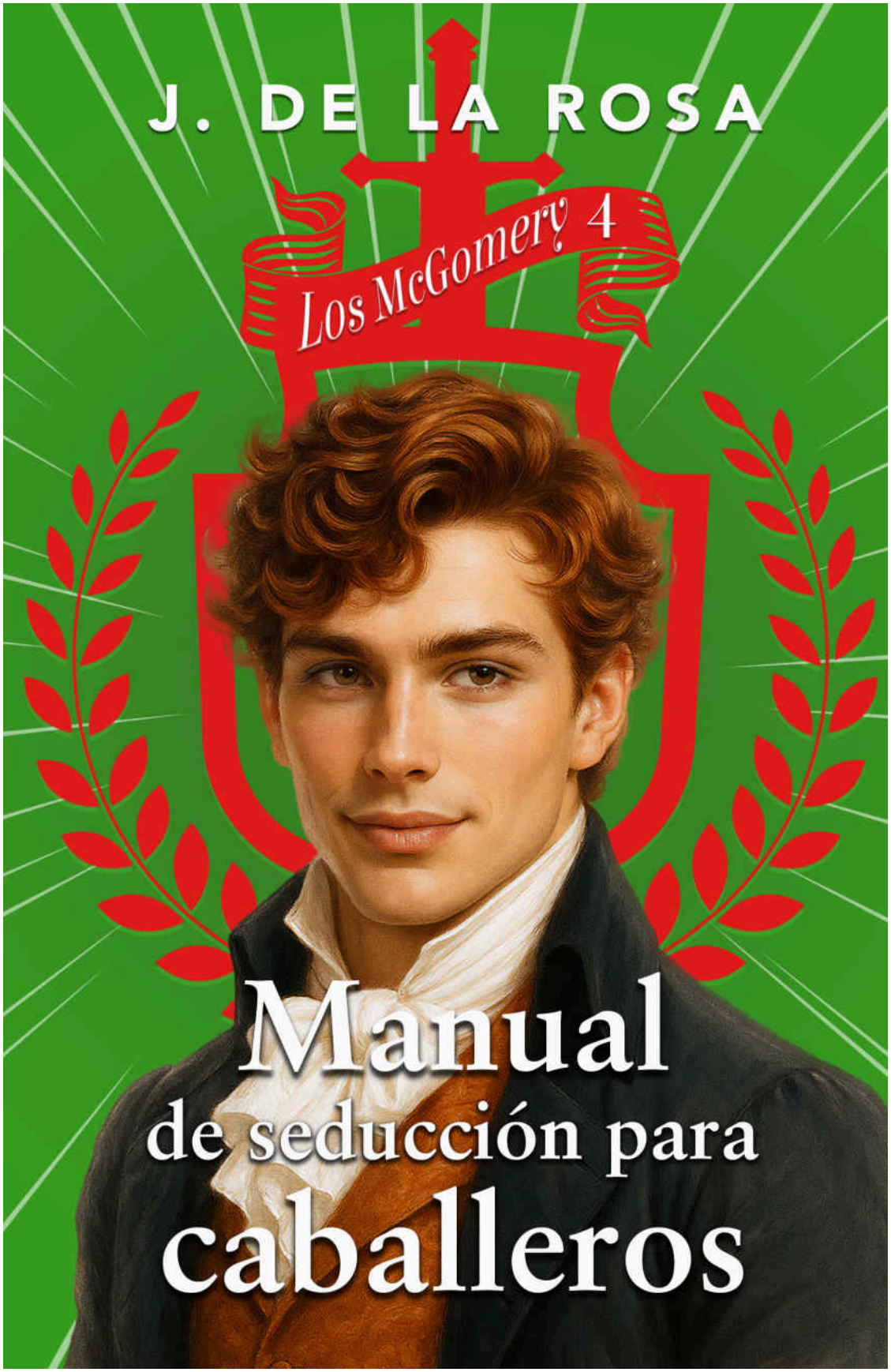
Gracias por leer esta novela, y ya nos queda menos para conocer el desenlace de
Los McGomery.

Me ayudarías a difundirla dejando un amplio comentario en Amazon.

Ya tienes en PREVENTA la cuarta entrega de Los McGomery, con un **30% de descuento** hasta el momento de su lanzamiento.

J. DE LA ROSA

Los McGomery 4

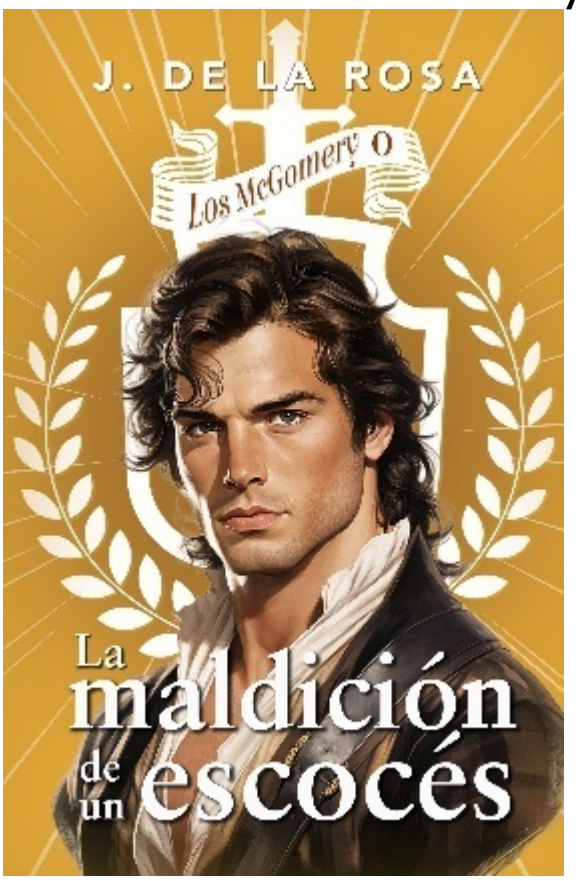


Manual de seducción para caballeros

Consíguela aquí:



La serie Los McGomery



La precuela
SOLO SE PUEDE OBTENER GRATIS

En ella vamos a conocer a Fiona de Benmore y a Duncan McGomery en su juventud, dos personajes que serán trascendentales a los largo de la serie, cincuenta años después.

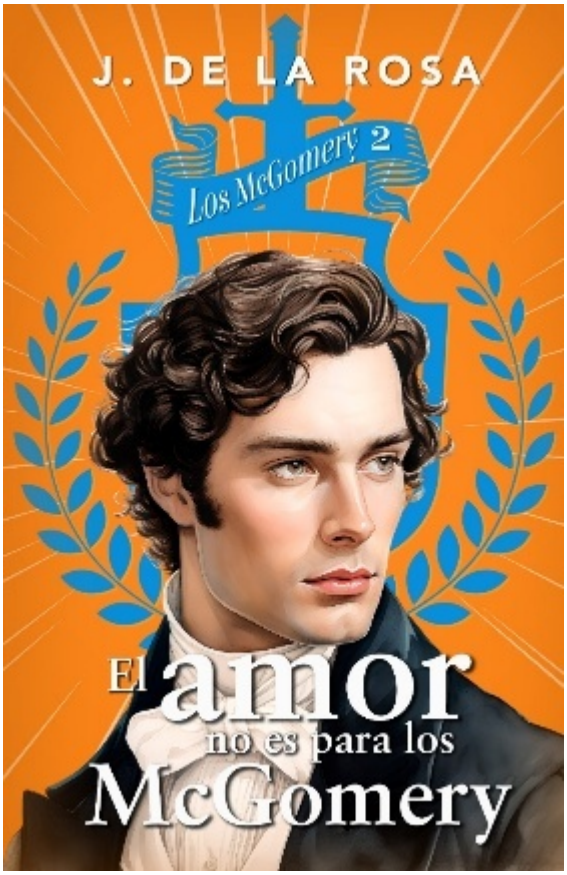
PUEDES DESCARGARLA GRATIS AQUÍ



La primera entrega de la serie donde de iremos conociendo, uno a uno, a los miembros de la familia y se centra en la hermana mayor de la familia, Ailsa McGomery.

LA ENCUENTRAS SIGUIENDO EL CÓDIGO QR





La segunda de la serie, donde las aventuras de la familia y sus circunstancias avanzan, y nos centramos en la especial relación de Ewan, el mayor de los hermanos, con la señorita Gabriella Locatelli.

LA ENCUENTRAS SIGUIENDO EL CÓDIGO QR



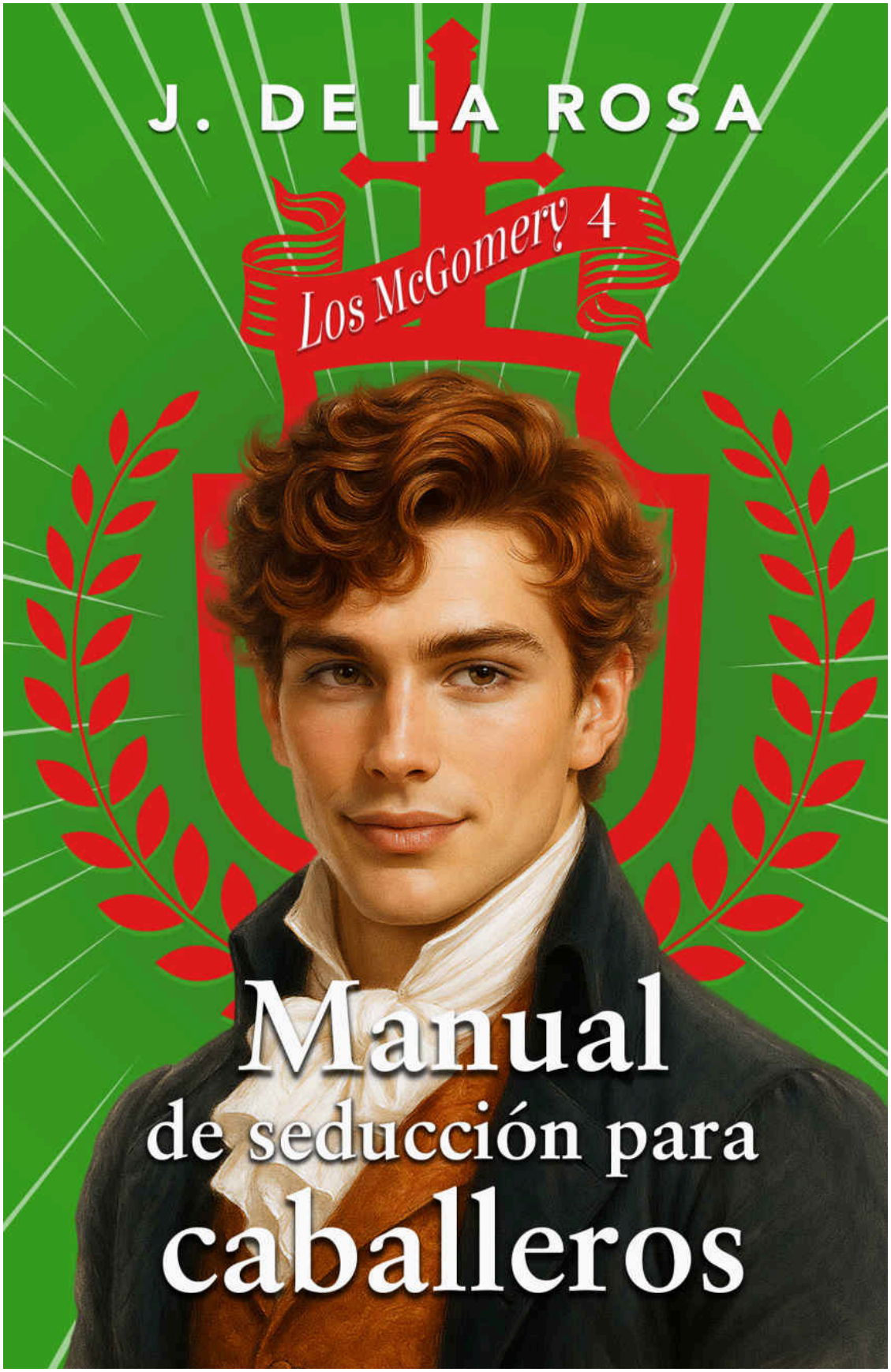
Con la tercera entrega estamos en el corazón del conflicto. Cada uno de los hermanos vive atrapado en sus particulares circunstancias, así como aquellos que los rodean. No centramos en la relación de Moira con… tendrás que adivinarlo.

LA ENCUENTRAS SIGUIENDO EL CÓDIGO QR


bitly

J. DE LA ROSA

Los McGomery 4



Manual de seducción para caballeros

Nos precipitamos en la cuarta entrega según nos acercamos a la resolución de la serie. En esta ocasión el núcleo se vive con la especial relación de Niall McGomery y Arabella.

LA ENCUENTRAS SIGUIENDO EL CÓDIGO QR

